Humillóse, obediente hasta morir, pero muerte de cruz. (S. Pablo ad Philipps. II.)

EXPLICACIÓN
DEL
SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

POR EL REVERENDO
P. MARTÍN DE COCHEM.

VERSIÓN ESPAÑOLA
DE
JOSÉ CIURANA MAIJÓ
DIRECTOR DEL «SEMANARIO CATÓLICO» DE REUS.

Segunda edición

ESTABLECIMIENTOS BENZIGER & CO. S. A
Editores-tipógrafos de la Sta. Sede Apost.
EINSIEDELN (SUIZA).
1914

LIBRERIA DEL SASRADO CORAZON
QUERÉTARO-MEX.

IMPRIMATUR.

Curiæ, die 3. Octobris 1911.

✠ ***Georgius,***
Ep. Cur.

J. M. BALZER,
Libr. Cens.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

PRÓLOGO

Jamás hubo religión alguna sin sacrificio, sin un acto solemne destinado á protestar el soberano dominio de Dios sobre las criaturas. El sacrificio es un acto del culto, de instinto natural al hombre, porque el hombre es naturalmente religioso. El hombre, *animal religioso,* tanto como *racional* por naturaleza, hasta el punto de ser la religiosidad una de las señales más características de su racionalidad, al decir de Joubert, ha podido, dice Cicerón, ignorar cuál sea el Dios que debe haber, pero en el mundo entero no hay gente ni tan bárbara, ni tan fiera, que no reconozca que Dios existe, aunque no sepa lo que es Dios. Por eso escribía Plutarco: "podéis hallar ciudades sin literatura, sin rey, sin moneda, sin pa-

lacios, sin teatros, sin cultura; pero una sola ciudad sin templos, sin Dios, que no respete el juramento, que no eleve plegarias, que no ofrezca sacrificios, nadie la ha hallado, nadie la hallará.“ Esta unanimidad pone bien de manifiesto que, no por invención humana, sino por exigencias de nuestra naturaleza, se postra el hombre ante Dios y le ofrece sacrificios. El género humano, así como jamás pudo pasar sin Dios, tampoco prescindió nunca de la idea de sacrificio; y doquiera vivan sus miembros, amontonarán hostias y ofrendas al pié de un altar, para glorificar con ellas al Criador.

Unicamente así puede explicarse el hecho constante y universal de que todas las religiones hayan tenido por objeto principal la expiación, y que todas ellas señalen el sacrificio como el acto más sagrado de la religión, como el único medio de entrar en relaciones con Dios, y hacer las paces entre un Dios justiciero y santo y los hombres reos y criminales. La misma

Sagrada Escritura, aún antes de que apareciera en el mundo la idolatría, allá en la cuna de nuestra abatida humanidad, y reciente todavía la sentencia dada en el Edén contra nuestra desdichada raza, nos representa á los hijos de los hombres, manifestando su dependencia y su reconocimiento á Dios con ofrendas y sacrificios. Diríase que en el corazón del hombre grabó Dios la idea del sacrificio aún antes de prescribirlo Moisés en las dos tablas de piedra. Y esta ley, grabada primero en los corazones humanos y escrita después en el Decálogo, pasó de padres á hijos, y todos procuraron acomodar á ella sus actos de religión, siempre que trataban de honrar al Autor del universo y del hombre.

Ahora bien; Jesucristo no vino á destruir ó disolver la Ley antigua, sino á cumplirla. Era la ley de Moisés, ley figurativa, simbólica y profética; era la promesa de la futura alianza de Dios con la humanidad; era la semilla que había de convertirse en frondoso árbol

luego que la fecundizase el Verbo de Dios. Por eso el Autor de la religión verdadera, el que puso término á las figuras y cumplió las sagradas profecías, no pudo menos, al fundar su Religión, que establecer en ella un sacrificio, que hasta la consumación de los siglos, fuera el único aceptable. Y éste no fué otro que el sacrificio eucarístico, la santa Misa celebrada por el ministro de Dios, el sacerdote cristiano, encargado de continuar, á través de los siglos, la empresa que tomó á su cargo el legítimo Mesías, de salvar á todos los descendientes de Adán. La santa Misa es, por consiguiente, un verdadero sacrificio: *Verum et proprium sacrificium*, como dice el concilio Tridentino; el sacrificio de la nueva ley, en el que Jesucristo se ofrece á Dios bajo las especies de pan y de vino, por el ministerio de los sacerdotes, para perpetuar el sacrificio de la cruz y aplicarnos sus méritos.

No hay sacrificio más santo ni más augusto que el adorable sacrificio de

la Misa. No hay otro alguno por el que podamos adorar más digna y santamente á nuestro Dios y Señor; porque el sacrificio de la Misa es el acto supremo del culto, por el cual prácticamente reconocemos que aquel á quien se ofrece es Señor de todas las cosas, que tiene dominio sobre la vida y la muerte, y que de él dependemos y á él estamos subordinados. Y si tan grande, tan necesario y tan importante es este acto de adoración á Dios, ¿no habrán de ser de suma importancia y trascendencia, y no habrán de tenerse en grande estima los libros que se occupen del santo sacrificio de la Misa y tiendan á fomentar esta práctica y devoción en los fieles?

Fácilmente se comprenderá con esto el éxito extraordinario con que fué acogido en todas partes el libro del P. Cochem, desde su publicación hasta nuestros días, en el largo periodo de 200 años; hasta el punto que, tanto en Alemania, como en Francia é Inglaterra, se han hecho de él repetidas y nume-

rosas ediciones. Esto prueba la buena acogida que los católicos de todos los países han dispensado al libro del humilde Capuchino, libro verdaderamente de oro, del que puede decirse: que cuanto más se conoce, más leído y más estimado es por todos. Esto explica también las laudatorias aprobaciones y los elogios que ha merecido de parte de muchos Obispos. El Obispo de Vannes decía el 2 de Febrero de 1899 al traductor francés, A. Rugemer: "Ha tenido V. la feliz idea de reunir bajo una forma cómoda y accesible á las más modestas fortunas, todo lo que la más sana teología y la mística más elevada contienen sobre el sacrificio augusto de nuestros altares. No dudo ni un momento de que el libro de V. será leído con edificación de todos los cristianos que tendrán la dicha de adquirirle....... Su piadosa obrita, completa é interesantísima y nutrida de doctrina, hará revivir la fé en los divinos misterios en las almas de aquellos que tendrán la dicha de leerla; y con esto habrá

hecho V. una obra útil á la gloria de Dios y provechosa al pueblo cristiano." En iguales términos y en no menos entusiastas elogios se expresan también, al aprobar este libro, el Arzobispo de Albi y los Obispo de Rosea, y de Rodez de Vabres, y el Reverendísimo Padre Provincial de los Capuchinos.

Aún cuando en España se hizo ya, en el año 1902, una traducción de este libro, sin embargo, no por ello podrá tacharse de inútil la que hoy se ofrece al público. Aquella traducción, á que nos referimos, adolece, en nuestro sentir, del defecto de ser más bien que una traducción, un arreglo del libro original del P. Cochem; por cuanto el traductor suprime gran parte del texto y añade conceptos propios y hechos referentes á España. Para corregir estos defectos y estos inconvenientes, nada hemos juzgado más útil que trasladar fielmente á la hermosa lengua española este excelente libro, joya preciosa, en la que entran por igual la utilidad y la belleza, que hermana el interés del fondo

con las galanuras de la forma, y que al par que instruye deleitando, deleita instruyendo, en conformidad con la ley tan conocida del célebre preceptista Horacio.

Unicamente el deseo de dar á conocer las sublimes bellezas de este libro, y de contribuir con nuestras débiles fuerzas á la obra de propaganda, en favor del santo sacrificio de nuestros altares, ha movido á los editores á publicar la presente traducción; sin que les arredre en su empresa el vano temor de que aquel arreglo español pueda superar en bondad á este presente trabajo, ya que el juicio que de la bondad de una traducción se forma, suele ser, las más de las veces, subjetivo y apasionado. Y por lo que á la presente versión española se refiere, es sobrada garantía de favorable acogida la seguridad de que el traductor es un distinguido y culto escritor, harto conocido en España.

La pequeña aldea de Cochem, junto al Mosela, en el antiguo electorado de

Tréveris, fué la cuna del humilde hijo de S. Francisco, el P. Martin, donde vió la luz primera el año 1625; Waghaüsel, cerca de Bruchsal, fué su tumba, donde descansa en la paz del Señor, desde el 10 de Septiembre de 1712. Varón apostólico, predicador elocuente, dotado de talento extraordinario, y abrasado de celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, el P. Martín recorrió gran parte de la Alemania, restaurando, con la unción de su palabra evangélica, la fé y la piedad cristianas tan quebrantadas en aquellas regiones del Norte por la famosa guerra de los *Treinta años*, la última y la más terrible de las luchas religiosas ocasionadas por la reforma protestante.

Y ahora nos permitirémos excitar á los católicos todos que se aprovechen de las utilidades y bellezas de este libro, tomándolo no sólo como uno de tantos devocionarios para oir la santa Misa, sino también como libro de lectura espiritual muy propia para fomentar la asistencia diaria y la devo-

ción al sacrificio incruento de nuestros altares. Sírvanse también de él las personas frívolas, que van siempre á caza de novedades, aún en las cosas de piedad, y con su lectura experimentarán los efectos saludables de tan excelente libro; pues se ha de tener en cuenta, que el olvido y el desprecio en que se tiene hoy día la santa Misa son la causa de la ruína moral y material de los individuos y de las naciones. Si de alguna manera pues, se contribuye á propagar y aumentar en España la asistencia diaria á la santa Misa, pueden considerarse suficientemente recompensados de este hermoso trabajo, el traductor y los editores.

JUAN A. FAULI
Beneficiado de la Catedral de Tarragona.

CAPÍTULO I

De la esencia del Santo Sacrificio de la Misa

§ 1. Significado de la palabra Sacrificio

La Santa Misa se llama en latín *sacrificium,* sacrificio.

El sacrificio es un dón visible, ofrecido únicamente á Dios, por un ministro consagrado, para reconocer la soberanía del Altísimo sobre todas las cosas.

Que el sacrificio no debe ofrecerse mas que á Dios solo, lo demuestra San Agustín por el uso de todos los pueblos:

"Nadie jamás soñó en ofrecer sacrificios sino sólo á Dios verdadero ó al tenido por tal". [1]

"No pocos hombres pretendieron,

(1) De civit. Dei. Lib. X. Cap. IV.

en su altivez, este honor sólo debido á Dios, pero son contados los que tuvieron la audacia de exigirlo á pesar de disponer de medios." [1]

Por consiguiente el sacrificio es un culto debido solamente á Dios y no debe prestarse á ninguna criatura, aunque ésta sea el más grande de los santos ó el ángel de más alta jerarquía.

§ 2. Origen del sacrificio

Santo Tomás de Aquino dice:

"Ofrecer sacrificios á Dios es de ley natural: á esto se inclina el hombre por su natural tendencia, sin que se le prescriba y sin inspiración particular." [2]

En efecto: Caín y Abel, Noé y Abraham, así como los demás patriarcas, sacrificaron espontáneamente.

No tan sólo los verdaderos creyentes ofrecieron sacrificios á Dios Todopoderoso sino los mismos paganos los tributaron á sus ídolos. Dios ordenó á

(1) Contra advers. leg. Lib. I. Cap. XVIII.
(2) Q. 2. Q. 85, art. I.

los israelitas que le ofreciesen cotidianamente, en especial los días festivos, sacrificios que El mismo señalaba con las ceremonias correspondientes.

El sacrificio es, pues, una verdadera necesidad de la naturaleza humana y todos los pueblos han tenido los suyos. He aquí porque también Jesucristo creyó conveniente instituir en su Iglesia un sacrificio con el cual pudiesen los fieles honrar dignamente á Dios y testimoniarle su absoluta sumisión. No era posible que Jesucristo dejase á su Iglesia sin este culto supremo de latría, sin el cual hubiera aparecido aquélla inferior al judaísmo, cuyos sacrificios se llevaban á cabo con tanto esplendor que hasta de lejanos países acudían opulentos gentiles para admirarlos y los mismos reyes paganos los costearon muchas veces. [1]

Si nos remontamos al origen del sacrificio del Nuevo Testamento deberemos considerar lo siguiente. En un principio, cuando la caída de un solo

(1) Machab. III.

hombre había perdido á la humanidad entera, Dios se compadeció de ella y prometió reparar las funestas consecuencias del pecado. Tal reparación debía llevarse á cabo no tan sólo en provecho del hombre caído sino también para la mayor gloria de Dios. Un sacrificio de precio infinito, ofrecido á Dios en nombre de la pobre humanidad, sobre ser agradable al Señor, daría á éste ocasión de derramar á manos llenas sus gracias sobre las desventuradas criaturas.

Pero como habiendo pecado en Adán todos los hombres, sin excepción, nadie podía ofrecer tal sacrificio, Dios en su inagotable Caridad instituyó el adorable misterio de la Redención, que anonadó de asombro á los propios serafines. El Hijo de Dios único se hará hombre, y convertido en hermano nuestro, tomará sobre sí el peso de nuestros pecados. Verdadero sacerdote, según el orden de Melquisedech, ofrecerá á su Padre celestial un sacrificio expiatorio y meritorio en nombre de la

humanidad; Dios y hombre á la vez su sacrificio será de un valor infinito.

Mas, ¿cuál será dicho sacrificio que bastará por sí solo á aplacar la ira del Señor? No puede ser otro que el de la vida humana del mismo Hijo de Dios.

Cuando este plan fué concebido en la mente divina, el Hijo de Dios empezó su sacerdocio; tomó sobre sí el peso de nuestros pecados y se ofreció en holocausto, prometiendo además á su Padre, para la redención de los hombres, el sacrificio de la obediencia, preparatorio del sacrificio sublime que debía instituir al final de su vida terrena. El Padre celestial lo recibió con tal benevolencia que aplacando su cólera contra los pecadores les dió de antemano su amor sin límites.

Los beneficios de Dios en pro de la humanidad caída estaban decretados en vista del cruento sacrificio de Jesucristo. A pesar de ello, Dios exigió de parte de los hombres una prenda de debida satisfacción. Los holocaustos del

Antiguo Testamento constituían dicha prenda; en sí mismos no podían ser agradables á Dios los sacrificios sangrientos, pero lo fueron en tanto que eran imagen del sacrificio que su único Hijo iba á instituir en el ara santa de la Cruz.

Agradable incienso de que habla Moisés, brotaba de estos holocaustos, porque representaban al Cordero divino que debía subir al altar y de quien dice el Apóstol: "Jesucristo se ha ofrecido á Dios por nosotros en sacrificio de agradable olor." (1)

§ 3. El sacrificio de Jesucristo

Llegado el cumplimiento de los tiempos viene Jesucristo al mundo y dice á su Padre celestial: "Los sacrificios y holocaustos no te han agradado, mas á mí me has apropiado un cuerpo mortal. Heme aquí que vengo..... para cumplir ¡oh Dios! tu voluntad." (2)

Jesucristo ofreció durante toda su

(1) Hebr. IX, 28.
(2) Hebr. Cap. X, 5, 6, 7.

vida este sacrificio de obediencia y lo consumó en la Cruz. Pagó la deuda de la humanidad á pesar de estar abolidos para siempre los sacrificios del Antiguo Testamento.

Lo dice también San Pablo: "Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre á los que ha santificado." (1)

Y, finalmente, explica dicho Santo, como la humanidad salvada, es decir, la Santa Iglesia, no quedaría sin sacrificio hasta el final de los tiempos, sino poseería, por el contrario, el más excelente de todos, con objeto de aplicar á cada miembro de la Iglesia el precio de la Redención; y como Jesucristo perpetuó el sacrificio cruento de la Cruz instituyendo en la víspera de su muerte, el santo sacrificio de la Misa.

Estos pormenores están minuciosamente anotados, en el Concilio de Trento:

"Según testimonio de San Pablo, el sacerdocio levítico del Antiguo Testamento ni era perfecto ni podía serlo.

"Necesitábase, pues, según exigía el

(1) Hebr. c. X v. 14.

Padre de las misericordias, la aparición de un sacerdote, según el orden de Melquisedech, que completase y perfeccionase á los que habían de ser santificados. Este sacerdote que era Cristo nuestro Señor, después de haberse ofrecido á su Padre en el altar de la cruz, no quiso, al morir, que el sacerdocio desapareciera. A este fin, en la noche en que fué entregado, dejó á la Iglesia santa, su esposa querida, un sacrificio visible, que la naturaleza humana requería."

"Tal sacrificio debía perpetuar el sacrificio cruento que Cristo iba á ofrecer en el madero de la cruz, conservar su memoria hasta la consumación de los siglos, y por su virtud saludable sernos perdonadas nuestras faltas cotidianas. De esta manera Cristo fué sacerdote según el orden de Melquisedech, ofreció á su Padre su cuerpo y sangre debajo de las especies de pan y vino del modo como las dió á los Apóstoles, á quienes, en aquel punto, instituyó sacerdotes del Nuevo Testamento. Y merced á las palabras: "Haced esto en memoria mía" mandóles, á ellos y á sus sucesores en el sacerdocio, que las ofrecieran, en lo sucesivo, en sacrificio." [1]

La Iglesia nos manda, pues, creer que Jesucristo en la última Cena no solamente convirtió el pan y el vino en su cuerpo y sangre, sino también los ofreció á Dios, su Padre, y que El mismo instituyó personalmente el sacrificio del Nuevo Testamento con el fin de que se reconozca en él á aquel sacerdote del cual canta el salmista: "Juró el Señor y no se arrepentirá, y dijo: Tú éres Sacerdote sempiterno según el orden de Melquisedech." [2]

Melquisedech no inmolaba los animales como hacía Abraham y los otros patriarcas, sino, por inspiración del Espíritu Santo, y en contradicción con la costumbre de su época, levantaba el pan y el vino al cielo y los ofrecía con ceremonias y oraciones especiales.

Así es como él vino á representar

---

(1) Sesión XXII, Cap. 5.
(2 Psal. CIX, 4. — Hebr. VII, 17.

la imagen de Jesucristo y su sacrificio el símbolo del de la nueva ley.

§ 4. Profecías que hacen referencia al santo sacrificio de la Misa. Su institución.

"El afecto mío no es hacia vosotros, dice el Señor de los ejércitos, ni aceptaré de vuestra mano ofrenda ninguna. Porque desde levante á poniente, es grande mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica y se ofrece al nombre mío una ofrenda pura." (1)

Esta profecía no se realizó en el Antiguo Testamento, puesto que las ofrendas de los judíos eran rechazadas, y los gentiles no habían aún abierto los ojos á la luz de la fé. Pero se realizó en el Nuevo Testamento según palabras de Dios á su Hijo: "Pídeme y te daré las naciones en herencia tuya." (2) Efectivamente, sabemos que los apóstoles, en especial San Pablo, convirtieron á los paganos.

La profecía de Malaquías no puede

---

(1) Malaq. I, v. 10-11.
(2) Psal. II, 8.

aplicarse al sacrificio cruento que Nuestro Señor consumó en la Cruz, puesto que este sacrificio no ha sido ofrecido más que una vez y en un sólo lugar: sobre el monte Calvario.

La citada profecía no se refiere tampoco á la complacencia del Señor por los sacrificios paganos, que no son más que ofrendas de iniquidad, calificadas de asesinato, de impureza, de robo y por tanto dignas no del Dios tres veces santo, sino del maligno espíritu.

Engáñanse finalmente los herejes al pretender aplicar el susodicho pasaje á nuestras buenas obras y oraciones, que no siempre consisten en ofrendas puras.

Debemos concluir, con seguridad absoluta, que esta profecía se relaciona exclusivamente con el sacrificio del Nuevo Testamento, sacrificio infinitamente puro, "que la indignidad del que sacrifica no puede manchar."

Jesucristo es el único pontífice, y los sacerdotes no son más que sus ministros; éstos no presentan otra cosa

que sus manos y boca para ofrecer de una manera visible al Dios invisible que se inmola sobre el altar todos los días, hasta la plenitud de los tiempos.

Pero, ¿en qué momento instituyó Jesucristo el santo sacrificio de la Misa?

Lo precisa la Iglesia con el evangelista San Lucas: "Después *de acabada la cena*, tomó el pan, dió *de nuevo* gracias, lo partió, y dióselo, diciendo: Este es mi cuerpo: el cual se da por vosotros: Haced esto en memoria mía. Del mismo modo tomó el cáliz, después que hubo cenado, diciendo: éste cáliz es la nueva alianza, *sellada* con mi sangre que se derramará por vosotros." (1).

Fijémonos bien en lo que hace y dice el Señor; convierte el pan en su propio cuerpo y el vino en su propia sangre, y en virtud de esta separación mística de su cuerpo y de su sangre se constituye en holocausto. Las palabras que acompañan la transubstanciación determinan aún más la exis-

(1) Luc. XXII, v. 19-20.

tencia del sacrificio: "Este es mi cuerpo el cual se da por vosotros." "Esta es mi sangre que será derramada por vosotros."

Aun cuando se quieran aplicar estas dos palabras, *dar* y *derramar* al sacrificio de la Cruz, explícitamente dice Jesucristo que estas dos acciones tienen lugar en la misma cena, y de esta suerte afirma que hay sacrificio.

Cuando el divino Maestro continúa diciendo: *este cuerpo se da por vosotros*, da á entender también que se ofrecerá á su Padre celestial, como lo hizo en la Cruz.

Ya que en la Cena el cuerpo de Jesucristo fué ofrecido á Dios Todopoderoso para su mayor gloria, luego hubo sacrificio.

He aquí la enseñanza constante de nuestra Madre la Iglesia santa; su testimonio tiene más autoridad que todas las interpretaciones de los hombres, puesto que ella es el mismo fundamento de la verdad.

---

§ 5. Los apóstoles ofrecieron el santo sacrificio de la Misa. Antigüedad de esta palabra

Como prueba de que los propios apóstoles ofrecieron el santo sacrificio de la Misa, oigamos á San Pablo, cuando dice: "Tenemos un altar *ó una víctima*, de que no pueden comer los que sirven al Tabernáculo" (1) es decir, los judíos.

Ahora bien; no podía haber altar sin ofrenda, y la misma palabra *comer* indica claramente que no se trata del sacrificio de la Cruz, sino de un sacrificio *manducable,* tal como lo instituyó en la Cena Jesucristo.

Añadamos que San Mateo fué muerto en el altar mientras estaba celebrando los santos misterios. San Andrés, según cuenta la tradición, decía al juez Egea: "Cada día sacrifico á Dios Todopoderoso, no carne de toros ni sangre de machos cabríos, sino al cordero inmaculado." Atribúyese al propio tiempo á Santiago y á San Marcos

(1) Hebr. c. XIII, 10.

una liturgia de la Santa Misa y finalmente el *Canon*, ó sea la parte de la Misa desde el *Sanctus* á la *Comunión* se atribuye á San Pedro. Estas son otras tantas pruebas de que el santo sacrificio del Nuevo Testamento ha estado en uso desde los primitivos tiempos de la Iglesia.

En cuanto á la voz *Misa*, con la que designamos el santo sacrificio, objetan los herejes que no se encuentra en la Sagrada Escritura. En efecto, pero tampoco se encuentra la palabra *Trinidad* y no obstante no estamos dispensados por eso de creer en este augusto misterio. A pesar de que la palabra Misa no se encuentra en la Biblia, el sacrificio por ella designado está perfectamente explicado según acabamos de anotar. Por otra parte en el año 142 habíase ya servido de ella el Papa Pío I. Después de éste escribe San Ambrosio: "Ocupéme en mis ministerios, comencé á decir la santa Misa y durante el santo sacrificio pedí á Dios que viniera en mi auxilio."

Y San Agustín dice: "Por las lecciones que rezamos en la Santa Misa fácilmente vendremos en conocimiento......" etc.

Notemos que tal como emplean estos dos Padres la palabra *Misa* prueba que su uso era entonces general desde el siglo tercero.

Los Padres de la Iglesia griega llamábanla también *Eucaristía,* que significa acción de gracias, *Liturgia* ó *Agenda,* es decir *acción, Sinaxis* ó *colecta, asamblea;* y la denominaban asímismo *mesa, altar del Señor, cena, ofrenda,* etc.

§ 6. Ataques de los herejes contra la santa Misa

El encarnizamiento con que el demonio ha tratado en todos tiempos de atacar al santo sacrificio de la Misa es una prueba de cuán sagrado é importante debe de ser, y, al mismo tiempo, cuán terrible para él.

En el decurso de los diez primeros siglos, cuando la Iglesia se veía com-

batida por innumerables herejes, nadie hubo tan osado que llegara á atacar el augusto sacrificio. Necesitábase para ello un gran avance en la perversidad, una audacia verdaderamente infernal.

Ello no se verificó hasta el siglo onceno; pero debemos hacer notar que apenas hubo Berenguer de Tours proferido sus blasfemias, el mundo tembló de espanto y le gritó con indignación: "Eres piedra de escándalo de los fieles, abandonas á nuestra madre Iglesia, perturbas la unidad" ya que más de cinco concilios le habían anatematizado, hasta que, por un milagro de la misericordia divina, Berenguer abjuró de sus errores y habiendo hecho penitencia por ellos falleció confesando la verdadera doctrina. (1088)

Pero la simiente por él sembrada no desapareció con él, sino fructificó por desgracia algunos años más tarde en los Albigenses. Esta secta diabólica declaró ilícito el matrimonio, permitió la impureza, arguyó violentamente contra la Misa privada, que así llamábase

vulgarmente la Misa rezada, y llegó á tan alto grado su encono que condenaron á terribles penas á los fieles que á ella asistían; penas que no llegaban ni en mucho á las horrorosas que imponía á los sacerdotes que *tenían la audacia* de celebrar los sagrados misterios.

A más de los Albigenses, los enemigos más encarnizados que ha tenido la Misa han sido indudablemente los reformadores del siglo décimo sexto, ya que el propio Lutero confiesa el hecho de haber sido inspirado por Satán para abolir la santa Misa, como acto de idolatría y que había obrado de tal suerte no ignorando que el diablo aborrecía todo lo bueno; más aun, que sus enseñanzas eran todas falsas.

Si la inteligencia de Lutero no hubiese sido ofuscada por completo por los espíritus infernales, habría á lo menos raciocinado de esta suerte: Satanás pretende que la santa Misa es un acto de idolatría: si esto fuese así, ¿por qué quiere abolirla cuando en alabarla

y fomentarla daría con el medio de insultar más despiadadamente al Altísimo?

Ahora bien; Satán ha privado del santo sacrificio de la Misa á todas las sectas luteranas, causándoles con ello el perjuicio más funesto y les ha imbuído de tal manera su propio odio contra este santo misterio que han llegado á proferir la horrible blasfemia de que "la Misa es una abominable idolatría" como se lee en el catecismo de los calvinistas de Heidelberg.

¡Pobres insensatos! ¿Cómo pueden admitir, entonces, que se haya salvado una sola alma desde Jesucristo? Todos los apóstoles y los sacerdotes todos han celebrado el santo sacrificio de la Misa; los mártires y los confesores han asistido á ella con ejemplar devoción; ¿acusarán acaso de idolatría á todo ese ejército de Cristo haciéndole, por consiguiente, digno del infierno? La razón natural se resiste á suponerlo.

¡Ah! Cuánto más consolador es escuchar á San Fulgencio cuando dice:

“Creo sin la menor sombra de duda que el Hijo unigénito de Dios hecho hombre por nosotros, se ha ofrecido en sacrificio á Dios, al cual la Iglesia Católica ofrece sin cesar, en fe y en caridad, el sacrificio del pan y del vino.“ (1)

Guardémonos bien de que no acontezca lo que á los herejes, á quienes Satanás ha privado de la Santa Misa. No pudiendo arrebatárnosla enteramente se esfuerza en hacernos desconocer el valor sin fin del santo sacrificio para que no lo estimemos como es debido, haciéndonos negligentes á fin de que no podamos obtener los frutos abundantes de gracia que de la Misa debemos lucrar.

CAPÍTULO II

De la excelencia de la Santa Misa

Es tan inmensa la excelencia de la Misa que los mismos serafines no pueden llegar á comprenderla en su totalidad.

(1) De fide ad Petrum, c. XIX.

Probemos, no obstante, de formarnos un concepto de ella ateniéndonos á las enseñanzas de la Iglesia apropiadas á este objeto.

Dice S. Francisco de Sales: “De todos los actos de religión, el santo sacrificio de nuestros altares resplandece como el sol entre las estrellas, porque es el alma de la piedad, centro de la religión cristiana al cual convergen todos los misterios y todos los preceptos; es el misterio inefable de la caridad divina, merced al cual, entregándose Jesucristo personalmente á nosotros, nos colma de sus gracias, por modo tan amoroso como magnánimo.“ (1)

El sabio Osorio la prefiere á todos los misterios de la religión: “El santo sacrificio de la Misa es lo que hay en la Iglesia más augusto y precioso porque en él se consagra el pan y el vino y se ofrece á Dios el sacramento del altar“ (2); y Forner de Bamberg continúa: “Aunque todos los sacramentos

(1) Introducc. á la “Vida devota“. Parte II, cap. XIV.
(2) Conc. de Missa.

son excelentes, excede á todos la Misa: aquéllos son vasos que encierran la divina misericordia en beneficio de los vivos; éste es océano inagotable de la liberalidad divina en favor de vivos y muertos.“ (1)

Pasemos ahora á apuntar las razones y señales de esta excelencia que se revela, en primer lugar en el ceremonial de la bendición y consagración de las iglesias y altares, ceremonial el más solemne é imponente.

Y como quiera que la mayor parte de fieles no han gozado del privilegio de asistir á esta fiesta, la más conmovedora é instructiva entre todas, daremos de ella una sucinta relación.

§ 1. De la consagración de una iglesia

La consagración de una iglesia ó de un altar es atribución propia del prelado, quien se prepara con el ayuno para demostrar la importancia del acto que va á llevar á cabo. (2)

(1) Conc. de Pas. 65 y 69.
(2) Sagrada Congregación de ritos.

En la mañana del día de la ceremonia, revestido con los hábitos pontificales, en el lugar donde por la noche se depositaron las reliquias, recita los siete salmos penitenciales y la Letanía de los Santos, dirigiéndose luego con el clero ante la puerta principal de la iglesia, que permanece cerrada. El prelado bendice el agua, se rocía á sí mismo, al clero y al pueblo y conduce la procesión por tres vezes al rededor de la iglesia, bendiciendo y rociando las paredes en nombre de la santísima Trinidad, mientras el coro canta diferentes responsorios y antífonas.

De regreso á la puerta implora la bendición del cielo sobre aquel templo y con su báculo llama tres vezes á dicha puerta, diciendo: “Attollite portas vestras, et elevamini portæ æternales.“ “Levantad, oh principes, vuestras puertas, y elevaos vosotras, oh puertas de la eternidad.“ (1)

A la última prosigue el prelado por tres veces: “Abrid, abrid, abrid.“ Abrese

(1) Salmo XXIII, 7.

entonces la puerta y el prelado traza con su báculo el signo de la cruz sobre el umbral, exclamando: “*He aquí el signo de la cruz con la que todos los espíritus infernales huyen.*“ Así que entra en la iglesia dice: “*Paz en esta casa;*“ y el coro responde: “*Y á vuestra entrada.*“

Al llegar en medio de la nave el prelado se arrodilla y entona el himno *Veni Creator Spiritus* y á este himno siguen las Letanías de los Santos y el cántico *Benedictus*. Mientras tanto el prelado traza sobre dos regueros de ceniza, extendidos en forma de cruz de un extremo á otro de la iglesia, las letras del alfabeto griego y latino, de suerte que la primera y última letra del alfabeto estén en uno de los extremos del templo. Esta ceremonia significa la unión por medio de la Cruz en el seno de la Iglesia del griego y del bárbaro. El báculo de que se sirve es el símbolo de la doctrina de los apóstoles.

Seguidamente bendice la sal, el agua

y el vino; los mezcla y empieza la consagración del altar mayor. Recita el prelado la antífona *Introito ad altare Dei* y el coro continúa con el salmo *Judicame.*[1] Durante estas oraciones sumerge el pulgar en el agua que acaba de bendecir y traza una cruz en el centro y en las aristas de la piedra, diciendo: “Bendito sea este altar, á la mayor gloria de Dios, de la bienaventurada Virgen María, de todos los santos, en nombre y memoria de San N. N., en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.“ Estas palabras las repite cinco vezes. Acto seguido el prelado, semejante á los israelitas cuando la toma de Jericó, se vuelve siete veces al rededor del altar rociándolo con agua bendita y recitando el salmo *Miserere.*

Luego, durante el canto de los salmos, da el prelado la vuelta por tres vezes al recinto del templo, rociando los muros con agua bendita en la parte alta, media y baja. Vuelve á hacer

(1) Ps. XLII.

varias veces la señal de la cruz en las cuatro esquinas del pavimento de la iglesia y se encamina de nuevo al altar para preparar allí con agua bendita el cemento con que ha de colocar la piedra de dicho altar. Entonces van en procesión á traer las reliquias, que deberán ser puestas en el sepulcro, y que están encerradas en un pequeño cofre de metal.

Al entrar en la iglesia el prelado hace por tres vezes la señal de la cruz en la puerta con el santo crisma diciendo: "En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Seas, oh puerta, bendita, santificada, consagrada y dedicada al Señor Dios. Seas, oh puerta, el umbral de la salvación y de la paz; seas, oh puerta, puerta pacífica para aquel que ha sido llamado Puerta, Cristo Jesús, Señor nuestro....." etc. La procesión avanza luego hasta el altar mayor donde traza el prelado hasta cinco vezes la señal del cristiano sobre el sepulcro, antes de colocar en él las reliquias.

En los primeros tiempos del cristianismo se acostumbraba celebrar la santa Misa sobre la tumba de los mártires, de donde procede la obligación estricta de poner reliquias en todos los altares.

El prelado inciensa las reliquias y une con cemento el sepulcro; unge la piedra é inciensa el altar en el centro y en los lados, entregando el incensario á un sacerdote, quien continúa dando vueltas al rededor hasta que concluye la consagración. Toma nuevamente el prelado el incensario y á su vez da vueltas en torno del altar. Derrama finalmente el santo óleo y el santo crisma sobre el ara, y lo extiende, ó, mejor dicho, frota el altar con su mano. Con esto queda el altar consagrado.

El prelado vuelve á la nave de la iglesia para ungir con él santo crisma las doce cruces pintadas en los muros, incensando tres vezes cada una y regresa al altar para bendecir el incienso que en él va á ser quemado, cuyos granos han sido colocados en forma de

cruz sobre las cinco cruces de la piedra. Sobre el ara se colocan varios cirios pequeños que arden á la vez y mientras tanto arrodíllase el prelado y canta: "Aleluya! ven, Espíritu Santo, llena los corazones de los fieles de tu luz y enciende en ellos el fuego de tu amor."

Siguen otras preces que se cantan en tono de *Prefacio* y el prelado ruega á Dios diciendo: "Confirmad lo que habéis hecho en nosotros, en vuestro santo templo que se halla en Jerusalén. Aleluya!" El coro entona el salmo 67, el canto de la victoria y del reconocimiento: "Levántese Dios y sean vencidos sus enemigos y huyan de su presencia los que le aborrecen...." etc. Entretanto se adorna el altar y el prelado da comienzo á la Misa.

La concurrencia se asombra de este gran numero de ceremonias, unciones y oraciones. — ¿A qué — dicen — tantas molestias, tanto tiempo y tanto gasto? Para que el templo sea más digno del sublime sacrificio que allí debe ofrecerse y el altar suficientemente puro á fin de recibir dignamente el Cordero de Dios inmolado.

He aquí una prueba de la santidad y dignidad de nuestras iglesias. El templo de Salomón no era más que una imagen de los nuestros y no obstante, ¡con qué respeto lo veneraban los judíos y los gentiles!: "Salomón ofreció en sacrificio pacífico al Señor 22000 bueyes y 120000 carneros. Bajó fuego del cielo que devoró los holocaustos y víctimas y llenó toda la casa la Majestad del Señor. Todos los hijos de Israel vieron con sus ojos descender el fuego y la gloria del Señor en el templo. Pegaron sus frentes al polvo y adoraron al Señor. Salomón exclamó: "¿Es creible que verdaderamente Dios ha de habitar sobre la tierra? Porque si los cielos, oh Señor, si ni los altísimos cielos no pueden abarcarte, cuánto menos esta casa que yo he fabricado?" [1]

Ciertamente aquel templo era digno

(1) Reyes, Lib. III, Cap. VIII, 27; Paralip. Lib. II, capítulo VII, v. 1-8.

de la veneración y admiración de los pueblos, á pesar de ser tan sólo, como se ha dicho ya, una imagen, una sombra de nuestras iglesias; no encerraba sino el Arca de la alianza, las Tablas de la ley, el maná y la vara de Aarón que había florecido; las víctimas inmoladas no eran mas que animales sacrificados y quemados, ofrecidos con pan, vino, tortas, aceite, harina y otras cosas semejantes.

¡Qué contraste con los templos católicos, consagrados con el aceite y el santo crisma, rociados con agua bendita, perfumados de incienso, santificados con tantos signos de Cruz, destinados á la oblación del santo sacrificio de la Misa! En vez del Arca de la alianza tenemos el Tabernáculo, que guarda el verdadero maná, el augusto Sacramento del Altar, el verdadero cuerpo y sangre de Jesucristo. ¡Qué veneración debemos á tal santuario!

Apellidamos á la iglesia *Casa de Dios* y en realidad lo es, puesto que en ella habita continuamente Nuestro

Señor Jesucristo. Sus ángeles le sirven allí, le adoran, le alaban, le ofrecen nuestras oraciones, realizándose de esta suerte la visión de Jacob. Yendo el patriarca de Bersabée á Harán, queriendo descansar al atardecer "tomó una de las piedras que allí había y poniéndosela por cabecera, durmió en aquel sitio. Y vió en sueños una escala fija en la tierra, cuyo remate tocaba en el cielo, y ángeles de Dios que subían y bajaban por ella y al Señor apoyado sobre la escala." Al despertar Jacob despavorido exclamó: "Cuán terrible es este lugar, verdaderamente este es la casa de Dios y la puerta del cielo." Levantándose, pues, Jacob, al amanecer, cogió la piedra que se había puesto por cabecera, y erigióla como un monumento de la visión derramando óleo encima. Y puso por nombre Betel á la ciudad" esto es, "casa de Dios." (1)

Esta piedra no era más que un símbolo de la de nuestros altares, consagrada con el óleo y el santo crisma y

(1) Genes. c. XXVIII.

á la que se aplican justamente estas palabras: "Lugar terrible: verdaderamente esta es la casa de Dios y puerta del cielo."

Nuestras iglesias son asimismo el lugar del cual dice Dios por boca del profeta Isaías: "Yo les conduciré á mi santo Monte *de la Iglesia*, y en mi casa de adoración los llenaré de alegría: me serán agradables los holocaustos y víctimas que ofrecerán sobre mi altar, porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos." (1)

Si nos animase una fé viva, entraríamos en el templo con temor, y con el más profundo anonadamiento adoraríamos á Nuestro Señor en la Eucaristía y veneraríamos á los ángeles. Los que hablan, ríen ó pecan de cualquier otra forma durante el oficio divino, provocan la cólera de Dios y se hacen reos de una grave ofensa contra la divina Majestad. Tomemos, pues, la firme resolución, al ir á la iglesia, de portarnos devotamente, de evitar toda pa-

(1) Isaías, c. LVI, 7.

labra inútil, toda mirada curiosa; y de adorar á Dios en espíritu y de un modo sincero, de rogar con todo el corazón, de llorar por nuestros pecados y de implorar la divina misericordia.

§ 2. De la consagración de los Sacerdotes

La excelencia de la santa Misa resalta en segundo lugar en la consagración que reciben los sacerdotes y ministros del altar.

Para poder celebrar el cruento sacrificio hay que pasar por siete grados ó categorías. Los que han recibido las cuatros primeras órdenes están destinados á servir á los sacerdotes en el altar, pero sin tener autorización para tocar el cáliz, la patena, el corporal, y el purificador, á menos de haber recibido un permiso particular ó ante una necesidad absoluta. Para poder tocar dichos objetos por *derecho propio* es preciso haber recibido la quinta orden que corresponde al subdiaconado. De la misma suerte los subdiáconos, diáconos y sacerdotes tienen tan sólo el dere-

cho de tocar y limpiar los objetos que sirven inmediatamente para la celebración de la santa Misa; tales son las prescripciones formales de la Iglesia. El que faltase á ellas por inadvertencia ó negligencia asumará grave responsabilidad.

Por otra parte, ¡qué cargo de conciencia para los sacerdotes y los fieles que consientan se celebren los santos misterios con una alba sucia, una casulla desgarrada, con lienzos de telas ordinarias ó manchadas, los vasos oxidados ó un altar desprovisto de ornamentos! ¡Qué vergüenza para los cristianos que retroceden ante un pequeño sacrificio pecuniario cuando se trata de la decencia de los lugares sagrados, mientras emplean gustosos enormes sumas en trajes, lujos, adornos y bagatelas! ¡Qué pecado para el cura y para la parroquia cuyos armarios aparecen repletos de buena ropa mientras el altar está afeado con harapos, y cuya mesa centellea de objetos valiosos á la vez que el cáliz, la custodia, el copón

son de metal ordinario! ¡Qué doloroso espectáculo! ¡Triste prueba de un estado de alma aun más lamentable!

En cambio, ¡cuán dignas de elogio son las piadosas mujeres y vírgenes que emplean sus ocios en confeccionar la ropa del altar, ornamentos decentes y cuanto contribuye á hermosear los templos! Esas tales pueden exclamar en verdad: "Señor, amo la hermosura de tu casa y el lugar donde mora tu Majestad."

Como se ha dicho ya, la excelencia de la santa Misa se manifiesta especialmente en la consagración sacerdotal.

He aquí las ceremonias que acompañan á dicha consagración. Cuando el diácono se ordena de sacerdote se reviste del amito, del alba, de la estola, atravesada sobre la espalda izquierda y atada al lado derecho y arrodíllase delante del prelado que está sentado en su trono. El prelado le hace presente la gran responsabilidad que va á contraer y pregunta al auditorio si le juzga digno. Si nadie protesta se arrodilla el

prelado y recita en voz alta las Letanías de los Santos, mientras el diácono, prosternado y apoyando su frente en el suelo, las recita con aquél.

Acto seguido el prelado le pone una mano sobre la cabeza, recita una oración y un largo prefacio, le pone la estola en torno del cuello y le coloca la casulla sobre las espaldas.

Arrodíllase de nuevo y dice una oración y el himno *Veni Creator*. El prelado vuelve á ocupar su sitio y el diácono, arrodillado le presenta las manos las que unge aquél con los santos óleos, diciendo: "Señor, dignaos por estas unciones y por vuestra bendición consagrar y santificar estas manos.« Luego añade, haciendo la señal de la Cruz: "En nombre de nuestro Señor Jesucristo, cuanto bendigan estas manos, quede bendecido, y cuanto consagren, consagrado. Amén."

El prelado ata las manos del diácono, le presenta el cáliz con agua y vino, la patena y la Hostia y le dice: "Recibe el poder de ofrecer el santo

sacrificio de la Misa, tanto para los vivos como para los difuntos: en nombre del Señor. Amén."

Se le desatan las manos, el nuevo sacerdote se las lava y el prelado continúa la santa Misa.

En el ofertorio se presenta el recién ordenado con un cirio encendido que entrega al prelado y le besa la mano. Luego se arrodilla detrás del celebrante y dice la Misa, palabra por palabra, siguiéndola en un misal.

En la Comunión recibe del prelado el Cuerpo de Cristo y después de la recitación del Credo le pone aquél ambas manos sobre la cabeza y le dice: "Recibe el Espíritu Santo: quedarán perdonados los pecados á quienes los perdonares y quedarán retenidos los que retuvieres."

Por último, el nuevo sacerdote promete obediencia al prelado el cual le bendice con estas palabras: "La bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ti para que seas bendecido en el sa-

cerdocio y puedas ofrecer la Hostia de salud al Señor, por los pecados del pueblo."

Así es como la Iglesia católica consagra á sus sacerdotes.

Si reflexionamos un poco sobre la grandeza del sacerdocio no nos admiraremos de la gran pompa desplegada por la iglesia en sus ordenaciones.

Se nos objetará tal vez: ¿Para qué esas diversas órdenes? ¿Para qué esos pormenores, oraciones, unciones y ceremonias? Tienen por objeto aumentar en el futuro celebrante la pureza de corazón y la santidad de costumbres y lograr que sea más digno de ofrecer á la temible majestad de Dios el santo sacrificio de la Misa.

§ 3. Del altar, los ornamentos sacerdotales y los vasos sagrados

Otro testimonio de la excelencia de la santa Misa es el número y cualidad de los objetos necesarios para su celebración. Dichos objetos son, además del sacerdote ordenado, reemplazando á

la misma persona de Jesucristo, en primer término un altar consagrado que debe levantarse del suelo como representación de la colina del Calvario sobre el que fué inmolado y enarbolado en una Cruz, el inocentísimo cordero, Jesucristo. El altar propiamente dicho consiste en una piedra rectangular que hace las veces de mesa y que representa la imagen de Jesucristo; piedra que rechazaron los judíos pero que constituye la piedra angular de la Iglesia. Las restantes partes arquitectónicas del altar no son esencialmente necesarias. El sepulcro de que hemos hablado ya, recuerda la mesa de la Cena.

Debe el altar estar cubierto y adornado con tres manteles de tela que representan los sudarios del Señor. Ha de haber además un crucifijo, para recordarnos que el sacrificio del altar es el mismo que el del Calvario; á lo menos dos candeleros con velas encendidas, una imagen de Jesucristo, que es la luz del mundo, y un facistol, las sacras, flores y cortinajes, para realzar

el esplendor del altar en ciertos días festivos.

Hay que tener en cuenta, en segundo lugar, los ornamentos sacerdotales. El respeto debido á Dios y al augusto sacrificio de la Misa, requiere que los ministros vayan vestidos con hábitos especiales para la celebración de los divinos misterios. En el Antiguo Testamento los hábitos sacerdotales estaban minuciosamente prescritos por el mismo Dios, mas en el Nuevo Testamento los ha descrito y ordenado la Iglesia en todos sus pormenores desde los tiempos de los apóstoles.

El *amito* ó humeral que el sacerdote coloca sobre su cabeza y cuello significa el velo con el cual los judíos cubrieron el Rostro del Salvador en casa de Caifás, diciéndole: "Christo, adivina quién te ha herido."

El *alba*, túnica blanca que llega hasta los piés, representa la bata blanca con que, por irrisión, vistió Herodes á Nuestro Señor Jesucristo.

El *cíngulo*, ó cordón, significa la

cuerda con que el divino Maestro fué atado en el huerto de las olivas.

El *manípulo* representa las ligaduras que agarrotaron sus brazos.

La *estola*, larga y estrecha banda que el sacerdote se pone entorno del cuello y cruza delante del pecho, es figura de las cadenas de hierro con que fué cargado después de su condenación.

La *casulla* representa el manto purpúreo que en casa de Pilatos echaron los soldados sobre los hombros del Señor. La cruz trazada sobre ella significa aquella sobre la cual fué clavado, y la columna de delante, la de la flagelación.

El *bonete* con que el sacerdote cubre la cabeza al ir y al volver del altar representa la dignidad y autoridad del sacerdote.

El color de la casulla es variable; puede ser blanco, rojo, verde, violado ó negro, y cada uno de estos colores tiene su significación propia.

El *blanco*, imagen de la luz, expresa gozo, inocencia, triunfo, gloria, inmor-

talidad. Empléase en las fiestas del Señor, manantial de toda luz y gozo; en las fiestas de la Virgen María, madre de la luz del mundo y como á figura de la inmaculada pureza de la Reina de las vírgenes; en las festividades de los santos ángeles, que moran en la luz eternal, y en las solemnidades de los santos que no sufrieron el martirio.

El color *encarnado* significa fuego y sangre, amor á Dios y al prójimo. Se usa la casulla encarnada en las fiestas del Espíritu Santo, que enciende la llama del divino amor en nuestras almas; en las fiestas de los mártires, que derramaron su sangre por el amor á Dios, y en las solemnidades de la Pasión, ó de los instrumentos de la pasión del Señor.

El color *verde* simboliza esperanza, deseo de vida eterna y es el color propio del año eclesiástico. El elevado número de estas fiestas hace que se use solamente en ciertos domingos después de Pentecostés.

El color *morado*, señal de penitencia, se emplea en el Adviento, la Cuaresma, las vigilias y en las cuatro Témporas.

El *negro* es color de luto; negra es la casulla en la Misa de difuntos y el Viernes Santo, para testimoniar nuestro dolor de haber crucificado á Nuestro Señor con nuestros crímenes.

Tales son los cinco colores litúrgicos; su vista puede excitar en nuestras almas, durante la santa Misa, los sentimientos que les ofrece la Iglesia.

En tercer lugar debemos tener en cuenta los objetos que sirven para el santo sacrificio.

El *cáliz*, consagrado por el prelado, recuerda á la vez el cáliz de amargura que Jesús bebió hasta las heces y el sepulcro en el cual fué depositado su cuerpo.

La *palia*, trozo de lienzo cuadrado que sirve para cubrir el cáliz, significa la piedra cuadrangular del sepulcro.

La *patena*, la urna que contenía los perfumes para embalsamarle.

El *corporal*, sobre el que se coloca el cáliz y la Hostia, el sudario en que fué envuelto el cuerpo del Salvador.

El *purificador*, con que se enjuga el cáliz, los lienzos que se utilizaron para enjugar el cuerpo de Jesús.

El *velo*, cuadrado de seda con que se cubre el cáliz, el velo del templo que por sí sólo se desgarró de arriba á bajo después de la muerte de Cristo.

Se necesitan además muchos otros objetos para la celebración de la santa Misa: pan sin levadura, vino, agua, dos vinajeras, un lavabo y una campanilla.

La mayor parte de estos objetos son de tal manera indispensables que el celebrante cometería grave pecado al omitirlos.

§ 4. De las ceremonias de la santa Misa.

Se reconoce en fin la excelencia de la Misa en las ceremonias prescritas para celebrarla. La enseñanza católica sobre

esta materia está contenida en las siguientes palabras:

« Los hombres son de tal condición que les es difícil levantarse á la consideración de las verdades divinas sin el auxilio de las cosas sensibles. A esta causa, nuestra madre la Iglesia ha mandado que las diferentes partes de la misa se dijeran ahora en voz alta ahora en voz baja. Ha impuesto también varias ceremonias, como son bendiciones, cirios, incienso, ornamentos y otras muchas cosas pare conformarse con las enseñanzas de los apóstoles y usos de la tradición. Tienden los ritos ceremoniales á dar á conocer la Majestad de Dios y á mover á los fieles á la contemplación de los misterios divinos que se ocultan en el sacrificio de la Misa. »

A pesar de las explicaciones detalladas que sobre dichas ceremonias se encontrarán al final del presente libro, vamos á exponerlas brevemente con objeto de dar desde ahora una idea del número y calidad de las mismas.

El sacerdote hace diez y seis veces la señal de la Cruz; se vuelve seis veces al pueblo; ocho veces besa el altar; levanta once veces los ojos al cielo; se da diez golpes de pecho; hace diez genuflexiones; une las manos cincuenta y cuatro veces; hace veintiuna inclinaciones de cabeza y siete con los hombros; se prosterna ocho veces; treinta y una veces bendice la ofrenda con la señal de la Cruz; veintinueve veces pone las manos sobre el altar; catorce veces ora con los brazos extendidos y treintiseis juntando las manos; pone éstas, juntándolas, siete veces sobre el altar; coloca nueve veces la mano izquierda, sola, extendida sobre el altar y once veces la lleva al pecho; eleva ocho veces ambas manos al cielo once, ora en voz baja y trece en alta voz; descubre diez veces el cáliz y cambia de lugar veinte veces.

Además de estas tres cientas cincuenta ceremonias, tiene que llevar á cabo ciento cincuenta más, componiendo un total de quinientas. Añadamos á éstas las cuatrocientas rúbricas prescritas

y nos convenceremos de que el sacerdote que celebra la santa Misa según el rito católico, está obligado, bajo pena de pecado á novecientas diferentes obligaciones, cada una de las cuales tiene su significado espiritual y tiende á llevar á cabo digna y piadosamente el santo sacrificio, por cuyo motivo ordenó formalmente al Papa Pío V que así los cardenales, arzobispos y prelados, como los simples sacerdotes, celebraran la Misa de esta suerte, sin hacer cambio alguno y sin añadir ni quitar nada.

¡Cuánto agradecimiento no debemos àl cura que por nosotros celebra la Misa y con estas augustas ceremonias dirige nuestras preces al Padre celestial, al propio tiempo que el divino sacrificio!

Al llegar á este punto puede ocurrírsenos la duda de si sería ó no más útil para la edificación é instrucción de los fieles el uso de la lengua vulgar en la celebración de la santa Misa, en vez

de la latina, que la mayor parte de fieles no comprende.

Ante tal duda respondemos que la Misa no es un sermón, sino un sacrificio, ya que el cura no la celebra para instruir al pueblo sino para ofrecer en su nombre el sacrificio del Nuevo Testamento. Aun que no deja de ser cierto que hay que pronunciar palabras para celebrar, no obstante, tales palabras se dirigen más bien á Dios que á los fieles, y eso explica el porqué la mayor parte de oraciones se dicen en voz baja.

Por otra parte, para participar de los beneficios del divino sacrificio, no es necesario comprender las palabras del celebrante; basta tan sólo unirse á sus intenciones y encomendar á Dios nuestras necesidades; y esto puede hacerlo cada uno en su idioma propio, pues poco importan á Dios las palabras. Esto sin contar que la mayor parte de devocionarios contienen la traducción de las oraciones latinas de la Misa.

La Iglesia emplea la lengua latina por ser ésta la que se hablaba en Roma, cuna del cristianismo. Así como no hay mas que un solo Dios, un solo Cristo, una fe sola, un solo bautismo, una sola Iglesia Católica romana y un solo sacrificio en dicha Iglesia, así también no puede haber más que una sola lengua para ofrecer este sacrificio, y la referida unidad de lenguaje es un símbolo de la unidad de la Iglesia. Por eso el católico encuentra su casa en nuestros templos, porque dondequiera que nuestra Madre la Iglesia reúna sus hijos alrededor del altar del sacrificio les habla un solo lenguaje.

§ 5. Del principal sacerdote de la santa Misa.

Con todo lo acabado de manifestar podemos formarnos una idea de la dignidad de la santa Misa. Sin embargo, nada hay que demuestre la excelencia de ella como el considerar quien es el que ofrece este sacrificio.

Ahora bien: ¿Quién es el sacrificador? ¿Es acaso el sacerdote, el obispo, el mismo Papa? No, por cierto. ¿Es un ángel, un santo ó acaso la Madre de Dios? Tampoco. No es otro que el Sacerdote de los sacerdotes, el Obispo de los obispos, el único Hijo de Dios, Jesucristo, el sacerdote eterno según el orden de Melquisedech. El es quien da á la Misa excelencia incomparable; El es quien eleva el sacrificio cristiano al rango de obra divina.

Que es Jesucristo el sacerdote lo probaremos con estas palabras de San Juan Crisóstomo: «Jesucristo que ha preparado el convite ahí está para presidirle, porque no es el hombre quien transustancia el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo, sino el mismo Jesucristo que fué crucificado por nosotros». [1]

San Juan Crisóstomo enseña con las precedentes palabras que Cristo desempeña personalmente las funciones esenciales de la Misa, que baja del cielo, que cambia el pan y vino en su cuerpo y sangre, que se ofrece en holocausto á su Padre para la salvación del mundo y, como fiel mediador, ruega por los pecados del pueblo y presta su voz y sus manos á los sacerdotes, sus servidores, para el cumplimiento del sacrificio divino.

(1) 8ª homil. in Math.

Si alguien se resistiera á creer el testimonio del citado santo, le recomendamos lo que dice sobre el particular el Concilio de Trento: «El sacrificio de la Cruz y el sacrificio de la Misa es uno solo é idéntico sacrificio, porque el que se inmoló por modo cruento en la cruz, se inmola en la santa Misa por modo incruento, por ministerio de los sacerdotes» [1].

La doctrina de la Iglesia es, pues, que los sacerdotes son simplemente los servidores de Cristo y que Nuestro Señor Jesucristo se ofrece en el altar tan real y verdaderamente como se ofreció en el patíbulo de la Cruz.

(1) Trident. ses. 32, c. 2.

¡Qué exelso honor, qué inmensa gracia, qué inestimable beneficio tenemos en este acto por el cual se digna Jesús constituirse en nuestro Sacerdote y nuestro Mediador y abogado!

Oigamos á San Pablo en su carta á los hebreos: « A la verdad, tal como éste nos convenía que fuese nuestro pontífice, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores *ó de todo pecado,* y sublimado sobre los cielos. El cual no tiene necesidad, como los demás sacerdotes, de ofrecer cada día sacrificios, primeramente por sus pecados, y después por los del pueblo: porque esto lo hizo una vez sola, ofreciéndose á sí mismo. Pues la ley constituyó sacerdotes á hombres flacos: pero la palabra de Dios, *confirmada* con el juramento *que ha hecho* posteriormente á la Ley, estableció *por pontífice* á su *Hijo Jesucristo, que es santo* y perfecto eternamente. » (1)

¿No son en verdad hermosas tales

(1) Hebr. VII. 26—27—28.

palabras con las que nos manifiesta el Apóstol cuánto es el amor que Dios nos profesa, puesto que nos ha dado por sacerdote y mediador no á un hombre frágil y pecador sino á su mismo Hijo que es la propia santidad?

Pasemos á considerar ahora porqué Jesucristo no ha querido confiar su sacrificio á los hombres. La primordial razón es que dicho sacrificio debía ser de una pureza absoluta, como lo anunció el profeta Malaquías: « En todo lugar se sacrifica y se ofrece al Nombre mío una ofrenda pura. » (1) La Iglesia lo proclama así también: „Este sacrificio es el sacrificio de la Misa al que no puede mancillar ni indignidad ni culpa alguna del celebrante. (2) Si el sacerdote fuese el verdadero sacrificador, la Misa podría ser profanada y en muchos casos se podría dudar de si Dios la aceptaba con agrado. Por esto ha dado Dios el nombre y oficio de sacerdote á su

(1) Malaq. c. I. v. 11 — (2) Trid. ses. XXII, c. 1.

Hijo unigénito, al „ sacerdote eterno según el orden de Melquisedech. “ [1]

Por consiguiente el celebrante no es, propiamente hablando, el sacrificador, sino tan sólo el servidor del sumo sacerdote Jesucristo. Así como si un servidor ó criado recibe de su amo un presente para ofrecerlo á un santuario, el valor del dón no desmerecería aunque dicho criado estuviese en pecado mortal, de la misma suerte la indignidad del sacerdote no hace desmerecer el sacrificio.

¿Por qué Jesucristo no ha confiado la Misa ni á los ángeles, ni á los santos, ni á su Santísima Madre, quienes, puros y de gracia llenos habrían ofrecido el sacrificio de la manera más santa y piadosa? ¡Qué edificación, Dios mío, al ver celebrar la Misa á San Pedro, á San Pablo á los serafines! ¡Qué alegría y qué devoción no sentiría la concurrencia ante al respeto, fervor y atención del celebrante! Sus corazones arderían

(1) Ps. CIX. 5.

entonces con una llama abrasadora de piedad y caridad divina.

Pero todo ello subiría de punto si la misma Madre de Dios ofreciera á su divino Hijo en el ara del altar.

Una Misa de tal naluraleza sería muy perfecta, y no obstante no alcanzaría aun, ni con mucho, á lo que exige la santidad de Dios y sería indigna de su sublime majestad. Por eso Jesucristo se ha reservado la Misa para El solo, porque sólo El, que es el Verbo eterno, es quien puede ofrecerla de una manera absolutamente agradable á la excelsa Trinidad.

Síguese de aquí que cada Misa que se dice es de un valor infinito, celebrada por el mismo Jesucristo con tal devoción, respeto y amor que supera á todo entendimiento humano ó angelical. Esta verdad ha sido revelada por Jesús á Santa Matilde: „Sólo yo sé bien cómo me inmolo cada día en el altar por la salvación de los hombres, y ni los mismos querubines y serafines ó cual-

quier otra potestad del cielo son capaces de comprenderlo. " [1]

¡Oh Jesús! ¡Qué insondable misterio y qué honor para nosotros, pobres pecadores, al ser admitidos á la S. Misa donde lleváis á cabo esta saludable oblación!

Considera bien, lector querido, estas palabras, y cuán útil te es la santa Misa. Nuestro Señor se ofrece por ti, prestándose á ser mediador entre tus culpas y la justicia divina, librándote del castigo á que diariamente te haces acreedor por tus pecados. ¡Ah, si te convencieses de estas verdades, cómo gustarías de la santa Misa, con qué ansia desearías asistir á ella, cuán devotamente la oirías y cómo sufrirías si te privasen de ella por sólo una vez! Soportarías voluntariamente cualquier perjuicio temporal antes que causar tal perjuicio á tu alma. Los primitivos cristianos nos dieron el ejemplo de ello, pues preferían perder la vida antes que dejar de asistir al divino sacrificio.

(1) Lib. II. 31.

Baronio refiere á este propósito hechos que tuvieron lugar en el año 303. [1]

A pesar del edicto contra los cristianos promulgado por Diocleciano, aquel fanático emperador, por el cual todas las iglesias fueron destruídas, los cristianos de Aluta, en Africa, hombres, mujeres y niños, se reunieron en una casa particular, donde oían Misa.

Los paganos no tardaron en descubrirlos y los prendieron y arrastraron á la plaza pública delante del juez y en su furor echaron al fuego, con notable desprecio, el misal y otros libros de que se habían apoderado también. Pero Dios, no consintiendo en la pérdida de tales libros, extinguió el fuego por medio de un aguacero repentino. Este prodigio confundió al juez, que envió á Cartago, donde se hallaba el emperador, á los cristianos, que eran en número de treinticuatro hombres y diecisiete mujeres, en medio de una numerosa escolta; la piadosa comitiva se puso en marcha ala-

(1) XXXVI, y 5. c. q. q.

bando á Dios y cantando himnos al Señor. Llegados ante el emperador el oficial se expresó en estos ó parecidos términos:

— Hemos descubierto á estos miserables cristianos en una casa de Aluta, donde, á pesar de vuestra prohibición, asistían á sus ritos.

El emperador mandó desnudar á uno de los prisioneros y ordenó que se le aplicase el tormento de la rueda.

Al ver esto otro cristiano llamado Telica se dirigió al emperador y exclamó:

— ¿Por qué atormentas á este solamente, oh tirano? Todos somos cristianos y con él hemos asistido á la santa Misa.

Telica pagó su acto valeroso con los mismos suplicios que acababa de envidiar.

Seguidamente el tirano preguntó:

— ¿Quién es el jefe de todos vosotros?

— El sacerdote Saturnino y todos los presentes; pero tú, desgraciado, obras contra toda justicia y equidad al ator-

mentarnos; nosotros no somos ladrones ni malhechores, ni hemos cometido crimen alguno.

— Debíais obedecer mis órdenes, — repuso el emperador — y renunciar á vuestra falsa religión.

— No acato más que la ley de Dios — contestó Telica con entereza — y por ella estoy dispuesto á dar hasta la última gota de mi sangre.

Entonces el valeroso campeón de Cristo fué desatado y conducido á la prisión.

En aquel momento se adelantó un pagano, hermano de santa Victorina, y acusó al senador Dativo de haber acompañado á Misa á Victorina.

— Nadie me ha obligado á entrar en aquella casa para oir la santa Misa — contestó la santa con presteza — Si he ido es porque soy cristiana y debo obedecer á Jesucristo.

— Estás loca — le objetó su hermano — y hablas como á tal.

— No, no estoy loca, sino que soy cristiana.

Dirigiéndose entonces á la joven le dijo el emperador afablemente:

— Vamos, ¿quieres volver á tu casa con tu hermano?

— ¡Jamás! — contestó ella — porque soy cristiana y no conozco más hermanos ni hermanas que aquellos que sufren por Jesucristo.

— Ten piedad de ti misma — agregó el emperador — y sigue el consejo de tu hermano.

— No me separaré de los míos; confieso haber oído con ellos la santa Misa y haber recibido la sagrada Comunión.

El tirano ordenó entonces recurrir á todos los medios para obligar á la joven cristiana á renunciar á su fe. Victorina poseía una belleza encantadora y procedía de noble estirpe. Sus padres quisieron casarla contra su voluntad y se escapó arrojándose por una ventana, haciéndose luego cortar los cabellos por el sacerdote Saturnino para entrar á formar parte del número de las vírgenes consagradas á Dios.

Al enterarse el emperador de estos

detalles se revolvió furioso contra Saturnino exclamando:

— ¿Eres tú el que ha inducido á todos los presentes á desobedecer mis edictos?

— Yo les he reunido — repuso el sacerdote — por orden del Señor y con objeto de celebrar la Misa.

— ¿Por qué lo hiciste?

— Porque nos está prohibido dejar de asistir al santo sacrificio.

— ¿Tú eres, pues, el jefe de estos prisioneros — profirió el emperador — y les has inducido á reunirse?

— Sí, y yo mismo he celebrado la santa Misa.

Entonces el juez ordenó que le desnudaran y desgarraran tan cruelmente con garfíos de hierro que sus entrañas salieron de su cuerpo; finalmente lo envió moribundo á la prisión á reunirse con los demás cristianos.

Tocóle luego el turno á San Emerico, á quien interrogó el tirano:

— ¿Quién eres?

— Soy el promotor de la reunión;

en mi propia casa se ha celebrado la Misa, — contestó el santo.

— ¿ Por qué albergaste á esos cristianos despreciando la ley?

— Porque son mis hermanos y yo no podía ni debía rechazarles; á más, nosotros no podemos vivir sin la santa Misa.

Después de estas palabras es desgarrado su cuerpo y llevado también á la prisión.

Luego el emperador se dirige á los restantes y exclama:

— Espero que no seguiréis el ejemplo de esos desgraciados y que no jugaréis tan ligeramente con vuestra vida.

Pero los santos mártires contestaron á una:

— ¡Somos cristianos y cumpliremos con la ley de Jesucristo hasta verter la última gota de nuestra sangre!

— No te pregunto si eres cristiano — profiere el emperador, dirigiéndose á uno de ellos, llamado Félix — sino si has concurrido á la reunión y has oído la Misa.

— ¡Peregrina pregunta! — responde San Félix — ¡como si los cristianos pudieran vivir sin la santa Misa, ó la santa Misa pudiera celebrarse para los que no son cristianos! Yo te aseguro, emisario de Satán, que nos hemos congregado con mucha piedad y hemos oído la santa Misa rezando de todo corazón.

Semejante respuesta encolerizó de tal suerte al tirano que ordenó arrojar al suelo al valeroso Félix haciéndole apalear hasta dejarle por muerto.

El resto del día transcurrió atormentando á los santos mártires y cuando llegó la noche se les encerró á todos juntos, prohibiendo á los guardías, bajo pena de muerte, que les diesen de comer y beber. Los parientes y amigos de los prisioneros que iban á visitarles ocultaban algunos comestibles bajo sus vestidos, mas los guardias les registraban cuidadosamente y les maltrataban. Este bárbaro comportamiento no fué suficiente para hacerles desistir de su empeño; noche y día permanecían ante el calabozo llorando y lamentándose, con

la esperanza de que el emperador se apiadaría al fin de los pobres prisioneros. Pero éste estaba tan obstinado en su crueldad que dejó consumir y perecer de hambre á los santos confesores.

Esta historia que Baronio ha copiado, detalle por detalle, de las actas de canonización, demuestra que desde los primeros tiempos del cristianismo se ha celebrado la Misa y que los fieles asistían á ella. Nos prueba, además, el celo que tenían los cristianos por el santo sacrificio, puesto que preferían sufrir el más atroz martirio antes que faltar á él.

¿De dónde les venía este fervor? De que conocían las excelencias de la Misa y deseaban aprovecharse de sus méritos. Que su ejemplo aumente en nosotros la devoción al santo sacrificio del altar.

§ 6. Del precioso dón ofrecido en la santa Misa.

Aunque hemos insistido mucho sobre las excelencias de la santa Misa, nos queda aun un punto muy importante que tratar; tal es la ofrenda presentada á la Trinidad beatísima.

Es evidente que esta ofrenda, para ser digna de Dios, debe ser de un precio infinito, pues, cuanto más grande es aquel á quien se ofrece, tanto más precioso debe ser el dón. Uno que se atreviesc á ofrecer una friolera á un príncipe de la tierra haría un papel ridículo. Ahora bien; ¿qué son el cielo y la tierra sino una friolera ante la inmensa majestad de Dios?

„El mundo todo es delante de ti como un granito en la balanza, y como una gota del rocío que por la mañana desciende sobre la tierra“ (1) exclama el Sabio. Siendo esto así, ¿cómo se puede encontrar en el universo cosa alguna que sea digna del Todopoderoso? En el propio cielo, ¿qué hallará Jesucristo que sea digno de Dios?

En las excelsas mansiones celestiales y en la humilde tierra tan sólo una cosa encontró: es á saber, su santa, in-

(1) Sabid. c. XI, v. 23.

maculada y bendita Humanidad, que es lo que la omnipotencia de Dios ha producido más grande, según revelación de la Virgen Santa: „Jamás ha habido ni habrá cosa tan preciosa como la humanidad de Cristo." [1]

La liberalidad de Dios ha colmado á esta Humanidad de gracias y perfecciones tantas que no podía en manera alguna concederlas en mayor número, no porque Dios no puede conceder más sino porque la capacidad de la humanidad es incapaz de contener en mayor número. Pero, á pesar de ello, esta Humanidad tan bella, pura, santa, perfecta, no puede ofrecer un sacrificio digno de la adorable Trinidad mas que por razón de su unión con la persona del Verbo eterno, unión que comunica á todos sus actos un valor y un precio infinitos.

En su permanencia en la tierra la Santa Humanidad del Salvador atrajo sobre sí la más profunda veneración de las criaturas tanto terrenales como ce-

(1) Revelaciones de Santa Brígida Lib III. 13.

lestiales. ¿Qué hemos de decir de la universal adoración prestada á esta santa Humanidad, sentada gloriosamente por una eternidad á la diestra del Padre celestial?

Esta santísima Humanidad de Jesucristo constituye la única ofrenda digna de ser presentada al santo sacrificio; y efectivamente es el mismo Jesús quien lo ofrece y con él presenta todo lo que en ella se ha cumplido y todo lo que ha padecido durante los treinta y tres años de su vida mortal: ayunos, vigilias, oraciones, caminatas, mortificaciones, predicaciones, persecuciones, insultos, burlas, lágrimas y sudores, su agonía en el huerto de las olivas, su flagelación, coronación de espinas, crucifixión, muerte y sepultura. Y por añadidura ofrece su Humanidad inseparablemente unida á su Divinidad, porque si bien la Divinidad no es objeto de sacrificio, no obstante se ofrece la Humanidad al estado de perfección á que la eleva la unión hipostática.

Probemos, según lo expuesto, de formarnos concepto de tal ofrenda.

Cristo no ofrece su humanidad bajo la forma que tiene actualmente en el cielo; sino bajo otra forma que toma en el altar. En el cielo es tan gloriosa que los ángeles tiemblan ante su Majestad; mientras que en el altar, desciende á tal grado de humildad que los mismos espíritus puros se anonadan. Las especies de pan y vino le tienen cercado como en una prisión y tan estrechamente que ningún poder puede libertarle y permanece con ellas todo el tiempo que subsisten. ¿Cómo se presenta á la Santísima Trinidad en este prodigio de humildad? ¡Oh! ¡Qué gloria para el Padre celestial! ¡Qué virtud, qué excelencia no recibe la santa Misa, en que tienen cumplimiento estos misterios! ¡Qué bendiciones, qué gracias para las intenciones de aquellos en beneficio de los cuales se ofrece el santo sacrificio! ¡Qué consuelo, qué bálsamo reciben las almas del purgatorio cuando se celebra la santa Misa, ó se la oye á ellas aplicada!

La Misa cotidiana es el arma por la cual la gracia y la misericordia suple á la justicia. Demos, pues, gracias al Redentor por haber legado á la miserable humanidad este sacrificio tan valioso y démosle gracias también por habernos dado un medio tan seguro de atraer la misericordia divina sobre nosotros.

En honor de la santa Misa pasaremos á relatar cómo tuvo lugar la consagración de la capilla de Einsiedeln y como el mismo Jesucristo celebró con gran solemnidad el excelso sacrificio.

Ochenta años después de la muerte de San Meinrad, ermitaño, otro piadoso ermitaño de noble estirpe llamado Eberhard, fué á suplicar á San Conrado, obispo de Constancia, que fuese á consagrar la capilla del Santo. El virtuoso prelado accedió á la petición y al ir San Conrado á la iglesia á orar oyó un coro de ángeles que cantaban las antífonas y responsos de la consagración.

Entró y vió la capilla llena de espíritus celestiales y al mismo Jesucristo revestido con los ornamentos episcopa-

les que procedía á la consagración del santuario. En vista de ello San Conrado quedó sumido en un santo arrobamiento, pero siguió observando con atención.

Oyó como Nuestro Señor Jesucristo pronunciaba las palabras de la Iglesia, y vió como llevaba á cabo las ceremonias prescritas para estas circunstancias, asistido de los apóstoles, los ángeles y una multitud de santos. La Madre de Dios, á quien estaba dedicada la capilla, aparecía por encima del altar más refulgente que el sol y más brillante que el rayo.

Cuando terminó la consagración, empezó el Señor la Misa solemne, después de la cual desapareció tras la corte celestial, dejando á San Conrado en transportes de júbilo, que reconoció luego en las cenizas que cubrían el suelo la huella de los pies del Salvador y en las paredes las señales de las unciones.

A la mañana siguiente el clero fué á buscar á San Conrado para dar comienzo á las ceremonias. Pero él exclamó:

— No puedo consagrar este templo porque lo está ya de una manera misteriosa.

Insistieron los otros, pero de pronto se oyó una voz celestial que repitió por tres veces:

— ¡Detente hermano!; el oratorio está consagrado ya.

Desistieron entonces y el Santo envió á Roma la relación de este hecho maravilloso. (1)

Caro lector, ¿verdad que sientes un deseo vivísimo, un ansía irresistible en tu alma? ¡Ah, dirás en estos momentos, quién pudiese asistir á una fiesta semejante, ver lo que vió San Conrado, y escuchar lo que él escudió! ¡Qué dulce arrobamiento, que emoción tan sublime!

Pero, lector querido, ¿qué echas de menos? ¿No es Jesucristo el sumo sacerdote en todas las misas? ¿No desciende todos los días sobre el altar rodeado de ángeles y querubes?

(1) Tuvo lugar esta consagración el 14 de septiembre del año 948. Refiérela el mismo obispo San Conrado en su libro *De secretis*.

¡ Cuánta dicha no sentirías si considerases que tú estás entre tan excelsa concurrencia, y que unes tus oraciones á las suyas para elevarlas hasta el trono de Dios !

CAPÍTULO III

De los símbolos y misterios del santo sacrificio de la Misa.

„ Venid y observad las obras del Señor y los prodigios qua ha hecho en la tierra. " [1]

He aquí una sugestiva invitación para admirar las maravillas del santo sacrificio.

Según San Buenaventura : „ Son estas en mayor número que gotas hay en el mar, átomos en el aire, estrellas en el cielo y ángeles en la gloria. " [2]

Y Sánchez añade: „ Se nos dan en la Misa tesoros tan admirables, dones tan preciosos, bienes tan positivos en este mundo y para el otro esperanza tan firme,

(1) Ps. XLV. v. 9.
(2) De Sacram virtute, lib. VI, cap. 19.

que para creerlo necesitamos de la virtud de la fe. A la manera que puedes sacar cuanta agua quieras del mar sin agotarla, del mismo modo puedes sacar de la Misa todas las gracias que quieres sin que llegues á agotar sus tesoros. " [1]

La relación siguiente servirá para hacer comprender mejor esta doctrina.

San Juan de San Facundo, [2] monje agustino, tenía una profundísima devoción al santo sacrificio de la Misa; además de celebrarla cotidianamente, su celo era tan ardiente que lo verificaba temprano y con tal lentitud que nadie se prestaba á ayudársela. Suplicó en cierta ocasión al Prior que ordenase expresamente á los hermanos que se la ayudasen.

— ¿ Por qué tardas tanto y cansas de esta manera á todo el mundo? — contestóle el Prior.

Y acto seguido agregó :

— En adelante dirás la Misa como los demás sacerdotes.

(1) Thes. Missae, cap. I.
(2) Henschen, in actis sancti ad XII diem Junii.

Semejante orden le pareció demasiado severa al piadoso monje; pero á pesar de ello la obedeció durante algún tiempo. Mas un día se echó á los pies del Prior y le suplicó encarecidamente que le dejase seguir su antigua costumbre.

— No puede ser — respondió éste — cansas demasiado á los legos.

— Y yo — dijo Juan — no puedo ir más deprisa; hay motivos que me lo impiden.

El prior quiso conocerlos pero Juan no consintío en revelárselos sino bajo secreto de confesión.

Luego de haberle escuchado mandó el Prior á los legos que ayudaran la Misa al Padre Juan, sea cual fuese la duración del sacrificio. Pero como ardía en deseos de comunicar á la comunidad el secreto del religioso solicitó y obtuvo el permiso para hacerlo.

— Está seguro — dijo á otro monje, — de que si nuestro hermano Juan celebra tan lentamente es porque Dios le revela los misterios augustos del santo

sacrificio, misterios tan grandes que la inteligencia humana no puede comprender. Me ha contado cosas tan sublimes, que poco me ha faltado para perder el conocimiento. Jesucristo se le aparece á este Padre, le habla afectuosamente, le muestra sus adorables llagas de donde brotan rayos que hiriéndole en todas partes le confortan de tal suerte que bien podría vivir sin comer ni beber. El P. Juan contempla el cuerpo de Jesucristo cual brillante sol, de que toma la gloria y la belleza infinita, y en una palabra, ve tales cosas que ningún hombre llegará á profundizar ni expresar. Esto me ha convencido de la grandeza y de los beneficios que recibimos al celebrar y asistir á la santa Misa y jamás me abstendré de predicar y exhortar á los fieles dicha asistencia.

§ 1. De los símbolos del santo sacrificio de la Misa.

La primera imagen del santo sacrificio de la Misa la encontramos en el sacrificio del justo Abel quien ofreció

píadosamente las primicias de su rebaño al Altísimo: „El Señor miró con agrado á Abel y á sus ofrendas" ([1]) dice la Sagrada Ecritura. Es decir; la ofrenda de Abel fué agradable á Dios, porque brotó de un corazón sumiso y fiel y fué presentada á Dios mismo. «Por la fe, Abel ofreció á Dios un sacrificio más excelente que el de Cain; y fué declarado justo, dándole el mismo Dios testimonio de que aceptaba sus dones." ([2]) Este testimonio le fué revelado porque bajó fuego del cielo y consumió el holocausto.

De la misma suerte, en la santa Misa, después que el sacerdote ha ofrecido el pan y el vino y ha pronunciado las palabras de la consagración, el Espíritu Santo, como divino fuego, consume la oblación del pan y el vino, cambiándolos en el cuerpo y sangre del Redentor.

Este holocausto es infinitamente más

(1) Genes. c. IV, c. 4.
(2) Hebr. c. XI, v. 4.

agradable á Dios que el de Abel, y el Padre celestial lo acepta con estas palabras: — Este es mi querido hijo en quien tengo puesta toda mi complacencia. ([1])

Otras figuras del santo sacrificio de la Misa, son los sacrificios de Abraham, de Isaac, de Jacob, referidos en diversos pasajes de la Sagrada Escritura. La Iglesia se complace en especial viendo una imagen del buen Jesús ofreciéndose de una manera incruenta en la Misa, en el doloroso sacrificio que Abraham estuvo á punto de llevar á cabo cuando ató á su único hijo, le puso sobre el haz de leña, levantó la cuchilla para herirle y Dios se dió por satisfecho de su obediencia.

Pero el símbolo más patente de la Misa, es el sacrificio que ofreció Melquisedech como reconocimiento del triunfo de Abraham, sacrificio *nuevo*, que consistía en pan y vino, é iba acompañado de oraciones y ceremonias especiales.

(1) Math. c. III, 17.

El propio Melquisedech representa á Jesucristo y su nombre significa rey de la justicia; era rey de Salem, es decir, de la paz, como Jesucristo era rey y sacerdote á la vez. Desconocíase su genealogía, ignorábase el día de su nacimiento y el de su muerte, como imagen del incomprensible nacimiento eterno del Hijo de Dios, en el seno del Padre, de su ascensión y de su venida al final del mundo. Parece que Melquisedech no haya tenido otra misión que cumplir que la del sacrificio. Jesucristo vino para ser sacrificado en el suplicio de la Cruz. Melquisedech ofreció pan y vino y estas substancias constituyen la ofrenda de Jesús, primero en la Cena memorable y luego todos los días, hasta la consumación de los siglos. El sacrificio de Melquisedech fué ofrecido como en acción de gracias y el de la Misa es la eterna acción de gracias que de la cristianidad por su rescate de la esclavitud del demonio, Abraham, padre de los creyentes, presentó ofrendas á Melquisedech y de Jesucristo se escri-

bió: „Los reyes de Tarsis y los de las islas le ofrecerán regalos: haránle presentes los reyes de Arabia y de Saba: le adorarán todos los reyes de la tierra, todas las naciones le rendirán homenaje (1). Inmediatamente después de la consagración, menciónanse en el canon de la Misa los antiguos sacrificios: „Ofrecemos á vuestra sublime Majestad el don de una víctima † pura, víctima † santa, víctima † sin mancha, sagrado pan † de vida eterna y cáliz de eterna † salvación. Vos habéis aceptado en otro tiempo el sacrificio de tiernos corderos ofrecidos por Abel; el sacrificio que Abraham os hizo de su hijo inmolado sin perder la vida; en fin, el misterioso sacrificio de pan y vino que os ofreció Melquisedech.“ (1)

Con todo lo dicho creemos haber probado palpablemente que este sacrificio fué un símbolo del de la santa Misa.

Muchos católicos interpretan mal esta oración que por otra parte indigna á los herejes.

(1) Ps. LXXX, v. 10 y 11

Según la falsa apreciación de los primeros el sacerdote pide á Dios que acepte el sacrificio de la Misa con el mismo agrado que los de Ábel, de Abraham y de Melquisedech, como si pudiera establecer se comparación entre el cuerpo y sangre de Jesucristo y la oblación de los animales, del pan y del vino. En realidad el sacerdote no solicita la indulgencia de Dios para la víctima, no ignorando que su único Hijo es infinitamente más querido del Padre que todas las criaturas juntas; pero sí pide al Señor que se digne acoger favorablemente su sacrificio que le pertence, es decir, su obra personal, como se dignó aceptar la piedad con la cual Abel, Abraham y Melquisedech le ofrecieron sus holocaustos.

§ 2. De los misterios del santo sacrificio de la Misa.

En la santa Misa no sólo se realizan todos los sacrificios simbólicos sino que también se representan los principales misterios de la vida y Pasión del

Señor, lo que indica David cuando dice: „Memoria eterna dejó de sus maravillas: misericordioso y compasivo es el Señor.“ (1) Y para que nos compenetremos mejor de su pensamiento añade en otra parte: „Rodearé, Señor, tu altar para oir las voces de alabanza y referir todas tus maravillas.“ (2) El mismo sentido tienen las frases dirigidas por el Salvador á los Apóstoles después de la institución de la Eucaristía: „Haced esto en memoria mía.“ (3)

¿Mas, cómo tiene lugar esto?

En primer lugar, renuévase en la Misa el misterio de la Encarnación. En el día de la Anunciación, habiendo María ofrecido al Señor su cuerpo y su alma, el Espíritu Santo formó en sus entrañas el cuerpo de Jesucristo; así cuando el sacerdote presenta el pan y el vino y los ofrece á Dios, el Espíritu Santo los cambia, en virtud de las palabras de la consagración, en el verdadero cuerpo y sangre de Jesús, de suerte

(1) Ps. CX, 4. (2) Ps. XXV, v. 6 — 7.
(3) Luc. XXII, 19.

que el sacerdote recibe en sus manos al Hijo de Dios, con tanta realidad de verdad como lo recibió la santa Virgen en su casto seno.

En segundo término, observamos que se renueva en la Misa el misterio de la Natividad. Jesucristo nació del cuerpo inmaculado de la Santísima Virgen y en la Misa nace á la voz del sacerdote. Apenas dicha la última palabra de la consagración el Niño Jesús está realmente en el altar. Por eso se arrodilla el sacerdote, adora á Dios, lo eleva por encima de su cabeza y lo muestra al pueblo.

¿Quién no se representa en esos momentos, á María ofreciendo su carísimo Hijo á la adoración de los pastores? Los fieles que adoran á Jesús bajo las especies de pan y vino practican un acto de fe más grande que la de los pastores, quienes vieron realmente la Humanidad de Cristo y creyeron en su Divinidad, á la vez que á nosotros no nos es dado contemplar más que las apariencias de pan y vino, y creemos firme-

mente en la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo.

Tenemos ante nosotros en la Misa al mismo á cuyos pies se postraron los Reyes Magos, al mismo que Simeón tuvo en sus brazos y que la Santísima Virgen presentó á Dios en el templo. ¡Qué medio más fácil de cimentar nuestra piedad y de merecer la recompensa eterna! Pero aun hay más; Jesús nos predica su evangelio por boca del sacerdote; realiza su mayor milagro ante nosotros, transformando el vino en su sangre, prodigio más portentoso que el de las bodas de Caná; transubstancia, como en la Cena, el pan en su cuerpo adorable y en la *elevación* lo vemos de la manera como estaba levantado en la cruz, pareciéndonos oir resonar aun sus postreras palabras: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen." [1]

Aunque nada de esto veamos con los ojos de nuestro cuerpo, no por ello es menor nuestra creencia, y adquirimos

(1) Luc. XXIII, 35.

por esta virtud más méritos que los que vivieron en tiempos del Salvador, quienes lo comprobaron con sus propios sentidos: "Bienaventurados los que no vieron y creyeron." (1) „He aquí que permanezco con vosotros hasta la consumación de los siglos." (2) Esta consoladora promesa tiene cumplimiento en la santa Misa. En efecto; Jesucristo, Dios y hombre, está presente en la Misa y en el Santísimo Sacramento del altar; mas si habita en el tabernáculo entre nosotros día y noche, presto á escuchar nuestros ruegos y á consolarnos en nuestros infortunios, en la Misa se convierte en nuestra víctima, en nuestro mediador y ejerce por derecho el ministerio sacerdotal de "ofrecer dones y sacrificios por los pecados de su pueblo." (3) y este dón, este sacrificio, no es otro que el de sí mismo. De aquí nace una gran diferencia entre la Hostia de la custodia y la de la Misa. En la custodia y copón se ofrece Jesucristo á nuestra adora-

(1) Math. XXVIII, 20. (2) Juan XX, 29.
(3) Hebr. VIII, 3.

ción y como alimento de nuestra alma; mientras que en la Misa es nuestro mediador, es nuestra víctima.

Mas, ¿por qué quiere Jesús quedarse entre nosotros hasta la consumación de los siglos? Porque El es la cabeza de la Iglesia y los fieles son el cuerpo; y no pudiendo estar éste en el cielo con la cabeza tiene que quedarse ésta en la tierra con el cuerpo. Por otra parte, Jesucristo es el esposo de le Iglesia y la ama lo indecible; ¿cómo, podía, pues, estar separado de ella? Sobre este amor se expresa San Pablo de la siguiente manera: "Vosotros maridos amad á vuestras mujeres así como Cristo amó á su Iglesia y se sacrificó por ella, para santificarla, limpiándola en el bautismo de agua con la palabra de vida, á fin de hacerla comparecer delante de El llena de gloria, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino siendo santa é inmaculada." (1) Todo cristiano es miembro de la Iglesia por el bautismo y ad-

(1) Efes. V. 25 — 26 — 27.

quiere la hermosura de los ángeles, de suerte que cuanto más inocente sea un alma tanto más será amada por Jesús con más cariño que un prometido puede amar á la más hermosa de las novias, y jamás se apartará de la Iglesia formada por la unión de todas las almas santas.

La unión de Jesucristo con su Iglesia no es corporal, sino espiritual según nos lo dice el profeta Oseas: " Y te desposaré conmigo para siempre: y te desposaré conmigo mediante la justicia *ó santidad* y el juicio, y mediante la misericordia y la clemencia. Y te desposaré conmigo mediante la fe, y conocerás que yo soy el Señor. " [1] Esta unión en la fe requiere que Jesucristo permanezca oculto, para que su esposa, el alma fiel, ponga en práctica la virtud de la fe y sea ésta más meritoria. Y finalmente este tierno esposo de nuestras almas se desvive en proporcionarnos alimentos y se digna ocuparse de

(2) Oseas, II. 19 — 20.

nuestros intereses; y todo ello lo lleva á cabo en la Santa Misa cuando se nos entrega en la sagrada Comunión.

Cristianos, si vuestra alma está en pecado mortal es la esclava de Satanás; pero si se halla hermoseada por la gracia Jesucristo la toma por esposa y nada le regateará.

Atended y admiraos de las principales gracias que este tierno esposo os otorga con una sola Misa devotamente oída.

§ 3. Setenta y siete gracias y frutos en beneficio de los que oyen la Santa Misa.

1. Dios Padre envía á su Hijo á la tierra para nuestra salvación.
2. Por obediencia á su Padre y por amor á nosotros, se humilla Jesucristo hasta ocultarse bajo las especies del pan y del vino.
3. El Espíritu Santo convierte el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.
4. Jesucristo se anonada al extremo

de estar presente en la más pequeña partícula de cada Hostia consagrada.

5. Jesucristo renueva allí el misterio de la Encarnación.

6. Nace de nuevo por nosotros.

7. En el altar da todas las pruebas de su amor que concedió á los hombres durante su vida terrena.

8. Renueva su dolorosa Pasión y nos hace partícipes de sus frutos.

9. Jesucristo muere espiritualmente y ofrece su vida.

10. Ofrece su preciosa Sangre al Padre Eterno en favor nuestro.

11. Riega nuestra alma con su Sangre adorable y la purifica de sus manchas.

12. Se ofrece en holocausto por nosotros.

13. Si tributáis á Dios este honor en unión de Jesucristo, compensáis todo el honor que os habéis descuidado de rendirle.

14. Jesucristo se hace vuestro sacrificio de alabanza y compensa las alabanzas que no habéis querido rendir á Dios.

15. Al ofrecer estas alabanzas del Hijo de Dios á su Padre celestial, le procuráis más gloria de lo que los mismos ángeles pueden darle.

16. Jesucristo se inmola por vosotros como sacrificio de reconocimiento, y suple á vuestra ingratitud.

17. Todos los beneficios de la ofrenda de este sacrificio de reconocimiento corresponden á Dios.

18. Jesucristo se ofrece como víctima expiatoria y apacigua la cólera de Dios.

19. Os perdona los pecados veniales, con tal que tengáis el propósito de no volverlos á cometer.

20. Compensa el bien que habéis omitido.

21. Repara vuestras negligencias en el cumplimiento del bien.

22. Perdona los pecados por inadvertencia: los que ignoráis ó los que habéis olvidado de decir al confesor.

23. Es vuestro sacrificio de satisfacción y extingue una parte de las deudas que habéis contraído con la justicia divina.

24. Asistiendo á la santa Misa, po-

déis expiar más pecados que con las mayores penitencias; porque:

25. Jesucristo os comunica una parte de sus méritos, que, á vuestra vez, podéis ofrecer á su Padre celestial por vuestros pecados.

26. Jesucristo ruega con tanta insistencia por vosotros en la santa Misa, como lo hizo en la cruz por sus enemigos.

27. Su preciosa Sangre pide misericordia tantas veces, como gotas ha derramado.

28. Sus sagradas llagas imploran vuestro perdón.

29. Por la oración de Jesús, vuestras oraciones en la santa Misa son escuchadas con más agrado.

30. Vuestra oración durante la santa Misa es más eficaz; porque:

31. Jesús la ofrece á su Padre en unión de la suya.

32. Aboga por vuestra causa y se ocupa de vuestra salvación.

33. Todos los ángeles presentes oran

y piden por vosotros y ofrecen vuestras oraciones á su Soberano Señor.

34. Por la virtud de la santa Misa el demonio se mantiene alejado.

35. El sacerdote ora muy particularmente por los concurrentes, y hace que el santo sacrificio les sea más saludable.

36. Asistiendo á la santa Misa os convertís en sacerdotes espirituales y Jesucristo os otorga el poder de ofrecer el santo sacrificio por vosotros y por los demás.

37. La santa Misa es el presente más agradable que podéis ofrecer á la Santísima Trinidad.

38. Este presente es más precioso que el cielo y la tierra.

39. Vale tanto como Dios mismo.

40. Es la gloria más grande de Dios.

41. Es la alegría de la Santísima Trinidad.

42. Este noble dón os pertenece, puesto que Jesucristo os lo ha cedido.

43. La audición de la santa Misa es el culto más grande de latría.

44. Por medio de esta audición, ren-

dís los homenajes más grandes á la Humanidad de Jesucristo.

45. Honráis dignamente la Pasión del Salvador, y os enriquecéis con sus frutos.

46. Honráis á la Madre de Dios.

47. Honráis y regocijáis á los ángeles y á los santos, más que con muchas otras oraciones.

48. Es el mejor medio de enriquecer vuestra alma.

49. Es la buena obra por excelencia.

50. Es un acto supremo de fe que os asegura una gran recompensa.

51. Al prosternaros con devoción y humildad ante las Sagradas Especies, lleváis á cabo un acto de sublime adoración.

52. Cada vez que miráis llenos de fe la Hostia Santa, ganáis una recompensa especial en el cielo.

53. Cada vez que os dais golpes de pecho con contricción de vuestros pecados, obtenéis la remisión de varias faltas.

54. Si tuvieseis la desgracia de estar en pecado mortal y oís devotamente

la santa Misa, Dios os ofrecerá cada vez la gracia de la conversión.

55. La santa Misa aumenta en vosotros la gracia santificante y conseguís muchas gracias actuales.

56. Asistiendo á la santa Misa, os alimentáis espiritualmente con el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.

57. Tenéis la gracia insigne de poder contemplar á Jesucristo bajo las Santas Especies.

58. Recibís la bendición del sacerdote que Dios ratifica en el cielo.

59. La asistencia á la santa Misa os atrae también bendiciones temporales.

60. Os preserva de muchas desgracias.

61. Os da fuerza contra las tentaciones.

62. Os hace merecer la gracia de una buena muerte.

63. Una Misa oída en honor de los ángeles ó de los santos os procura su protección y su socorro, que es muy poderoso.

64. A la hora de la muerte las Misas

que hayáis oído, serán un motivo de consuelo y de confianza en la divina misericordia.

65. Os acompañarán ante el justo Juez y pedirán gracia para vosotros.

66. Un gran número de Misas debidamente oídas, os aliviarán en las llamas del purgatorio; porque:

67. Cada una de ellas disminuye la pena temporal, más que la penitencia más dura.

68. Una sola Misa bien oída durante vuestra vida, será más provechosa á vuestra alma que un gran número ofrecidas después de vuestra muerte.

69. La devoción á la santa Misa os valdrá una gloria grande en el cielo:

70. Puesto que cada Misa que oís eleva vuestro futuro rango en el cielo, y aumenta vuestra beatitud eterna.

71. No encontraréis un modo más eficaz de orar por vuestros amigos, que asistiendo á la santa Misa.

72. Es un medio seguro para corresponder á los beneficios recibidos.

73. Los desgraciados, los que sufren, los enfermos, los moribundos, son poderosamente socorridos.

74. Obtenemos la conversión de los pecadores.

75. Todos los fieles alcanzan abundantes bendiciones.

76. Se alivian las almas del purgatorio.

77. Los necesitados que no cuentan con medios para hacer celebrar Misas por sus queridos difuntos, pueden, asistiendo devotamente á ellas, libertar á dichas almas del fuego del purgatorio.

En el transcurso de este libro trataremos de todos estos puntos, pero de antemano podemos exclamar con el padre Sánchez, que „si nosotros supiésemos aprovecharnos de estas gracias, una sola Misa debidamente oída nos haría más ricos que todo el universo.“

Si llegaseis á perder en un solo día setenta y siete billetes de Banco ¿no es cierto que os golpearíais setenta y siete veces la cabeza en recuerdo de una pérdida tan importante? Pues, ¡cuánta más

razón tenéis de afligiros al faltar una sola vez á la santa Misa, por pereza, por indiferencia ó por negligencia!

¡Oh! qué locura, qué ceguedad la nuestra al hacer tan poco caso de un tesoro tan imponderable.

¡Ojalá que la lectura de lo que vamos á decir, os ilumine y os inspire una veneración sin límites hacia el santo Sacrificio!

CAPÍTULO IV.

En la santa Misa Jesucristo renueva su Encarnación.

En el capítulo precedente hemos tratado de una manera sucintá los misterios del santo Sacrificio y ahora vamos á meditarlos sucesivamente, empezando por el de la Encarnación.

Digamos antes de todo que este misterio se renueva en cada Misa. "La Misa, dice Marchant, ¿que es sino una representación viva y perfecta, ó más bien, una renovación de la Encarnación, del nacimiento y vida, Pasión, y muerte

de Cristo y de la Redención que verificó? " (1) Semejante afirmación parecerá extraña á muchos, pero la comprenderán enseguida después de las siguientes explicaciones.

De un precio infinito fué el beneficio obrado por la misericordia divina cuando por obra del Espíritu Santo descendió el Verbo del cielo y se hizo carne en el seno inmaculado de María. El sacerdote adora este misterio incomprensible de rodillas en las palabras del Credo: *Et incarnatus est.*

Pero á Jesucristo no le bastaba hacerse hombre una sola vez y en su sabiduría infinita encontró el medio de reproducir sin interrupción la satisfacción ofrecida ya una vez al Padre y al Espíritu Santo por medio de su primera Encarnación; he aquí porque instituyó la Santa Misa.

La Encarnación en la Misa por mística que sea no deja de ser verdaderamente real. En testimonio de ello he aquí lo que se lee en el IX domingo des-

(1) Marchant. Hort. last. Tract IV, sec. 19.

pués de Pentecostés. "Porque siempre que se ofrece este sacrificio conmemorativo se renueva la obra de nuestra Redención."

Esta obra no es otra que la Encarnación, el Nacimiento, la Pasión y la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. El venerable Alain se expresa de esta manera: "Así como Jesucristo se hizo hombre cuando la virtud del Espíritu Santo cubrió con su sombra á la Santísima Virgen, así renueva la Encarnación en cada misa sacramentalmente por obra del mismo Santo Espíritu." (1)

San Agustín, considerando estas maravillas exclama: "Oh sublime dignidad del sacerdote en cuyas manos Cristo Jesús se encarna de nuevo! Oh celestial misterio obrado maravillosamente por el Padre, el Hijo y Espíritu Santo, con el ministerio del sacerdote." (2)

¡Oh dignidad de los fieles, añadamos, nosotros, por cuya salvación Jesucris-

(1) Alain de la Roche. Part. II, cap. 29.
(2) Sermo de sacerd. dignitate.

to se hace diariamente carne de una manera mística!

¡Qué consuelo para nosotros, hombres miserables, ser tan tiernamente amados por nuestro Dios!

En el Kempis se lee: "Cuando celebras la Santa Misa ó la oyes, debe ser para ti este misterio tan grande, tan digno de tu amor, tan nuevo, como si Jesucristo, descendiendo en aquel punto por primera vez á la tierra, se hiciera hombre en el seno de la Virgen" (1)

¿Cuál no sería nuestro gozo si se nos anunciase que Jesús vuelve á la tierra? ¿Quién no se apresuraría á adorarle y á implorar sus gracias y misericordias? ¿A qué, pues, esta indiferencia en asistir á la santa Misa? Triste es confesarlo: nuestra fe está adormecida y dejamos de lucrar de este inmenso beneficio.

Examinemos ahora de qué manera y por medio de cuántos milagros renueva Jesús su Encarnación en el altar.

(1) Imitación, lib. IV, cap. 11, n. 6.

Es artículo de fe creer que cuando el sacerdote toma la Hostia antes de la consagración no tiene en las manos más que un poco de pan, pero que en el preciso instante de pronunciarse la última palabra de la consagración referida, este pan, por un efecto de la divina omnipotencia, se convierte en el verdadero cuerpo de Jesucristo; y á este cuerpo va unida, por concomitancia, la preciosa sangre, porque un cuerpo vivo no puede estar privado de ella.

¿No es el mayor de los milagros esta transubstanciación del pan y del vino? ¿No es la maravilla de las maravillas que no haya allí ni pan ni vino, á pesar de subsistir sus especies, porque la santa Hostia conserva la forma, el color y el gusto que tenía antes de la transubstanciación? ¿No es el prodigio de los prodigios que Jesús se humille hasta llegar á caber no sólo en una Hostia sino en la menor de sus partículas?

Santa Gertrudis que estaba anonadada por estas maravillas, al oir un día las palabras de la consagración le dijo á Jesús: " Señor, el misterio que ahora acabáis de obrar es tan grande y espantable, que por mi vileza no me atrevería á verlo con mis ojos: bástame humillarme y esconderme en el más profundo valle de humildad que se me ofrezca, en espera de que me hagáis participar del sacrificio vivo de los elegidos."

Le contestó el Salvador: " Si inclinas tu voluntad á sufrir con gusto toda clase de trabajos y penas para que este sacrificio saludable á todos tenga lugar con toda la plenitud de su excelencia, habrás contribuido hasta donde alcancen tus fuerzas al perfeccionamiento de mi obra. " [1]

Con el ejemplo de Santa Gertrudis considera, cristiano, durante la celebración el importantísimo milagro que está operando Dios en el altar y embriágate en el ardiente deseo de que este

(1) Libr. III, cap. VI.

sacrificio contribuya á la mayor gloria de Dios y á la salvación de tus hermanos.

A este fin repite con santa Gertrudis: " Oh dulcísimo Jesús. La obra que vas á llevar á cabo en este momento es de excelencia tal que, en mi miseria y pequeñez, no me atrevo á mirarla: por esto, húndome en el abismo de mi nada y espero con ahinco la partecita que me toque de él, ya que la inmolación aprovecha á los elegidos. Oh Jesús amabilísimo, ojalá que yo pudiera contribuir á él. Pondría á contribución todas mis fuerzas y energías, no me espantarían las mayores penas á trueque de que el sacrificio pudiese plenamente aprovechar á todos los vivos y difuntos. Esto te pido, tiernísimo Jesús, á este fin concede á todos los que asisten todas las gracias que necesiten."

Consideremos cuán inmenso es el poder que ha concedido Jesucristo á sus sacerdotes. El citado bienaventu-

(1) Past. IV, cap. 21.

rado Alain dice hablando de ello: "El poder del Padre es tan grande que crió de la nada cielo y tierra, pero el del sacerdote llega á producir al Hijo de Dios en la sagrada Eucaristía y en el santo sacrificio." (1) Esto prueba cuánto "amó Dios al mundo, que no paró hasta dar á su Hijo unigénito; á fin de que todos los que creen en él, no perezcan, sino que vivan vida eterna." (2)

Dios patentizó por primera vez su inacabable amor á los hombres cuando envió á su Hijo á la tierra y todos los días lo manifiesta de nuevo haciendo descender del cielo al mismo Verbo para renovar su Encarnación en la santa Misa. Por su Encarnación en el seno de María Jesús adquirió un inmenso tesoro de gracias, en la de la Misa hace partícipe de ellas á todos los que la oyen ó celebran devotamente.

He aquí una prueba de ello.

El bienaventurado Juan de Alverne celebraba el santo sacrificio con gran

(1) Part. IV, cap. 27. — (2) Juan, III, 16.

fervor y esperimentaba á menudo tales dulzuras espirituales que se sentía anonadado. El día de la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen debía oficiar solemnemente; mas apenas llegado al altar sintió arrobamientos interiores tan vivos que temió no poder acabar el santo sacrificio. Y no se engañó pues al considerar en la elevación el inmenso amor que ha impulsado á Jesús á descender del cielo y revestirse de la naturaleza humana, así como á renovar sin cesar esta Encarnación en la santa Misa, sintió Juan cómo se le deshacía el corazón y le abandonaban las fuerzas, y no pudiendo pronunciar las palabras sacramentales, dijo tan sólo las primeras y no pudo continuar.

Habiéndolo notado el Padre Guardián acudió en su auxilio, mientras los concurrentes creyeron que le daba un accidente. Con un esfuerzo supremo logró el Padre Juan pronunciar las últimas palabras, *corpus meum*, y en el mismo instante la Hostia convirtióse

en un hermosísimo niño, en el que reconoció al Niño de Belén. El tierno Jesús, descubrió entonces á su siervo la profunda humildad que le impulsó á hacerse hombre y á renovar su Encarnación en la Misa; esta revelación acabó con sus fuerzas y el religioso cayó al suelo desvanecido. El Guardián ayudado de otros religiosos le asistió, varias señoras procuraron reanimarle con sales y esencias y lo consiguieron al fin. Aunque estuviese desfallecido al extremo de no poder mover sus miembros ni levantar las manos para hacer la señal de la cruz, terminó el bienaventurado al santo sacrificio asistido por el Padre Guardián; inmediatamente después perdió de nuevo el conocimiento y fué preciso llevarle á la sacristía. Parecía un cadáver; su cuerpo estaba yerto y sus manos fuertamente crispadas.

Durante algunas horas quedó en tal estado de postración que se temía ya por su vida. Cuando volvió en sí se le rogó que por amor de Dios revelara

cuanto le había sucedido en el altar y lo que había visto en su éxtasis, y cediendo él á las súplicas de los fieles dijo: " Durante la consagración meditaba el amor de Nuestro Señor Jesucristo, amor que le obligó en el tiempo á hacerse hombre por nosotros y en la actualidad á renovar diariamente esta encarnación en la Misa. "

" Entonces mi corazón se derritió como la cera y parecíame que mi cuerpo estaba desprovisto de huesos. Yo no podía sostenerme ni pronunciar las palabras de la consagración. "

" Cuando, por fin, pude decirlas percibí en lugar de la Hostia al Niño Jesús; sus miradas me traspasaban el alma y privaron á mi cuerpo de toda su energia, y caí desvanecido á la vez que se inflamaba mi pecho con el dulce amor al divino Niño. " ([1])

El santo religioso añadió muchos detalles referentes á la impresión que había recibido durante su éxtasis y ma-

(1) Cronica de la Orden de los Frailes Menores.

nifestó á sus piadosos interlocutores el infinito amor que nos profesa Jesús al renovar su Encarnación en la Misa.

Muchos santos gozaron éxtasis parecidos y tú mismo, caro lector, los experimentarías si asistieses al santo sacrificio con mayor devoción.

CAPÍTULO V.

Jesucristo renueva su Nacimiento en la santa Misa.

" En este día la suavidad brotará de las montañas y los collados destilarán leche y miel. " De esta manera canta la Iglesia católica el dulce misterio del Nacimiento de Cristo. En efecto el día de Navidad Aquél que es más dulce que la miel, Aquél que es el propio manantial de toda dulzura, trajo la verdadera alegría, anunció la paz á los hombres de buena voluntad y consoló el mundo con la aurora de un porvenir cuajado de dones.

¡ Qué inmensa alegría la del Padre

celestial en la bendita noche que vió nacer de la Virgen María á su amadísimo Hijo! ¡ Qué consuelo para el Hijo tener tal madre en la tierra y semejante Padre en el cielo! ¡ Qué satisfacción para el Espíritu Santo cuando Aquel que desde la eternidad unió á Dios Padre con el lazo de un amor indisoluble nació por su cooperación y reunió en una misma persona la naturaleza divina y la naturaleza humana! ¡ Y qué ternura para María poder contemplar á su recién nacido, hijo suyo y de Dios! ¡ Qué júbilo para los coros de ángeles que vieron comenzar la obra de la Redención por la cual, salvada la humanidad, podía ocupar los sitios vacíos desde la rebeldía de los ángeles malos! ¡ Cuán privilegiados fueron aquellos hombres que pudieron contemplar con sus propios ojos el más hermoso de los hijos de los hombres, estrecharlo entre sus brazos y cubrirlo de besos!

Ciertamente, su felicidad fué grande, pero mayor es la nuestra: puesto que

contemplamos cada día, con los ojos de la fe, al Niño Jesús y participamos sin cesar de las alegrías de su nacimiento. El santo papa Léon dice á este propósito que " las palabras del Evangelio y las profecías nos inflaman de tal manera que más bien nos parece honrar el nacimiento de Cristo, no como un acontecimiento pasado, sino, como un hecho presente. Pues también nosotros oimos continuamente el anuncio de los ángeles á los pastores: " He aquí que os anuncio una grande alegría; hoy os ha nacido un Salvador. " [1]

A nosotros nos es dado asistir á este dichoso nacimiento si asistimos á la santa Misa donde se renueva y continúa. Escuchemos á Santa Hidelgarda cuando nos dice: " Un día, después de la consagración, contemplando las sagradas especies, al punto ví el nacimiento como en un espejo." [2]

Este testimonio confirma nuestro aserto y prueba que el cielo toma parte

(1) Leo Magnus, De Nativitate.
(2) Lib. II, vis. VI.

tan activa en la consagración como hace veinte siglos en la Natividad. Y si nos empeñamos en saber de qué y cómo nace Cristo leamos este pasaje de San Jerónimo: " Los sacerdotes forman á Cristo por medio de sus labios consagrados." [1]

Lo que significa que el Salvador nace de los labios del sacerdote al pronunciar éste las palabras de la consagración. A su vez lo afirma el papa Gregorio XIII cuando recomienda á los sacerdotes que antes de subir al altar digan: " Quiero celebrar la santa Misa y formar el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo."

La Iglesia no cesa de recordarnos este nacimiento espiritual de Jesús cuando nos manda cantar el himno de los ángeles durante la santa Misa: " Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad."

¡ Qué gozo para nuestra alma si es viva nuestra fe! Entonces nuestra con-

(1) Epist. ad Heliod.

ducta para con el Niño Dios podrá compararse con la conducta, todo amor, de María, los ángeles, San José y los pastores.

Cuéntase en la Vida de los Padres que un sacerdote llamado Plega deseaba comprender vivamente la manera cómo está presente Jesucristo bajo las especies de pan y vino, no dudando ó por curiosidad, sino á causa de su acendrado amor á Nuestro Señor. Un día, mientras estaba celebrando el santo sacrificio fué tan ardiente este deseo que cayó de rodillas y exclamó:

— Os suplico, Dios mío, que, á pesar de mi indignidad me mostréis este misterio y me concedáis poder tocar con mis propias manos el cuerpo de Cristo, como logró Simeón tenerte entre las suyas.

Entonces se le apareció un ángel que exclamó:

— Levántate; si quieres ver á Jesucristo, está en realidad presente aquí, tal como su Madre Santísima lo llevó en sus brazos.

Tembló el sacerdote y levantando los ojos vió sobre el corporal al Hijo de Dios bajo la forma de un hermoso niño que afectuosamente le tendió los brazos. Como Plega no se atreviese á tocarlo le dijo el ángel:

— He aquí bajo la forma humana á Jesús á quien has visto bajo las especies de pan y vino á la vez. No tengas miedo, tómalo con tus manos y regocíjate á la vista de tu Dios y Salvador.

Alentado con estas palabras toma el sacerdote al Niño Jesús en sus brazos, le estrecha contra su corazón y le acaricia con ternura. Su ardiente deseo habíase visto satisfecho; inundado de gozo puso al Niño Dios sobre el corporal y le rogó tomara la primera forma para poderlo recibir sacramentalmente en su pecho y terminar el santo sacrificio. Volvió á aparecer la santa Hostia y el feliz sacerdote comulgó con ella.

Pero no solamente á las almas piadosas ha descubierto Jesús su presencia real sino que la ha mostrado así mismo á judíos y paganos.

Cuenta el historiador Alberto Kranz que Carlomagno había combatido muchos años contra los sajones á quienes quería convertir á nuestra fe. Después de haberlos vencido repetidas veces y obligado á renunciar á sus ídolos fueron arrastrados á la sublevación y á la apostasía por su duque Wittikind. Acercándose la Pascua, Carlomagno se trasladó por duodécima vez á Sajonia con numeroso ejército. Exhortó á sus soldados que se preparasen para la recepción de los sacramentos y se celebró la fiesta con mucha piedad en el campo de batalla. Wittikind tenía vivos deseos de ver el campo imperial y las ceremonias de nuestra religión y para ello se despojó de sus lujosos vestidos, se vistió de harapos y marchó solo al campo á pedir limosna á los soldados.

Con suma atención lo observó todo y vió que el día de Viernes Santo el emperador y los guerreros aparecían

contritos, ayunaban rigorosamente y rezaban con fervor acercándose al sagrado banquete luego de haberse confesado.

Durante la solemne Misa del día de Pascua, en la consagración vió el jefe sajón entre las manos del celebrante á un niño de incomparable hermosura. Esta visión llenó su alma de desconocida ternura y no pudo apartar su vista del sacerdote. Cuando los soldados se acercaban á la sagrada mesa vió con creciente admiración cómo el sacerdote entregaba á cada uno de ellos al mismo Niño, que era recibido por todos y consumido por cada uno en particular, sin entregarse por otra parte de la misma manera, pues el gracioso niño iba hacia unos con manifiesta alegría, mientras que no quería acercarse á otros y se resistía agitando manos y pies.

Tal espectáculo conmovió de tal suerte á Wittikind que pidió ser instruído en la fe cristiana, se hizo bautizar y llamó á misioneros que con-

virtieron el ducado de Sajonia á la fe cristiana.

A pesar de que Jesucristo nos oculta la hermosura de su humanidad manifiéstase no obstante patente á los ojos de Dios y de la corte celestial. En cada Misa se muestra con tal esplendor que la propia Santísima Trinidad recibe de ella una gloria infinita, tanto que la bienaventurada Virgen María, los ángeles y los santos experimentan un gozo inefable, según lo asegura el bienaventurado Alain de la Roche.

Cuando los ángeles contemplan el Nacimiento del Niño Dios en el altar le adoran humildemente arrodillados, porque:

"Al introducir á su primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios." (1)

He aquí lo que canta la Iglesia en el Prefacio: "Cuya majestad alaban los ángeles, adoran las dominaciones, temblando reverencian las potestades, los cielos, las virtudes de los cielos y los

(1) Hebr. c. I, v. 6.

bienaventurados serafines celebran vuestra gloria con júbilo."

Unidos á los espíritus celestiales, agradezcamos á Nuestro Señor que al renovar su misterioso nacimiento nos hace partícipes de los frutos de éste.

§ 1. Del inmenso júbilo que regocija al cielo el nuevo Nacimiento de Cristo.

El humano espíritu es impotente para concebir y explicar el inmenso júbilo que regocija al cielo el nuevo nacimiento del Salvador. La misma ciencia de los ángeles no basta para ello, por más que dichas venturosas inteligencias participen de las gracias que concede el cielo al santo sacrificio de la Misa.

En cuanto al gozo experimentado por la Santísima Trinidad, nos enseña la fe que encuentra en sí misma toda su bienaventuranza. Dice la Sagrada Escritura acerca de la Sabiduría increada, es decir, del Hijo de Dios, dice que es el "Resplandor de la luz eterna,

espejo sin mancha de la majestad divina, imagen de su bondad." [1]

Este espejo está desde toda la eternidad delante del Padre, donde se contempla con toda su complacencia. Se ve en él el Señor Todopoderoso, glorioso, sapientísimo, riquísimo, de infinita bondad y hermosura. En el constante conocimiento y contemplación de su propia persona consiste su gozo esencial y perfecto, que constituye por sí solo su infinita beatitud.

Este purísimo espejo fué colocado de una manera especial ante sus ojos en el nacimiento del Salvador; en él Jesús se revistió de la más noble de las humanas naturalezas, se enriqueció con las virtudes más preciosas y se adornó con toda suerte de perfecciones.

El Padre Eterno experimentó nuevas delicias de las que hizo partícipes á toda la corte celestial. Rebosante de gozo entonaron entonces los dichosos

---

(1) Sabid. VII, 6.

espíritus con sus voces excelsas aquel melodioso himno, el cual no podía compararse con nada de lo que en la tierra se había escuchado hasta aquel día memorable, y que inundó á los pastores de célico arrobamiento y jamás sentida alegría.

Al canto de *Gloria in excelsis*, volaron los ángeles hacia Belén, se postraron ante el recién nacido y adoraron su divinidad.

Las escenas de la noche de Navidad se renuevan diariamente en el santo sacrificio en el que nace el Hijo de Dios de los labios del sacerdote, no porque se cree un nuevo Cristo ni multiplique su persona, sino que se reproduce su presencia real y se encuentra allí donde antes no estaba su humanidad y permanece bajo las santas especies tanto tiempo como dichas especies aparecen intactas, y cesa la presencia real al corromperse las mismas.

Si el Hijo de Dios nace de nuevo de los labios del sacerdote, si éste levanta el espejo inmaculado, adornado

de tantas perfecciones para ofrecerlo á Dios, la alegría del Padre Eterno no puede ser menor que la de la noche de Navidad, porque así en Belén como en el altar contemplan los ojos á aquel de quien se ha dicho: "Este es mi querido Hijo en quien tengo puesta toda mi complacencia." [1]

La única diferencia está en que en el pesebre el Verbo estaba oculto bajo la carne mortal mientras que en la Misa su cuerpo precioso, enriquecido con las santas llagas, como cinco piedras preciosas, se halla oculto bajo las especies sacramentales; en Belén nació corporalmente; en el altar de una manera mística, aunque verdaderamente real.

Pero el Padre Eterno no se enorgullece y regocija tan sólo ante este divino espejo: Aquel á quien El ve corresponde á sus finezas con un amor infinito que aumenta la gloria del Padre.

---

(1) Mateo, III, 17.

Las delicias que goza la Santísima Trinidad exceden á todas las que recibe de las alabanzas de los ángeles, de las adoraciones de los santos, de la fidelidad de los hombres, porque la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, unida hipostáticamente á la divinidad es la única capaz de honrar, de alabar y de amar á la divinidad, cual corresponde á su infinita grandeza.

Todo esto lo hace el Salvador con tanta ternura que ni los querubines, ni serafines, llegan á comprenderlo acertadamente, y el cielo lo contempla con profunda admiración y no puede sondear la inmensidad de la gloria divina.

Y como esto se reproduce todos los días en los millares de sacrificios que se celebran, ¿quién podrá apreciar la suma felicidad que de ellos recibe la Trinidad Santísima?

¡Oh Dios de gloria! Regocijado con vuestra infinita dicha quisiera aumentarla por medio de mi piedad al santo sacrificio. Ruégoos, Señor, os dignéis

en cada Misa enaltecer y amar á la bienaventurada Trinidad; hacedlo por mí, y suplid superabundantemente el amor que yo no sé ó no puedo manifestar y el gozo que debería experimentar yo.

§ 2. Frutos de salvación que recibe el mundo del nuevo nacimiento de Nuestro Señor.

"Ahora ha nacido un parvulito para nosotros, y se nos ha dado un hijo." (1)

Esta profecía de Isaías que anunciaba el nacimiento de Jesús debe aplicarse también á la santa Misa, pues en ella nace un niño, se nos da un hijo.

¡Oh rico y precioso dón! Este niño es el mismo Hijo de Dios; llega de apartados países, viene del paraíso celestial; nos trae incomparables riquezas: la gracia, la misericordia divina, el perdón de nuestros pecados, la remisión de las penas, la enmienda de nuestra vida, la gracia de una buena muerte,

---

(1) Isaías, IX, 6.

el acrecentamiento de la gloria futura, bendiciones temporales y un preservativo eficaz contra el pecado.

El texto de Isaías encierra otro motivo de consuelo al decir explícitamente " un parvulito ha nacido para nosotros... se nos ha dado un hijo. "

Lo que significa que naciendo nuevamente por la consagración Jesús se convierte en propiedad nuestra, con todo lo que contiene. Así, pues, el honor, las acciones de gracias, las satisfacciones que ofrece á la Santísima Trinidad nos pertenecen. ¡ Qué inmenso consuelo proporciona esta consideración á todo el que oye la santa Misa! ¡ El propio Jesús nos pertenece!

El que hubiera estado presente en la noche de Navidad en la cueva de Belén y hubiera tenido al tierno Niño Jesús en sus brazos, lo hubiera ofrecido al Padre Eterno, presentándolo á El y suplicándole piedad para sí por el amor del divino Niño, Dios no hubiera permanecido sordo á sus súplicas ni se negara á satisfacerlas.

Hagamos, pues, lo mismo en la Misa, sobre todo en tiempo de Adviento y Navidad; acerquémonos en espíritu al altar, tomemos al Niño Jesús y ofrezcámoslo al Padre.

He aquí otra consideración de suma importancia.

No sólo nace Cristo en el altar de una manera mística, sino que toma tan humilde forma que llena de admiración el cielo y la tierra. Si en su primer nacimiento se humilló infinitamente y tomó la forma de un esclavo, pero humana al fin, en su nacimiento místico adoptó una humillación mayor aún, puesto que se aniquila bajo la forma de pan.

¡ Humillación inaudita! ¿ Existe algo inferior á una especie sacramental, accidente sin sustancia? Consideremos atentamente la suprema desnudez de Jesús.

¿ Dónde aparece su gloria? ¿ Dónde está su omnipotencia? ¿ Dónde aquella majestad y soberanía que hace temblar el cielo? ¿ Dónde lo ha dejado todo?

Aquel para quien los cielos son pequeños está encerrado en una humilde hostia: Aquel que gobierna desde la derecha del Padre se posa sobre el altar, atado como el cordero del sacrificio. ¡Oh abismo de humildad! ¡Oh amor incomprensible del más fiel amante de los hombres!

Pero hay más aún: Jesucristo obedece á los sacerdotes, se abandona en sus manos, les deja disponer de Sí, según sus deseos, y acepta también su bendición, por más que, según dice San Pablo: "No cabe duda alguna en que quien es menor recibe la bendición del mayor." (1)

¿Cómo, pues, Jesucristo, que es infinitamente superior al sacerdote, consiente en ser bendecido por él? Porque el sacerdote bendice el pan no sólo antes sino después de la consagración y hasta quince veces.

Cuando Jesús se presentó á Juan éste se resistió á bautizarle, diciendo:

(1) Hebr. VII, 7.

"Yo debo ser bautizado de ti, ¿y tú vienes á mí?" (1)

A su ejemplo el sacerdote debería exclamar temblando: "Señor, á vos toca bendecirme á mí, ¿cómo pues, queréis recibir la bendición de un pobre pecador?"

¿A qué este exceso de humildad? Una de las principales razones es para desarmar la cólera del Padre celestial y conjurar el justo castigo que el pecador merece.

No hay medio mejor para apaciguar al enemigo que humillarse á su presencia y pedirle perdón. La conducta de Achab nos da una prueba de ello. Cuando el profeta Elías hubo anunciado á este rey impío que el Señor le castigaría con muerte violenta, y no sólo á él sino á su esposa é hijos, y que sus cuerpos insepultos serían devorados por los perros y los cuervos, Achab se humilló delante del Señor: "Rasgó sus vestidos, cubrió su carne

(1) Juan, III, 14.

con un cilicio, ayunó y durmió envuelto en el saco de penitencia y andaba cabizbajo ó humillado." En esto el Señor habló á Elías, y le dijo: "No has visto como Achab se ha humillado delante de mí? Pues ya que por mi respeto se ha humillado, no enviaré aquellos castigos durante su vida." [1]

Ahora bien, si Achab "que nunca tuvo par en impiedad," según la Sagrada Escritura, obligó por su humildad al Dios Todopoderoso á suspender la sentencia pronunciada contra él; ¿qué no va á conseguir cerca de Dios la humildad de Jesucristo en el altar? ¿No es más de atender en este estado de aniquilamiento á que le ha reducido el amor á los hombres todos?

Miradle; se despoja de sus vestiduras de gloria y se oculta bajo las apariencias de la santa Hostia; no sólo inclina la cabeza sino que yace atado, como en holocausto, implorando del

(1) III Reyes, XXI, 27-29.

fondo del corazón perdón y misericordia.

Ante este espectáculo Dios dice á los ángeles, como antes á Elías: "¿Véis cómo se humilla mi Hijo en mi presencia?"

Los ángeles responden: "Sí, lo estamos viendo, grande es nuestro asombro."

Y el Padre Eterno continúa: "Pues que mi Hijo se abate hasta este punto, no me vengaré de los pecadores y no les castigaré según la medida de sus grandes iniquidades."

Meditemos estas palabras y persuadámonos de que si Dios no abrevia la vida del culpable, castigándole según se merece por sus culpas, débelo el pecador á la santa Misa, donde el Salvador, benigno, ha defendido su causa y ha detenido el brazo vengador de la divina justicia.

CAPÍTULO VI.

Jesucristo renueva su vida en la santa Misa.

Entre lo que más nos cautiva y apetecen nuestros sentidos debemos colocar en primer término los espectáculos. Los hombres encuentran en ellos tal placer, tal atractivo, que con gusto les sacrifican muchos días y dinero. Si consideráramos los grandes misterios de la Misa, y nos persuadiéramos de que Jesucristo se acerca al altar revestido con los hábitos de fiesta, para reproducir en él ante nuestros ojos las escenas de su vida maravillosa nos apresuraríamos á ir á la iglesia al primer toque de las campanas.

¡ Mas, oh locura mundana! Prefiere derrochar una fortuna en el teatro y malbaratar el tiempo antes que asistir á la santa Misa, donde lucra la más rica recompensa todo piadoso espectador.

Tal vez se nos objetará: ¿Qué tiene de particular que las personas frívolas prefieran el teatro al templo? Quieren divertirse, y la santa Misa no halaga su vista ni sus oídos. ¡Oh terca y lamentable ceguedad!

Si los que tal dicen miraran con los ojos de la fe disfrutarían profundamente, porque la Misa es el compendio de la vida del Salvador y la reproducción de todos sus misterios. No es una simple reproducción poética de los hechos pasados, como se ve en una producción dramática, sino que es una representación verídica de cuanto hizo y padeció Jesús en la tierra.

En efecto, en la santa Misa tenemos delante de nosotros al Niño que encontraron los pastores, que adoraron los Magos, que depositó María en los brazos de Simeón. Reposa sobre el altar para recibir los homenajes de nuestro amor.

En el Evangelio es Jesús quien nos repite sus doctrinas por boca del sacerdote y la gracia que obtiene el alma

creyente no es menor que la que recibiera si Nuestro Señor Jesucristo mismo la predicase.

Vémosle obrar un milagro mayor que el de Caná puesto que es más prodigioso cambiar el vino en sangre que el agua en vino; tal es la renovación de la última Cena y de su muerte en la cruz. No le atenazan las manos del verdugo, pero le ofrecen las manos del sacerdote, como víctima expiatoria, al Padre Eterno: " Quién se aproveche de la misa, le serán perdonados los pecados y caerán sobre él abundantes dones celestiales como si personalmente asistiese á todos estos misterios en vida mortal del Salvador " según asegura Sánchez. [1]

Y Dionisio el Cartujo se expresa de esta manera: " Toda la vida de Cristo ha sido una misa solemne continuada en la que El ha sido el templo, el altar, el sacerdote y la víctima. " [2]

Efectivamente, Jesucristo se revistió

(1) Thesaur. missæ, c. II.
(2) De vita curat. art. 16.

de los ornamentos sacerdotales en el santuario del seno materno en que tomó nuestra carne, y con ella el vestido de nuestra vida mortal; salió de dicho santuario en la noche memorable de Navidad y empezó el *Introito* al aparecer en el mundo; entonó el *Kyrie eleison* al lanzar sus primeros vagidos en el pesebre; el *Gloria in excelsis* fué cantado por los ángeles hasta que se aparecieron á los pastores invitándoles á unir sus alabanzas á las suyas conduciéndoles luego cerca del recién nacido.

Jesús dijo la *Colecta* en sus vigilias, cuando imploraba por nosotros la misericordia divina; leyó la *Epístola* cuando refiriéndose á las noticias y predicciones de Moisés y los profetas demostró que se habían cumplido ya unas y otras; anunció el *Evangelio* cuando recorrió la Judea con el fin de predicar la buena nueva; hizo el *Ofertorio* cuando en el misterio de la Presentación se ofreció á su Padre para la salvación del mundo; cantó el *Pre-*

facio al alabar á Dios continuamente en lugar nuestro, agradeciéndole sus beneficios.

El *Sanctus* fué celebrado por los hebreos el domingo de Ramos, al exclamar, en la entrada de Jesús en Jerusalén: "Bendito el que viene en nombre del Señor! Hosanna al Hijo de David."

La *Consagración* la efectuó el Salvador en la última Cena por la transubstanciación del pan y del vino en su cuerpo y sangre respectivamente.

La *Elevación* tuvo lugar cuando fué clavado en la cruz, elevado al aire y expuesto á los ámbitos más apartados de la tierra.

Dijo Jesús el *Pater noster* al pronunciar las siete palabras desde el árbol santo de la cruz; la *partición de la Hostia* se cumplió cuando se separó su sacratísima alma de su adorable cuerpo; el *Agnus Dei* lo dijo el centurión en el momento en que exclamó: "Realmente, este hombre es el Hijo de Dios."

La santa *Comunión* representa el embalsamamiento y sepultura de su cuerpo, y dió Jesús la *Bendición final* á sus discípulos en el monte de los Olivos, al extender sus manos sobre ellos en el momento de su ascensión.

He aquí la Misa solemne celebrada por Cristo en la tierra, Misa que ordenó celebrarla diariamente á sus apóstoles y, después de éstos, á los sacerdotes, si bien más brevemente.

Nosotros somos aún más dichosos que los que vivieron en tiempos de Jesucristo. Estos oyeron tan sólo una Misa, cuyos misterios se celebraron tras largos intervalos, mientras que nosotros podemos asistir á varias todos los días y recoger en breve tiempo los frutos de toda la vida del Salvador.

Para esclarecer aun más esta verdad vamos á relatar un importante sucedido explicado por el Obispo Tomás de Cantimpré y por todos los historiadores eclesiásticos de su época.

Corría el tiempo pascual del año 1524

cuando en la iglesia de San Amando en Douai sucedió que un sacerdote, al administrar la sagrada Comunión, se le cayó una Hostia en el suelo.

Asustado de este contratiempo inesperado, se arrodilló para recoger la Sagrada Forma; pero se le escapó de las manos y la vió elevarse del suelo y cernirse en los aires. No teniendo más que un corporal sobre el que estaba el copón, cogió el purificador y le extendió debajo de la Hostia, yendo entonces por sí sola á colocarse allí.

Mientras sus ojos estaban piadosamente fijos en la santa Eucaristía contempló cómo se trasformaba en un gracioso Niño y, profundamente enternecido, no pudo contener los sollozos.

Los canónigos que estaban en el coro, acudieron á socorrerle y pudieron contemplar también al mismo Niño cuya vista les colmó de celestiales alegrías.

Los fieles, al aproximarse al altar para contemplar de cerca tal maravilla se convencieron de la presencia real

de Nuestro Señor, pero, ¡extraño prodigio! donde los canónigos veían un Niño el pueblo contemplaba á Jesucristo, bajo la figura de un hombre lleno de majestad divina.

La impresión de este milagro no llegó jamás á borrarse de la memoria de cuantos tuvieron la dicha de presenciarlo. Unas veces bajaban la vista confundidos, otras la levantaban para contemplar la aparición, que duró una hora entera.

¡Quién pudiera expresar las delicias y dulzuras que experimentaron aquellos corazones durante este tiempo!

Al cabo de una hora Jesús volvió á tomar la forma de Hostia, que el sacerdote guardó en el sagrario, y todos dejaron el templo para ir á divulgar el milagro.

Este llegó á oídos del obispo de Cambray, Tomás de Cantimpré, que se trasladó á aquel sitio para oir de labios del deán de Saint-Amand la verdad de la aparición. Este le contestó que no solamente era cierto que Jesu-

cristo se había mostrado patente á gran número de personas bajo la forma humana, sino que en ella podía contemplarse aún. Entonces sintió el obispo vivísimos deseos de ver la santa Hostia y el sacerdote le llevó á la iglesia, seguido de una muchedumbre ávida de ver por segunda vez al Maestro.

El deán abrió el sagrario, no sin temor, sacó el Santísimo Sacramento, y dió con él la bendición. El pueblo prorrumpió en sollozos y exclamó:

— ¡ Oh Jesús! ¡ Oh Jesús!

El obispo preguntó qué significaban aquellos gritos y lágrimas, y cien voces respondieron que estaban viendo al Salvador.

— Pues yo — repuso el obispo — no veo más que la santa Hostia, lo que me aflige, ya que temo que por mis pecados soy indigno de ver al Señor.

Hizo un minucioso examen de conciencia y no recordando nada de particular suplicó á Jesús, con las lágrimas en los ojos, se dignara mostrarle su santísimo rostro.

Después de ardientes súplicas fueron éstas escuchadas y vió con sus propios ojos, no como muchos, la forma de un hermoso Niño, sino la de un hombre en la plenitud de la edad. El Señor estaba ante él; sus ojos eran claros y hermosos, sus cejas bien arqueadas, su cabellera caía sobre sus espaldas, su barba bastante larga, ancha su frente, sus mejillas flacas y pálidas, su cuello largo y su cabeza inclinada. El obispo contempló al Señor bastante tiempo y su corazón se derritió en dulzura y amor.

Repentinamente cambió el aspecto de Jesús y tomó la expresión que tenía durante la Pasión. Coronado de espinas, cubierto de sangre, su aspecto arrancaba amargas lágrimas y causaba lástima y compasión; al obispo le parecía que sentía sobre su frente las puntas de las espinas que desgarraban sus sienes. El pueblo suspiraba y cada uno veía el espectáculo de diversa ín-

dole. Unos un alegre infantito, otros un adolescente, quienes un adulto, quienes, en fin, á Jesús sufriendo.

Representémonos la emoción de aquellos felices espectadores, pues nos reconocemos impotentes para describirla.

Cristianos, reflexionad con frecuencia la utilidad del santo sacrificio de la Misa, donde Jesucristo os hace partícipes de los infinitos méritos de su santísima vida y pasión.

Si tan fácilmente adquiriéramos bienes temporales no perdonaríamos tiempo ni sacrificios. ¿Cómo es, pues, que somos tan poco interesados cuando se trata de riquezas eternas, de tesoros que no nos pude arrebatar ni el tiempo ni los ladrones?

CAPÍTULO VII.

Jesucristo renueva su oración en la santa Misa.

"Tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo justo y santo. Y él

mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados." (1)

¿No es una promesa consoladora para nuestra salvación tener por intercesor al mismo Hijo de Dios, juez de vivos y de muertos?

Mas, ¿cuándo y dónde desempeña Jesucristo esta misión? La Iglesia nos enseña que no es solamente en el cielo, sino también en la tierra.

Véase la doctrina de Suárez: "Siempre que se ofrece el santo sacrificio, Jesucristo ora por quien lo ofrece y por aquellos á cuya intención se ofrece."

Acerca del modo como oraba Jesús dice San Lorenzo Justiniano: "Todo el tiempo que dura la inmolación de Cristo en el altar, clama Cristo á su Padre y muéstrale sus sagradas llagas para librar al pecador de la condenación eterna." (2)

Manifestónos también San Lucas el celo del Sagrado Corazón por salvar-

---

(1) I. Joan. II, 1-2.
(2) Sermón de corp. Christi.

nos, al decir: "Se retiró á orar en un monte, y pasó toda la noche haciendo oración á Dios." ([1])

En otro lugar: "Estaba Jesús entre día enseñando en el templo y saliendo *de la ciudad* á la noche, la pasaba en el monte llamado de los Olivos." ([2]) Y también: "Y se fué, según costumbre, hacia al monte de los Olivos *para orar.*" ([3])

Lo cual equivale á decir claramente que Jesús tenía la costumbre de pasar la noche en oración y que su vida fué una oración contínua. Orando vino al mundo: con oraciones acompañaba cada una de sus acciones durante su peregrinación; la suprema oración del gran sacerdote por excelencia fué el adiós á sus apóstoles en la tarde de esta santa vida; intercedió rezando por sus enemigos pendiente de la cruz y cuando comprendió que se acercaba el instante de volver al Padre, levantando su mano sobre sus discípulos para darles su

(1) Luc. VI, 12.
(2) Luc. XXI, 37.
(3) Luc. XXII, 39.

postrera bendición, y señalando los cielos donde continúa su corazón intercediendo por el humano linaje.

En la santa Misa Jesús repite á su Padre todas estas oraciones reunidas, porque le enseña las llagas con las gemidos que las acompañaban, enumera las noches pasadas en ayunos y oraciones y ofrece todos estos méritos para la salvación del mundo y particularmente para cada uno de los que asisten á la Misa.

¡Oh, Dios mío! ¡Qué oración tan eficaz! Cual el aroma del incienso se eleva hacia el Padre celestial, hasta el trono de la Santísima Trinidad. Jesucristo no se concreta en orar, sino que se sacrifica también por la salvación del hombre.

Así es como Santa Gertrudis explica este misterio: "Ví durante la elevación á Jesús alzar con sus propios manos á su dulcísimo corazón en forma de cáliz y presentarlo á su Padre. Inmolóse entonces por la Iglesia por modo incomprensible á las criatu-

ras." Confirmó esto Jesucristo con las palabras siguientes dirigidas á santa Matilde: "Sólo yo sé y comprendo perfectamente el modo cómo me ofrezco cada día á mi Padre por la salvación de los fieles. Ni los mismos querubines y serafines, ni potestad alguna del cielo son capaces de concebirlo tal como es." [1]

Fijémonos en que Nuestro Señor no se ofrece en el altar con la majestad de que aparece en el cielo revestido, sino con una humildad incomparable. Del abismo de esta humildad se eleva su voz tan poderosa al cielo que hiende el espacio, atraviesa la región de las nubes y llega al trono de la misericordia.

Cuando el rey de Nínive se enteró de los castigos que amenazaban á la ciudad en el plazo de cuarenta días, bajó de su trono, trocó sus vestiduras reales en trajes de luto, se cubrió de ceniza la cabeza y ordenó que todo el

(1) Lib. II, cap. XXXI.

pueblo implorase la divina misericordia. Con esta humildad y penitencia obtuvo el rey pagano el perdón para sí y para su ciudad culpable.

¿Qué no obtendrá Jesucristo, quien se humilla mucho más en la santa Misa, donde abandonando el trono de su gloria se reviste de las pobres apariencias de pan y vino y ruega al Dios de las misericordias. "Perdón y gracia por mi pueblo! Oh Padre, mira mi abatimiento, héme delante de tí, no como un hombre, sino semejante á un gusano de la tierra." [1]

Llenos de orgullo se han rebelado contra tí los pecadores, yo en cambio, humíllome delante de tí; te han irritado con sus injurias, yo aspiro á apaciguarte con mi humillación; atrajeron sobre sus cabezas tu venganza, yo quiero detenerla á fuerza de súplicas. Compadécete de ellos, oh Padre, por mi amor y no les castigues según son sus crímenes. No les entregues á Satanás:

(1) Ps. XXI, 7.

son míos; los he comprado con mi sangre. Oh Padre santo! especialmente imploro tu misericordia por los pecadores que se hallan presentes y por los cuales renuevo, durante la Misa, mi vida y mi muerte. Ojalá que en virtud de mi sangre y de mi muerte les preserves de la muerte eterna.

¡Oh, Jesús adorable! ¡Hasta dónde os lleva el amor hacia nuestras almas! ¿Cómo corresponderemos dignamente á él sino asistiendo con fervor al santo sacrificio? Cuando el Salvador pendía de la cruz encomendó á su Padre á cuantos estaban al pié de ella, aplicándoles de un modo especial los frutos de su pasión.

En la santa Misa ora de igual modo por los oyentes recomendando con más eficacia á aquellos que meditan profundamente los santos misterios. Ruega por ellos con tal fervor como lo hizo en los últimos momentos de su vida intercediendo por sus enemigos.

¡Qué oración más eficaz! ¡Cuánto nos alienta y nos hace presumir la bie-

naventuranza eterna ver al mismo Hijo de Dios tomar en sus manos los intereses de nuestra salvación!

Si la Santísima Virgen se te apareciere y te dijese:

— Hijo mío, no temas; yo te prometo encargarme de tus intereses, no cesaré de rogar por ti á mi Hijo hasta que me haya asegurado tu felicidad eterna.

¿No es verdad que enajenada tu alma de alegría exclamarías:

¡Qué consuelo, qué halagüeña promesa! No dudo ya de que está asegurada mi salvación?

Ahora bien; si tan gran confianza tenemos en la intercesión de María, ¿por qué esta confianza no es absoluta cuando se trata de la intercesión de su divino Hijo quien no sólo nos promete su auxilio sino que ora por nosotros en todas las Misas que oímos, que apacigua la cólera y suaviza la justicia de Dios, apartando de nosotros el castigo merecido? Y hay que tener en cuenta además que El no ora solo,

sino que con El interceden, como se ha dicho ya, sus lágrimas, sus llagas, su sangre, todos los latidos de su corazón, las expansiones todas de su alma. ¿Es posible apreciar el efecto de estas súplicas en el corazón del Padre celestial?

Nos quejamos á menudo de nuestra falta de fervor en nuestra oraciones. Acudamos á la santa Misa que Jesucristo rezará por nosotros, supliendo la imperfección de nuestras súplicas. Oigamos cuán afectuosamente nos convida: "Venid á mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré." (1)

Es decir, venid á mí todos los que no podéis orar devotamente y Yo oraré por vosotros. ¿Por qué, alma distraída y cansada, no aceptas tal invitación? ¿Por qué no acudes á la santa Misa?

En nuestras penas y tribulaciones acudimos á nuestros amigos en busca de consuelo y oraciones. ¿Qué vale la

(1) Mateo, XI, 28.

oración de los hombres comparada con la de Jesucristo?

Si nuestra desconfianza es extremada, el peligro de perdernos es inminente y dices á Jesús: "¿Señor, quién podrá salvarse?" él te responde: "Lo que es imposible á los hombres es fácil á Dios." (1)

Acudamos, pues, á este Dios salvador que ambiciona asegurarnos un refugio en casa de su Padre.

¿Pero, cómo, dicen algunos, un miserable pecador se atreverá á implorar las oraciones del Hijo de Dios? Soy indigno de ellas, no ambiciono tal merced, no me atrevo.

No obstante tengamos presente que uno sólo de nuestros suspiros nos da derecho á disponer de su corazón. Así lo afirma San Pablo: "Pues no es tal nuestro Pontífice que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias.... porque todo Pontífice entresacado de los hombres, es puesto para *beneficio*

(1) Lucas, XVIII, v. 25-26; Marcos, X, 26.

de los hombres, en lo que mira al *culto de* Dios, á fin de que ofrezca dones y sacrificios por los pecados." (1)

Jesucristo es pontífice y ejerce su sacerdocio en la santa Misa; su misión estriba, pues, en orar por el pueblo y ofrecer por él el sacrificio. Y no tan sólo lo ofrece por todos en general sino para cada uno en particular, de la misma suerte que sufrió por todos y cada uno, y se interesa por cada alma como si ésta fuese la única que ha de salvar.

De esta manera comprenderemos el poder de la oración de Jesús en el altar; agreguemos á él nuestras pobres súplicas y adquirirán un valor inmenso. "Las oraciones que se hacen durante el sacrificio de la Misa, dice Torner, tienen mayor fuerza que las que se hacen fuera de ella por más que duren y por éxtasis que se tengan. La razón se toma de la Pasión y muerte del Señor que demuestran su eficacia

(1) Hebreos, IV, 15; V, 1.

en la Misa en los innumerables frutos y gracias que producen. Porque á la manera que la cabeza es más digna que todos los demás miembros del cuerpo, así la oración de Jesucristo que es nuestra cabeza, excede en dignidad y poder á la de todos los cristianos que sólo son miembros místicos de su cuerpo." (1)

Tal como una moneda de cobre aumenta de precio al mezclarse con el oro fundido, así la pobre oración del hombre al unirse á la del Salvador adquiere una superior nobleza y puede ofrecerse como un dón agradable á la divina majestad. Una oración imperfecta hecha en la santa Misa vale más que una súplica fervorosa hecha en casa.

Así, pues, los que pudiendo asistir á la santa Misa prefieren á ello otros ejercicios de piedad, se perjudican mucho, porque al alejarse del sacrificio y de la oración del Salvador se privan de infinidad de gracias y méritos.

(1) " In miser. " Conc. 83, n. 10.

CAPÍTULO VIII.

Jesucristo renueva su Pasión en la santa Misa.

Entre los misterios del Señor no hay otro más útil y que sea más digno de reconocimiento y veneración que su Pasión dolorosa por la cual fuimos redimidos. Los santos Padres no se cansan de decir de ella cosas sublimes y prometen de parte de Dios una gran recompensa á las almas que con fervor la meditan.

Hay muchas maneras de honrar debidamente la Pasión; sin embargo ninguna hay más perfecta que la piadosa y reverente asistencia á la santa Misa ya que en el altar se renueva la Pasión y muerte del Salvador.

En efecto; en la Misa todo recuerda, todo simboliza la Pasión: la Cruz remata el altar; esta señal del cristiano está marcada cinco veces en la piedra sagrada, impresa en la Hostia, dibujada en el misal, en la página que precede al *Canon,* bordada en el amito, el

manipulo, la estola, la casulla y grabada en la patena y en el cáliz. La hace el sacerdote diez y seis veces sobre sí mismo y veintinueve veces sobre la ofrenda.

Todo ello son otros tantos indicios de la renovación del sacrificio de la Cruz.

§ 1. De qué manera renueva Jesús su Pasión.

Aunque Nuestro Señor Jesucristo dijo en la última Cena: "Haced esto en memoria mía" [1] el sacrificio de la Misa no es una simple memoria, sino una renovación de la Pasión, según lo enseña la Iglesia: "Si alguien dijere que el sacrificio de la Misa es únicamente el recuerdo de un sacrificio consumado en la cruz, sea anatema." [2] Y en otra parte: "En el divino sacrificio, hállase presente y es inmolado por modo no cruento el mismo Cristo que se ofreció una sola vez por modo cruento en el altar de la cruz." [3]

(1) Luc. XXII, 19. (2) Trid. ses. XXII, cap. 3.
(3) Trid. ses. XXII, cap. 2.

Puesto que estamos obligados á creer todo lo que la santa madre Iglesia nos enseña, debiera bastar este testimonio; pero la misma Iglesia nos dice además: "La víctima que se ofrece por ministerio del sacerdote, es la misma que se ofreció un día en la cruz: únicamente difiere en el modo de ser ofrecida."

Sobre la cruz Jesucristo fué inmolado de una manera cruenta por las manos sacrílegas del verdugo; en el altar se inmola de una manera mística por ministerio del sacerdote.

La Iglesia emplea amenudo en la Misa la palabra *immolare,* inmolar, y San Agustín se sirve igualmente de ella: "Jesucristo fué inmolado una vez por modo sangriento en la cruz y ahora es inmolado cada día sacramentalmente por la salvación del pueblo." (1)

Esta expresión es importante, porque se la encuentra más de cien veces en la Sagrada Biblia para designar la

(1) Epist. 98 ad Bonif.

oblación de los animales. Si la Iglesia la usa en la santa Misa es porque quiere indicar que el santo sacrificio no consiste solamente en la pronunciación de las palabras de la consagración ni en la elevación de las especies sacramentales, sino en la inmolación verdadera, por más que mística del divino Cordero.

"La Pasión de Cristo es el mismo sacrificio que ofrecemos" dice San Cipriano. (1)

Y con otras palabras: "Al celebrarse la santa Misa se renuevan todas las escenas de la Pasión de Cristo." San Gregorio aún es más explícito: "El que ha resucitado de entre los muertos, no puede morir ya; padece, no obstante por nosotros, de una manera misteriosa en el santo sacrificio de la Misa." (2)

Ni es menos claro Teodoreto: "El sacrificio que ofrecemos es el de la cruz." (3)

(1) Epist. 63 ad Conc. (2) Homil. 137.
(3) In Haebr. c. VIII.

Muchísimos otros testimonios podríamos aducir, pero concretémonos para abreviar, con el de la Iglesia infalible que ora de esta suerte en la Secreta del IX domingo después de Pentecostés: "Concédenos, Señor, te suplicamos celebrar dignamente este misterio, para que con la frecuencia que se celebra, se cumpla la obra de nuestra redención."

Un ejemplo nos aclarará este importantísimo punto.

Amerumno, príncipe de los sarracenos, envió en cierta ocasión su hermano á Ampelón, en Siria, donde había una iglesia dedicada á San Jorje. Cuando el sarraceno divisó aquel templo dijo á sus criados:

— Entrad ahí nuestros camellos y poned el forraje en el altar.

Los criados se apresuraron á obedecer, pero los sacerdotes apostrofaron al príncipe:

— Guardaos, señor, de obrar de esta manera; esta casa es un templo de Dios y no se debe profanar.

El príncipe se empeñó en hacer entrar cuando menos los animales, los que cayeron muertos al instante. Asustado entonces hizo apartar los cadáveres.

El templo estaba lleno de gente por ser día de fiesta y la hora en que debía celebrarse la santa Misa. El sacerdote salió al altar no sin cierto sobresalto; temía alguna irreverencia al Santísimo Sacramento por parte del sarraceno.

Este, para mejor presenciar las ceremonias cristianas, habíase colocado lo más cerca del altar y en el momento en que el sacerdote, siguiendo el rito griego, dividió el pan consagrado en cuatro partes, con un cuchillo, vió á un infantito cuya sangre caía en el cáliz.

Este espectáculo le irritó de tal suerte que habría asesinado al sacerdote si el deseo de ver lo que sucedería luego, no le hubiese contenido. En la Comunión vió cómo todos los que se

acercaban á la santa Misa comían la carne del niño.

— Los cristianos son unos bárbaros — se dijo el sarraceno — porque sacrifican un niño á su Dios y comen su carne, como los animales salvajes; pero yo castigaré con mi propia mano la muerte de esta inocente criatura pasando á cuchillo á todos estos feroces antropófagos.

Después de la Misa, el sacerdote bendijo el pan, lo distribuyó entre el pueblo y dió un pedazo de él al sarraceno.

— ¿Qué es esto? — preguntó este en árabe.

— Es pan bendito — se le respondió.

Entonces el príncipe repuso encolerizado:

— ¡Pan! Ya sé lo que es este pan. ¿No te he visto, asesino feroz, perro cristiano, sacrificar á un hermoso niño? ¿No te he visto inmolarlo en el altar y caer su sangre en el cáliz? ¡Hombre impío, cruel, impuro! ¡Con mis pro-

pios ojos te he visto comer la carne de esta criatura, beber su sangre y repartirla entre los otros!

Estupefacto el sacerdote contestó:

— Señor, yo soy indigno de contemplar tan sublimes misterios, pero ya que tú los has visto te creo grande ante Dios.

— ¿No es esto lo que ví? — preguntó el sarraceno.

— Ciertamente — repuso el sacerdote — pero yo no veo este misterio excelso porque soy un pobre pecador, y por eso yo no diviso más que el pan y el vino que consagramos y después de la consagración es el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Estas palabras impresionaron de tal manera al príncipe que apartándose de su gente y de los fieles con el sacerdote le cogió de una mano y exclamó:

— Comprendo que la religión cristiana es grande y os suplico, Padre, que me recibáis en el número de los creyentes y me bauticéis.

Mas el sacerdote lo rehusó con estas palabras:

— Dispensadme, señor, pero no puedo, porque si vuestro hermano llegara á saberlo me mataría y destruiría esta iglesia. No obstante si tanto anheláis ser cristiano id á la montaña del Sinaí donde encontraréis al obispo; contadle lo que habéis visto y él os instruirá en nuestra santa religión.

El sarraceno se juntó con los suyos sin revelar su secreto; pero llegada la noche, cuando todos dormían, se fué en busca del sacerdote, trocó sus pomposos vestidos con el sayal del peregrino, y aleccionado por aquél emprendió el camino del monte Sinaí.

Llegado cerca del Obispo contóle la causa del viaje y de su conversión y el prelado le hizo instruir y bautizar con el nombre de Pacomio.

Ingresó después en la vida religiosa y luego de haberse entregado durante tres años á toda clase de penitencias, obtuvo permiso para volver al lado de sus padres con la esperanza

de convertirlos, lo que no pudo conseguir, obteniendo en cambio la gracia de ser apedreado y alcanzar la palma del martirio.

Este milagro puede darnos una idea de la presencia y de la inmolación real de Jesucristo en la Misa. La visión del príncipe tuvo por objeto llevar esta alma á la investigación de la verdad y después á su eficaz conversión.

Dios permitió así mismo este milagro para nuestra propia instrucción y con el fin de fortalecer nuestra fé.

Es cierto que Jesucristo no se inmola físicamente en la santa Misa, pero preséntase á toda la corte celestial bajo la forma lastimosa que tenía en la flagelación, la coronación de espinas, la crucifixión, y ello con tal viveza como si efectivamente sufriera todos estos tormentos.

Sobre este punto dice Marchant: "La Misa no es sólo la representación de la Pasión sino una repetición mística, aunque no cruenta. Si el Cordero de Dios cargó un día con los pecados

del mundo para borrarlos con su sangre, también todos los días toma como suyos nuestros pecados, para satisfacer por ellos en el altar.“

§ 2. Motivos por los cuales Jesucristo renueva su Pasión en la santa Misa.

Explicado ya cómo Jesucristo renueva su Pasión en el santo sacrificio, veamos ahora los motivos que le obligan á ello.

El piadoso Padre Segneri dice: “Durante su vida mortal, Cristo, en virtud de su presciencia divina veía á millares de hombres que se condenarían á pesar de su dolorosa Pasión. Mas de tal manera, como verdadero hermano amó la salvación de las almas y tanto se compadeció de su pérdida eterna que propuso á su Padre permanecer pendiente de la cruz, no ya tres horas, sino hasta al fin del mundo, para que con tan prolongado tormento, con sus incesantes lágrimas, con el derramamiento de su sangre,

con sus fervorosas súplicas y gemidos, apaciguara á la divina justicia, la moviera á compasión y hallara así un medio eficaz para impedir la pérdida de tan gran muchedumbre de almas.“ (1)

San Buenaventura, el Beato Avila y otros citan también esta súplica del misericordiosísimo Jesús.

El Padre Eterno no satisfizo los deseos de su Hijo, pues respondió que tres horas de parecidos sufrimientos bastábanle ya, y que el que no quisere aprovecharse de la Pasión no podría culpar á nadie más que á sí mismo de su condenación eterna.

Semejante negativa no amortiguó el amor del Salvador quien al contrario se inflamó aun más y le arrastró á un anhelo vivísimo de acudir en socorro de los míseros pecadores. Entonces fué cuando ideó un medio de quedarse en la tierra después de su muerte, de continuar su Pasión y de interceder ante Dios por la salvación nuestra, tal como lo hizo pendiente de la cruz.

(1) Hom. Christ. Disc. 12.

Este medio es el santo sacrificio de la Misa.

Cuéntase en la vida de Santa Coleta que ésta oía diariamente la Misa con devoción angelical.

Una vez, en la de su confesor y en el acto de la consagración, exclamó en voz alta:

— ¡Dios mío, Jesús, Jesús, ángeles santos y pecadores, mirad y escuchad la maravilla de las maravillas!

Estas exclamaciones, repetidas varias veces, conmovieron á los fieles. Después de la Misa preguntóle su confesor la causa de sus exclamaciones y la santa contestó:

— He visto y escuchado cosas tan maravillosas que si vos hubieseis estado en mi lugar habríais gritado con más fuerza aún.

— ¿Qué habéis visto?

— Por más que estos prodigios sean tan elevados y sublimes que no pueda la criatura hablar de ellos intentaré no obstante deciros algo. Cuando habéis levantado el Santísimo Sacramento he visto á Cristo pendiente de la cruz; de sus llagas abiertas manaba su preciosa sangre y le he oído rogar á su Padre de esta manera:

— Ved, Padre, como fui suspendido de la cruz y en qué forma sufrí por el mundo; ved mis llagas y mi sangre derramada; considerad mi Pasión y mi muerte. Lo aguanto todo, lo sufro todo para salvar á los pobres pecadores y he aquí que Vos queréis abandonarlos á Satanás. ¿Quién me indemnizará de mis tormentos y de mi aciaga muerte? Los pecadores que se condenan no tendrán para mí reconocimiento alguno, antes al contrario, me maldecirán eternamente, en tanto que si se salvan me bendecirán. Os pido, oh Padre, por mi amor, que les perdonéis y les preservéis del fuego eterno.

San Lorenzo Justiniano habló así de la constante oración de Jesús.

"Cuando se ofrece á Jesucristo en el altar clama á su Padre, enseñándole sus llagas á fin de que se digne pre-

servar á los hombres de las penas eternas." [1]

¿Quién será capaz de apreciar justamente la eficacia de esta oración que sube directamente del altar al corazón del Padre celestial? ¡Cuántas veces habrían perecido los pueblos si Nuestro Señor no hubiese orado por ellos! ¡Cuántos millares de bienaventurados estarían retorciéndose en las llamas del fuego infernal á no haberlos protegido Jesucristo con su omnipotente intercesión!

Pues bien, pecadores, acudid á la santa Misa á fin de haceros partícipes de los efectos de esta oración, preservaros de todo mal y obtener por Jesucristo todo aquello que vosotros solos no podríais alcanzar jamás.

Por consiguiente, el principal motivo por el cual renueva Nuestro Señor su Pasión en la santa Misa es para orar por nosotros é inclinar á su Padre á la misericordia de un modo tan

(1) Serm. de corpore Christi.

eficaz como lo hizo en la cruz. Pero Jesús por medio de la santa Misa quiere al propio tiempo aplicarnos los méritos del sacrificio de la cruz.

Recordemos que el Salvador, durante su vida y principalmente en sus últimas horas de agonía adquirió un tesoro infinito de méritos, que en aquel entonces no repartió más que entre un limitado número de fieles, pero que ahora los reparte profusamente por diferentes conductos y sobre todo en la santa Misa: "Lo que fué en la cruz un sacrificio de Redención, escribe un maestro de la vida espiritual, es en la Misa un sacrificio de propiciación merced al cual todos participan de los méritos y de la virtud del sacrificio de la cruz." [1]

En otros términos; si asistimos piadosamente al santo sacrificio, la virtud, los méritos de la Pasión serán apropiados á cada uno de nosotros según nuestras propias disposiciones.

(1) S. Juan Damasceno. Paedag. Christi, II, 8.

¿Y por qué motivos pone Jesucristo en poder nuestro tan precioso tesoro? Oigamos lo que dijo á santa Matilde: "Mira, te ofrezco todas las amarguras de mi Pasión, para que te las hagas tuyas y me las ofrezcas en retorno." Por consiguiente si tú dices: "Oh Jesús, os ofrezco vuestra dolorosa Pasión", Jesús te responderá: "Hijo mío, yo doblo su valor." Y si prosigues: "Oh Jesús, os ofrezco vuestra sangre", El te responderá: "En cambio yo, hijo mío, te lavo con ella dos veces."

En suma, siempre que ofrezcas al Señor algún padecimiento suyo, recibirás el valor duplicado. ¡Qué medio tan fácil para enriquecernos con las más preciosas gracias!

Otro motivo de renovación de la Pasión es el siguiente. No todos los fieles pudieron asistir al sacrificio de la cruz; el Salvador no quiso dejarles sin tan gran beneficio y he aquí porque se recogen de la Misa los mismos frutos de la cruz.

Es lo que dice Biel en estas palabras: "Ved cuán grande es nuestro sacrificio que no sólo es un memorial del sacrificio excelente, perfecto y único de la cruz, sino es este mismo sacrificio y produce los mismos frutos. Enseña el P. Molina que "Jesús ha mandado que la Iglesia ofrezca siempre el mismo sacrificio que fué ofrecido en la cruz, idéntico en la esencia aunque diferente en el modo, porque aun cuando no hay en aquél derramamiento de sangre, en cuanto á la abundancia de gracias es el mismo; porque siendo idéntico al sacrificio de la cruz, tiene la misma virtud que éste y es tan agradable al Padre Eterno como el sacrificio sangriento del Calvario."

Y esto confirma la misma Iglesia diciendo: "El sacrificio de la Misa y el de la cruz, son el mismo sacrificio."

Después de cuanto llevamos expuesto no cabe dudar de que con nuestra asistencia á la santa Misa nos hacemos agradables á Nuestro Señor y sacamos

tanto provecho como si hubiéremos presenciado su crucifixión.

¡Qué inmenso beneficio, qué gracias cosecharíamos si todos los días pudieremos asistir á la Pasión y recoger sus frutos! ¡Qué honra para nosotros si nos fuere dado estrechar entre nuestros brazos la cruz del Salvador moribundo, confiarle nuestras penas, oir de sus labios palabras de consuelo, tal como lo hizo la Madre Dolorosa, el discípulo amadísimo y la Magdalena!

¡Ah, cristianos! Aprovechémonos diariamente del santo sacrificio del altar y tributemos gracias por ello á Jesús, que es el divino celador de nuestras almas.

CAPÍTULO IX

Jesús renueva su muerte en la santa Misa

"Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos." [1]

(1) Juan, XV, 13.

Estas son las palabras que pronunció Nuestro Señor algunas horas antes del cumplimiento de las mismas. Siendo en efecto la vida y el alma los bienes más preciosos del hombre el darlos por alguien es el mayor acto de generosidad posible.

El amor de Jesucristo ha ido aún incomparablemente más lejos ya que dió su vida, la más noble y santa que haya existido, no tan sólo por sus amigos sino por sus peores y más irreconciliables adversarios.

Y añadió: "Yo doy la vida por mis ovejas." [1]

Nótese que no dice daré mi vida ó he dado mi vida, sino *la doy*, lo que significa que está dándola continuamente.

Este sacrificio, este holocausto, tiene lugar diariamente en la santa Misa; veamos de qué manera.

Entre los antiguos existía la costumbre de representar la Pasión por

(1) Juan, X, 15.

medio de un drama. [1] En algunos lugares principalmente en Oberammergau se conserva esta costumbre, que atrae millares de espectadores de todas las partes del mundo. Atan á un joven á una cruz y permanece éste en ella hasta que figura que muere después de espantosos sufrimientos; y lo representa con tal naturalidad que no pocas veces los espectadores se deshacen en lágrimas.

Por más que hemos comparado la santa Misa con un drama, allí nadie desempeña el papel de Jesucristo moribundo pues es el mismo Señor el inmolado, el cual no quiso confiar el cumplimiento de este sacrificio ni á ángel ni á santo alguno, por considerarles indignos de sustituirle, ya que no habían interesado ni conmovido el

(1) En España, y en Cataluña especialmente, se representa aun en el teatro la Pasión del Señor, durante los días de Cuaresma, en particular en la Semana Santa; pero tal espectáculo va cayendo hoy en desuso, contribuyendo á ello el haber condenado los Prelados dichas representaciones por las irreverencias á que daban lugar. *Nota del traductor.*

corazón del Padre celestial. Por este motivo renueva en cada Misa su dolorosísima muerte tal como tuvo lugar en el Calvario.

Permítasenos demostrarlo por medio de un ejemplo referido por César de Heisterbach.

Vivía en Frisia un cura llamado Adolfo de Dieveren el cual tenía vivos deseos de ver la sagrada humanidad de Cristo en la santa Misa, porque su espíritu estaba combatido por constantes dudas.

Celebrando un día los divinos misterios al llegar al *Agnus Dei* y pretender partir la Hostia contempló entre sus manos á un hermoso niño con la sonrisa en los labios.

Profundamente asustado en un principio, contempló después al tierno infante con alegría.

Mas teniendo después la curiosidad de ver lo que había en la parte opuesta de la Hostia se encontró con Cristo clavado en cruz, con la cabeza in-

clinada sobre el pecho, próximo á expirar.

El sacerdote movido á compasión sintióse desconcertado y lloró copiosamente. Largo rato permaneció visible el espectáculo de la muerte del Salvador y aquél dudó si debía interrumpir ó continuar la santa Misa.

Los fieles, impresionados, llamaron la atención del cura. Al fin desapareció la visión y al tomar la Hostia su forma ordinaria el sacerdote concluyó la Misa.

Pero sucedió que queriendo los fieles indagar el motivo de la larga interrupción y la causa de tantas lágrigrimas subió el pastor al púlpito para complacerles. Estaba tan conmovido, era su voz tan entrecortada por los suspiros y sollozos, que nadie entendía una palabra.

Retiróse después, pasó algunos días llorando sus pecados y meditando la Pasión de Jesucristo y seguidamente explicó sus visiones á muchas personas piadosas.

Estas apariciones sirven para hacernos comprender la manera cómo el Salvador representa su muerte ante el Padre, ante el Epíritu Santo y la corte celestial, recordándoles por ella el grande amor que le ha llevado al extremo de entregar su vida para la salvación de la humanidad.

¡Ah, si recibiésemos el mismo favor de Adolfo de Dieveren! ¡Si nos fuere dado contemplar en la santa Hostia á Jesús moribundo, con qué empeño asistiríamos á Misa! ¡con cuánta piedad iríamos siguiendo cada una de sus partes!

Pero si no lo vemos con los ojos corporales, en cambio los ojos de la fe nos lo descubren con toda certeza. Además, con objeto de fortalecer nuestra fe, Jesucristo dió á la santa Misa ciertos datos y señales manifiestas de su muerte, como vamos á exponerlo seguidamente.

Al instituir en la última Cena el Santísimo Sacramento no quiso hacerlo ni por una sola vez ni bajo una sola

especie, sino que consagró dos veces y bajo dos especies diversas. Lo hizo de esta forma para recordarnos y representarnos más vivamente su muerte por más que en la especie de pan también la sangre está presente y el cuerpo se halla en la especie de vino. Pero á pesar de ello, en virtud de la consagración bajo dos especies y la eficacia de las palabras sacramentales, el cuerpo solo es apellidado bajo la especie de pan y la sangre bajo la del vino, de manera que representan acertadamente la separación de ambos, en lo cual consiste la muerte, por más que lo repetimos, por concomitancia, el cuerpo está también en la especie del vino y la sangre en la especie del pan.

Sobre este punto escribe Lanscicio: "Así como la muerte se verificó de resultas de separarse del cuerpo la sangre y así murió Cristo en la cruz, de la misma manera en la Misa se nos representa su muerte por medio de la separación del cuerpo y de la sangre."

Al morir Jesucristo á la vista del Padre le da testimonio de la misma perfecta obediencia que al morir en la cruz. Si había sido sumiso en todo, nada le costó tanto á su naturaleza humana como hacerse "obediente y obediente hasta la muerte y muerte de cruz." (1)

Tal obediencia fué tan agradable á Dios que para recompensarla "Dios le ensalzó sobre todas las cosas y le dió nombre superior á todo nombre." (2)

Según hemos manifestado esta absoluta obediencia la ofrece el Salvador á su Padre durante la Misa y con ella las sublimes virtudes en que se ejercitó durante las horas de su agonía: su tierna inocencia, su profunda humildad, su inalterable paciencia, su ardiente caridad hacia su Padre celestial, como también hacia sus propios verdugos, sus enemigos y los pecadores todos.

Muestra también Jesús á su Padre

(1) Felip. II, 8.
(2) Felip. II, 9.

los acerbos dolores que sufrió en la cruz, su agonía horrorosa, sus miembros dislocados, la lanzada que le atravesó el corazón; todo lo cual lo representa tan vivamente como si estuviese aún en el Calvario. Y de la misma manera que entonces había apaciguado la ira de su Padre y le había reconciliado con el mundo, así también mueve aún este corazón paternal en favor nuestro en cada Misa y prosigue así la obra de nuestra salvación.

Veamos, según los doctores, el valioso provecho que nos reporta esta muerte mística.

San Gregorio dice: "Este sacrificio libra de la perdición eterna al alma renovando la muerte del Hijo de Dios."

Consoladoras palabras para los que á la vista de sus pecados, temen el infierno, porque el santo papa afirma expresamente que la inmolación del Salvador tiene lugar místicamente en la Misa, y proclama su excelencia para preservarnos de la muerte eterna. ¿Queremos librarnos del infierno? Oigamos

debidamente la santa Misa, honremos la muerte de Jesucristo y ofrezcámosla al Dios Padre.

Según el sabio Mansi: "La misa no es simple memorial del sacrificio cruento de la cruz, sino que, al ofrecerse en ella la misma víctima que se ofreció en el Calvario, el sacrificio místico tiene el mismo valor que el cruento." (1)

El cardenal Hosio no es menos consolador: "Aun cuando en la Misa no inmolemos por segunda vez materialmente á Jesucristo, no por esto dejan de aplicársenos los méritos de su muerte como si tuviese lugar en aquel mismo momento." Y para que se entienda mejor prosigue el docto cardenal: "No cabe duda de que en este misterio, la muerte de Cristo y los frutos de su muerte se hacen nuestros como si Cristo realmente muriera." (2)

Ruperto, abad de Deutz, dice: "Es tanta verdad que Cristo puesto en cruz

(1) In vera Eccl., lib. I cap. VI.
(2) De Euch. c. 41.

alcanzó el perdón de los pecados de todos los que habían esperado en su advenimiento, desde los comienzos del mundo, que, debajo de las especies de pan y vino, nos alcanza la misma gracia." (1)

El padre Segneri se expresa en esta forma al tratar de la presente materia: "El sacrificio de la cruz ha sido la causa general del perdón de los pecados; el sacrificio del altar es la causa particular que adjudica á éste ó á aquél los efectos de la preciosísima sangre. La Pasión y la Muerte de Cristo han atesorado las gracias que se reparten en la Misa. La Muerte de Cristo es la caja de caudales y la Misa la llave para abrirla." (2)

¡Ojalá los citados textos sean suficientes á animar á los que disfrutan de escasos méritos y á llegar al corazón de Jesús por la asistencia á la santa Misa.

La santa Virgen dijo un día á su

(1) In Joann. c. 2.
(2) Homili. Crist. Discur. XII, c. 9,

fiel servidor Alain: "En tan alto grado quiere mi hijo á los que asisten á Misa que si fuese menester, moriría nuevamente por ellos cada vez que la oyen." (1)

Palabras apenas creíbles, y no obstante en ellas se manifiesta el amor infinito que obliga á Nuestro Señor á morir diariamente, no una sola vez sino millares de veces, por los pobres pecadores.

Asistamos, pues, cada día á Misa con toda la devoción posible, figurándonos que acompañamos á Jesús á morir en el Gólgota: "Porque, dice la Imitación, cuando celebras el santo sacrificio ó asistes á él, débete parecer tan grande, tan nuevo, tan digno de amor, como si en aquel mismo día, Jesucristo pendiente de la cruz, padeciere y muriere por la salvación de los hombres." (2)

(1) Part. II. c. VII, n. 26.
(2) Imit. Lib. IV, c. 2.

CAPITULO X.

En la santa Misa Jesucristo renueva la efusión de su sangre.

"Moisés, después que hubo leído todos los mandamientos de la Ley al pueblo, tomando de la sangre de los novillos y de los machos de cabrío, mezclada con agua, lana *teñida* de carmesí y *de grana,* y el hisopo, roció al mismo libro *de la Ley, y también* á todo el pueblo, diciendo: Esta es la sangre *que servirá de sello* del testamento que Dios os ha ordenado *ó hecho en favor vuestro.* Y asimismo roció con sangre el tabernáculo y todos los vasos del ministerio. Y según la Ley casi todas las cosas se purifican con sangre, y „sin derramamiento de sangre no se hace la remisión." (1)

Esta efusión de la sangre de las víctimas era una imagen de la sangre de Nuestro Señor, en la cual debíamos

---

(1) Hebr. IX, 19-22.

ser purificados como en un baño, según San Pablo lo manifiesta: "Si la sangre de los machos de cabrío y de los toros y la ceniza de la ternera *sacrificada* esparcida sobre los inmundos los santifica en orden á la purificación *legal* de la carne, cuánto más la sangre de Cristo, el cual por *impulso* de el Espíritu Santo se ofrece á sí mismo inmaculado á Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas *de los pecados* para que tributemos *un verdadero* culto al Dios vivo." (1)

Alguien exclamará desconsolado: Jesucristo derramó la sangre en su Pasión, rociando con ella á los fieles que entonces vivían; pero nosotros, que aun no habíamos nacido, nos vemos privados de esta inmensa gracia.

Consolaos, cristianos. La sangre del Salvador ha sido derramada por nosotros, lo mismo que por los fieles de aquel tiempo.

San Pablo lo dice explícitamente:

---

(1) Hebr. IX, 13-14.

Cristo nos ha rescatado á todos, ha muerto por todos, por los justos de su época, por vosotros, por mí, por los que vendrán después de nosotros. Además, Jesucristo ha dado con el medio de derramar su sangre diariamente y de rociar y purificar con ella nuestras almas.

Este medio es la santa Misa.

Veámoslo por medio de las siguientes palabras debidas á San Agustín: "Derrámase en la Misa la sangre de Cristo por los pecadores." (1)

Son tan claras estas expresiones, tan terminantes, que no necesitan ningún comentario.

San Juan Crisóstomo afirma por su parte que "El cordero de Dios es inmolado en beneficio nuestro; su sangre fluye místicamente del altar para purificarnos: brota la sangre del costato herido del Salvador y recógese en el cáliz." (2)

El Padre Kisseli interpreta este

(1) Serm. 21.
(2) De Euchar.

pasaje de la manera siguiente: "En la Misa, tiene invisiblemente abiertas las heridas de las manos, atravesados los pies, abierto el costado y brota á raudales su sangre. Nos aplicamos sus méritos infinitos mediante la contrición y ardientes deseos, la comunión, y la devota asistencia á la Misa. Porque, en ésta, á las palabras de la consagración, el sacerdote saca del costado de Cristo la sangre de Cristo para que fluya en remisión de los pecados y para nuestra purificación y santificación." (1)

Y por último he aquí otro testimonio que podremos citar entre los innumerables: "La sangre que ha brotado del costado del Señor se halla en el cáliz destinada á perdonar los pecados, según indican las palabras de la consagración: "Este es el cáliz de mi sangre derramada por vosotros y por muchos en remisión de los pecados."

Quiso Jesús que al sacerdote repi-

(1) Alv. 2, conc. 36.

tiera estas palabras que El pronunció primero en el momento en que consagró, no para simplemente recordar las palabras que Cristo dijo en la consagración del cáliz — en cuyo caso no consagraría — sino para obrar la conversión del vino en la preciosa sangre.

No dice sólo el sacerdote: " Este es el cáliz de mi sangre " sino añade " derramada por vosotros y por muchos en remisión de los pecados." Resulta que verificándose infaliblemente las primeras palabras, se verifican también las segundas; luego hay derramamiento de sangre, por vosotros y por muchos, como si dijera, por vosotros que estáis presentes, por los ausentes, por los que hacen celebrar, por los que asistirían, si pudiesen, por los impedidos, los presos, los ocupados en negocios importantes que no pueden dejar, por todos estos y semejantes á condición de que se unan en espíritu al sacrificio y moralmente participen de él.

¡Qué sublime misterio! El dulce Jesús, después de haber derramado hasta la última gota de su sangre, quiere proseguir derrámandola diariamente y en todas las horas, con el fin de que nosotros estemos limpios y lavados de todo pecado y tengamos asegurada la salvación eterna.

¡Qué incomparable beneficio es la santa Misa para los que la oyen devotamente!

He aquí lo que dice San Ambrosio sobre el particular: " Se ha derramado la sangre de Cristo para la remisión de los pecados."

Muchos hechos milagrosos apoyan este artículo de fe. Veamos lo que le pasó á San Pedro de Savaynellas de la orden de San Jerónimo.

Este religioso estaba desde hacía largo tiempo atormentado por esta duda: ¿en la santa Hostia está también la preciosa sangre de Cristo? Al llegar un día á estas palabras que preceden á la elevación: " Supplices te rogamus " como él se inclinara profundamente se

vió de repente rodeado de una nube que le ocultaba la santa Hostia y el cáliz, lo cual le confundió, no sabiendo lo que aquello significaba.

Un momento después una mano divina elevaba las especies, y entonces su turbación fué extremada ya que le pareció haber sido juzgado indigno de celebrar la santa Misa. Se anonadó entonces en profundos actos de arrepentimiento y suplicó al Señor viniera en su auxilio.

Sus quejas y súplicas fueron escuchadas al fin y vió de nuevo el cáliz y la Hostia. Sus lágrimas de dolor se convirtieron en llanto de alegría y mirando piadosamente la santa Hostia vió que destilaba gotas de sangre, con lo que comprendió al momento el significado de aquel misterio; desvaneciéronse sus dudas y abrigó desde entonces una fe inquebrantable en la presencia de la preciosa sangre en el Santísimo Sacramento.

Así, pues, la santa humanidad del Señor se encuentra toda entera en cada

especie, por más que en virtud de las palabras de la consagración el cuerpo esté principalmente en la Hostia y la sangre en el vino especialmente.

Reflexionemos ahora sobre la inmensidad de la gracia que se nos concede cuando tenemos ante nosotros y en el altar la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Nada hay más augusto que esta sangre divina. Una sola gota excede en valor á todos los tesoros del cielo y de la tierra. Pero hay más; esta sangre adorable no solamente la tenemos ante nosotros sino que nos pertenece como dón que hemos recibido.

§ 1. En qué consiste la efusión de la preciosa sangre en la Misa.

La sangre de Jesucristo se derrama en realidad en la santa Misa, en beneficio de los fieles que asisten á ella y de las almas del purgatorio.

Vayamos á demostrarlo.

En el antiguo Testamento tenemos una imagen de este misterio contado

por San Pablo: "Moisés... tomando de la sangre de los novillos y de los machos de cabrío... roció á todo el pueblo, diciendo: Esta es la sangre del Testamento que Dios os ha ordenado *ó hecho en favor nuestro.*" [1]

Jesucristo en la Cena pronunció casi idénticas palabras sobre el cáliz: "Esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza."

Porque, dice San Pablo: "Fué necesario que las figuras de las cosas celestiales (esto es el tabernáculo y sus utensilios), se purificasen con tales ritos; pero las mismas cosas celestiales lo deben ser con víctimas mejores que estas, y así ha sucedido." [2]

Con lo que quiere significar el apóstol: la Sinagoga, que era imagen de la Iglesia, fué purificada con la sangre de los animales, más la Iglesia se purifica con la sangre del Cordero de Dios. Nada puede ser purificado con sangre y agua sin ser rociado con dicho licor, por consiguiente ya que nuestras almas son purificadas en la Misa con la sangre de Cristo, esta misma sangre ha de ser derramada sobre ellas.

(1) Hebreos, IX. 19-20.
(2) Hebreos, IX. 23.

San Juan Crisóstomo dice: "Cuando ves al Señor inmolado yacer en el altar, al sacerdote inclinado hacia la víctima en ademán de orar, teñidos los oferentes de la preciosa sangre, te parece que estás en la tierra ó entre hombres? ¿No te parece más bien estar en el cielo, libre de las concupiscencias de la carne, contemplando las celestiales maravillas?"

Interpretemos lo dicho por el doctor en el sentido de que la sangre de Cristo no solamente se vierte sino que se derrama por nosotros.

Marchant afirma: "La preciosa sangre derrámase en sacrificio en la Misa y los que asisten son rociados de ella espiritualmente", y más claramente se expresa aun San Juan cuando exclama: "Jesucristo nos amó y lavó nuestros

pecados con su sangre." [1] Esto mismo enseña San Pablo: "Os habéis acercado... á Jesús mediador de la nueva alianza y á su aspersión de aquella su sangre que habla mejor que la de Abel." [2]

¿En qué ocasión nos acercamos á Jesús nuestro mediador? En la santa Comunión nos acercamos tanto á El que le recibimos en nuestros corazones, pero entonces vamos en su busca más bien como á alimento espiritual que es, que no como á mediador, mientras que en la santa Misa nos acercamos á El como á intercesor ó mediador nuestro, porque Jesucristo desempeña las funciones de gran sacerdote y ora *oficialmente* por el pueblo.

Al ir en busca de nuestro mediador nos acercamos también á la *sangre de aspersión,* de que habla San Pablo, que inunda espiritualmente nuestras almas.

En su Pasión el Salvador derramó

(1) Apoc. I, 3.
(2) Hebreos, XII, 22-24.

su sangre, mas este precioso manantial no tiñó más que las manos de los verdugos, las piedras y el suelo. En la Misa corre también esta sangre, pero cae sobre las almas de los fieles.

Moisés rociaba á su pueblo con sangre de animales; el sacerdote lo rocía con sangre bendita y el Salvador con su sangre de un precio infinito.

Este rocío espiritual es incomparablemente más eficaz que la aspersión material. Los verdugos y deicidas que rodeaban á Jesucristo tiñeron sus propios cuerpos con la sangre preciosa y no se convirtieron; antes al contrario, se pervirtieron más. Si Cristo hubiese rociado sus almas se habrían indudablemente convertido y purificado.

De idéntico modo de nada nos serviría ser rociados materialmente en la santa Misa con la sangre divina, puesto que la aspersión espiritual de esta sangre adorable purifica, santifica y embellece nuestras almas.

Santa María Magdalena de Pazzi dice: "El alma que recibe la sangre

divina quédase hermosa como si se vistiese de traje precioso y recamado de oro. Es esta sangre tan deslumbradora, tan resplandeciente, que si lograses verla, no podrias menos de caer de hinojos y adorarla." (1)

¡Bienaventurada la criatura que está adornada con tal magnificencia! ¡Bienaventurado el ojo digno de contemplarla!

¡Ah, lector carísimo! Asiste á la santa Misa para que la sangre de nuestro Redentor adorne á tu alma con esta vestidura de gracia y te haga digno de ser introducido en la sala del festín, para regocijarte eternamente con los ángeles y santos.

En la vida del papa Urbano IV se lee el siguiente sucedido referido por Platina.

En 1263 un sacerdote de Bolsena después de haber pronunciado las palabras de la consagración sobre la Hostia, cediendo á una tentación del

---

(1) In monitis vitae suae annexis, cap. IV, n. 14.

espíritu infernal dudó de la eficacia de las mismas.

— Nada veo ni oigo — murmuró — y por lo tanto no acepto tal cambio; no es cierto que Jesús esté aquí presente; esta Hostia no es más que un trozo de pan.

De la duda cayó en una abominable herejía, pero no por ello dejó de proseguir el santo sacrificio procediendo á la elevación del cuerpo del Señor. En este preciso instante vió como de la Hostia se desprendían gotas de sangre tal como cae de las nubes una ligera lluvia.

El estupor del sacerdote ante tamaño espectáculo no es para decir. Sosteniendo el cuerpo de Cristo con las manos contempló largo tiempo esta misteriosa lluvia, mientras el pueblo, que contemplaba el mismo milagro, decía entusiasmado:

— ¡Oh preciosa sangre, oh sangre divina! ¿Cuál es la causa de tu efusión?

Y otros clamaban:

— ¡Oh sangre de Cristo, cae sobre nuestras almas y purifícanos de nuestras culpas! ¡Oh sangre bendita, atrae sobre nosotros la divina misericordia!

Y los fieles todos se deshacían en lágrimas.

La confusa gritería y los dolorosos lamentos hicieron volver en sí al sacerdote quien bajó la Hostia, hallándose entonces con el corporal humedecido de sangre, sin encontrar más que un pequeño sitio donde depositarla. Cayó la venda de sus ojos, reconoció su falta, se arrepintió de todas veras y continuó la santa Misa con tal efusión de lágrimas que le era preciso interrumpirse á cada paso.

Después de comulgar plegó el corporal lo mejor que pudo y determinó guardar el secreto sobre el milagro; pero una vez concluida la Misa fué acosado á preguntas por los fieles que querían asegurarse de la certeza de lo que habían visto y el sacerdote se vió obligado á enseñar el corporal impregnado aun con la sangre de Jesús, á

cuya vista el pueblo se arrodilló dándose golpes de pecho é implorando las gracias y misericordias del cielo.

Este hecho atrajo á Bolsena gran número de peregrinos y llegó á oídos de Urbano IV quien mandó que se presentase el sacerdote con el corporal á Orvieto, donde entonces se encontraba el Papa.

Acudió el sacerdote y tembloroso se echó á los pies del Sumo Pontífice, contándole sus dudas pasadas y el milagro. El Papa y los cardenales se arrodillaron, adoraron la sangre preciosa y besaron con señalada emoción el sagrado lienzo.

Urbano IV hizo construir después una magnífica iglesia en Bolsena en honor de la preciosa sangre y ordenó como recuerdo del milagro, una procesión que debía celebrarse en cada aniversario de día tan memorable.

El corporal milagroso puede verse aun hoy en la catedral de Orvieto. Esta fué una de las principales causas por las que aquel gran Papa confirmó

la institución de la fiesta del Santísimo Sacramento. [1]

Lo que siglos atrás tuvo lugar en Bolsena se cumple cada día en todas las iglesias donde se celebra el santo sacrificio. Cuando el sacerdote eleva la Hostia y el cáliz, corre de una ú otra forma la sangre preciosa tal como cae la lluvia de las nubes y no se derrama ni sobre la tierra ni sobre las cabezas de los hombres sino en los corazones y en las almas.

Purifícanse con ella los sinceros fieles, los vuelve fecundos en buenas obras, los auxilia en sus fragilidades y causa beneficios proporcionados á las disposiciones de cada uno. Se esfuerza en hacer buenos á los malos, mueve á los indiferentes y convierte á los obstinados; ofrece el perdón y llena de

(1) Esta fiesta fué instituída en 1246 en la diócesis de Lieja á consecuencia de una visión de la venerable Juliana de Mont-Cornillon. Más tarde Urbano IV la hizo extensiva á toda la Iglesia y la fijó en el primer jueves después de la Octava de Pentecostés; confiando á Santo Tomás de Aquino la redacción de un oficio propio, el mismo que hoy conocemos.

gracia á los enemigos de Cristo y si el pecador permaneciese de tal manera endurecido que persistiera en el mal, pide misericordia por él y detiene el brazo de la justicia divina.

Reconozcamos, pues, por medio de los efectos de la adorable Sangre cuán útil nos es á todos, á los justos y á los pecadores, asistir con asiduidad á la santa Misa: porque con una sola vez "la sangre de Cristo nos purifica de todo pecado" [1] y en ella los malos se preparan para su justificación.

Si nos hubiera sido posible asistir á la crucifixión y vernos teñidos con la sangre que corría por la cruz, ¿no nos hubiéramos creído favorecidos de un modo infinito? Pues si oímos la santa Misa con las mismas disposiciones con que hubiéramos subido al Calvario, el derramamiento místico de la sangre de Nuestro Señor nos será de la misma suerte beneficioso como si hubiéramos presenciado la crucifixión y muerte de Cristo.

(1) Juan, I, 7.

§ 2. Cómo la preciosa sangre clama al cielo por nosotros.

Una de las principales gracias que reciben los que asisten á la santa Misa es el ruego de la sangre divina para reportarnos la misericordia del cielo.

¡Cuán provechosa es para los pecadores esta voz! ¡Qué poder tiene para apaciguar la cólera divina!

La Sagrada Escritura dice que los crímenes de los hombres claman venganza al cielo. "La voz de la sangre de tu hermano está clamando á mí desde la tierra" [1] dijo Dios á Caín. Y en otra ocasión: "El clamor de Sodoma y de Gomorrha se aumenta más y más, y la gravedad de su pecado ha subido hasta lo sumo. Quiero ir y ver si sus obras igualan al clamor que ha llegado á mis oidos." [2]

El Espíritu Santo dice á los opresores de viudas y de huérfanos: "No haréis daño á la viuda ni al huérfano.

(1) Gen. IV, 10.
(2) Gen. XVIII, 20-21.

Si se lo hiciereis, clamarán á mí, y yo escucharé sus clamores y encenderse ha mi enojo." [1]

Y Santiago, refiriéndose á otro pecado de este genéro exclama: "He aquí que clama *al cielo contra nosotros* el jornal que no pagasteis á los trabajadores que segaron vuestras mieses; y el clamor de los segadores ha penetrado los oídos del Señor de los ejércitos." [2]

Finalmente, el Señor, por boca de Isaías, llama al pecado en general, un clamor: "La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel, los hombres de Judá son su plantel delicioso; y me prometí de ellos precio *ó acciones justas,* y no veo más que iniquidades: y esperé la justicia y no oigo sino clamores de los oprimidos." [3]

¿Quién desarmará la cólera del Altísimo? ¿Quién apaciguará su terrible y justa venganza? ¿Quién, sino la pre-

(1) Exodo. XXII, 22-23.
(2) Jacob. V, 4.
(3) Isaí, V, 7.

ciosa Sangre de Nuestro Señor Jesucristo?

El clamor de nuestros crímenes se eleva hasta las alturas del cielo, pero más alto llega aún la voz suplicante de la sangre de Jesús, la que, infinita y omnipotente, no sólo hiende los aires, sino que llega al cielo y penetra hasta el corazón del Padre celestial. Ante la suavidad y dulzura de esta voz se desarma el brazo del Altísimo levantado amenazador por la multitud de nuestros pecados.

¿Cómo, preguntará alguien, la preciosa sangre clama al cielo cuando nada se oye desde la tierra? Y nosotros preguntamos á la vez: ¿Cómo clamaba la sangre de Abel ya que éste había muerto? Y no obstante Dios asegura á Caín haber oído el grito de aquella sangre, no un grito material, sino espiritual que tan potente fué que llegó al corazón del Padre y armó su brazo justiciero contra el asesino.

De la misma suerte la voz de la sangre preciosísima es espiritual; pero

es tal su poder que obliga á Dios á apiadarse de nosotros.

Véase el significado de este pasaje de San Pablo: "Os habéis acercado á Jesús mediador de la nueva alianza y á la aspersión de aquella su sangre que habla mejor que la de Abel." [1]

Así, pues, cuando nos acercamos á nuestro mediador Jesús para ser rociados con su sangre: ésta clama á Dios, puesto que el apóstol dice que el derramamiento de la sangre es la que habla ó clama.

Mientras la sangre de Jesús permanecía en su cuerpo no se dejaba oir; pero una vez derramada en su dolorosa Pasión elévase su voz omnipotente para implorar el perdón del humano linaje.

He aquí como esa misma voz se dirige en la Misa con acentos irresistibles al Padre celestial:

— Ved, Dios mío, en qué humillación y dolor y con cuánta abundancia

---

(1) Hebreos, XII, 22-24.

he derramado mi sangre, Yo que soy vuestro único Hijo. Considerad cuán ignominiosa y cruelmente he sido insultado, despreciado y escarnecido, y cómo he sido maldecido y pisoteado. Todo esto lo he soportado con la mayor paciencia y con el fin de purificar á los pecadores y abrirles las puertas del cielo. Pero vos, oh juez severo, vais á condenarlos y precipitarlos en lo profundo del infierno, ¿quién me indemnizará suplicios y oprobios tantos? No serán, no, los condenados, quienes me maldecirán con rabia diabólica en vez de alabarme y ensalzarme. ¡Oh Dios de las misericordias, escuchad mi oración y por mi amor conceded á los pecadores la gracia de la conversión y á los justos la de la perseverancia y amor hacia vos!

¿Cómo podría Dios permanecer sordo á tales súplicas, Él, que á la voz de la sangre de Abel maldijo al punto á Caín? La sangre de Abel clamaba justicia, la de Jesucristo clama misericordia, á lo que Dios está más dis-

puesto, según dice la Iglesia: "Oh, Dios, de quien es propio el perdonar y compadecerse de todos..."

Y San Pedro añade: "El Señor.... espera con mucha paciencia por amor de vosotros, no queriendo que nadie perezca, sino que todos se conviertan á penitencia." (1)

La preciosa sangre abogó por nosotros tanto en la circuncisión como en el huerto de los Olivos, en la flagelación, la coronación de espinas y la crucifixión de Nuestro Señor y obtuvo la reconciliación del mundo con Dios. (2)

En la santa Misa esta divina sangre no ruega con una sola voz sino con otras tantas voces como gotas se derraman. Ruega de un modo eficaz, con toda su virtud divina y humana y ruegan con ella las innumerables heridas de Cristo, su corazón, con todos sus latidos, su boca sagrada, con todos los suspiros que por ella han salido.

---

(1) II Petr. III. 9.
(2) II Corinth. V. 12.

¿Es posible que una oración emanada de la sangre, del corazón, de la boca, de las llagas y del alma de Jesús, no traspasara el corazón del Padre?

Por más que se olvidara Dios de su misericordia y no pensara más que en su justicia, este clamor desgarrador de la sangre de Jesucristo le volviera benigno y clemente.

El milagro de Walldürn está relacionado con el asunto que tratamos.

En esta pequeña ciudad, situada en el Odenwald, perteneciente al antiguo arzobispado de Maguncia, sucedió en el año 1330 que celebrando Misa el cura Otto tuvo la mala suerte de que le cayese el cáliz derramándose la preciosa sangre sobre el corporal. Acto seguido apareció en la parte central del lienzo la imagen de Jesucristo clavado en la cruz y en torno del crucifijo la cabeza del Salvador reproducida once veces, coronada de espinas y ensangrentada, tal como había quedado impresa en el lienzo de la Verónica,

Estas imágenes eran tan naturales y de un arte tan acabado que ningún pintor hubiera sido capaz de reproducirlas.

A la vista de este prodigio tembló el sacerdote, pues temía la cólera de Dios y la del obispo y después de haber dado fin al santo sacrificio ocultó el corporal ensangrentado debajo de una piedra del altar.

Transcurrieron muchos años sin que el culpable sacerdote revelara á nadie esta manifestación de la presencia real de la sangre de Cristo, pero no recobró tampoco la tranquilidad de su corazón.

No pudiendo apartar de su conciencia semejante recuerdo cayó enfermo y combatido por cruelísimos tormentos así físicos como morales, llamó á la muerte en su ayuda. Acercósele ésta, pero sin llevárselo, de manera que no podía ni vivir ni morir; entonces comprendió que semejante estado excepcional era un castigo del cielo por haber ocultado el valioso corporal.

Atormentado atrozmente Otto hizo

llamar á un cura vecino y le confió el secreto, con autorización de hacerlo público y murió.

Acto seguido se procedió á una investigación, se levantó la piedra y, se halló el corporal tal como lo había descrito Otto.

Realizáronse muchos milagros en dicho lugar y Urbano V concedió una indulgencia á los que acudiesen en peregrinación á Walldürn en honor á la preciosa sangre.

¿Por qué la sangre derramada tomó en aquella circunstancia la forma del crucifijo rodeado de once cabezas? Creemos, entre otros motivos, que fué para representar que esta sangre es mediadora acerca de la divina misericordia; según nuestro parecer se necesita de la boca para hablar y llamar, las onces cabezas ó bocas significaban indudablemente, las once gotas de sangre que debieron de ser derramadas en el corporal.

Si la preciosa sangre sube al cielo como una plegaria omnipotente, es también un incienso de agradable olor. En el Antiguo Testamento Dios recibía con agrado el olor y el perfume de los holocaustos; ¿qué no llegará á conseguir el perfume penetrante de la sangre divina de Jesucristo derramada en el altar y ofrecida en la santa Misa?

En la ofrenda del cáliz dice el sacerdote: "Ofrecémoste, Señor, el cáliz de salvación, suplicando á vuestra clemencia que le hagáis subir á la presencia de vuestra divina Majestad como oloroso perfume para nuestra salvación y la de todo el mundo." (1)

Y San Pablo exclama: "Cristo nos amó y se ofreció á sí mismo á Dios en oblación y hostia de olor suavísimo." (2)

Cuando esta preciosa víctima fué inmolada en la cruz y su sangre corría por el suelo desprendióse un perfume cuya suavidad purificó la atmósfera de las infecciones emanadas de los sacrificios abominables de los idólatras é

(1) Misal.
(2) Efés. V, 2.

infamias del mundo, y pudo más en Dios la muerte de su Hijo que lo que le habían irritado todas las iniquidades del humano linaje.

De igual manera hoy, cuando se inmola por nosotros el inmaculado Cordero y se derrama la sangre divina en el cáliz, sube hasta Dios un perfume de incomparable dulzura tal como se eleva el aroma de una flor desde su cáliz.

¡Oh perfume embriagador de la sangre de Cristo, que embalsamas al cielo, conmueves al Padre Eterno y fortaleces á los ángeles y santos!

CAPÍTULO XI

La santa Misa es el holocausto por excelencia

En la antigua ley había cuatro especies de sacrificio: el *holocausto* ó sacrificio *latréutico* por el cual se reconocía la suprema autoridad de Dios; el sacrificio *de alabanza* y reconoci-

miento, el sacrificio *pacífico,* ya *eucarístico,* ya *impetraorio* para implorar su socorro, y el sacrificio *expiatorio* en el que se honraba á Dios como Juez y se ofrecía por la remisión del pecado y por la expiación de la culpa.

Cada uno de ellos tenía su rito particular.

Desde la creación del mundo hasta la venida del Mesías se ofrecían al Señor innumerables holocaustos y la Sagrada Escritura asegura que los recibía con agrado.

La ley de Moisés ordenaba á los judíos el sacrificio *perpetuo,* ó sacrificio *de la mañana* y *de la tarde,* que consistía en la inmolación de un cordero. El día del sábado el número era doble. En cada novilunio inmolaban siete corderos, dos terneras y un macho cabrío. Este mismo número debía ser ofrecido durante los siete días que siguen á la Pascua y toda la octava de Pentecostés.

En la fiesta de los Tabernáculos aumentaba el número de víctimas, siendo

éstas catorce corderos, trece terneras, dos carneros y un macho cabrío que se inmolaban diariamente durante toda la octava.

Además de estas ofrendas obligatorias cada uno presentaba, según su piedad ó sus medios, bueyes, terneras, ovejas, carneros, corderos, palomas, vino, incienso, pan, sal, aceite, etc.

Anotamos todo eso para que se vea cuán costosos les eran los sacrificios impuestos á los patriarcas y sacerdotes judíos, á pesar de lo cual rendían á Dios menos honores y merecían menos recompensas, según hace notar San Pablo en su carta á los Hebreos. Sin embargo el Señor los aceptaba con agrado porque eran el símbolo del sacrificio cruento de Jesucristo. Si los comparamos con nuestro holocausto, tan poco costoso y fácil de otrecer veremos no obstante que éste es el sacrificio más agradable á Dios, el más apreciado por el cielo, el más útil al mundo y el más consolador para las almas del purgatorio.

Supongamos que un solo hombre hubiese inmolado todas las víctimas sacrificadas desde el principio del mundo hasta Jesucristo y no podremos menos de comprender y afirmar que indudablemente hubiera rendido un homenaje grandioso á Dios; pero, ¿qué sería este culto en comparación con el que rendimos á la divina Majestad en una sola Misa?

He aquí como expone Santo Tomás de Aquino la esencia y objeto de nuestro holocausto: "Atestiguamos con el sacrificio que Dios es él autor de todas las criaturas, que es fin último y bienaventuranza, Señor absoluto de todo á quien ofrecemos en testimonio de nuestra sumision y adoración un sacrificio visible que representa la ofrenda invisible por la cual el alma se entrega plenamente á Dios, principio y fin de ella." [1].

Sólo á Dios pueden ofrecerse holocaustos, en lo cual es sumamente ce-

---

(1) 2.a 2.æ, quest. 85, ar. 1.

loso: "Yo soy el Señor, *Jehová*, éste es mi nombre: la gloria mía no la cederé á otro, ni el honor mío á los vanos simulacros *de los ídolos.*" [1]

Esta prohibición del Señor de ofrecer holocaustos á otros que no sea El, nos dice con toda claridad que el santo sacrificio de la Misa no puede ofrecerse á otra criatura, ni á la Virgen, ni á los santos, ni á los ángeles. Se nos permite alabar á los santos, honrarlos, invocarlos, quemar incienso en su honor, encenderles cirios, en una palabra, rendirles culto tanto interno como externo, pero jamás ofrecerles la santa Misa.

Tal es la doctrina del Concilio de Trento que dice: "Aun cuando la Iglesia acostumbra celebrar misa, en honor y memoria de los santos, no pretende con esto enseñar que á ellos se les puede ofrecer sacrificios sino sólo á Dios que les ha dado la corona. Por esto nunca dice el sacerdote: "Oh

(1) Isaías. XLII, 8.

San Pedro, oh San Pablo, os ofrezco este sacrificio; sino dando gracias á Dios de que les haya concedido la victoria, implora el auxilio de ellos para que se dignen interceder por nosotros en el cielo, cuando nosotros celebramos su memoria en la tierra." [1]

Estudiemos ahora la naturaleza misma del holocausto para comprender mejor su excelencia.

En el holocausto judío la víctima era enteramente consumida por el fuego. En otros sacrificios no se quemaba más que una parte y el resto quedaba para los sacerdotes ó para aquellos que los habían ofrecido.

En el holocausto todo era consumido por las llamas para reconocer que todo pertenece al Señor y todo debe serle consagrado. Dios podría aún y con toda justicia, exigir que el hombre sacrificara su vida, como había mandado á Abraham que sacrificase á Isaac, por más que se dió por satis-

(1) Conc. Trid., ses. XXII, c. 3.

fecho con la pronta obediencia de este patriarca, y como ordenó á Moisés: "Conságrame todo primogénito... tanto de hombres como de animales: porque míos son todos", [1] por más que permitía á las madres el rescatarlos el día de la presentación en el templo. Jesús, el Hijo de María, se sujetó también á esta ley. Su bendita madre lo llevó al templo y lo rescató con dos palomas, que era el precio de los pobres; pero á pesar de ello tenía que sacrificarle de nuevo y verle inmolado en holocausto en bien del género humano; porque: "Si uno murió por todos, luego es consiguiente que todos murieron... y Cristo murió por todos." [2]

Así, pues, siendo la vida de Jesús más noble que la de todos los hombres juntos, su muerte fué también más meritoria y preciosa á los ojos de Dios que lo podría haber sido la de todos los hombres.

Y puesto que Jesucristo renueva

(1) Exod. XIII, 1.
(2) II. Corinth. V, 14-15.

su muerte en cada Misa, síguese que el Dios Padre recibe más honor y gloria del santo sacrificio que si fuese inmolado en holocausto todo el humano linaje.

Marchant dice: "¿Qué es esta Misa sino una embajada que se envía á la Santísima Trinidad para poner en sus manos una ofrenda de inestimable valor, por la cual reconocemos su soberanía y le certificamos nuestra sumisión incondicional y absoluta?" [1]

Este presente cotidiano es Jesucristo, el mismo Hijo de Dios, quien conoce la infinita majestad de Dios y el honor que le es debido; y El solo puede en efecto tributar este honor, y lo rinde dignamente, aniquilándose é inmolándose en el altar.

La adorable víctima se entrega á nosotros toda entera y podemos ofrecerla como un bien propio nuestro al Dios tres veces santo y nosotros, miserables pecadores, le rendimos de esta

(1) Candel. myst. lib. IV, sac. 19.

suerte el culto y honor que se le deben. Si nos hubiese faltado el divino Cordero y la Misa, habríamos permanecido siendo los eternos deudores de Dios.

¡Cristianos! ¿Será posible que no sintamos vivos deseos de ofrecer todas las mañanas á nuestro Señor y Padre el más precioso de los dones? ¿Qué excusa tendríamos de semejante descuido en el día del juicio?

CAPITULO XII.

La santa Misa es el más sublime sacrificio de alabanza.

Dios es inefable; ninguna criatura es capaz de comprender su esencia, su santidad, su gloria y su riqueza. Es la justicia más severa, la misericordia más dulce, le belleza más maravillosa, y en una palabra, es la totalidad de la perfección en la unidad absoluta.

Por más que los ángeles y santos

le amen con todo su afecto tiemblan ante su sublime majestad y postrados le adoran con el más profundo respeto, le alaban, ensalzan y bendicen sus infinitas perfecciones, sin llegar á saciarse jamás. Y Dios quiere recibir de ellos esta alabanza, puesto que le es debida.

Al principio, antes de la creación, Dios en tres Personas se alababa á sí mismo. El Padre alababa la insondable sabiduría del Hijo, el Hijo alababa la dulcísima bondad del Espíritu Santo, y éste tributaba alabanzas á la omnipotencia del Padre.

Jesucristo decía á Santa Matilde: "Si quieres alabarme, alábame y glorifícame tomando parte en la soberana esplendidez con que, desde toda la eternidad me han glorificado el Padre, y el Espíritu Santo, únete á mí, que, en mi infinita sabiduría glorifico al Padre y al Espíritu Santo; únete al Espíritu Santo quien con su inalterable bondad ensalza al Padre y á mí."

Con el deseo de ser alabado el Dios

Todopoderoso ha criado el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres, los seres animados y los inanimados: "Todas las cosas las ha hecho el Señor para gloria de sí mismo." [1]

Los ángeles le han alabado desde los primeros instantes que fueron criados y lo alabaron, lo alaban y lo alabarán hasta la consumación de los siglos; y á éstos los imitan el sol, la luna y las estrellas, según preguntó Dios á Job: "Dime donde estabas cuando yo echaba los cimientos de la tierra? Entonces que me alababan los nacientes astros, y prorumpían en voces de júbilo todos los ángeles hijos de Dios?" [2]

Estos astros de la mañana y las criaturas de Dios representan los ángeles que fueron criados antes de los orígenes del mundo.

Las restantes criaturas, animales domésticos y salvajes, árboles selváticos y hierbas, piedras y metales, ben-

(1) Prov. XVI, 4.
(2) Job. c. XXXVIII, v. 4-7.

dicen todos al Señor, conforme á su especie propia y los medios de que disponen, contribuyendo así á su mayor gloria.

Si toda clase de criaturas deben alabar al Señor, con tanta más razón está obligado el hombre á hacerlo, porque éste fué criado para este fin, con un alma racional.

David, el rey Profeta, comprendió admirablemente esta misión: y por eso invita al cielo y á la tierra, á los seres animados é inanimados á bendecir con él al Señor, y con el fin de que las generaciones futuras continúen celebrando la gloria de su nombre transmite sus salmos á los sacerdotes y levitas con orden de cantarlos durante las ceremonias del culto.

Otro monumento de fervor para la gloria del Altísimo es el cantar de los tres jóvenes en el horno, invitando entre las llamas á todas las criaturas á bendecir al Señor: "Obras del Señor, bendecid todas al Señor, alabadle y ensalzadle en toda la duración de los si-

glos. Angeles de Dios, bendecid al Señor; cielos, bendecid al Señor..."

Nosotros estamos indudablemente más obligados á alabar á Dios que los judíos, ya que nosotros somos aquellos á quienes "ha predestinado para ser hijos suyos adoptivos... á fin de que se celebre la gloria de El." [1]

En otros términos; Dios adoptó á los cristianos para que alabaran y bendijeran lo imponderable de su gracia. Tal es el sagrado deber del cual no podemos sustraernos sin grave pecado. Con el fin de cumplir este deber emperadores, reyes y príncipes piadosos edifican hermosos templos y fundan monasterios donde no deben interrumpirse ni de día ni de noche las alabanzas al Señor con el canto de las horas canónicas.

Por eso la Iglesia obliga á los clérigos desde que reciben el subdiaconado al rezo cotidiano del brevario, obligación que hace extensiva á la ma-

(1) Efes. I, 5-6.

yor parte de órdenes de religiosos, tanto de hombres como de mujeres. Todas las cumplen con satisfacción y ensalzan "al Señor y adóranle en su santo Monte: porque el Señor Dios nuestro es el Santo *por excelencia.*" [1]

Para que pudiéramos responder dignamente á este llamamiento, Jesucristo instituyó la santa Misa, el sacrificio de alabanza por excelencia, ofrecido al Señor todos los días y en todas horas.

Demos una ojeada, desde este punto de vista, á las diferentes partes de que se compone el divino sacrificio y veremos palpablemente si es ó no cierta la anterior afirmación.

El *gloria in excelsis* es un himno magnífico: "*Laudamus te*" "te alabamos", "*benedícimus te*" "te benedecimos", "*adoramus te*" "te adoramos", "*glorificamus te*" "te glorificamos."

¡Qué cantico más ardiente no es el *Sanctus!* "Santo, santo, santo es el

(1) Ps. XCVIII, 9.

Señor de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria, hosanna en las alturas, bendito el que viene en nombre del Señor.“

Isaías oyó en arrobamiento los coros de los ángeles que prorrumpían alternativamente con este cántico, y cuando seis días antes de su Pasión entró Jesús en Jerusalén brotó del pecho de los judíos el *hosanna* de alegría.

Al mezclar en la Misa nuestras débiles voces con estos acentos celestiales, procuramos á Dios la mayor alabanza que se le puede tributar así en el cielo como en la tierra.

“La Iglesia por medio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo ofrece sacrificio de alabanza,“ dice San Agustín y añade San Lorenzo Justiniano: “Es cierto que Dios no puede recibir alabanza mayor que la que recibe en la Misa instituida por el Salvador á este fin“, á lo que agrega Molina: “En la Misa el Hijo de Dios ofrécese á su Padre, y le tributa toda la honra y

toda la gloria que le tributaba en la tierra.“

Así y solamente así es como se glorifica al Padre de una manera digna de El, y por eso recibe Dios más honor de una sola Misa que el que le puedan procurar todos los ángeles y santos.

Si en honor de la Santísima Trinidad el cielo entero organizara una procesión, al frente de la cual marchara la Madre de Dios, seguida de los nueve coros de ángeles y de innumerables ejércitos de santos y de bienaventurados, ciertamente que Dios recibiría un señalado honor; pero si la Iglesia militante enviase uno solo de sus sacerdotes para presidir esta procesión augusta con el santo sacrificio de la Misa, este pobre sacerdote, por medio de una sola Misa que celebrara, tributaría á Dios un homenaje infinitamente mayor que el que resultaría de aquella tan espléndida y conmovedora ceremonia.

El homenaje de una misa con respecto al primero estaría sobre este,

como está Dios por encima de las criaturas.

Para alabar á un sér cualquiera es preciso conocer lo que en esta persona es digno de alabanza. Si de ella no se sabe nada de bueno, nada se puede decir, pero es fácil hablar de la misma si mucho y bueno se sabe de ella. Lo mismo sucede tratándose de Dios.

Los ángeles y santos le conocen de una manera excelente, puesto que le contemplan cara á cara, le alaban con todas sus fuerzas y no obstante sus alabanzas quedan infinitamente por debajo de lo que se merece. Solo Jesucristo, á causa de la unión hipostática, conoce por entero la esencia de Dios y su excelencia, y El sólo ofrece una alabanza infinita y digna de la eterna Majestad.

Este honor, no hay que olvidarlo, lo tributa Nuestro Señor ante todo en el altar, durante la santa Misa, y además lo ofrece en nombre de los fieles, satisfaciendo las omisiones de éstos y

dándoles su mismo poder, de tal suerte que pueden ofrecerlo ellos al Altísimo como si fuese un tributo propio, satisfaciendo dignamente la obligación que tenemos de alabar al Señor.

Así, pues, si un hombre dice en su interior: „Señor, os ofrezco el honor y alabanza que os ofrece vuestro Hijo en el altar“, tributa á la Majestad divina una alabanza más insigne y meritoria que la de los ángeles y santos.

Santa Brígida vió cómo los santos y los ángeles tomaban parte en las alabanzas tributadas por Jesucristo durante la Misa.

He aquí como se expresa:

„Un día que asistía al santo sacrificio del altar, parecióme, en el momento de la consagración, que el sol, la luna, las estrellas, los planetas, todos los cielos y sus moradores cantaban las melodías más dulces y embriagadoras.

Mezclábanse con ellos una multitud de cantores celestiales cuyos acentos

eran demasiado sublimes para que se puedan explicar y comparar. Los coros de ángeles contemplaban al sacerdote y ante él se inclinaban con el más profundo respeto, á la par que huían los demonios poseídos de espanto. Tan pronto como el sacerdote pronunció sobre la Hostia las palabras de la consagración, divisé un pequeño cordero que tenía el rostro de Jesús y fué reverenciado y adorado por la multitud de ángeles. Un número infinito de almas de bienaventurados alababan también con los ángeles al Altísimo y Cordero inmaculado.“ [1]

Almas piadosas, vosotras os halláis entre esa reunión celestial cuando asistís á la santa Misa y cooperáis á ensalzar al Señor.

Sí, la santa Misa satisface por las alabanzas que nos descuidamos de rendir á Dios; ella repara las blasfemias, los insultos que los hombres insensatos profieren todos los días. Sin este

(1) Lib. VIII, c. 56.

augusto sacrificio de alabanza, el mundo no subsistiría y: “Qué debo yo aquí, después que mi pueblo ha sido llevado esclavo por nada..... Todo el día sin cesar está blasfemándose mi nombre,“ [1] decía el Señor á Isaías.

Su propósito era el de retirarse del mundo, abandonarlo á Satán y precipitar á los blasfemos al infierno; y en verdad no le faltaban al Todopoderoso motivos para cumplir su amenaza: un solo pecado mortal le bastaba para ello.

Pero, ¿qué es lo que detiene su brazo sino el augusto sacrificio del altar?

Este es el que á las blasfemias y ultrajes de los impíos opone homenajes dignos de la soberana majestad. Esta alabanza de Jesús y de sus sacerdotes es mayor infinitamente que los escándalos y crímenes del siglo.

Agradezcamos sin cesar á nuestro buen Maestro la institución de este

(1) Isaías, LII, 5.

sacrificio de perfecta alabanza. Y si, por desgracia nuestra, no hemos pensado hasta ahora en glorificar á nuestro Dios, confesemos humildemente esta falta y con el corazón arrepentido reparémosla con un creciente fervor durante la santa Misa.

CAPÍTULO XIII.

La santa Misa es el mejor sacrificio de acción de gracias.

Los beneficios de Dios, con respecto á nosotros, son infinitos y están fuera del alcance de nuestra consideración, puesto que El nos ha creado y dotado de sentidos y miembros corporales, nos ha dado un alma hecha á su imagen y semejanza que ha santificado con el bautismo, le ha infundido las virtudes teologales, la ha escogido por esposa suya y la ha confiado á un ángel para guardarla.

Cuida de nosotros día y noche, nos perdona los pecados por el sacramento

de la Penitencia y nos alimenta con su carne en la Eucaristía. Soporta pacientemente nuestras ofensas y nos envía consoladoras inspiraciones en espera dé nuestra conversión; nos instruye por boca de sus ministros, escucha nuestras pobres plegarias, nos preserva de mil peligros y es nuestro consuelo en las penas, nuestro escudo en las tentaciones, la recompensa de nuestras buenas obras y nuestro libérrimo bienhechor en todas circunstancias.

Como si no bastaran tantas gracias añadió otra, la más insigne entre todas: nos adoptó por hijos suyos.

“Mirad qué tierno amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en efecto“ (1) escribe el discípulo muy amado, y San Pablo: “Y siendo hijos, somos también herederos: herederos de Dios y coherederos con Jesucristo.“ (2)

¿No es un exceso de bondad el he-

---

(1) I Joan. III, 1. (2) Rom. VIII, 17.

cho de que unos pobres pordioseros sean admitidos á la adopción y herencia del rey de los reyes?

Además de este dón incomparable, como su mano liberal será pródiga eternamente, al habernos nosotros entregado al poder de Satanás por el pecado nos ha librado Dios de él por medio de su Hijo Jesús: "Amó tanto Dios al mundo, que no paró hasta dar á su Hijo unigénito" [1] no solamente revistiéndole con el ropaje de la naturaleza humana, sino también entregándolo por nosotros á la más dolorosa de las muertes.

De este inmenso beneficio participan asimismo sus enemigos: "Lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros, es que entonces mismo, cuando éramos pecadores *ó enemigos suyos, fué cuando* al tiempo señalado murió Cristo por nosotros." [2]

Aunque Dios no nos hubiese concedido otro favor que una sola mi-

(1) Joan, III, 16. (2) Rom. V, 8-9.

rada de misericordia ¿quién podría agradecérsela merecidamente ó justamente satisfacerla? ¿No es El por ventura la infinita majestad y nosotros un vil gusano de la tierra? ¿Cómo, pues, recompensaremos la Encarnación del Señor, así como su vida y su muerte?

Osorio nos previene que "aquél que muchas cosas debe á alguien está obligado á corresponderle debidamente, si no quiere pasar por ingrato" [1] y en tal caso deberíamos tener constantemente en los labios el canto de David "¿Cómo podré corresponder al Señor por todas las mercedes que me ha hecho?" [2] "Qué ofreceré, pues, al Señor que sea digno de El?" [3] pediremos con el profeta Miqueas. ¿Qué haremos, ingratas criaturas, para dar testimonio de nuestra gratitud?

Véase la respuesta inspirada que da el santo rey: "Tomaré el cáliz [4] de la salud é invocaré el nombre del

(1) Conc. de Missa.
(2) Ps. CXV, 12.
(3) Micheas, VI, 6.
(4) Prescrito por la ley para dar gracias á Dios.

Señor. Cumpliré al Señor mío mis votos en presencia de todo su pueblo.“ (1)

Este sacrificio de acción de gracias no es otro que la santa Misa. Asistir á ella con esta intención es, por consiguiente, una manera perfecta de agradecer á nuestro soberano bienhechor, porque, según San Ireneo: “El divino sacrificio ha sido instituido para que no seamos ingratos á Dios. “ (2)

Así, pues, fuera de este sacrificio nada encontraríamos digno de ser ofrecido á la Santísima Trinidad en proporción á sus beneficios...

Por lo demás las palabras del misal indican claramente el carácter de acción de gracias de la santa Misa. A parte de los versículos ya citados del *Gloria* se dice en el *Prefacio*: “Hagamos gracias al Señor nuestro Dios. Verdaderamente cosa justa y razonable es, equitativo y saludable haceros gracias siempre y do quiera, Señor Santo,

(1) Ps. CXV, 13.
(2) Contr. haeres. lib. IV, c. 22.

Padre Todopoderoso, Dios eterno, por Jesucristo Señor nuestro. “

Los términos de esta acción de gracias son los más expresivos de los que usa la santa Iglesia.

Inmediatamente antes de la consagración el sacerdote exclama: “ Tomó el pan en sus manos santas y venerables, y levantando los ojos al cielo, hízole gracias. “

¡Oh adorable elevación de los ojos de Jesús! ¡Oh poderoso testimonio de reconocimiento verdadero que suple á nuestros agradecimientos incompletos! Lo que Jesús llevó á cabo después de la Cena se renueva en cada Misa y siendo infinita esta acción de gracias de una persona divina encuentra Dios en ella una satisfacción incomparable.

Consideremos ahora esta acción de gracias. Si desde los días de nuestra infancia hasta los momentos actuales hubiéramos dado sin cesar gracias á Dios por sus innumerables beneficios, no habríamos hecho tanto como asistiendo á una sola Misa.

Veamos otra comparación; si hubiéramos invitado á todas las almas piadosas á que juntasen sus cánticos de reconocimiento á los nuestros, y durante todo el tiempo de nuestra vida hubiéramos unido nuestros votos y nuestros corazones, jamás haríamos tanto como asistiendo una sola vez al santo sacrificio.

Más aun; si el ejército celestial hubiera acometido tamaña empresa no habría llevado á cabo ni una sombra del reconocimiento, testimoniado á Dios por Jesucristo en el altar.

¡Oh Dios mío! ¿Cómo es posible que podamos llegar á comprender el tesoro inmenso contenido en cada Misa? ¡Qué felices nos haría tal apercibimiento! ¡Qué celosos nos mostraríamos de asistir al divino sacrificio!

"Las gracias, dice Santo Tomás de Aquino, deben darse á su autor, por medio de la gratitud y reconocimiento y por el mismo conducto por donde bajan."

Jesucristo es el camino por donde

nos llegan toda clase de bienes, pues por medio de Jesucristo inmolado en el altar deben remontarse hacia el cielo nuestras acciones de gracias.

Por eso San Pablo escribía á los fieles de Corinto: "Continuamente estoy dando gracias á Dios por vosotros, por la gracia de Dios, que se os ha dado en Jesucristo: porque en él habéis sido enriquecidos *con toda suerte de bienes espirituales,* con todo lo que pertenece á los dones de la palabra y de la ciencia, de manera que nada os falte de gracia ninguna..." [1]

"Considera, pues, devoto cristiano, cuánto debemos á Dios por haber instituido la Misa, y que sin ella, no tendríamos medio para dar dignamente gracias á Dios. Ojalá que nos hagamos cargo de nuestra gran dicha.

En el santo sacrificio, Jesús es todo nuestro; en El poseemos todos sus méritos, de modo que uniéndonos á la víctima divina podemos ofrecerlos al

---

(1) I Corinth. I, 4-5 y 7.

Padre y pagar la deuda que nos abate." (1)

CAPÍTULO XIV.

La santa Misa es el sacrificio más eficaz para que nuestras súplicas sean atendidas.

Además de los holocaustos y sacrificios eucarísticos exigió Dios de su pueblo ofrendas pacíficas que consistían en sacrificios de paz y de oración de maravillosa eficacia, porque hacían llover sobre Israel las más abundantes gracias de bendición y perseverancia.

Amenazados los israelitas por los filisteos suplicaron aquéllos á Samuel que rogara por ellos. Samuel inmoló un cordero, imploró al Señor y súbitamente se apoderó el pánico del enemigo y huyó atropelladamente. (2)

Más tarde, cuando Dios castigó á su pueblo con una peste, David ofreció

(1) P. Segneri. (2) I Reg. VII, 7-11.

igualmente un sacrificio de paz y desapareció el azote. Ejemplos de este género los encontramos numerosos en la Sagrada Escritura.

Si Dios concedió á los hebreos tales medios con que apaciguarle, en cambio los cristianos recibieron otro incomparablemente más eficaz.

En efecto; ¿qué es lo que no conseguirá el cordero divino inmolado en el altar, cuando los corderos de los judíos lo conseguían todo del Altísimo?

Los sacrificios de las Sinagogas tan sólo podían ser ofrecidos con una sola intención y con un rito particular; pero la Iglesia aunque no tenga más que un solo sacrificio, lo ofrece con intenciones diversas en todas circunstancias y obtiene más gracias que los judíos con sus múltiples ofrendas: "Anatema á quien sostenga que el sacrificio de la Misa es únicamente un sacrificio de alabanza ó de hacimiento de gracias ó una simple representación del sacrificio verificado en la cruz, y

no un sacrificio de propiciación. Anatema al que diga que sólo sirve al que comulga y que no puede ser ofrecido para los vivos y para los difuntos, por los pecados, por las penas, por las satisfacciones y por otras necesidades.“ (1)

Es de ley en la Iglesia el que la Misa puede ofrecerse con múltiples intenciones y que por medio de ella obtenemos de Dios los más diversos favores.

Podemos oir ó celebrar la santa Misa á mayor gloria de Dios, en alabanza á María, en honor de los ángeles y santos, por nuestra salvación, para la conservación ó restauración de nuestra salud, para ser preservados de los males temporales, para obtener la remisión de nuestros propios pecados, enmienda de nuestra vida ó la gracia de una buena muerte; y todo ello podemos pedirlo para nuestros parientes

(1) Trident. Sess. 22, can. 3.

y amigos, para toda la Iglesia militante y para toda la purgante.

Los doctores están acordes en proclamar el poder de la Misa como sacrificio impetratorio: “Es sumamente eficaz, dice uno de ellos, á causa del valor de la víctima y de la dignidad del sumo sacerdote que sacrifica. No hay gracia ni don que no pueda obtenerse por ella. Poco importa que sean muchos ó pocos los que pidan, todos recibirán según la medida de su petición; porque siendo Jesús el principal sacrificador, su ofrenda es infinitamente agradable al Padre. Son además inagotables los méritos que le son presentados. La Pasión, la sangre, las llagas de Jesús tienen un valor sin límites.“ (1)

En el mismo sentido se expresa San Lorenzo Justiniano: “Ningún sacrificio más excelente, ni más util, ni más agradable á su divina Majestad que el sacrificio de la Misa en el que las llagas

(1) Candel. myst. 2-4, lect. 5, pag. 3.

de nuestro Mediador, sus azotes y oprobios que sufrió por nosotros, se ofrecen nuevamente á su Padre quien viendo inmolar al que había enviado al mundo, concede el perdón á los pecadores, auxilio á los débiles y á los justos la vida eterna.“ (1)

Por la ofrenda del santo sacrificio damos más de lo que podemos pedir. ¿A qué, pues, el temor de que nuestra súplica sea rechazada ó desatendida? Para obtener alguna cosa limitada ofrecemos una víctima de precio infinito. ¿Cómo Dios, en su liberalidad, que prometió recompensar un vaso de agua dado en su nombre dejará de atender nuestras súplicas, al ofrecerle el cáliz lleno de la sangre de su Hijo, de aquella sangre que implora misericordia por nosotros?

En el testamento de su corazón, en las últimas palabras que pronunció después de la Cena, dijo nuestro buen Maestro: “En verdad, en verdad os digo,

(1) Serm. de Corp Christi.

que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederé.“ (1)

¡Qué momento más propicio para pedir en nombre de su Hijo aquél en que muriendo nuevamente por nosotros se presenta Jesús á la presencia del Padre!

San Buenaventura da otra razón sobre la eficacia del santo sacrificio: “Cuando un príncipe se halla prisionero, no se le da libertad, sino mediante un crecido rescate. Cuidemos, pues, de que no se vaya Jesús de la Misa donde es nuestro prisionero, sin que antes nos conceda el perdón de los pecados y nos asegure que iremos al cielo.“

Á este fin, eleva el sacerdote la sagrada Hostia como quien da voces al pueblo y le dice: “Mírale, aquel al cual el mundo no puede encerrar, le tengo prisionero en mis manos, no le dejemos ir, si antes no nos concede lo que le pidamos.“ Sí, repitamos las pa-

(1) Juan XVI, 23.

labras de Jacob al ángel: "No te dejaré ir si antes no me das tu bendición." [1]

Veamos ahora, con el siguente sucedido, lo que puede llegar á conseguir una oración dicha con fervor durante la santa Misa.

Vivía en Spello en el año 1582 [2] una piadosa mujer cuyo esposo maltratábala con palabras y hechos. Con los años su situación empeoraba de día en día y la desdichada esposa estaba ya desesperada. Iba á cometer alguna mala acción, cuando dos religiosos capuchinos, llamados Lactancio y Francisco de Nursia, fueron á pedirle limosna, y les contó ella, con lágrimas en los ojos, su situación insostenible. Los religiosos se esforzaron en consolarla y le aconsejaron que oyese todos los días la santa Misa y juntase sus sufrimientos á los que por ella había sobrellevado el Salvador del mundo, asegurándole que entonces su despótico

(1) Genes. XXXII, 26.
(2) Crónica de los Capuchinos.

marido se iría apaciguando poquito á poco.

Llena de confianza la pobre mujer prometió seguir el consejo, que agradeció; pero su marido era tan tirano que le llegó á prohibir que los días laborables saliese de casa. Semejante medida la afligió sobremanera, ya que así no podía cumplir lo que á los religiosos prometió.

Afortunadamente el déspota se vió obligado á emprender un largo viaje que su esposa aprovechó gozosa para oir Misa todos los días. Con un fervor sin igual se encomendaba ella misma y á su marido á Nuestro Señor, suplicándole tuviese compasión de ella y trocase el perverso corazón del tirano esposo.

Un día llegó éste de improviso y sabiendo por la criada que su esposa estaba en el templo, el que no había dejado de frecuentar todos los días, su furor no tuvo límites.

Fuera de sí se desató en improperios y juró extrangular á su víctima y

en efecto, al llegar ésta le puso las manos al cuello. La infeliz, viéndose perdida, imploró los auxilios del Señor en pago de su asistencia á la santa Misa, y este socorro no se hizo esperar, pues las manos del verdugo permanecieron sin fuerzas para consumar el crimen ni para apartarse del cuello de su esposa.

Esta impotencia irritó más al miserable que invocando á Satanás redobló sus esfuerzos; pero la parálisis aumentaba en proporción á su ira y pronto sus manos quedaron rígidas y frías como las de un cadáver.

Entonces él mismo comprendió que aquello era un castigo de Dios y se arrepintió, prometiendo á su esposa que se corregiría si obtenía la curación completa.

Pero la esposa quiso aguardar la súplica para otro día, porque desconfiaba de aquellas promesas, y decía que era preferible un marido paralizado que un encarnizado perseguidor.

Finalmente convencida de la sinceridad del arrepentido imploraron juntos la divina misericordia é hicieron votos y promesas hasta que Dios les escuchó. Tal severo castigo produjo los mejores frutos, pues el marido se convirtió en dulce y bueno para su esposa, acompañándola desde entonces á oir la santa Misa.

"Por abundar en tesoros y ser sumamente agradable la oblación de la Misa, puede cualquiera alcanzar de Dios, de la Virgen Santísima y de los santos cuanto necesite para su salvación. Nada más eficaz." [1]

Creemos haberlo probado suficientemente en el presente capítulo; reasumamos, pues. En la santa Misa no oramos solos; con nosotros y por nosotros rezan el sacerdote, los ángeles y el mismo Jesucristo, y no solamente oramos, sino que también ofrecemos á Dios un dón divino.

Si nuestras súplicas fueran estériles en estas condiciones ¿dónde y cuándo podrían ser atendidas?

(1) Molina.

Pero, ¿por qué no escucha siempre á los que le ofrecen la santa Misa? A esta pregunta de Santa Gertrudis le contestó Nuestro Señor: "Si alguna vez no atiendo á tus súplicas y á tus deseos, es porque te preparo algo que te será de mayor utilidad, puesto que tú no eres capaz de pedir lo que más te conviene á causa de la miseria humana." [1]

En otra ocasión se lamentaba dulcemente la misma Santa: — ¿De qué les sirven mis oraciones á mis amigos si no obtengo fruto alguno? — No te admires, le dijo el Salvador, si no ves los efectos de tu oración, puesto que yo lo ordeno todo según mi sabiduría impenetrable; sin embargo, ten la seguridad de que cuanto más se pida por una persona, tanto más favorecida será ésta, porque ninguna oración sincera es desatendida, por más que este efecto puede quedar oculto. [2]

Si, según las palabras de Jesucristo,

(1) Lib. III, Revel. 33.
(2) Lib. III, Rev. 3. cap. 3, § 13.

á cada oración corresponde su fruto, ¿cuál no será el de la Misa, que es la oración por excelencia? Pero fijémonos en que Jesucristo habla de una *oración sincera*, la oración que va acompañada de la confianza.

El que ora sin confianza recibirá poco ó nada, como podemos probarlo con el ejemplo siguiente:

Cuéntase en la vida de San Severino Abad, que en los alrededores del castillo de Corull cayó una inmensa nube de langostas, que ocasionó grandes perjuicios á las cosechas.

El pueblo acudió á San Severino implorando su intercesión cerca de Dios, para que cesara el azote. El religioso, compadecido los reunió á todos en la Iglesia, donde les exhortó á la penitencia y á la oración, terminando su sermón con estas palabras:

— No conozco otra oración más eficaz que la santa Misa y voy á ofrecerla por vuestra intención. Ofrecedla también vosotros conmigo y poned en ella toda vuestra confianza.

Todo el pueblo se dispuso á seguir el sabio consejo, á excepción de un solo individuo que dijo en tono de burla:

— ¡Vana confianza es la vuestra! Aunque oigáis todas las Misas del mundo y permanezcáis todo el día en oración, no conseguiréis ahuyentar ni una sola langosta.

Y se marchó á su casa para reanudar el trabajo.

Los restantes junto con el sacerdote suplicaron fervorosamente al Señor les librase de la plaga.

Cuando la Misa había terminado todos se fueron al campo y ¡oh sorpresa! las langostas habían volado formando una espesa nube.

La alegría y el reconocimiento llenaron todos los corazones y el incrédulo no quería convencerse de la eficacia del remedio, hasta que siguiendo con su mirada el ejército devastador, lo vió dirigirse y pararse en sus tierras de labranza. Considerando entonces cierta su ruina invocó al cielo, pero

nada consiguió, ya que los voraces insectos no huyeron hasta después de haber destruído su cosecha.

Esta narración nos demuestra no sólo el poder de la santa Misa, sino también el castigo reservado á los que la desprecian.

A semejanza de aquel pueblo creyente tengamos entera confianza en el santo sacrificio.

"Lleguémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia á fin de alcanzar misericordia, y hallar el auxilio de la gracia para ser socorridos á tiempo oportuno." [1]

¿Y cuál es ese trono de gracia? No es el cielo, porque no podemos llegar á él; ni el arca de la alianza, porque era un símbolo tan solo, sino el altar, en el cual es inmolado el Cordero de Dios con el fin de alcanzarnos gracia y misericordia.

No dejemos, pues, de ir todas las mañanas á ese trono de gracia donde

---

(1) Hebreos. IV, 16.

recibiremos los auxilios necesarios. Acudamos á él con satisfacción y entera confianza, porque es trono de gracia y no de venganza, de misericordia y no de justicia.

CAPÍTULO XV.

La santa Misa es el sacrificio más poderoso de reconciliación.

Después que sus hijos se habían regocijado juntos levantábase Job muy de mañana y ofrecía el sacrificio por cada uno de ellos diciendo:

— No sea que mis hijos hayan pecado y desechado á Dios en sus corazones. (1)

Este comportamiento nos dice que basta la simple razón natural para conocer la necesidad del sacrificio expiatorio. Este estaba ya en uso en tiempo de los antiguos patriarcas, antes que Moisés hubiese publicado la Ley.

(1) Job. I, 5.

Si alguno hubiese cometido pecado haga penitencia por él y "ofrezca de los rebaños una cordera ó una cabra, y el sacerdote hará oración por dicha persona y por dicho pecado. Pero si no pudiese ofrecer una res, ofrezca al Señor dos tórtolas ó dos pichones, uno por el pecado, y otro en holocausto... y el sacerdote orará por este hombre y por su pecado, y se le perdonará." (1) Así lo ordenó el Señor.

Poseyendo el Antiguo Testamento tal sacrificio, no podía faltarle á la Iglesia el suyo, sacrificio tanto más noble que el primero, cuanto más superior es el cristianismo al judaísmo.

Este sacrificio expiatorio es evidentemente el de la cruz, por el cual se reconcilió el mundo con la justicia divina. Pero para que esta reconciliación nos fuese ofrecida cada día, hasta la consumación de los tiempos, instituyó

(1) Levit. V, 6-7 y 10.

Jesucristo el sacrificio de la Misa, que no es un sacrificio nuevo sino la renovación del de la cruz bajo una forma incruenta.

Por esta razón la Iglesia lo llama sacrificio expiatorio y dice explícitamente que lo instituyó Jesucristo: "para dejar á la Iglesia su esposa santa, un sacrificio visible que representase el sacrificio sangriento de la cruz y aplicase el poder saludable de él para la remisión de los pecados cotidianos." (1)

Las oraciones y ceremonias de la Misa indican su carácter expiatorio. El sacerdote empieza recitando el *Confiteor* durante el cual se da tres golpes de pecho; lo mismo hace el monaguillo en nombre del pueblo, y el celebrante dice á los fieles: "Dios todopoderoso tenga misericordia de vosotros, os perdone los pecados y conduzca á la vida eterna."

Hace después la señal de la cruz y exclama: "Dios todopoderoso y mise-

(1) Trid. Sess XXII, cap. I.

ricordioso nos otorgue el perdón, la absolución y remisión de nuestros pecados."

Seguidamente implora el perdón de nuestros pecados en el *Kyrie eleison.* "Señor, ten compasión de nosotros; Cristo, ten compasión de nosotros."

Humilde y confortable invocación que sube al cielo y mueve el corazón del Padre hacia sus hijos.

La voz de perdón se repite en muchas *colectas*, *secretas* y postcomuniones, y finalmente, en el *Agnus Dei*: "Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, ten compasión de nosotros."

¿Cómo demostrar con más evidencia que el sacrificio de la Misa es un sacrificio de reconciliación?

Marchant se expresa en estos términos: "Sobre Nuestro Señor Jesucristo que cargó con los pecados del mundo para limpiarlos con su sangre descargamos nuestras faltas personales como sobre una víctima llevada á la

inmolación para que los expíe por nosotros.“ [1]

“Por esto el sacerdote se inclina profundamente ante el altar para alcanzar el perdón de todos. Así inclinado representa también á Jesucristo en el huerto de los Olivos en donde el peso de nuestros pecados le hizo caer en tierra bañado del sudor de sangre y le arrancó desgarrador grito de perdón. Y porque como Él y en lugar de Él, el sacerdote intercede por todos los pecados del mundo entre los cuales incluye los suyos propios, y como por otra parte el precio de la Redención debe pagarse de nuevo, el precio de la Misa sirve para pagar lo que debemos por nuestros pecados cotidianos.“

Hermosas y consoladoras palabras para el corazón arrepentido y á propósito para estimular nuestro celo por la asistencia á la santa Misa, donde se opera el beneficio de nuestra reconciliación.

---

(1) Cand. myst. tract. IV, lect. 13, § 4.

Santiago en su Liturgia exclama: “Ofrecémoste, oh Señor, este sacrificio incruento por los pecados cometidos por ignorancia“ ; cometemos en efecto muchos pecados de los que no nos damos cuenta y no los confesamos y de los cuales somos reos.

A sus culpas ignoradas referíase David cuando decía: “Señor, echa en olvido los delitos ó flaquezas de mi maldad y mis necedades.“ [1] “¿Quién es el que conoce todos sus yerros? Purifícame de los míos ocultos.“ [2]

Pues si no queremos aparecer ante Dios cubiertos con estos pecados de ignorancia y malicia como con un vestido abominable, aprovechémonos del santo sacrificio “que sirve para expiar nuestros pecados ignorados que no notamos á pesar de un sincero examen de concencia.“

También esto es de Marchant, y no de otro modo se expresan el Papa Alejandro I, San Cirilo y San Ambrosio:

---

(1) Psal. XXIV, 7. (2) Psal. XVIII, 13.

“Por medio de la oblación del santo sacrificio, el Señor se reconcilia con nosotros y perdona la multitud de nuestros pecados que ofrecemos á Jesucristo, Cordero de Dios inmolado por nuestros pecados á fin de mover al Señor á que tenga misericordia de nosotros. Jesucristo ofrecióse como sacerdote para que Dios perdone nuestros pecados.“

Llenaría páginas enteras si quisiera citar todos los textos de los Padres que se refieren á este punto. Me detendré en el Concilio Tridentino que así nos habla: “El sacrificio de la Misa es realmente un sacrificio propiciatorio, mediante el cual si nos dirigimos á Dios con corazón recto y fe sincera, con temor y respeto, contritos y arrepentidos, alcanzamos misericordia y recibimos los auxilios de que tenemos necesidad.“ (1)

Páginas enteras podríamos llenar si nos empeñáramos en citar todos los textos de los Papas sobre el particular,

(1) Trid. Sess. XXII, cap. 2.

pero nos limitaremos á la doctrina del Concilio de Trento: „Apaciguado, en efecto, por esta oblación, el Señor concede la gracia y el don de penitencia, y perdona los crímenes, aun los más graves.“ (1)

Después de tantas citas podríamos preguntar: ¿A qué un sacrificio de reconciliación, cuando podemos reconciliarnos con Dios por medio de una contrición sincera?

Indudablemente la contrición perfecta nos devuelve la gracia; pero, ¿de dónde sacarás dicha contrición? Le es tan imposible al hombre sentirla por sí solo, como á un muerto resucitar por su propia voluntad.

Si cada uno de nosotros pudiésemos experimentar, por nuestras propias fuerzas los sentimientos de penitencia y arrepentimiento, no estaría el infierno tan poblado, porque nos esforzaríamos en la hora de nuestra muerte y saldríamos de este mundo en estado de gracia.

(1) Trid. Sess. XXII, cap. 2.

Cuando nos sentimos conmovidos y movidos á piedad al oir un sermón, ó al leer un libro de devociones, todo cuanto experimentamos es efecto de una gracia particular con que desinteresadamente nos obsequia el Señor, pero que la concede sólo cuando fervorosamente se le pide.

Para lucrar del tesoro de sus gracias, no hay cosa más segura que el santo sacrificio del altar, pues en él la severa justicia del Padre se trueca en amor, compasión y misericordia.

¡De qué ternuras por los pobres pecadores se siente inundada la divina víctima, Nuestro Señor Jesucristo, durante su inmolación!

Sus palabras á Santa Gertrudis, atentamente meditadas, pueden ayudarnos á formarnos idea de ello.

Era un día de Jueves Santo en el momento en que se cantaban estas palabras de *Laudes: Oblatus est quia ipse voluit...* fué ofrecido en sacrificio porque El mismo lo quiso cuando Nuestro Señor dijo á la Santa:

— Si crees que no fuí ofrecido en la cruz á mi Padre celestial, sino porque quise ofrecerme de tal suerte, cree también que ahora deseo ofrecerme por cada uno de los pecadores al mismo Dios, mi Padre, tan afectuosamente como entonces para la salvación de todos los hombres en general. Así no hay nadie por cargado que esté de pecados que no pueda esperar el perdón ofreciendo á mi Padre mi Pasión y muerte, puesto que cree que ellas pueden obtener para él el fruto y el dón de la gracia. Deben convencerse todos de que el recuerdo de mis sufrimientos es el remedio más poderoso, cuando va acompañado de una fe viva y una penitencia verdadera. [1]

En otra circunstancia el divino Maestro había dicho á Santa Matilde:

— Hija mía, acudo á la Misa con tal mansedumbre que no hay entre los concurrentes ningún pecador, por pervertido que sea, que yo no soporte y á quien no perdone gustoso, si tal es su deseo.

---

(1) Lib. IV, cap. XXV.

Fijémonos en que, lejos de rechazar al pecador, su enemigo, le mira por el contrario Jesucristo con ojos llenos de dulzura, le tiende la mano, y al primer suspiro de contrición, se apresura á perdonarle.

La *Vida de los primeros Padres,* contiene un tierno ejemplo de esta amorosa conducta del Sagrado Corazón.

San Pablo ermitaño había recibido el dón de leer en las conciencias. Los domingos se situaba en la puerta de la iglesia, y al pasar los eremitas por delante de él, á aquellos que veía cargados con alguna falta se las revelaba y les exhortaba á penitencia.

Un día llegó un hombre, con la cara y el cuerpo negros, que estaba poseído del demonio; desde lejos le seguía el ángel de su guarda triste al contemplar á su infeliz protegido. A la vista de semejante espectáculo, San Pablo derramó amargas lágrimas y se golpeó el pecho, compadecido del pobre pecador.

A pesar de las súplicas de los solitarios monjes, San Pablo permaneció

en la puerta de la Iglesia durante el santo sacrificio y prosiguió llorando. Al salir de Misa los fieles buscaron al pecador; su rostro estaba como iluminado y el ángel de su guarda, lleno de gozo, permanecía cerca de él mientras los demonios le seguían de lejos.

— ¡Oh indecible bondad de nuestro Dios! — exclamó San Pablo entonces — ¡Oh insondable misterio de la misericordia divina! Venid, hermanos, á admirar las maravillas del Señor, ved lo que acaba de suceder. Ese hombre que penetró en el templo con el rostro negro y poseído del demonio sale transfigurado, radiante de gozo y guardado por un ángel bueno.

Volviéndose después hacia el interesado, le dijo:

— Da gracias á Dios y revélanos el estado de tu alma.

Y respondió el desconocido:

— Soy un desdichado que ha vivido largo tiempo en la impureza, sin hacer caso de los avisos de Dios; pero hoy

en la Epístola las palabras de Isaías me han conmovido: "Lavaos, pues, y purificaos, apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos, cesad de obrar mal, aprended á hacer bien, buscad lo que es justo.... Aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, quedarán *vuestras almas* blancas como la nieve, y aunque fuesen teñidas de encarnado como el bermellón se volverán del color de la lana más blanca." (1)

Al oir estas expresiones he elevado mi corazón al Señor y he dicho:

— ¡Oh Salvador mío que viniste al mundo para salvar á los pecadores, cumplid en mí vuestra promesa y libradme del mal! Estos pensamientos y otros parecidos no me han dejado en toda la Misa y he prometido al Señor no cometer ningún otro crimen, ya que El se ha dignado perdonarme y recibirme hoy como hijo suyo.

Entonces todos los reunidos exclamaron:

(1) Isaías I, 16-18.

— ¡Señor, vuestras obras son admirables! Por la virtud de la santa Misa convertís á los pecadores y les colmáis de mercedes.

¡Oh admirable sacrificio del altar! ¡Cuán grande es tu poder! ¡A cuántos pecadores, entre los cuales debemos contarnos, has convertido y preservado de la muerte eterna! ¡Qué reconocimiento debemos al dulce Jesús que nos facilita de tal suerte nuestra reconciliación con Dios! ¡Ah, cuán pobres eran los judíos sin este sacrificio, ellos que, según testimonio del Apóstol, no podían borrar ni un sólo de sus pecados con la sangre de los animales inmolados!

Si la sangre de los animales fuera suficiente para borrar nuestras faltas, ¿de dónde sacaríamos víctimas suficientes ó dinero para satisfacerlas debidamente? Sería, pues, locura la nuestra no aprovecharnos del sacrificio tan sencillo y eficaz de nuestro Señor Jesucristo, malogrando de esta suerte la venida del Mesías.

En lugar de expiar entonces nuestros pecados los habríamos aumentado en número todos los días precipitándonos por siempre jamás en los profundos infiernos.

§ 1. De qué suerte la santa Misa obra la remisión de los pecados y la conversión de los pecadores empedernidos.

"El efecto del sacrificio de la santa Misa consiste en reconciliarnos con Dios."

Santo Tomás apoya esta doctrina con esta excelente comparación: "Perdona uno la ofensa recibida, si el ofensor ofrece algún dón precioso ó presta un servicio señalado. De la misma manera Dios nos perdona por la honra que le tributamos al asistir devotamente á Misa y por el dón sublime que le hacemos por medio de la oblación del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo."

La Sagrada Escritura enseña lo mismo: temiendo Jacob la cólera de

Esaú, á quien había quitado el derecho de primogenitura y la bendición paterna se decía á sí mismo: "Le aplacaré con los regalos que preceden, y después me presentaré á él; quizá se me mostrará propicio." [1]

Envióle en efecto camellos, vacas, bueyes, ovejas, cabras, y ante estos presentes se ablandó el corazón de su hermano.

Si en la Misa ofrecemos á Dios, tan justamente irritado contra nosotros, las virtudes, los méritos, la Pasión, la muerte de su hijo, evidentemente trocaremos sus sentimientos hacia nosotros más prontamente que Jacob cambió el corazón de Esaú, ya que nuestros dones son de más precio á los ojos del mismo Señor.

"Ante esta ofrenda — dice Alberto el Grande — desaparece la cólera é indignación de Dios."

Al llegar á este punto se nos presenta una cuestión de no escasa monta.

---

(1) Genes. XXXII, 20.

¿Un pecador impenitente puede, en virtud de la santa Misa, reconciliarse con Dios? En otros términos: Si una persona en estado de pecado mortal, hiciera celebrar la santa Misa y asistiera á ella ¿recobraría la gracia en virtud de este hecho?

No, de ninguna manera, porque la gracia no se recobra más que por una sincera contrición.

Pues, entonces, ¿qué fruto recoge el pecador del santo sacrificio? Que le es muy útil tanto por lo que á bienes temporales como á espirituales se refiere; le preserva de muchos males y le acarrea bendiciones, porque Dios jamás deja el menor bien sin recompensa. El provecho de la santa Misa es entonces ante todo espiritual, pero como el pecador no puede gozar de esta gracia, Dios, en su infinita bondad, le concede otro bien inferior, el de los favores temporales.

No obstante no deja de ser de alguna utilidad en el orden espiritual. Los teólogos enseñan que la santa Misa atrae

sobre el alma la gracia necesaria para conocer y detestar los pecados mortales, y predispone para el arrepentimiento y la penitencia.

Esta gracia actual no obra en todos con la misma eficacia; unos se convierten al momento, otros lo hacen con lentitud, según la docilidad de sus corazones en dejar obrar las influencias divinas.

Para hacer más asequible esta verdad diremos que en la Misa Nuestro Señor derrama un bálsamo consolador en los corazones ulcerados de los pecadores; este bálsamo lo compuso en la cruz con sus propios sufrimientos, lágrimas y sangre. Si el pecador deja obrar á este remedio precioso y seguro, su curación es completa; si en su malicia infernal, lo aparta de la herida, es segura su muerte eterna. La malicia humana no despoja el santo sacrificio del carácter de reconciliación, pero tiene el triste poder de rehusar la reconciliación con que le brinda Dios.

Entre los pecadores que se hallaban cerca de la cruz solamente algunos se convirtieron y golpeándose el pecho exclamaron:

—¡Verdaderamente este es el Hijo de Dios! [1]

Los demás, obstinados en su ceguedad rechazaron los rayos de luz y de misericordia que irradiaban del corazón lacerado de Jesús.

Pero, á pesar de ello, el día de Pentecostés la palabra de San Pedro encontró el camino trillado y tres mil personas se convirtieron en discípulos del Salvador.

Obra también la santa Misa como remedio lento y al conocerse la conversión de un gran pecador, se atribuye ésta á la influencia de las Misas que oyó ó hizo celebrar.

De esta suerte piensa Marchant y dice: "Muévenos la Misa á arrepentirnos ó á lo menos á desear el arrepentimiento. Esto acontece muchas veces

(1) Mateo, XXVII, 54.

durante la celebración y no pocas después. Muchos pecadores reciben alguna gracia señalada que no dudan atribuir á la virtud de la Misa. Otros perseveran en la impenitencia porque rechazan la gracia ó abusan de ella."

Con mayor razón una alma que sea piadosa luego de haberse libertado del pecado, obtendrá por la santa Misa su curación completa, puesto que la Iglesia enseña que: "Si asistimos á Misa con afectos ó deseos de contrición, Dios se reconciliará con nosotros, nos concederá la gracia de la penitencia y perdonará nuestras culpas por más abominables que sean."

Asistid á Misa, pecadores, y decidle á Dios: "Señor, por este augusto sacrificio ablandaos y atraed hacia vos á mi rebelde voluntad."

Dios escuchará tu oración y por el amor de su Hijo inmolado en el altar inundará tu pobre alma de una lluvia de gracias.

Alguien objetará con la Sagrada Escritura: "Quien cierra sus oidos para

no escuchar la Ley, execrada será de Dios su oración.“ [1]

A esto responde Santo Tomás de Aquino: “Aun cuando la Sagrada Escritura nos diga en muchos lugares, que á Dios no place la oración de uno que está en pecado mortal, todavía Dios no rechaza la que sale de un corazón sincero.

Supongamos aún que Dios rechaza la plegaria del pecador, cuando éste le ofrece el sacrificio de la Misa; pues El no podra aceptarlo con complacencia. Entendámonos bien: no queremos decir que sea la oración del pecador durante la santa Misa, lo que agrade ó no á Dios, sino la misma santa Misa que el pecador ofrece á la divina Majestad.

Si al encontrarnos en extrema necesidad un enemigo nos enviara una suma de dinero por medio de su criado, aceptaríamos sin escrúpulo este presente diciendo en nuestro interior:

— Aunque venga de mi más irre-

(1) Prov. XXVIII, 9.

conciliable enemigo remediará mi angustiosa situación, y la acepto gustoso.

De la misma manera Dios, ante el cuerpo y sangre de su Hijo ofrecido por el pecador se emocionará y dirá:

— Por más que este dón venga de un enemigo encarnizado no puedo menos de agradecerlo y aceptarlo. Y como quiera que este pecador, por tal ofrenda, me honra y glorifica, quiero recompensárselo ofreciéndole mi gracia; si la acepta, olvidaré todas sus injurias y le devolveré mi amistad.

¡Anímate, pues, pecador descorazonado, tu salvación no es imposible! Mira cómo Jesús rompe las cadenas de tus malos hábitos cuando asistes al santo sacrificio; sigue sus divinas inspiraciones y tu alma se volverá más blanca que la nieve.

Ahora bien, si una persona piadosa ruega por un pecador, ¿qué fruto sacará éste?

Esta cuestión la trata santa Gertrudis y la desarrolla en esta forma. Un

día estando orando á Dios para que infundiera su gracia á los pecadores en bien de su pronta conversión y no atreviéndose á pedir por los que mueren impenitentes, Nuestro Señor la reprendió por su indecisión.

—¿Con que — le dijo Jesús — la presencia de mi cuerpo sin mácula y de mi sangre preciosa no es capaz de conducir por mejor camino á los que están en el de la perdición?

Reflexionando la santa sobre estas consoladoras palabras repuso con entera confianza á su divino Esposo:

— Puesto que tu caridad inefable desea premiar hasta tal punto mis indignas oraciones te suplico me concedas que vuelvan al estado de gracia todos aquellos que viven en pecado y están en peligro de perecer.

Entonces el Señor, rebosante de benignidad, respondió:

— La confianza puede obtenerlo todo fácilmente.

Y apartó á cierto número de almas del camino de perdición.

Cristianos, especialmente esposas y madres cristianas, no os desaniméis jamás, si vuestras oraciones, exhortaciones y buenos ejemplos son ineficaces en apariencia para las almas que os están confiadas y á pesar de vuestros esfuerzos no quieren marchar por la buena senda ni frecuentar los Sacramentos.

Acudid á la santa Misa, oídla, hacedla celebrar para estas ovejas descarriadas y llegará la hora del triunfo de la gracia, tanto más pronto cuanto mayor sea vuestra confianza.

§ 2. De qué manera la santa Misa obra la remisión de los pecados veniales.

Otro bien inestimable que sacamos del santo sacrificio de la Misa, es la expiación de los pecados veniales, los cuales ofenden á Dios mucho más de lo que se cree.

San Basilio hace resaltar la malicia de este pecado por medio de la siguiente parábola:

"¿Qué se diría de un hijo que razonase en esta forma?

— Me guardaré de hacer traición á mi padre y de cometer contra él un atentado cualquiera que le obligue á desheredarme. Pero yo obraré en todo como mejor me plazca, tanto si le agrada como si no mi conducta."

He aquí nuestra actitud ante Dios al cometer un pecado venial con propósito deliberado. Es como si dijéramos:

— Comprendo perfectamente que dependo de Dios, que se lo debo todo y que todos los días me colma de beneficios; me guardaré de ofenderle gravemente, pero debe soportar mis pequeñas imperfecciones. Le desagrada mi vanidad, pero no tengo intención de renunciar á ella; le contrarían mis ímpetus iracundos, pero no pienso en cuidarme de refrenarlos; sé que es contra su voluntad que pierda yo en la ociosidad horas enteras, que hable sin freno, á troche y moche, que rece con incuria, que rehuse las ocasiones de

practicar el bien, pero no me siento en disposición de combatir estos defectos.

¡Dios mío! ¡Qué terrible sería vuestra justicia á no haber instituido un sacrificio para apaciguar vuestra indignación ante tal conducta! "Para que gracias á él alcancemos el perdón de nuestras faltas cotidianas." [1]

Estas faltas cotidianas son, en el sentir de la Iglesia, los pecados veniales.

Un escritor místico que es muy explícito en este punto se expresa así: "Celebraré cada día el santo sacrificio porque cada día pecamos y cometemos faltas inherentes á la naturaleza humana."

Es verdad que el Señor nos ha dado otros medios para reparar estas faltas cotidianas, tales como la oración, la limosna, el ayuno, pero ninguno hay tan eficaz como la Misa.

Teológicamente hablando el pecado

---

(1) Concil. Trident.

venial no se perdona sino con la contrición como el pecado mortal.

Pero es innegable que asistiendo á la santa Misa para la expiación de estos pecados se siente, á lo menos implícitamente, la contrición y el deseo de purificarse.

Según el P. Gobat: "Los que asisten á Misa alcanzan el perdón de los pecados veniales, aun cuando sea su contrición imperfecta."

Del mismo parecer es Suárez: "Jesucristo instituyó el santo sacrificio de la Misa y en él vinculó los méritos de su muerte, para que, en virtud de ellos, nos sean perdonados nuestros pecados de cada día."(1)

Osorio dice así mismo: " En virtud del santo sacrificio bórranse los pecados veniales y págase la deuda ó pena temporal."

Y otro teólogo es más explicito aún cuando exclama: " Por eficacia de la Misa, derrítense los pecados veniales

(1) De poen. disp. 69, see. V.

como cera en el fuego y se nos perdona gran parte de las penas por ellos merecidas." (1)

En efecto: las llamas del amor divino que arden en el altar consumen los pecados veniales y las penas que aquellos se merecen.

Cuanto más se ofrezca la Misa por la remisión de las faltas tanto más quedan borradas éstas.

Por nuestra parte estamos convencidos de que una sola Misa piadosamente oída, borra gran numero de pecados veniales cometidos durante el día.

Pero aun hay más; á parte de esta remisión de nuestras faltas por medio de la santa Misa queda nuestra alma purificada de las manchas y huellas del pecado.

San Juan Damasceno escribe: "El sacrificio inmaculado é incruento de la Misa, es la expiación de todas las faltas y la purificación de todas las manchas." (2)

(1) De poen. disp. 69, sec. V.
(2) Conc. de Missa.

El Señor lo había prometido por boca de Ezequiel: "Derramaré sobre vosotros agua pura y quedaréis purificados de todas las inmundicias."(1)

Esta agua purificadora emana del Sagrado Corazón de Jesús, desde la lanzada del centurión, según estas palabras proféticas: "En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David... á fin de lavar las manchas del pecador." (2)

De este manantial sagrado brota en la Misa á torrentes la preciosa sangre, el agua simbólica, de la cual todos podemos aprovecharnos, purificándonos y refrigerándonos con ella.

Su abundancia es inagotable, sus espitas no se cierran jamás.

Cuantos pecadores llegan á ella y toman "con gozo de las fuentes del Salvador." (3)

A todos ellos dice San Juan: "Así mismo el que tiene sed que venga; y

(1) Ezeq. XXXVI, 25. (2) Zacar. XIII, 1.
(3) Isaias, XII, 3.

el que quiera tome de balde el agua de vida!" (1)

¿Permaneceremos alejados de un manantial tan maravilloso cuyo saludable murmullo se deja oir en cada Misa?

Ciertamente que no. En lo sucesivo nos apresuraremos á acudir al pie del altar animados del ardiente deseo de hallar allí para nuestras almas la ropa resplandeciente de su pureza bautismal.

CAPÍTULO XVI.

La santa Misa es el más digno sacrificio de satisfacción.

Por más que el sacrificio de satisfacción esté comprendido en el de reconciliación, hay no obstante notable diferencia entre ellos; el de reconciliación hace al hombre amigo de Dios, mientras que por medio del de satis-

(1) Apoc. XXII, 17.

facción quedamos rescatados de las penas temporales.

Por este motivo nos ha parecido conveniente tratar de cada uno de estos sacrificios en capítulos especiales. En el presente probaremos cómo la santa Misa es el más digno sacrificio de satisfacción.

El mal producido por el pecado es doble: la culpa y la pena. La culpa nos aparta de Dios, pero se nos perdona en el sacramento de la Penitencia. La pena nos podría ser perdonada del todo por la Confesión, pero en general, á causa de la imperfección con que recibimos el sacramento, y tal vez también á causa de ciertas circunstancias producidas en nuestros pecados, no se nos perdona más que una parte de la pena, y lo que sobra de la pena merecida por el pecado podemos expiarla en este mundo por medio de oraciones, vigilias, ayunos, limosnas, peregrinaciones, recepciones frecuentes de los sacramentos y sobre todo ganando indulgencias.

Si morimos sin haber satisfecho enteramente por nuestros pecados iremos á expiarlos en el purgatorio. Las penitencias en la vida presente cuestan mucho á nuestra pobre naturaleza y la amenaza del purgatorio horroriza al alma creyente.

¿No existe algún medio para librarnos de ellas en esta vida y evitar las del purgatorio, abreviar su duración ó disminuir la intensidad del fuego?

Sí, lo hay, sin duda alguna, y nos lo indica Nuestro Señor con esta parábola:

"El reino de los cielos viene á ser semejante á un rey que quiso tomar cuentas á sus criados. Y habiendo empezado á tomársela, le fué presentado uno que le debía diez mil talentos. (1) Y como éste no tuviese con qué pagar, mandó su Señor que fuesen vendidos él y su mujer y sus hijos con toda su hacienda y se pagase así la deuda.

---

(1) 55.000.000 de pesetas aproximadamente.

"Entonces el criado arrojándose á sus pies, le rogaba diciendo: ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo. Movido el Señor á compasión de aquel criado, le dió por libre y aun le perdonó la deuda." (1)

¿Es preciso hacer consideraciones sobre esta parábola? El deudor es el pecador, eres tú, cristiano, de quien dijo Jesucristo: "No conoces que eres un desdichado y un miserable y pobre y ciego y mudo." (2)

No, tú no sabes, tú no puedes comprender toda la extensión é importancia de esta deuda. ¿Cómo es que por tus buenas obras puedes llegar á gozar diez mil talentos, siendo así que durante toda tu vida no has podido reunir lo suficiente para satisfacer uno tan solo?

Un pecado mortal supone una pena tan enorme que si tuvieses que pagarla con tus propias y exclusivas fuerzas, no te bastaría la eternidad. No te de-

(1) Mateo XVIII, 23-27. (2) Apoc. III, 17.

sanimes por eso, pues el medio de librarte de ella no puede ser más sencillo: ofrece el sacrificio de le Misa y tu divino acreedor se dará por satisfecho; pero "al ofrecerla recuerda que es cosa tuya, de tu propiedad" (1) según expresión de Sánchez.

Esto lo confirma el sacerdote cuando al volverse hacia el pueblo le dice: "Orad, hermanos míos, para que mi sacrificio que también es vuestro, plazca á Dios Padre todopoderoso."

Penetrado del valor de tu tesoro, dile al divino Maestro: "¿Cuánto os debo, Señor, cien, mil, diez mil talentos? Reconozco mi deuda y estoy dispuesto á pagarla, no con cosa mía, sino con los ricos méritos de vuestro Hijo que está presente en el altar. Os ofrezco este tesoro, cobraos de él, hasta que quede pagada toda la deuda."

Si acaso nos asombramos al considerar la facilidad y eficacia de este medio bendito, volvamos los ojos hacia

(1) In Thesaur. Missa, c. IX.

el capítulo donde decíamos que Jesucristo en la Misa es al mismo tiempo sacerdote y víctima y es él quien fija el precio.

La virtud y la piedad del ministro nada añaden á la eficacia del sacrificio; su indignidad no le hace desmerecer, ya que la santa Misa obra por sí sola, por su propia virtud.

En esto consiste su diferencia absoluta con los sacrificios de la nueva ley, ya que el valor de aquéllos dependía de la piedad del que los ofrecía. Por consiguiente durante la celebración de la santa Misa se abre sobre el altar el inagotable manantial de los méritos de la vida y muerte del Salvador.

Todos y cada uno de nosotros podemos aprovecharnos de ellos y apropiárnoslos según los deseos de satisfacer, con este preciosísimo tesoro, la deuda de las penas temporales.

Acerquémonos, pues, á él, cristianos, que jamás se agotará. Si todos los pecadores pasados, presentes y futuros

tomaran á la vez todo lo que necesitan para satisfacer sus deudas respectivas, quedaría aún con que libertar á las almas de innumerables mundos.

Nuestro Señor nos ha favorecido ya muchas veces con los beneficios de este tesoro, tales como en el Bautismo, la Penitencia, la Comunión y siempre y cuando realizamos alguna obra meritoria; pero nunca es tan pródigo como en la Misa, en que: "los frutos del sacrificio cruento de la cruz se nos aplican por medio del sacrificio incruento abundantemente " [1] lo que interpreta Marchant al decir que "en la Misa nos hacemos realmente nuestros los méritos de Cristo. En ella se nos brinda con un rico tesoro de donde saquemos todos los dones celestiales que necesitamos para pagar de sobras nuestras deudas."

Imaginémonos á nuestro buen Maestro bajando del altar yendo de un lado para otro y entregando á cada oyente

(1) Trid. Sess. XXII, cap. 2.

una parte de ese tesoro celestial en recompensa de su piedad hacia el augusto sacrificio.

Todos se han enriquecido por más que en distintas proporciones, excepto los que se encuentran en pecado mortal ó los que están distraídos.

Si cada uno se preocupa de hacer valer tan inagotable tesoro y los pobres pecadores se apresuran, desde que han delinquido, á asistir á Misa y ofrecer este santo sacrificio en expiación de sus faltas, Dios les perdonará, les eximirá de sus penas y les preserverá de caer de nuevo.

En qué medida la santa Misa perdona las penas á los vivos y á los muertos.

La consideración de las verdades que acaban de ser expuestas despertará sin duda en el lector una comprensible curiosidad: la de saber en qué medida se nos perdonan las penas temporales por medio de la piadosa asistencia á la santa Misa.

La mejor contestación que podemos dar es puntualizar el infinito valor del sacrificio del altar, atendiendo á lo que dice el Padre Lancicio: "El valor del santo sacrificio de la Misa es infinito en sí. Aun cuando ahora se hace por mano de sacerdotes es de tanto valor como en el de la última cena, cuando Jesucristo lo ofreció personalmente á su Padre, siendo él juntamente sacerdote y víctima. El primer sacrificio que se ofreció, como es propio de todas las obras de Jesucristo, era de un valor infinito á causa de la dignidad de su persona divina. Síguese, pues, que el sacrificio de la Misa ha sido siempre y es ahora de infinito valor."

El mismo Padre Lancicio demuestra á continuación cómo á pesar del valor infinito de la Misa no se aplica su mérito á los fieles más que en una medida limitada, pues, sin ello, una sola misa bastaría para obtener la remisión de nuestros pecados, y de todas las deudas que éstos nos hacen contraer con la eterna justicia.

Toda penitencia sería inútil por la misma razón, y la Iglesia no lo cree así, sino que enseña que en virtud del santo sacrificio pueden condonarse muchas penas, y aun, en caso de ser muy grande nuestra devoción, pueden borrarse del todo algunos de nuestros pecados y penas consiguientes. "Si colocas, dice San Lorenzo Justiniano, en un platillo de una balanza todas las buenas obras, oraciones, ayunos, limosnas, maceraciones, mortificaciones, romerías etc., y en el otro una sola misa, verás cómo pesa más la Misa. Pues en ésta ofreces á Aquél que mora en la plenitud de la divinidad, á Aquél en quien se encierra un incomparable tesoro de méritos y cuya mediación es omnipotente."

El venerable Luis de Argentan se vale de una comparación parecida: "Tengo en mucho las penitencias voluntarias hechas con ánimo de alcanzar el perdón de los pecados; está fuera de duda que quien, durante toda su vida, ayunara á pan y agua, repartiera todos

sus bienes á los pobres, perseverara en incesante oración, adquiriría grandes méritos delante de Dios y de los hombres; pero todas estas buenas obras puestas en el platillo de una balanza, no igualarían en peso á una sola Misa, porque en ésta ofreces á Dios la preciosa sangre de la que una sola gota tiene un valor infinito, con la que ninguna obra ni acción humana puede compararse."

Sin embargo no hay que interpretar torcidamente estas explicaciones y creer que ya que la santa Misa es de un precio infinito y constituye el medio más fácil de reconciliarnos con Dios, nos libraremos de hacer penitencia.

Esto sería querer engañarnos, porque las penas temporales no nos son perdonadas hasta tanto que lo merezcamos por la contrición, humildad y humillación, pues la contrición y el sincero arrepentimiento del pecado nos llevan siempre á practicar diversos actos de penitencia.

La santa Misa no inutiliza las res-

tantes buenas obras, sino que las hace obligatorias á fin de que seamos dignos de obtener per medio del sacrificio del altar la remisión de una gran parte de nuestras penas, según el parecer del Padre de Argentan: "No son supérfluas las obras de penitencia, antes sumamente necesarias por contribuir á la enmienda de nuestros defectos y al mejoramiento de nuestra vida."

Por otra parte el catecismo no da lugar á ningún género de dudas sobre este punto: "Las penitencias preservan de caer en pecado, enfrenan las pasiones, hácennos más cautos y más prudentes, y desarraigan los malos hábitos en fuerza de practicar las virtudes que se les oponen."

Dadas las precedentes explicaciones podemos preguntar ahora: ¿Cuál es, por lo tanto, la eficacia de la santa Misa respecto á las almas del purgatorio?

Lector amable, Dios no ha creído necesario revelárselo á su Iglesia, así como tampoco ha revelado la magnitud de la pena impuesta á cada pecado;

más al considerar que « nada manchado entra en el cielo » y que el purgatorio es « una cárcel de la que no se sale sin haber pagado el último céntimo » y si por otra parte tenemos en cuenta el carácter y la duración de las penitencias impuestas antiguamente por la Iglesia, debemos deducir que la permanencia de las pobres almas en el purgatorio ha de ser de larga duración. La incertidumbre sobre este punto ha impuesto el uso ó institución de los aniversarios, ceremonias que pueden repetirse por un mismo difunto durante siglos.

Lo que sí sabemos positivamente es que « podemos socorrer á las almas dal purgatorio con oraciones, y, sobre todo, con el santo sacrificio del altar. » Si queremos, pues, á las almas del purgatorio hagamos celebrar por ellas la santa Misa y asistamos á ésta con devoción.

Es opinión muy generalizada entre los teólogos el que las almas que sufren sacan más fruto del santo sacrifi-

cio cuanto mayor era el celo con que asistían á él durante su vida terrena.

Sé prudente, pues, cristiano, y ahorra á tu alma, en cuanto te sea posible, la duración de las penas expiatorias.

Supón que, habiendo cometido un enorme crimen has sido condenado á permanecer durante media hora tendido en unas parrillas ardientes ó á oir una Misa con devoción. Indudablemente correrás hacia el templo para oir no una sino cien misas, antes que someterte al suplicio del fuego.

Ahora bien, no es probable que tu alma vaya directamente al cielo así que mueras, sino que deberá estar limpia, purificada, por medio de las penas del purgatorio; así, pues, no descuides ni una vez tan sólo de oir la santa Misa con devoción, que así suavizarás, abreviarás y extinguirás las llamas expiatorias.

Si alguien insistiera en querer saber la justa medida de la eficacia de una Misa que se haga celebrar para la

propia alma, puede respondérsele que aquel que hace celebrar el santo sacrificio obtiene más, para la expiación de sus penas, que aquél que se limita á asistir á él, porque los frutos del santo sacrificio le llegan en buena parte por conducto de Dios y del sacerdote. Pero la medida exacta que le corresponde Dios no la ha revelado.

El que, no contento con hacer celebrar una Misa, asiste á ella al propio tiempo, ganará mucho más, según afirma el ya citado Marchant: "Aun cuando obtenga, estando ausente, la parte del fruto que le aplica el sacerdote, no recibirá el fruto que hubiera percebido si hubiese asistido á la Misa."

De todo lo expuesto se deduce una consecuencia poco sabida. Cuando se manda celebrar una Misa, sea para honrar á un santo, sea para obtener una gracia, sin determinar á quien debe aplicarse la virtud satisfactoria, esta virtud se junta al tesoro de la Iglesia, á menos que Dios, por piedad á la ignorancia casi siempre involuntaria dis-

ponga otra cosa. No nos olvidemos, pues, de señalar nuestra intención y digamos al Señor:

— Deseo hacer celebrar esta Misa en honor á la Virgen María, ó á tal santo, para obtener tal ó cual gracia, y os suplico os dignéis aplicarme la virtud satisfactoria del santo sacrificio.

De esta forma nuestro provecho será doble.

Estas consideraciones son muy convenientes para acrecentar nuestro amor hacia la santa Misa. A sernos posible oigámosla todos los días y el domingo y días festivos procuremos asistir á varias.

Dios no olvida ninguna de nuestras faltas y los pecadores deben recordar que: *aut pœnitendum, aut ardendum,* ó penitencia ó condenación. Más vale satisfacer en esta vida que caer cargado de deudas en manos de la divina justicia, y si nos asustamos ante las mortificaciones de las almas esforzadas, suplámoslas con el dulce medio de la piadosa asistencia á la santa Misa.

CAPÍTULO XVII.

La santa Misa es la obra más excelente del Espíritu Santo.

Hasta ahora hemos tratado de lo que se relaciona la Misa con Dios Padre y con Dios Hijo. Estudiemos ahora la parte que en ella toma la tercera persona de la Santísima Trinidad.

Los bienes que el Espíritu Santo derrama sobre nosotros son innumerables y nadie es capaz de llegarlos á contar.

El Espíritu Santo es todo amor y misericordia, aplaca la justicia y preserva de la condenación eterna á las almas de los pecadores. El principió y terminó la obra de nuestra santificación. La empezó, cuando por su intercesión el Verbo se hizo carne en el seno inmaculado de María y el alma santísima de Jesús se unió con su cuerpo, es decir, al unirse la divinidad con la humanidad. La terminó el día de Pente-

costés, cuando se comunicó con sus apóstoles y discípulos y por la conversión de las almas empedernidas ante el espectáculo del Calvario.

El Espíritu Santo habita entre los verdaderos fieles, sin alejarse del todo de aquellos que le rechazan y, sin cesar, llama á las puertas de su corazón para entrar nuevamente en él.

Esta cooperación en la Redención no puede dejar de ser calificada de obra grande, magnífica.

No obstante, refiriéndonos al titulo del presente capítulo, vamos á demostrar que la santa Misa es la obra más excelente del Espíritu Santo.

Todos los teólogos andan acordes al considerar como la mayor maravilla la unión de la divinidad con la humanidad, eso es, la Encarnación. Esta maravilla, como todas las obras eternas de Dios, es común á las tres Personas divinas. Pero la Iglesia, en conformidad á la Teología, la atribuye al Espíritu Santo como obra de amor, y con mayor motivo se le atribuye la obra

de amor más maravillosa y admirable; y ésta es la maravilla que canta la Iglesia en el símbolo de la Fe: *Et incarnátus est.*

A pesar de ello el milagro que se realiza en el altar aventaja al primero, porque desciende el Hombre Dios del cielo y se oculta en la parte más pequeña de la Hostia.

La liturgia de Santiago atribuye este milagro de los milagros al Espíritu Santo.

Inmediatamente antes de la fórmula de la consagración se lee: "Envía, Señor, sobre estos dones, al Vivificador, al Divino, al Eterno, que, en unión contigo, Dios Padre y de tu Hijo único, reine y gobierne, á fin de que por su santa, saludable y gloriosa presencia, sea este pan santificado y transubstanciado en el cuerpo, y este vino en la sangre preciosa de tu Cristo."

Otra oración parecida se encuentra en la liturgia de San Juan Crisóstomo: "Bendice, Señor, este pan: conviértele en el cuerpo adorable de tu Cristo

Bendice el cáliz santo y convierte, por obra del Espíritu Santo, el vino en la sangre preciosa de Cristo."

En los primitivos misales se atribuye la transubstanciación al Espíritu Santo y se le invoca para dar cumplimiento á esta obra, como cumplió la de la Encarnación, según las palabras de San Gabriel á María: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra." (1)

El sacerdote dice lo mismo cuando con los brazos extendidos y en alto, suplica al Espíritu Santo que baje del cielo: "Vén, Santificador Todopoderoso, Dios eterno, y bendice este sacrificio preparado en honra de tu santo nombre. (2)

De la misma manera suplica San Ambrosio antes de la Misa: "Haz, Señor, que la Majestad invisible de tu Espíritu Santo descienda, como descendió en otras ocasiones sobre las víctimas ofrecidas por nuestros padres."

---

(1) Luc. I, 35. (2) Misal romano: ofertorio.

Del modo como desciende el Espíritu Santo nos lo dice claramente Santa Hildegarda:

"Cuando el sacerdote ya revestido — exclama — de sus ornamentos sacerdotales se dirigía al altar para celebrar, vi bajar del cielo una gran claridad que iluminó el altar durante la santa Misa.

"En el *Sanctus* una llama celeste atravesó el pan y el vino, como penetran los rayos del sol á través del cristal. Esta llama levantó al cielo las dos especies y las dejó enseguida sobre el corporal. Desde ese instante no hubo más que la carne y la sangre verdadera de Jesucristo, aunque aparentemente sólo se viesen el pan y el vino. Mientras yo contemplaba las santas especies vi pasar ante mis ojos, tal como se habían realizado en la tierra, la Encarnación, el Nacimiento, la Pasión y la muerte del Hijo de Dios." (1)

El Antiguo Testamento ya nos ha-

---

(1) Cap. VI, Revel. 1-2.

bía ofrecido dos hermosas imágenes de este misterio.

El primero, cuando el sacrificio de Aarón: "Y la gloria del Señor se dejó ver de toda la muchedumbre: pues un fuego enviado por el Señor, devoró el holocausto y los sebos que había sobre el altar. Lo cual visto por las gentes del pueblo, postrándose sobre sus rostros, alabaron al Señor." (1)

El otro, al consagrarse el Templo: "Luego que Salomón acabó de hacer sus fervorosas plegarias, bajó del cielo fuego que devoró los holocaustos y las víctimas; y la Majestad del Señor llenó toda la casa. Asímismo todos los hijos de Israel estaban viendo bajar el fuego y la gloria del Señor sobre la casa, y postrándose rostro en tierra sobre el pavimento enlosado, adoraron y bendijeron al Señor, repitiendo: Porque es bueno y porque es eterna su misericordia." (2)

Como somos indignos pecadores no

(1) Levítico, IX, 23-24. (2) II Paralip. VII, 1 y 3.

nos es dado apreciar con los sentidos la realidad de estos símbolos y, sin embargo, más de una vez el ojo del hombre ha contemplado en la tierra la llama del Espíritu Santo.

Según Baronio, San Ignacio, Patriarca de Constantinopla, mientras celebraba la santa Misa vió muchas veces cómo el pan consagrado tomaba la forma de un carbón encendido. La Iglesia griega no consagra, como la romana, una Hostia, sino un pedazo de pan con levadura. ¡Qué admirable debió de ser este pan inflamado con la llama del fuego divino! El fuego es el símbolo del amor por el cual el Padre está unido al Hijo y siendo el Espíritu de amor la tercera persona divina gusta de manifestarse á los hombres bajo el emblema de llamas de fuego.

El propio Baronio refiere un hecho relativo á la participación que toma el Espíritu Santo en el acto de la consagración.

Vivía en Fornello, ciudad poco distante de Roma, un obispo virtuoso en

grado sumo que acostumbraba celebrar la Misa con gran fervor; pero á pesar de ello alguien encontró un medio de acusarle al Papa Agapito de haber comido en los vasos sagrados con gran escándalo de los fieles y el Papa le llamó á Roma y le encarceló.

En la noche del tercer día vió el Papa en un sueño misterioso á un ángel ayudando por tres veces la Misa que celebraba el obispo prisionero, y al despertar llamó Agapito al prelado haciéndole celebrar los santos misterios en su presencia.

Obedeció el acusado y después del ofertorio, en la oración que dice: "Vén, Santificador Todopoderoso, Dios eterno, y bendice este sacrificio preparado para gloria de tu santo nombre" el Papa, al propio tiempo que el celebrante, vió bajar al Espíritu Santo, que les cubría, así como á los diáconos, semejante á una nube.

Entonces el Papa reconoció la inocencia y santidad del obispo y se arrepintió en gran manera del rigor que

había desplegado contra él, prometiendo en lo sucesivo no dar crédito desmedido á tales acusaciones.

La citada oración sirve en todas las Misas para llamar al Espíritu Santo, según refiere el P. Mansi: "El sacrificio incruento es tan sublime que el Espíritu Santo desciende del cielo, para bendecirlo, todo lo cual contempla el coro de los ángeles con indecible júbilo" ó bien, dicho en otras palabras: cuando el Espíritu Santo lleva á cabo la transubstanciación, los ángeles rodean y adoran á su Señor bajo las especies de pan y vino.

¡Cuán grande es el poder y la dulzura de este pan celestial que ha sido preparado por el Autor mismo de toda santidad!

Pero la llama del Espíritu Santo tiende más á consumar el sacrificio que nos hace propicios ante Dios y nos enriquece con toda clase de bienes, que á prepararnos el alimento espiritual. Según San Pablo, su solicitud en bien de nuestras almas no tiene límites: "Y

además el Espíritu divino ayuda á nuestra flaqueza, pues no sabiendo *siquiera* qué hemos de pedir en nuestras oraciones, ni cómo conviene *hacerlo,* el mismo Espíritu hace ó *produce en nuestro interior* nuestras peticiones *á Dios* con gemidos que son inexplicables. Pero aquél que penetra á fondo los corazones, conoce *bien qué es* lo que desea el Espíritu, el cual *no* pide *nada* por los santos *que no sea* según Dios.“ (1)

Indudablemente que una persona divina no pide á la otra, porque las tres tienen igual poder y generosidad; pero como la justicia se atribuye generalmente al Padre, la sabiduría al Hijo y la misericordia al Espíritu Santo, se puede decir que la misericordia, ó sea el Espíritu Santo «pide con súplicas indecibles» á la justicia, ó sea al Dios Padre, que perdone á los pecadores. Esto es lo que viene á decir San Pablo.

El Espíritu Santo ruega por nosotros costantemente, pero en especial

(1) Rom. VIII, 26-27.

en la santa Misa, como podemos deducirlo del pasaje siguiente de San Juan Crisóstomo: “En la Misa no oramos solos, póstranse los ángeles é interceden por nosotros.“ (1)

Si los espíritus celestes eligen preferentemente el momento de la santa Misa para abogar por nosotros lo hacen á ejemplo del Espíritu Santo que uniéndose á Jesucristo inmolado en el altar se empeña en ablandar á la justicia divina.

Sabido esto comprenderemos ya la infinita bondad del Espíritu Santo quien no dirige á Dios una oración tan sólo, sino súplicas constantes. Depositemos, pues, toda nuestra confianza en un amigo tan fiel, y puesto que ora por nosotros en la santa Misa oigámosla algunas veces en su honor y en acción de gracias por todos sus beneficios.

(1) Homil. 3. De incomp. Dei natura.

CAPITULO XVIII.

La santa Misa es el mayor regocijo de la Madre de Dios y de los santos.

¿Cómo probaremos la proposición que acabamos de apuntar?

Para ello cedamos la palabra al bienaventurado Alano quien la demuestra por revelación, cuando dice: "Así como la sabiduría divina escogió entre las vírgenes á una virgen de quien naciese el Salvador del mundo, del mismo modo instituyó Cristo el sacerdocio para repartir en todos tiempos al mundo los tesoros de la Redención por medio del santo sacrificio de la Misa y de los sacramentos; por esto la Misa es en la que experimenta mayor gozo la Madre de Dios, y es la delicia de los bienaventurados, el auxilio más eficáz de los vivos y el mayor consuelo de las almas del purgatorio." [1]

(1) Alanus Rediv. p. 4, c. 27.

La Madre de Dios, así como todos los santos goza, de una doble beatitud: la esencial y la accidental. Consiste la primera en la visión y posesión de Dios, según el grado de gloria que se les señala á su entrada en el cielo, y no puede aumentar ni disminuir. La beatitud accidental consiste en los honores particulares tributados á los bienaventurados por Dios, los santos y los hombres.

Podemos creer, por ejemplo, que cuando celebramos su fiesta en la tierra recibe cada uno honores particulares en el cielo y todas las oraciones y buenas obras llevadas á cabo en su honor se las presentan los ángeles como un ramillete de delicado perfume.

En apoyo de esta creencia citamos las revelaciones de santa Gertrudis, y lo indica claramente el Evangelio con estas palabras de Nuestro Señor: "Así os digo yo, que harán fiesta los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia." [1]

(1) Lucas, XV, 10.

Este gozo lo experimentan, el buen Pastor, los ángeles y los santos, cada vez que una oveja descarriada vuelve al buen camino; pero cesa cuando el pecador se aparta del redil por medio de una nueva caída en el pecado.

Esta breve explicación nos da á entender en qué sentido la santa Misa es la alegría mayor de María; es el mayor regocijo accidental que aventaja á las demas felicidades de este orden.

Si en honor de la Reina del cielo recitamos el rosario, el oficio parvo, las letanías, ó entonamos algún cántico, y entretanto oye otro con devoción la santa Misa, éste último habrá llevado á cabo un acto religioso muy superior á aquéllos, y además habrá complacido de un modo infinito á la Virgen, renovando ante su vista la presencia de su dulcísimo Hijo.

Lo que hace además que la Misa sea tan grata á la Santísima Virgen es su celo por la gloria de Dios, que su divina Majestad hace consistir sobretodo en la salvación de las almas. En el

santo sacrificio de la Misa tributamos á la Santísima Trinidad el solo y único homenaje digno de ella y al mismo tiempo le ofrecemos el precio de la Redención del género humano.

¡Qué placer tan agradable, tan tierno para María al vernos al pié del altar donde se adora á su amadísimo Hijo, donde lloramos nuestros pecados, donde meditamos la dolorosa Pasión y se derrama la sangre preciosa sobre nuestras almas!

Según esto podemos comprender perfectamente con qué complacencia recibe la Virgen María las preces de los cristianos devotos del santo sacrificio de la Misa.

A propósito de ello cita Baronio el siguiente ejemplo.

En el año 998 (1) Roberto, rey de Francia, puso sitío al castillo de San Germán. Los sitiados se defendieron heroicamente y el ejército del rey sufrió en gran manera.

---

(1) Baron. Ann. 998, num. VI.

Al sexto día, Roberto, desesperado, mandó dar el asalto definitivo. Los sitiados, en su pavor, acudieron al bienaventurado Gisleberg, monje de la orden de San Benito, y éste los exhortó á que se encomendaran á María. El mismo celebró el santo sacrificio en honor de la excelsa Virgen y en su propio altar, asistiendo á ella las tropas con gran devoción.

Pero sucedió que mientras toda la gente estaba orando, una espesa niebla envolvió la fortaleza y sus alrededores.

El ataque se hacía imposible y la guarnición, perfectamente segura, desde lo alto de las torres seguía todos los movimientos de los sitiadores, haciéndoles sufrir grandes pérdidas.

Entonces Roberto, viendo su ejército diezmado, levantó el sitio y se alejó de allí apresuradamente.

No siempre María responde con milagros extraordinarios á nuestros gritos de angustia, pero jamás se la invoca en vano, y como, por otra parte, por su dignidad de Madre de Dios se en-

cuentra más cerca de la Santísima Trinidad que los demás santos, su intercesión es también más poderosa que la de éstos.

En cuanto á la eficacia de las súplicas de María ella misma se lo reveló al bienaventurado Alno.

He aquí lo que anotó el santo religioso:

1. Lo que María pide á Dios le es concedido.

2. Dios ha resuelto ser misericordioso con todos aquellos por quienes ella pida, ó interceda.

3. Su intercesión tiene inmenso poder en los destinos de los hombres.

4. María ama más á los pecadores que lo que un hombre puede amar á otro.

5. María desea en tal grado la salvación de los pecadores que estaría dispuesta, si Dios lo permitiese, á satisfacer por cada uno de ellos con todas las penas posibles.

6. El menor acto hecho en su ho-

nor vale más que el culto de los demás santos.

7. Una sola Ave María, rezada con devoción, es recibida por ella como el más precioso obsequio.

8. La misericordia de María aventaja á la de los demás santos.

9. Así como el sol es más útil á la tierra que los otros astros, así también la intercesión de María es más útil que la de los santos, ángeles y serafines.

10. El homenaje que rendimos á María regocija á todos los santos.

11. Si el homenaje que tributamos á los santos puede compararse con la plata y el de María con el oro, el que tributamos á Jesucristo es semejante á las piedras preciosas y el de la Santísima Trinidad reluce más que los astros en la bóveda celeste.

12. María redime todos los días algún alma de las penas del purgatorio.

Estos doces privilegios son como la corona de doce estrellas que vió San Juan sobre la cabeza de la Santísima

Virgen y quien quiera que los medite atentamente no podrá menos que sentirse irresistiblemente atraído al culto de la Madre de Dios.

En efecto: ¿Quién no la saludará gozoso con una Ave María sabiendo que esta sencilla oración le es agradable de un modo indecible? ¿Quién dejará de constituirse en uno de sus servidores, si no ignora que el servicio con que se la obsequia aventaja á todos los que se pueden tributar á los santos?

Empleemos, pues, todo nuestro celo en festejar y honrar á la Santísima Virgen, especialmente por medio de la asistencia á la santa Misa, teniendo presente que, en cada Misa Jesús renueva su nacimiento, de suerte que la dignidad maternal de María experimenta un nuevo gozo.

Réstanos aún exponer la utilidad que reporta la santa Misa con respecto á los santos.

Venimos obligados á rendir nuestros homenajes á los santos, porque és-

tos son amigos de Dios, el cual nos previene en honrarlos.

"Y andarán conmigo en el cielo vestidos de blanco porque lo merecen," (1) y esto es lo que de ellos dice Nuestro Señor: "Yo honraré á todo el que me glorificare." (2)

Durante su vida los santos tributaron sus honores á Dios, con desprecio de sí mismos y sufrieron con paciencia las burlas, los insultos y las persecuciones de los malvados.

Por este motivo hizo Dios brillar su inocencia y virtud y mandó que fueran reverenciados por toda la cristianidad.

La historia de Mardoqueo es un ejemplo de lo que estamos diciendo. Este piadoso servidor de Dios se vió cruelmente perseguido por el orgulloso Amán, pero el Altísimo burló las intenciones perversas del favorito de Asuero y glorificó á Mardoqueo ante el pueblo todo.

---

(1) Apocal. III, 4. (2) I Reyes, II, 30.

"Pues cuando el rey preguntó á Amán: «Qué debe hacerse para honrar á uno á quien el rey quiere colmar de honores?» Amán pensando que se trataba de él respondió: "El hombre á quien quiera honrar el rey, debe vestirse de la ropa real, hacerle montar en su caballo, ceñirle de su diadema y el más noble de la corte tomando del diestro el caballo, vaya por las plazas de la ciudad, diciendo: De este modo será honrado al que quiera el rey honrar." Respóndióle el rey: Paréceme bien; ea, toma la ropa y caballo y haz lo que acabas de decir con el judio Mardoqueo que se halla en el zaguán del palacio. Guárdate mucho de olvidar ni un pormenor de lo que has dicho." (1)

Si aquel rey pagano ensalzó de tal suerte la gloria de un hombre y sus valiosos servicios, ¿qué gloria reservará Dios á sus fieles servidores? ¿de qué magnificencia no los rodeará el día de su dichosa entrada en el cielo y aquél

---

(1) Esth. VI.

en que la Iglesia celebra su fiesta en esta tierra?

Con la inspiración del Espíritu Santo la Iglesia expresa su admiración por sus hijos victoriosos por medio de los oficios propios del breviario, de los cánticos, de las oraciones, de las predicaciones, de las procesiones, de las peregrinaciones y especialmente por medio del santo sacrificio de la Misa. "De esta manera será honrado al que quisiere el rey honrar."

Sí, el honor más excelso se les rinde á los santos en el santo sacrificio del altar, sea haciéndolo celebrar, sea asistiendo á él con intención de aumentar su beatitud accidental.

Para festejar á un príncipe se pone muchas veces en escena una representación teatral y por más que en la obra no se haga mención de él, el príncipe recibe no obstante gustoso el homenaje.

Pues de la misma manera, por más que la Misa no representa más que la vida y Pasión del Salvador, los santos

son glorificados cuando aquel acto tiene lugar en su honor, y se lo apropia toda la corte celestial.

Cuando el sacerdote pronuncia su nombre, su corazón se conmueve, porque hace notar San Juan Crisóstomo: "El rey, después de una victoria, si ve que el pueblo desea aplaudir sus hechos militares, tendrá gusto en nombrar á los valientes compañeros de armas que le ayudaron á vencer á los enemigos. Y así, es gran gloria de los santos oir que les citan por su nombre delante de su Señor, cuando se conmemora el triunfo de su Pasión y Muerte y se alaban los hechos ilustres que llevaron á cabo luchando con el enemigo infernal."[1]

Y Molina escribe sobre lo mismo: "Nada agradará tanto á los santos como el ofrecimiento del sacrificio en su honor á la Santísima Trinidad, en acción de gracias por las muchas que recibieron y en memoria de sus méritos."

---

(1) Homil. 21.

Santa Gertrudis observaba esta práctica y la enseñaba á las religiosas de su orden, y por esto vió con frecuencia en espíritu su poderosa eficacia: "El día de San Miguel, en la Misa, ofreció al Padre el Sacramento del cuerpo y sangre del Salvador, invocando á los príncipes, celebrando su gloria y alegrándose de su bienaventuranza eterna."

"El Señor, atrayendo hacia sí inefablemente el Santísimo Sacramento produjo en los coros angélicos tan extraordinario gozo que parecía hallaban en él toda su felicidad. Vió en esto Santa Gertrudis á los ángeles postrarse reverentes ante ella para significarle lo mucho que le agradecían el beneficio que les había proporcionado y la diligencia con que la guardarían y harían digna de presentarse delante de su esposo, adornada de todas las joyas que complacen al Esposo." [1]

Fijémonos en que Santa Gertrudis ofrece el Santísimo Sacramento no á

(1) Revelac. libr. IV, cap. 35.

San Miguel ni á los otros ángeles, sino á Dios Padre, y en parte alguna del presente libro se encontrará que se pueda ofrecer el santo sacrificio ni á María, ni á los ángeles, ni á los bienaventurados sino á la Santísima Trinidad y tan sólo se hace mención de los dichos moradores del cielo, pues dice San Agustín: "No levantamos altares á los mártires, sino únicamente á la memoria de los martires. ¿Qué sacerdote ha dicho jamás en el altar donde reposan las reliquias de los santos: "Te ofrecemos el sacrificio, oh San Pedro, oh San Pablo, oh San Cipriano"?

El Concilio de Trento se vale casi de los mismos términos con referencia á lo propio: "Aun cuando la Iglesia acostumbra á celebrar la Misa en honra de los santos, no entiende con esto ofrecer el sacrificio á los santos, sino á Dios que les ha coronado. Por esto el sacerdote no dice: ofrézcote este sacrificio, oh San Pedro, oh San Pablo, sino dando gracias á Dios de la victoria concedida á tal santo, ruega á aquellos

cuya fiesta se celebra aquí en la tierra que intercedan por nosotros en el cielo."

Y continúa la misma Iglesia: "Si alguno dijere que es ilícito celebrar la Misa en honor de algún santo y para obtener su intercesión delante de Dios, sea anatema."

Empleemos, pues, nuestro maravilloso poder de aumentar la gloria accidental de los elegidos, ofreciendo el santo sacrificio en su honor á la Santísima Trinidad y en la elevación digamos al Señor:

"Ofrezco esta Misa á vuestro carisimo Hijo para mayor gloria y regocijo del bienaventurado X..."

Para ello, antes de ir al templo consultemos el calendario, sin olvidarnos jamás de nuestro propio patrón, y en la hora de la muerte bendeciremos una y mil veces el día en que hayamos practicado tal requisito.

CAPÍTULO XIX.

La santa Misa es el mejor tesoro que poseen los fieles.

Los santos padres, y con ellos los demás autores ascéticos, han escrito tanto y tanto sobre la utilidad de la santa Misa, que es imposible hacer ni un simple extracto de ello.

No obstante, obligados á citar algunos textos, veamos los siguientes. San Lorenzo Justiniano escribe: "No hay lengua humana que pueda explicar los frutos de gracia y bendición que trae consigo el ofrecimiento del santo sacrificio de la Misa. En él halla el pecador la reconciliación con Dios, generosa y más amplia justificación el justo; en él acreciéntanse las virtudes perdónanse los pecados, abróganse los vicios, multiplícanse los méritos y descúbrense las asechanzas ocultas de los enemigos." (1)

(1) Libr. de Obed. c. 24.

El P. Antonio Molina nos ha dejado en su tratado "Sobre la dignidad del sacerdote" sentencias y pensamientos capaces de inflamar el corazón del amor más ardiente por la santa Misa: "Nada más ventajoso al hombre, ni más útil á las almas del purgatorio que el sacrificio de la Misa cuya excelencia es tal, que todas las demás buenas obras y el ejercicio de las más acendradas virtudes carecen casi de valor en comparación de él." (1)

Forner se expresa de esta manera: "Quien libre de pecado mortal asiste á la Misa con devoción, adquiere más méritos que si hiciese por amor de Dios las obras de mayor mortificación y emprendiera romerías á los lugares más distantes. Y esto es evidente, porque las obras de piedad sacan su valor y precio del objeto. Por consiguiente ¿qué puede haber más noble, de mayor valor y más divino que el santo sacrificio de la Misa?"

---

(1) Tratado sobre la dignidad del sacerdote.

Marchant demuestra en los siguientes términos la utilidad de nuestro sacrificio: "La Iglesia católica no tiene homenaje más perfecto que ofrecer á Dios ni cosa más agradable para presentar á María, á los ángeles y á los santos; nada más saludable á los justos y á los pecadores que el sacrificio de la Misa."

En el prefacio del Misal la Iglesia exhorta al sacerdote "á formarse elevadísimo concepto de la excelencia de la Misa y á persuadirse á que, mediante una sola oblación se tributa á Dios Todopoderoso un homenaje más agradable que si se practicasen todas las virtudes y se arrostrasen con los mayores padecimientos."

¿Y sabéis por qué, cristianos? Porque Jesucristo en la Misa practica todas las virtudes y las ofrece á su Padre con la suma de sus méritos; y los actos de alabanza, amor, adoración, reconocimiento, que se elevan desde el corazón de Jesús hasta el trono de la divina Majestad, durante su inmolación

en el ara santa, aventajan infinitamente al culto que le tributan los ángeles y santos.

Y por fin, la prueba más convincente es la misma Iglesia, cuando dice: "Confesamos que nada pueden los cristianos hacer ni más santo, ni más divino, que celebrar ú oír el Santo Sacrificio, en el cual se ofrece cada día en el altar, por mano del sacerdote, la víctima vivificadora que nos reconcilia con el Padre." [1] Con lo cual quiere significar, que los sacerdotes no pueden ofrecer nada más sublime ni más divino que la celebración de la santa Misa, y los fieles nada más santo que oírla, ayudarla, hacerla celebrar, recitar sus oraciones y unirse íntimamente á las intenciones del sacerdote. Por consiguiente, siendo esta ofrenda del santo sacrificio un acto divino, es al propio tiempo el más útil y meritorio para nuestras almas.

Alma devota, abre los ojos y mira; abre los oídos y escucha; y abre en

(1) Trid. sess. XXII. In decreto de observ. in Missa.

especial tu corazón y saborea la consoladora doctrina de la Santa Madre Iglesia.

Puedes llevar á cabo gran número de excelentes obras, pero ninguna tan divina y agradable á Dios como el santo sacrificio. Puedes hacer imperecedero tu recuerdo con buenas acciones y saludables, pero ninguna te será de tanta utilidad como la piadosa asistencia á la Misa.

Así como el sol excede en fuerza y brillo á todos los planetas, y presta á la tierra más servicios por sí solo que los restantes astros en conjunto, así también la asistencia á la Misa es superior en dignidad y en mérito á todas las otras acciones que puedes practicar durante el día.

Sabido esto ¿tendremos el triste valor de asistir al santo sacrificio con negligencia y poca devoción, ó de excusarnos de dicha asistencia por fútiles motivos?

San Francisco de Sales prefería la Misa á la misma oración, por más que

sea este ejercicio una de las formas más perfectas de la penitencia; y escribía á una religiosa de la Visitación que había enviado á fundar un convento: "Hija mía, te ruego que primeramente establezcas un oratorio donde podáis oír Misa todos los días, y si no puedes tenerlo en la propia casa, no dejes ni un solo día de ir á la iglesia más vecina y oír el santo sacrificio; porque el alma cobra gran vigor y energía si se ha acercado al Señor realmente presente en el altar." (1)

Juana de Chantal, que ésta era la religiosa, preguntó después á su director:

— ¿Debo durante los días de la semana, interrumpir ú omitir la oración para oír la Misa, ó bien renunciar á la Misa para entregarme á la oración?

El Santo le respondió:

— Te es mucho más útil asistir todos los días al santo sacrificio que renunciar á él con el pretexto de de-

(1) Carta 11.

dicarte á la oración; puesto que la presencia real de Jesús que disfrutamos en la Misa, no puede ser reemplazada por la presencia espiritual; y por lo tanto, la Iglesia desea ardientemente que todos los fieles oigan la Misa cotidianamente.

Forner participa del sentir de San Francisco de Sales: "La oración de quien oye devotamente Misa, es de mayor importancia que todos los otros ejercicios de pietad, así sean contemplaciones muy elevadas."

Al que sintiera preferencia por la meditación de la vida y muerte del Salvador, le exhortaríamos á que asistiera á Misa, ya que en ella se renuevan todos estos misterios.

¿Quieres ver á Cristo y conversar con él? Ahí le tienes, en el altar, con su Divinidad y Humanidad. La presencia del sacerdote no puede ser obstáculo á tu recogimiento; pues lejos de ser una distracción, es más bien una edificación, si seguimos los actos del celebrante y atendemos y meditamos

la significación de cada una de las ceremonias.

Como en conclusión de la materia de este capítulo, citaremos un hecho que refiere Lucas Pinell. (1)

Un pobre jornalero, muy devoto de la santa Misa, tenía la costumbre de levantarse muy de mañana para ir al mercado, y aguardar, en compañía de otros, que fuesen á contratarles. Cierto día, oyendo tocar á Misa, se separó de sus compañeros, y se encaminó á la iglesia para asistir devotamente al santo sacrificio.

A su regreso, todos los obreros habían sido contratados, y luego de aguardar por largo rato, viendo que nadie se acercaba á él, volvió á su casa con el corazón entristecido y nublado el semblante.

Por el camino encontró á un rico caballero que le preguntó la causa de su aflicción, y luego de contársela le repuso el señor:

---

(1) Libr. II De Missa, cap. III.

— En vez de apurarte, ve á oír otra Misa á mi intención, y yo te pagaré el jornal.

El obrero volvió al templo, que era la capilla de un monasterio, y oyó todas las Misas que allí se celebraron aquella mañana; y después fué á la casa del caballero el cual le convidó á comer y le dió una moneda de plata.

Sumamente reconocido el trabajador, tomó contento el camino de su casa, siendo detenido al llegar á ella por un extranjero, que le preguntó la causa de su alegría.

El pobre le contó lo que le acababa de suceder; á lo que el extranjero repuso:

— Poco te ha dado por tantas Misas ese rico; ve á decirle, que si no se muestra más generoso contigo, lo pasará mal.

Obediente el obrero, refirió á su bienhechor la conversación que acababa de tener con un noble desconocido. El caballero sospechó que sería un Santo,

y le dió cinco monedas de plata, recomendándole que orara por él.

El pobre corrió ansioso á su casa, para enseñar la suma recibida á su esposa é hijos; pero halló otra vez al extranjero, que quiso saber cuánto había recibido de nuevo del rico.

Al enterarse del donativo exclamó:

— Vuelve otra vez á su casa, y adviértele que, si no te da cien monedas de plata, mañana á estas horas habrá dejado de existir.

Al obrero le repugnaba reclamar más dinero; pero el desconocido le obligó á ello.

El señor se asustó, pues era un gran pecador, que jamás se había confesado bien; y prefirió dar las cien monedas de plata, á exponerse á una muerte próxima.

La misma noche se le apareció en sueños Jesucristo y le dijo:

— Soy yo quien te ha enviado el pobre jornalero; los crímenes que jamás has confesado clamaban venganza, y esta misma noche Satanás debía presentarte

ante mi tribunal. Por suerte tuya, te ha salido al paso ese obrero, el cual ha oído la Misa con tal fervor por tu intención, que me ha conmovido; voy á concederte el tiempo necesario para hacer penitencia. Ve, confiesa tus pecados, enmienda tu vida y sé generoso con los pobres.

El caballero se convirtió; y desde entonces asistió á la santa Misa, que le fué más útil que todo el oro, y por medio de ella fué preservado de la muerte del cuerpo y del alma.

Alguien preguntará tal vez si se puede vender una Misa.

Jamás; esto sería renovar la acción de Judas, que vendió á Cristo por treinta dineros.

¿Por qué aceptan, pues, dineros los sacerdotes?

Porque, como dice el apóstol, el que sirve al altar tiene que vivir del altar. [1]

En los primeros siglos de la Iglesia

---

(1) I Corinth., cap. IX, v. 13.

los fieles llevaban para el santo sacrificio no solamente el pan y el vino necesarios, sino también aceite, harina, frutos, ú otras cosas semejantes para sustento del sacerdote y de los pobres.

Allá por el siglo XI, estos dones en especies fueron reemplazados por limosnas en dinero, y de aquí procede la costumbre de ofrecer limosnas por las Misas y de hacer colectas en los templos.

Por consiguiente, el dinero que ofrecemos al sacerdote, sea por la celebración de la Misa, sea por cualquier otro oficio de su ministerio, debe considerarse como una limosna, como el precio de la molestia; jamás como precio de los beneficios espirituales.

Comprar ó vender bienes espirituales constituye el abominable crimen de *simonía*. (1)

Sería una cosa mala que una mujer pobre dijese á una señora:

(1) El nombre de este crimen procede de Simón el Mago, á quien San Pedro maldijo por haber propuesto á los Apóstoles comprarles los dones del Espíritu Santo.

— Si queréis darme de comer, os cederé los frutos que he sacado de la Misa que he oído hoy.

Dicha mujer pretendería comprar un bien temporal con un bien espiritual; cambio imposible, puesto que el mérito de la santa Misa se aplica en el mismo instante.

Por lo tanto, la pobre que oyese la Misa habría lucrado de sus beneficios ella misma, si tal fuera su intención; pero si quisiera aplicarlos á otros, Dios lo tendría en cuenta; y si por ignorancia ú olvido no hubiese destinado ó aplicado dichos beneficios, pasarían éstos al tesoro de la Iglesia, cuya llave no obra en poder de ningún particular.

La cuestión sería del todo distinta, si la pobre dijese á la señora:

— Si queréis darme de comer, oiré hoy ó mañana la santa Misa por vuestra intención.

Esto significaría lo siguiente:

— Quiero privarme, por gratitud á vuestra limosna, de la recompensa es-

piritual que me corresponde, para aplicarla en provecho vuestro.

En este caso, el bien cedido por la pobre aventajaría infinitamente á todas las limosnas que se le pudieran ofrecer; puesto que cede, en virtud de la eficacia de la santa Misa, una parte de los méritos de Nuestro Señor.

Vosotros, los que disfrutáis de bienes de fortuna, haced que los pobres os ayuden de esta suerte; ellos son los preferidos del Sagrado Corazón de Jesús, y así pagaréis vuestra inmensa deuda á la divina Justicia y aumentaréis vuestra futura gloria en el cielo.

CAPÍTULO XX.

La santa Misa aumenta en nosotros la gracia divina y la gloria celestial.

En muchos pueblos y ciudades, se acostumbra celebrar frecuentes mercados, en que se venden toda suerte de objetos útiles. La Iglesia y el cielo celebran también como una especie de mercado diario. ¿Y qué es lo que se nos ofrece? La gracia divina y la gloria celestial. Pero estos son dones preciosos y carísimos; ¿y dónde hallar dinero suficiente para adquirirlos? ¡Ah! no os aflijáis; pueden adquirirse gratuitamente.

El profeta Isaías nos lo enseña: "Vosotros que no tenéis dinero, apresuraos, comprad y comed; venid y comprad sin dinero." [1]

El Salmista confirma lo mismo: "Dará el Señor la gracia y la gloria." [2]

A diario las distribuye el Señor gratuitamente, pero nunca con tanta abundancia como en la santa Misa, como confío demostrarlo en este mismo capítulo.

Empecemos por comprender bien lo que es la gracia.

La gracia es un don ó un auxilio sobrenatural, que Dios nos concede en virtud de los méritos de Jesucristo.

(1) Isaí. LV, 1. (2) Ps. LXXXIII, 12.

Distínguense dos clases de gracias: la gracia *santificante* y la gracia *actual*. La gracia santificante es un estado del alma, que nos hace justos á los ojos de Dios y nos otorga el derecho á la herencia de los bienes eternales. Esta gracia, elevándonos sobre nuestra propia naturaleza, nos hace partícipes de la naturaleza divina.

Según el Concilio de Trento, la gracia santificante es, "no solamente la remisión de nuestros pecados ó un favor sensible de la bondad de Dios, sino un estado divino, una luz resplandeciente que hermosea nuestras almas." Nuestra alma permanece en este estado feliz y dichoso, hasta que por el pecado mortal perdemos la gracia.

La gracia actual es un auxilio pasajero, mediante el cual Dios ilumina nuestra mente é impulsa nuestra voluntad para evitar el mal y obrar el bien.

Si nuestra alma se halla en estado de muerte, la gracia actual atrae la gracia santificante; si, por el contrario,

estamos en amistad con Dios, la gracia actual la aumenta poderosamente, moviéndonos á cumplir las obras buenas.

Santo Tomás de Aquino nos enseña que "la gracia concedida á una sola alma supera en valor á todo el mundo y á cuanto el mundo contiene." El mismo cielo, con sus ángeles bellísimos y con sus esplendores, no podría comparársele; y por lo mismo, el hombre debería manifestarse más reconocido á Dios por la menor gracia que de Él haya recibido, que por la perfección de los espíritus de primer orden ó por la omnipotencia sobre el firmamento y los astros.

Todo esto se comprenderá mejor por los efectos de la gracia santificante.

En primer lugar, el alma se reviste de una hermosura sin par; el sol, las estrellas, las flores quedan deslucidos y despojados de todo encanto, si se los compara con esta hermosura. Si nos fuera dado ver claramente una alma en estado de gracia, todo aquello que hasta

entonces era esplendoroso á nuestros ojos nos parecería desde este instante desprovisto de encantos, según indica con estas palabras el bienaventurado Blosio: "Si pudiera contemplarse la belleza de una alma en estado de gracia, seríamos arrebatados fuera de nosotros mismos."

Santa Catalina de Sena, después de haber gozado tan celestial favor, cubría de besos las pisadas de los misioneros que trabajaban por atraer á la gracia á los infelices pecadores, y, transportada de asombro, decía á su confesor: "Padre mío, si hubiérais podido contemplar el esplendor de esta hermosura, mil veces daríais vuestra vida por convertir una sola alma á Dios."

El dulce Jesús decía á Santa Brígida, que la contemplación de una alma santa "la cegaría, la subyugaría y la sumiría en profundo desmayo."

En segundo lugar, la gracia es el lazo de caridad que une á Dios con el hombre. Por ella, el Criador y la criatura hácense el uno para el otro, ami-

gos tiernos y confidentes, como dice el mismo Jesucristo: "Vosotros sois mis amigos... ya no os llamaré siervos." [1]

¿Puede haber algo más grande, más excelente, que ser llamado amigo de Jesucristo, y serlo en efecto? Esta dignidad excede la naturaleza humana, porque todas las cosas sirven al Señor y no hay nada que no esté sometido al yugo de su dominación. Hé aquí por qué Dios eleva á sus servidores á una dignidad sobrenatural, dándoles el nombre de amigos y tratándoles como tales. [2]

Esta amistad nos une á Dios tan íntimamente, que le encontramos, por decirlo así, en nosotros mismos, amándonos con amor semejante á aquel con que á sí mismo se ama. Y cuando por nuestra infidelidad, por el pecado, hemos roto el lazo de esta tierna amistad, Dios no se retira completamente de nosotros; se queda á la puerta de

(1) Juan, XV, 14 y 15. (2) S. Cirilo de Alejandría.

nuestra alma, llama dulcemente y pide entrar de nuevo: "He aquí que estoy á la puerta y llamo: si alguien oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su habitación y me sentaré á la mesa de él y él á la mía." (1)

Finalmente en tercer lugar, el alma santificada está de tal suerte ennoblecida, que se convierte en la criatura predilecta del mismo Dios. ¡Qué honor para el hijo de un mendigo el ser adoptado por un príncipe! ¡Qué honor para el hombre el ser adoptado por el Soberano Señor!

Meditando sobre esto, exclama San Juan en un transporte de entusiasmo: "Mirad, qué tierno amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en efecto." (2)

Y San Pablo añade: "Y siendo hijos, somos también herederos, herederos de Dios y coherederos con Jesucristo." (3)

¡Ser heredero de Dios! ¡qué her-

(1) Apoc. III, 17. (2) I Juan, III, 1.
(3) Rom. VIII, 17.

mosura, qué gloria! Nada tan á propósito como esto, para hacernos comprender las excelencias de la gracia de esta divina adopción, que es al mismo tiempo la prueba evidente del amor infinito de Dios hacia sus desvalidas criaturas.

Además, esta gracia santificante aumenta incesantemente por nuestra correspondencia á la gracia actual, en virtud de la cual Dios adorna el alma de virtudes, de piedad; la inunda de consuelo, la inspira deseos santos, la concede alegría espiritual, la proteje, la fortifica, la gobierna, la dirige; y por la cual, en fin, se une estrechamente á ella y le da todo lo concerniente á la vida y á la piedad, según las grandes y preciosas promesas hechas á nuestros padres "para hacernos partícipes, por medio de estas mismas gracias, de la naturaleza divina." (1)

Estas consideraciones nos harán comprender, aunque imperfectamente, el valor infinito de la gracia. No obstante,

(1) II Petr. I, 3-4.

confío demostrar hasta la evidencia, que la santa Misa aumenta poderosamente la gracia, y como consecuencia, nuestra futura gloria. Y, por último, insistiré sobre la comunión espiritual, como parte que es de la santa Misa, muy propia para enriquecer nuestra alma con nuevas gracias.

§ 1. La santa Misa aumenta en nosotros la gracia divina.

Un autor piadoso dice: "No sólo el sacerdote, sino aquellos que encargan la celebración de la santa Misa y los que asisten á ella pueden, según su piedad y devoción, merecer un aumento de gracia y de gloria, por su cooperación al santo sacrificio." (1)

El sacerdote es, pues, el primero que se aprovecha de estos beneficios.

Los que encargan la celebración de la Misa para sí mismos ó en sufragio de otros, participan igualmente de aquellos preciosos frutos y obtienen un au-

(1) Gervas. De Missa.

mento de gracia, si están libres de pecado mortal.

Por último tienen también su participación los fieles que asisten á la santa Misa, no sólo por su piedad y devoción hacia el santo sacrificio, sino también como recompensa de las múltiples y variadas virtudes que practican. Porque ellos renuevan en su corazón el dolor de haber pecado cada vez que golpean su pecho; hacen actos de fé confesando la real presencia de Jesús en la Hostia sacrosanta, y su sacrificio por los pecados de los hombres. Este dogma es el fundamento de toda nuestra salvación.

Además, practican también actos interiores y exteriores de adoración; y aunque estos sentimientos sean debidos á Dios nuestro Señor, no por eso le son menos agradables, ni deja de complacerse en ellos de una manera singular.

Si á la elevación de la Hostia divina y del Cáliz consagrado ofreces á tu Padre celestial este don divino, rea-

lizas un acto de perfecta generosidad; y si oras por los vivos y por los difuntos, haces además un acto de caridad; y en fin, si participas del sacramento de su cuerpo y sangre, aun cuando sólo sea por la comunión espiritual, merecerás gracias especialísimas de la bondad divina.

No se olvide tampoco que los herejes han menospreciado en todo tiempo el santo sacrificio del altar, tachándolo de idolátrico; por lo cual Dios mira amorosamente á todos aquellos que reparan tales insultos con su piadosa asistencia. Los Santos Padres nos hablan de gracias especiales concedidas á este acto de reparación.

S. Cirilo nos dice: "Los dones espirituales serán distribuídos abundantemente entre aquellos que asisten á la santa Misa."

S. Cipriano añade: "El pan sobrenatural y el cáliz consagrado, contribuyen á la vida y salvación del hombre entero."

El Papa Inocencio III dice también:

"Por la eficacia del santo sacrificio se nos aumentan todas las virtudes y participamos abundantemente de los frutos de la gracia."

S. Máximo exhorta á los cristianos "á no olvidar jamás la Misa, porque en ella se comunican á los fieles las gracias del Espíritu Santo."

Y Forner cree que "en la Misa los méritos de la Pasión de Jesucristo ejercen sus divinas influencias sobre nuestra alma, de suerte que quedamos como inundados por la abundancia de los bienes celestiales." (1)

Permitidme todavía añadir á lo expuesto hasta ahora el testimonio de Osorio: "Dios Padre os da en la Misa á su Hijo Unigénito, en quien reside la plenitud de la divinidad unida á la Humanidad, y en quien están ocultos todos los tesoros de la infinita sabiduría."

Y al darnos á su Hijo, ¿no nos lo da todo? Sí, nos da á Jesús con todos

---

(1) Conc. 83. In Miserere.

sus méritos y satisfacciones; nos da la carne y la sangre, el cuerpo y el alma de este adorable Salvador. ¿Qué más puede darnos? ¿Y qué medio más seguro podía haber ideado para hacernos partícipes de sus infinitos tesoros?

Ciertamente que, si nuestra alma se halla todavía sumida en la miseria, es debido tan sólo á nuestra imperdonable torpeza y á nuestra pereza espiritual.

Si á esto agregamos las setenta y siete prerrogativas enumeradas en el capítulo III, fuerza será confesar que ninguna obra del mundo podrá valernos tantas gracias y méritos como la celebración y audición de la santa Misa.

§ 2. La santa Misa aumenta de una manera particular la gloria celestial.

¡Oh! cuán deliciosa é incomprensible es esta gloria celestial, para la cual hemos sido criados y por la que suspira sin cesar nuestro corazón. ¿Como podré yo tratar de su aumento, cuando la más pequeña parte de ella es tan

embriagadora que hace exclamar al Apóstol: "Ni ojo alguno vió, ni oreja oyó, ni pasó á hombre por pensamiento, cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman." (1)

La Iglesia nos enseña, que las buenas obras aumentan la gloria futura, pero no nos indica el grado de esta gloria. Contentémonos, pues, con estas palabras de nuestro Salvador á Santa Gertrudis: "El cristiano aumenta sus merecimientos para la vida eterna, cada vez que asiste devotamente á la Santa Misa." (2)

De esta recompensa eterna dice el Evangelio: "Se os echará en el seno una buena medida, apretada y bien colmada, hasta que se derrame." (3)

En efecto, en la Misa merecemos un nuevo grado de gloria. El Santo sacrificio es como una escala celestial: cada vez que los fieles asisten á él, suben un peldaño; los más fervorosos suben dos, tres y aun cuatro á la vez, y á

(1) I Corinth. II, 9. (2) Revel. lib. II, c. 18, 53.
(3) Luc. VI, 38.

medida que se le elevan hacia Dios, se elevan también su conocimiento y su amor de Dios.

Con cada grado, hácese más hermoso, más resplandeciente, más glorioso, más apreciable á los ojos de los Santos. Cada vez que asistes á la santa Misa, el cielo lo anota y te asegura un grado de gloria más elevado.

Esta gloria puede perderse por el pecado mortal; pero, gracias á la infinita bondad de Dios, puedes recuperarla, por medio de una sincera confesión. ¡Qué gloria, qué riqueza, qué bienaventuranza, te esperan allá en el cielo, si á diario asistieres al santo sacrificio!

"Las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria." [1]

Grabad estas palabras en vuestro corazón, oh cristianos, y no dudéis que, si el Apóstol promete tan hermosa re-

(1) II Corinth. IV, 17.

compensa á los sufrimientos pasajeros, Dios reserva todavía otras más espléndidas á los fieles asistentes á la santa Misa, porque esta práctica lleva consigo multitud de pequeñas mortificaciones.

Ninguno de vosotros lo ignora. La iglesia está distante de vuestra casa, y habéis de levantaros temprano; el camino es malo y peligroso; en invierno, os azota la cara el viento norte; en verano, el sol despide sobre vosotros sus ardientes rayos; después, el oficio es á veces largo, el fervor desaparece, os espera un trabajo urgente, despreciáis una ocasión provechosa. Animo, ánimo; todo esto son otros tantos títulos de gloria, otros tantos tesoros para el cielo.

¿Queréis la prueba?

Un aldeano sentía tierna devoción por el santo sacrificio de la Misa. Trabajando en el campo ó en la selva, oía á lo lejos el eco argentino de la campana de la aldea, que convidaba á los fieles á la asistencia de la Misa; y al

punto, abandonando sus labores, su carro y sus ganados, encaminábase á la Iglesia. Tenía esta piadosa costumbre desde la infancia, y habíala conservado hasta una edad avanzada.

Cierto día, en que se dirigía penosamente á la Iglesia por un sendero casi impracticable, se decía á sí mismo: — He aquí que mis años me impiden ya hacer lo que hacía en mi juventud; y por lo mismo, creo no desagradar á mi Dios, renunciando en adelante á estas largas y penosas carreras. Desde casa iré á Misa; pero cuando me halle en el campo, asistiré en espíritu y continuaré mis labores.

Hallábase preocupado todavía con este pensamiento, cuando percibió un cercano ruído de pasos que le hizo volver la cabeza. Era un Angel que, cargado de rosas recién abiertas, le seguía; tan bello era aquel Angel que el aldeano creyó ver al mismo Dios, y postrándose de hinojos exclamó: "¿Oh mi Dios, cómo es posible que me dispenséis el favor de acompañarme?"

El Angel entonces respondió: "No soy tu Dios, soy el Angel de tu guarda."

"Oh Angel mío querido, ¿qué significa esta visión?"

"Dios me ha ordenado que te siga en pos, siempre que abandones tus labores y tus campos para asistir á la santa Misa."

"¿Y para qué?" replicó el aldeano.

"A cada paso que das en dirección á la Iglesia, brota una rosa bajo tus plantas. Yo las voy recogiendo todas y las llevo al cielo. Mira las que hoy he encontrado en tu camino; por tanto te aconsejo que abandones tu proyecto y continúes yendo á Misa. Si perseveras hasta el fin, yo te coronaré de rosas á la hora de tu muerte, y cubriré de flores tu trono celestial." Así dijo el Angel y desapareció.

El anciano aldeano besó sollozando el sitio donde el Angel se le apareciera, y bendijo á Dios por tan singular favor. No podía apartar su espíritu de aquella celeste aparición; la hermosura del Angel, el delicado perfume de las

rosas, en una palabra, aquel goce anticipado de las delicias de la patria celestial había cautivado su corazón, y las cosas de la tierra sólo le inspiraban profundo desprecio.

Poco tiempo después murió, agotadas sus fuerzas más por el deseo del cielo que por la misma enfermedad.

Si el esfuerzo físico que este aldeano realizaba para ir á la iglesia, fué tan espléndidamente remunerado, ¿qué tesoro de gracias merecería asistiendo con piedad y devoción á la santa Misa? No nos es posible comprenderlo; mas esperemos que, por nuestra fidelidad en cumplir esta misma práctica, le veremos un día en el cielo y participaremos con él de estos inefables frutos.

§ 3. De la Comunión espiritual.

Después de haber declarado que el deseo de la Iglesia sería que todos los fieles recibieran la sagrada comunión en la Misa á que asisten, el Concilio Tridentino recomienda con insistencia

que reciban la Comunión espiritual, por lo menos, los que se consideren indignos de recibir la Eucaristía.

Es la comunión espiritual un deseo ardentísimo de recibir á Jesucristo en su corazón en el momento en que el sacerdote, por la comunión, termina el sacrificio. Esta práctica no hubiera sido recomendada con tanta insistencia, si no fuera sumamente provechosa á nuestras almas, y medio eficacísimo para aumentar en nosotros la gracia divina y la gloria celestial.

Mientras Jesucristo anduvo sobre la tierra realizó muchas curaciones, por la imposición de las manos; pero á muchos devolvió también la salud desde lejos, como aconteció á la hija de la Cananea y al criado del Centurión. La infinita generosidad de Nuestro Señor Jesucristo no se limita á las almas que dignamente se acercan al Sacramento del amor, sino que se extiende á los que no pueden recibirle realmente. Él nos dice: "Yo soy el pan de vida; el que

viene á mí, no tendrá hambre y el que cree en mí, no tendrá sed jamás." (1)

Acercarse á Jesús es creer en Él, esperar en Él, y amarle. Quien se acerque á Él de esta manera, saciará su hambre y apagará su sed.

Jesucristo no ha unido su gracia á la sagrada comunión, de tal suerte que no pueda concederla sin la recepción del sacramento. Una comunión espiritual, hecha con ardientes deseos, produce en nosotros más gracia que una comunión real hecha sin fervor. La intensidad de nuestros deseos es la medida de la gracia que recibimos por la comunión espiritual.

¿Qué es necesario para una buena comunión espiritual? Forner nos lo dice con estas palabras: "Todos los que oyen la Misa con las disposiciones debidas, se alimentan de un modo místico con el cuerpo de Jesucristo. La virtud de la santa Misa es tan grande, que basta unir nuestra intención á la del sacer-

(1) Juan, VI, 35.

dote, para participar con él del fruto del sacrificio." (1)

Esta enseñanza es sumamente consoladora, para todos aquellos que no saben cómo debe hacerse la comunión espiritual. Basta decir: "Úno mi intención á la del sacerdote, y deseo participar del santo sacrificio comulgando con él."

"Aunque nuestros miembros no comen, añade el mismo Obispo de Hebrón, se alimentan sin embargo lo mismo que la boca; de la misma manera, los fieles que asisten á la Misa se alimentan espiritualmente por mediación del sacerdote, aunque ellos no comulguen; es muy natural que el que asiste en espíritu con el sacerdote á la Mesa del Señor, se alimente también espiritualmente con él. Si los invitados á una mesa real no salen jamás hambrientos de la sala del festín, ¿cómo nuestro dulce Salvador dejaría marchar sin confortarles á los que han asistido á la Misa para adorarle?"

(1) Comm. 83, in Miserere.

“La Misa es la gran cena del Señor; cada uno recibe su parte correspondiente, si no cierra obstinadamente la boca de su espíritu ante la mano de Jesús que le ofrece su cuerpo en alimento.“

Surio refiere un hecho que confirma nuestra doctrina.

Bertranda Carmara era una fervorosa cristiana y de conducta ejemplarísima. Un día festivo, deseosa de acercarse á la sagrada Mesa, observó que el celebrante no consagraba formas para distribuírlas entre los fieles. A pesar de su vivo dolor, Bertranda continuó oyendo atentamente la santa Misa. Pero he aquí que, en el momento de la comunión, vió un Angel que, tomando en sus manos, de encima del altar, una partícula de la sagrada Hostia, se la aproximó para que comulgara. Su alma quedó inundada de alegría, ante esta milagrosa visita de su Dios. Mientras tanto el sacerdote advirtió la desaparición de la partícula, y buscábala en vano por todas partes, sin que le fuera

posible tranquilizarse hasta tanto que Bertranda le dió cuenta del maravilloso suceso, realizado en su favor.

La comunión espiritual es, pues, santa y saludable. Expresamente lo enseña la Iglesia cuando dice: “Los que con el deseo gustan este pan celestial, colocado en su presencia, gozan de sus frutos y utilidad en virtud de esta fe viva que la caridad hace fecunda.“

No debes por consiguiente, oh alma piadosa, considerarte despojada de todo bien; aunque á veces no te sea posible participar sacramentalmente del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Inflama más bien tu deseo, y aproxímate en espíritu á Jesús; Él te saciará y te abrirá los infinitos tesoros de su sagrado Corazón.

CAPÍTULO XXI.

La santa Misa es la más segura esperanza de los moribundos.

Sólo aquel que ha sufrido las agonías de la muerte conoce su amargura;

no obstante llegamos á vislumbrarla cuando presenciamos la agonía de alguno de nuestros hermanos. Entonces vemos con cuánta razón dijo Aristóteles que "la muerte es la más horrososa de todas las cosas."

Y sucede así, no sólo porque la muerte es la separación de nuestra alma de nuestro cuerpo, sino principalmente, porque es la puerta que nos da acceso á la eternidad y nos conduce á la presencia del tribunal de Dios. La viva representación de estas dos terroríficas cosas, inspira al moribundo tal pavor, que hace temblar su corazón y baña su frente con un frío sudor.

¿Qué hacer en semejante angustia? ¿Cómo consolar esta alma, cómo animarla, cómo protegerla para que el demonio no la arrastre á la desesperación? ¡Ah! arrójese en el seno de la infinita misericordia de Dios, y su esperanza no será confundida.

Así lo asegura S. Gregorio: "Quien ha hecho cuanto de él depende, debe confiar en la misericordia divina que no

ha de abandonarle jamás; quien, por el contrario, ha sido negligente, no haría bien en confiar, porque se engañaría á sí mismo." (1)

¿Pero dónde está el alma que ha permanecido constantemente fiel? ¿Hay acaso una entre mil? ¿No podríamos nosotros ser mejores si quisiéramos?

¿Qué garantía pues tendrá el moribundo en su última hora? No vacilo en afirmar, que la fuente más pura de esperanza es la santa Misa, si, durante nuestra vida, la hemos oído con asiduidad y devoción.

El Salmista nos afirma en esta creencia, cuando dice: "Ofreced sacrificio de justicia y confiad en el Señor." (2)

Este sacrificio no es otro que la santa Misa, por la cual nosotros nos congraciamos con la justicia divina, cosa que no podían realizar los sacrificios de la antigua ley. Ved aquí por qué no se podía, hablando en propiedad, llamarlos sacrificios de justicia;

---

(1) Moral, lib. II, c. 9. (2) Ps. IV, 6.

esta es también la razón de que David no se dirija en su exhortación á los sacerdotes judíos, sino á todos los cristianos y á los sacerdotes católicos, con el objeto de que desplieguen su celo en la celebración de la santa Misa, para aplacar la cólera de Dios y borrar la pena merecida por el pecado.

Tan exacto es esto, que David termina su salmo diciendo: "*In pace in idipsum dormiam et requiescam*": tranquilo el corazón, á causa del sacrificio, dormiré mi último sueño y descansaré durante la eternidad, porque Vos, Señor, me habéis conservado mi esperanza.

David habla así en nombre del cristiano moribundo, y nos indica el fundamento más seguro de nuestras esperanzas en la hora de la muerte. Así lo entiende también la Iglesia en estas palabras del oficio de difuntos: *Requiescant in pace.*

David había dicho: Descansaré en paz; la Iglesia dice: Señor, concededle el descanso. Así, el que en vida ha ofre-

cido con el sacerdote el sacrificio de justicia, puede esperar firmemente en la misericordia de Dios, y repetir con David, en la hora de la muerte: "Señor, lleno de confianza en la santa Misa, dormiré en paz y descansaré en el sepulcro hasta que llegue el gran día de la eternidad. No temo la muerte eterna, porque sois Vos el áncora de mi esperanza. No, Señor, no puedo creer que seré repudiado por Vos, ya que con tanta frecuencia os he ofrecido el sacrificio de justicia, cuya virtud purificadora y santificante habrá borrado mis pecados y satisfecho vuestra infinita justicia.

Tal es mi dulce esperanza; en ella confiado, compareceré sin temor ante vuestro severo tribunal."

Todos los moribundos pueden escudarse de este modo contra el abatimiento y la desesperación.

Cierto individuo, cuenta Pinelo, que había sido durante su vida muy devoto de la santa Misa, puso toda su confianza en esta santa práctica, hasta que llegó

su última hora y murió dulcemente. Su párroco, entristecido por la pérdida de tan edificante feligrés, le aplicaba todos sus sufragios.

Al cabo de cierto tiempo, se le apareció el feligrés resplandeciente de hermosura. "¿Quién eres?" exclamó el párroco.

"Soy aquél por quien tan fervorosamente has pedido á Dios."

"¿Cómo te encuentras en el otro mundo?"

"Por la gracia de Dios estoy entre los escogidos, y aunque no necesitaba tus oraciones, te quedo profundamente agradecido."

Quiso saber entonces el Párroco, cuál, entre las virtudes que habían enriquecido durante su vida el alma del difunto, era la más meritoria y grata en la presencia de Dios. "La asistencia diaria á la santa Misa, respondióle, me ha proporcionado una muerte apacible y un juicio misericordioso."

No desmayéis, pues, oh espíritus apocados. Porque es cosa fácil imitar el

ejemplo de este buen cristiano; sobre todo los que habitáis en pueblos donde se celebran Misas á todas las horas de la mañana; circunstancia ésta que os permite escoger el momento más favorable, según vuestro trabajo y los deberes de vuestro estado. Los que, á pesar de sus deseos, no puedan ir á la iglesia, dediquen algunos momentos á la lectura de las oraciones de la Misa. Esto constituye también un medio excelente para prepararse á una buena muerte.

Es indudable que los méritos de la Pasión y muerte de Jesucristo constituyen las más legítimas bases de nuestra esperanza. Pues bien, en la Misa estos méritos se distribuyen entre todos los asistentes que se hallan en estado de gracia; esperar, por lo tanto, lleno de confianza en la santa Misa, es esperar en los méritos mismos del Salvador.

Y no se diga, que estos divinos merecimientos se nos comunican también en la confesión y en la comunión; por-

que hay gran diferencia entre el que recibe los sacramentos y el que oye la Misa. El primero debe acercarse dignamente al tribunal de la penitencia con verdadero arrepentimiento y á la santa Mesa con fervor, so pena de cometer un nuevo pecado; mientras que el que oye la Misa, aun cuando esté en pecado mortal, su estado, lejos de empeorar, se mejora, porque el santo sacrificio le proporciona la gracia de la conversión, si él no opone una resistencia voluntaria.

Podría también objetarse á esto diciendo: Que todo moribundo, quienquiera que sea, puede confiar en la Pasión y muerte del Salvador, ya que Jesús sufrió por todos los hombres, para satisfacer por todos nuestros pecados y preservarnos de la condenación eterna.

Mas yo os diré: ¿De qué servirían á nuestra alma los frutos preciosos de la Pasión y muerte del Salvador, si de algún modo no le son aplicados? ¿Y cómo los alcanzará más eficazmente que

en la santa Misa, siendo así que la misma Iglesia nos enseña: "que los frutos del cruento sacrificio de la cruz se distribuyen abundantemente por el sacrificio incruento?" [1]

"El sacrificio de la Misa, añade la Iglesia, ha sido instituído, para que la virtud saludable del sacrificio de la cruz sea aplicada por la remisión de nuestras faltas y defectos cotidianos." [2]

El cristiano que de esta suerte espera, no confía en sí mismo ni en sus propios méritos, sino en Jesucristo, en las oraciones y méritos del Salvador, de los cuales ha participado en el altar santo; confia en un don más perfecto que ha ofrecido al Padre celestial por las manos del sacerdote, en la sangre preciosa que ha brotado del altar sobre su alma; confía, y puede y debe confiar en la oración de Jesús.

Esta esperanza es tan maravillosa que Sánchez dice: "La santa Misa nos infunde una esperanza de la vida eterna

(1) Trid. Sess. XXII, cap. 2. (2) Ibid., cap. 1.

con tantas garantias que, para creer en ella, nos basta la gracia de la fe.“ Así pensaban los Santos Padres, que tan bien se prepararon para la muerte, mediante la devota celebración de la santa Misa.

S. Teodoro Studita, celoso defensor de la fe católica contra los iconoclastas, cayó gravemente enfermo. Se hallaba ya en la agonía, cuando pidió al Señor la gracia de celebrar por última vez los santos misterios, y prepararse de este modo para la suprema lucha contra el enemigo infernal.

No bien hubo terminado esta oración, sintió aligerarse la intensidad de su mal. Se levantó, fué á la Iglesia, y celebró la Misa con un fervor y una compunción tales que hicieron derramar lágrimas á todos los asistentes. Esta fué su mejor y su última preparación; al descender del altar se tendió sobre el lecho, y se durmió dulcemente en el Señor. (1)

(1) Baronio. Año 826, n. XLIV.

S. Tarasio, patriarca de Constantinopla, igualmente fiel á esta santa devoción, sobrellevaba sus dolores corporales y reanimaba sus agotadas fuerzas, gracias á su ardiente amor por Nuestro Señor. Cuando ya no podía tenerse de pié, se apoyaba con el pecho en el altar.

De esta manera continuó hasta el último día en que su alma voló hacia Aquel, á quien sus labios habían hecho descender sobre el altar tan piadosa y frecuentemente. (1)

Muchos Santos Padres tuvieron la misma devoción, y no conocieron mejor preparación para la muerte que la Misa diaria.

Además, Jesucristo lo ha prometido á Santa Matilde: “A la hora de la muerte consolaré y protegeré al que haya asistido con asiduidad al santo sacrificio de la Misa; y para acompañarle á mi tribunal, le enviaré tantos grandes de mi Corte como Misas haya él oído.“ (2)

(1) Baronio. (2) Revel. I, III, c. XIX.

¡Oh Jesús! si en mi favor queréis cumplir esta promesa, repetiré al morir las palabras de David: "El Señor es mi luz y mi salvación: ¿á quién he de temer yo? El Señor es el defensor de mi vida; ¿quién me hará temblar?" (1).

¡Ah! si para mi consuelo y defensa enviáis tantos Santos como Misas haya oído, no temeré al ejército entero de Satán, porque basta un Santo para poner en fuga todas las tropas infernales.

Fortificada por el pensamiento de la santa Misa, el alma abandona este mundo y comparece ante el tribunal de Dios. ¡Hallarse en presencia del justo Juez! Hombre infeliz, ¿cuál será entonces la serenidad de tu alma? Oye la relación auténtica de un monje resucitado, conservada por S. Bonifacio, obispo de Maguncia, en una carta á su hermano.

"Cuando fuí llamado al juicio de Dios, todos los pecados que había co-

(1) Ps. XXVI, 1.

metido avanzaron como otros tantos seres vivientes y horrorosos. El uno me decía: Yo soy la vanidad, por la cual te elevaste sobre tu prójimo. El otro exclamaba: Yo soy la mentira, que tú has proferido. Y nosotros, la multitud de palabras inútiles que has pronunciado; y las distracciones, los pensamientos inútiles á que te has entregado dentro y fuera de la iglesia. De esta manera, una muchedumbre de fantasmas me rodeaba, y me acusaba con voces espantosas de estos pecados y de todos los que había omitido en la confesión, por negligencia, olvido ó ignorancia.

Allí estaban también los demonios precisando el tiempo, lugar y circunstancias en que yo había pecado. En fin, las pocas buenas obras que yo había hecho en mi vida, se presentaron á su vez, tratando de hacerse escuchar: Yo soy la obediencia que has rendido á tus superiores, dijo la una; y yo el ayuno, con el cual afligiste tu cuerpo; y yo, exclamaba una tercera, la oración á que

te has dedicado. Al aproximarse cada una de estas obras buenas, sentía yo inefable consuelo; los ángeles presentes aportaban su testimonio y ensalzaban mis pobres obras.“ (1)

Lector querido, lo que sucedió á este buen religioso, nos sucederá también sin duda á ti, á mí y á todos los hombres. Nuestros pecados aparecerán revestidos de horrendas formas; nuestras buenas obras estarán allí presentes para sostenernos; y, si has oído muchas Misas, ellas aparecerán también en forma de hermosísimas vírgenes, que desvanecerán tu terror con su dulce presencia. Ellas dirán entonces: Nosotras, las Misas á que fielmente has asistido, te acompañarémos al tribunal del justo Juez; allí te excusarémos, serémos testigos de tu piedad hacia el santo sacrificio; harémos constar todos los pecados que hayas borrado y todas las deudas que hayas satisfecho. No desmayes; nosotras aplacarémos la cólera del supremo Juez y obtendrémos el perdón.

(1) Baronio. Año 716, n. XXIII.

¡Qué consuelo para tu oprimida alma hallar amigos tan fieles, abogados tan poderosos!

¡Ah! Dios quiera que te suceda lo que, al decir del verídico Raynaldi, sucedió á S. Nantier, obispo de Breslau. Este prelado era muy devoto de la santa Misa y asistía á todas las que se celebraban en su catedral.

Al morir, una piadosa señora oyó cantos angélicos tan dulces que se creyó transportada al Paraíso. Quiso averiguar la causa, y una voz celestial la dijo: Acaba de separarse de su cuerpo el alma del Obispo Nantier, y los ángeles la conducen al cielo. Preguntó entonces la mujer como había merecido el Obispo tanto honor y tanta gloria, y la misma voz le respondió: “Por su devoción al santo sacrificio de la Misa.“

¡Qué ejemplo tan consolador! El piadoso prelado se libró de las penas del purgatorio y fué elevado entre cantos angélicos, merced á su devoción á la santa Misa.

Imitemos tan santo amor, y, si no nos fuere posible oír tantas Misas, podrémos siempre unirnos en espíritu á todas las que se celebran. Depositemos al pié del altar un fervor semejante al del bienaventurado Nantier, y Dios acogerá con agrado nuestra buena voluntad y nos concederá una muerte dichosa.

CAPÍTULO XXII.

Le santa Misa es el alivio más eficaz para las almas del purgatorio.

No podemos comprender, durante esta vida el rigor de las llamas del purgatorio, pero día vendrá en que nosotros mismos las experimentarémos. Entretanto meditemos la doctrina de los Santos Padres.

S. Agustín declara que: "El escogido y el condenado son atormentados por el mismo fuego, cuya acción es más violenta que todo lo que se puede

imaginar, ver y sentir sobre la tierra." [1]

Este testimonio bastará para infundirnos un saludable temor; porque los males de la tierra son incalculables, y nuestra capacidad de sufrimiento es un abismo á cuyo fondo nadie ha llegado. Considerad las terribles enfermedades que roen el cuerpo; leed en el martirologio las espantosas torturas á que fueron sometidos los confesores de la fé; y sin embargo, todo esto no es más que una débil imagen de lo que os espera, según afirma S. Cirilo: "Todas las penas, torturas y tormentos de esta vida, comparados con la más pequeña pena del purgatorio, parecen todavía un consuelo."

Santo Tomás dice lo mismo: "La menor chispa de este fuego es más cruel que todos los males de esta vida." [2]

¡Oh Dios mío! ¿cómo podrá soportar nuestra alma tan terribles dolores? No obstante, es casi seguro que no lle-

---

(1) Serm. 41. (2) In 4 Sent. dist. 20, 9, cap. II.

gará al cielo, sin atraversar antes estas llamas abrasadoras; porque, lejos de ser bastante perfecta para evitarlas, está llena de impurezas y de malas inclinaciones.

Acuden á mi memoria otros muchos pasajes de los Santos Padres, pero bastará citar á S. Bernardo: "Entre el fuego natural y el del purgatorio hay tanta diferencia como entre el fuego y su imagen." (1)

Santa María Magdalena de Pazis, que veía frecuentemente el purgatorio donde había encontrado á su propio hermano, atestigua, que el fuego terrestre es, comparado con el del purgatorio, un delicioso jardín.

No he visto jamás comparación tan sorprendente, ni tan oportuna para estimularnos á la penitencia por el temor de estas intolerables penas. Al mismo tiempo despierta en nosotros una compasión sincera por las pobres almas encerradas en esta tenebrosa prisión,

(1) Serm. 15.

desde la cual nos dirigen sus voces suplicantes.

Hay muchos medios para aliviarlas, pero el más saludable, declara el Concilio de Trento, es el santo sacrificio de la Misa. "Las almas del purgatorio son socorridas por los sufragios de los fieles, principalmente por el sacrificio del altar." (1)

Dos siglos antes había dicho ya Santo Tomás de Aquino: "Según costumbre general, la Iglesia ofrece sacrificios y ruega por los difuntos; y así les libra prontamente del purgatorio." (2)

La razón de esto es, porque en la santa Misa el sacerdote y los asistentes, no solamente imploran misericordia, sino que ofrecen también á Dios un preciosísimo rescate. Las almas del purgatorio no están en su desgracia, ya que por su contrición y confesión se han reconciliado con Él; pero permanecen prisioneras, para purificarse de sus imperfecciones.

(1) Trid. Sess. XXV. Decret. de poenit.
(2) In 4 Sent. quest. 45.

Por tanto, si llenos de compasión, rogáis por ellas y las aplicáis vuestros merecimientos, contribuís á saldar una parte de esta deuda de la que el mismo supremo Juez dice: "Cuida de que no te metan en la cárcel; porque te aseguro que no saldrás de ella, hasta que hayas pagado el último céntimo." [1]

Pero si oyes ó mandas celebrar la Misa por una de estas almas, satisfaces una gran parte de su deuda.

Cuando el bienaventurado Enrique Suzo, de la Orden de Predicadores, estudiaba en Colonia, pactó con un su amigo para que el que sobreviviera celebrara un cierto número de Misas por el difunto. Terminados sus estudios, Suzo continuó en Colonia y el otro religioso fué enviado á la Suabia donde murió al poco tiempo.

Enrique recordó su promesa; pero, habiendo ya dispuesto de la intención de sus Misas, suplió el santo sacrificio por la oración, el ayuno y otras mor-

(1) Math. V. 26.

tificaciones. Pasado algún tiempo se le apareció su compañero en un estado lamentable y le dijó entristecido: "¿Así cumples tu palabra, ó amigo infiel?" El P. Enrique se turbó y respondió tembloroso: "Amigo querido, yo no me descuido; me ha sido imposible celebrar la santa Misa por ti, pero he orado y me ha mortificado tanto á tu intención."

"No basta eso, replicó el alma infortunada, tus oraciones no son bastante poderosas para sacarme de estos tormentos; necesito la sangre de Jesucristo, esta preciosa sangre que se ofrece en la Misa; si hubieras cumplido tu promesa, habría salido ya de esta cárcel de fuego; á tu olvido debo el continuar en ella."

Fácilmente se comprende el dolor del bienaventurado Suzo; vuelto en sí de su primer asombro, contó al prior la aparición y la súplica. El Prior le dispensó sus obligaciones, y le mandó celebrar por su amigo. Hízolo así, y pronto el muerto le anunció su liber-

tad y le prometió su intercesión en el cielo.

Considera estas palabras: "Tu oración, aunque muy agradable á los ojos de Dios, no es bastante poderosa para librarme de estas penas."

Si las oraciones del bienaventurado Suzo eran insuficientes, ¿qué decir de las nuestras tan tibias y secas? Unámoslas pues durante la Misa á las de Jesús y á las del sacerdote, y entonces pasará como refrigerante soplo, como dulce promesa de próxima liberación, sobre el valle desolado que habitan las pobres almas.

No sabemos en qué proporción son perdonadas las penas del purgatorio por el santo sacrificio. Siempre es cierto que una Misa, celebrada ú oída por uno mismo en vida, vale más que si se ofrece á nuestra intención después de la muerte, según lo afirma S. Anselmo: "Una sola Misa oída por una persona durante su vida, le es más ventajosa que muchas dichas por ella después de su muerte."

Hé aquí el por qué:

1. Si estás en gracia, al oír ó encargar la celebración de la Misa, obtienes un aumento de gloria para el Paraíso, ventaja que cien Misas celebradas después de tu muerte no podrían procurarte, pues que habría entonces pasado ya la época de merecer.

2. Si estás en pecado mortal, la santa Misa te procurará, por la misericordia infinita de Dios, la luz necesaria para reconocer tus pecados y el dolor de haberlos cometido; dolor que nos vuelve al estado de gracia, cosa imposible después de la muerte. Habías de estar ya sellado con el estigma de la reprobación, y todavía la santa Misa podría retenerte sobre el borde del infierno y otorgarte el inefable beneficio de morir reconciliado con Dios.

3. Las Misas dichas ú oídas te esperan más allá de la tumba donde, como otros tantos elocuentes abogados, solicitarán tu gracia en el tribunal de la justicia. Si no te libran completamente del purgatorio, abreviarán su duración y atenuarán su intensidad. Aunque el

mismo Dios te aplicara toda la virtud de una Misa después de tu muerfe, sería necesario esperar á que fuera celebrada. ¡Cuán triste y dolorosa es la espera de las almas del purgatorio!

Supón que murieras por la tarde y que habías de permanecer en las llamas del purgatorio solamente hasta la hora de la Misa del día siguiente. ¡Ah! cuán larga sería esta noche! Supón todavía el caso más favorable, de que tu alma había de permanecer solamente el tiempo que durara la celebración de una Misa; oh alma querida, esta media hora corta te parecería una eternidad. Si se te obligara á poner la mano en el fuego, por espacio de una Misa, ¿qué no darías por evitar una prueba tan terrible?

Sin embargo, el fuego sólo atormentaría un miembro de tu cuerpo, y no podría compararse con la pena muchísimo más intensa que sufre el alma en el purgatorio. ¿Y sentirémos menos compasión por nuestra alma que por nuestro cuerpo? En todo caso, es muchísimo mejor que las Misas nos esperen en la otra vida, que no el que las esperemos nosotros. Es decir, amontonemos tesoros para el cielo por medio de la piadosa asistencia á la santa Misa, porque vendrá la noche y ¿quién trabajará entonces por nosotros?

4. La limosna que dedicas á la celebración de la Misa, es un dón espontáneo, voluntario y muy agradable á Dios; pero después de muerto, no eres tú, son tus herederos los que ofrecen este dón.

¿No estamos viendo todos los días el celo escaso con que procuran éstos cumplir los últimos deseos de los moribundos?

Créeme, lo más acertado es asegurar el porvenir de esta vida, mientras eres dueño de tus bienes.

5. No olvidemos, por último, que esta vida es el tiempo de la misericordia, y la vida futura el de la justicia.

San Buenaventura dice: "Como un hilo de oro es mucho más precioso que un lingote de plomo, así también una

pequeña penitencia hecha voluntariamente en esta vida, es mucho más estimable á los ojos de Dios, que una gran penitencia impuesta en la otra.“

La siguiente historia te demostrará la doble utilidad de la santa Misa para nosotros mismos y para las almas del purgatorio.

María, joven y piadosa costurera, encargaba todos los meses una Misa por el alma más próxima á salir del purgatorio. Dios prueba á la que ama: María debía sufrir una larga serie de pruebas. Una penosa enfermedad la retuvo un año entero en su lecho y perdió todos sus clientes. Para librarse de la miseria, hubo de buscar una plaza de sirvienta.

Preocupada por tan triste pensamiento se dirigió á la Iglesia al salir, por vez primera, de su casa. En el camino se acordó de no haber cumplido, durante su enfermedad, la promesa hecha á las almas del purgatorio. ¿Qué hacer? La enfermedad había consumido sus modestas economías, le quedaba tan

sólo una moneda de plata, suficiente, en verdad, para encargar una Misa, pero así mismo necesaria para procurarse un pedazo de pan.

María no vaciló: un poco de hambre puede soportarse, mejor que las terribles llamas del purgatorio; encargó la Misa y se abandonó totalmente en brazos de la Divina Providencia.

Llegada á la iglesia, vió un sacerdote dispuesto á salir al altar y le pidió si podría celebrar á su intención. Contestóle afirmativamente y María le entregó su modesta ofrenda; asistió al santo sacrificio, y comulgó en favor del alma que estuviera más próxima á volar al cielo.

Al salir de la Iglesia, se dirigía á casa de una amiga, cuando un joven, de noble aspecto, la saludió y la dijó: “¿No busca V. una colocación?“

“Sí señor; pero ¿cómo puede V. saberlo si á nadie he hablado de semejante cosa y yo no conozco á V.?“

“No importa, dijo el desconocido

sonriendo, siga V. por esta misma calle hasta tal número, y allí hallará V. una señora que la tomará á su servicio, y junto á la cual, será V. completamente feliz." Y despareció al punto.

María siguió la dirección indicada; llegó á un magnífico edificio, cuyas puertas la franqueó una venerable señora.

"Cierto, dijo ella, después de haber oído á la joven, es cierto que necesito una doncella y ahora mismo me disponía á salir en su busca; ¿pero cómo lo ha sabido V.? Ayer por la tarde despedí, por graves motivos, á mi camarera; pero nadie sabe nada de esto: no me explico como ha podido V. conocer mi necesidad."

María no pudo resistir al deseo de referir su encuentro con el joven, cuyo aspecto tanta confianza la había inspirado.

Al entrar en la cámara de su nueva señora, María fijó sus ojos en un hermoso retrato de tamaño natural.

"Señora, exclamó ella, he aquí el

bondadoso joven que me ha indicado la casa de V. y cuya angélica hermosura no olvidaré jamás."

La señora palideció y se dejó caer sobre un sillón: "¿Qué dice V.? este es el retrato de un hijo mío, muerto hace cuatro años."

María comprendió al punto la maravillosa bondad de Dios para con ella; se arrodilló junto á la pobre madre deshecha en llanto, y la refirió su historia: su enfermedad, la última moneda ofrecida por el alma del purgatorio que el mérito de una sola Misa pudiera libertar, su abandono en brazos de la Providencia.

"¡Oh, hija querida, exclamó entonces la señora, yo te debo así la salvación de mi hijo! Murió piadosamente, ¡ay de mí! y le creía ya en el cielo desde hace mucho tiempo; sin embargo su purgatorio duraría todavía, si no hubiera sido por tu piedad. El es quien te envía, bendito sea Dios. Permanecerás aquí durante toda mi vida, no en cali-

dad de sirvienta, sino como amiga y hermana."

Hemos oído esta conmovedora historia á un sacerdote venerable, á quien la misma María la había referido.

¡Ah! si nosotros pudiéramos contemplar con nuestros mortales ojos los raudales de gracias que, desde el altar, se distribuyen sobre el purgatorio, ¡con qué celo procuraríamos á las almas desterradas este divino beneficio! No me hables de tu pobreza. Verdad que ella no te permitirá el gozo de hacer celebrar los divinos misterios, pero ya te lo he dicho más arriba: la sola audición de la santa Misa es sumamente meritoria. Asiste á ella, y, para aumentar tu caridad, invita á tus amigos para que oigan una ó varias Misas á intención de las almas del purgatorio.

Tal era el consejo que un santo varón daba á una pobre viuda, que se lamentaba de no poder encargarlas por su difunto marido, por la ascasez de recursos. "Asiste frecuentemente al santo sacrificio por él, y saldrá del purgato-

rio, antes que por una ó dos Misas celebradas á tu intención."

Este excelente consejo doy yo también de corazón á los pobres; es indudablemente más beneficioso hacer celebrar, si es posible, la santa Misa; pero es un dulcísimo consuelo, para una alma que padece el veros ofrecer al Padre Eterno la sangre de Nuestro Señor por ella.

Entonces esa preciosa sangre la inunda como un rocío celestial. Un vaso de agua fresca no consolará jamás á un enfermo, devorado por la fiebre, tanto como á nuestros difuntos algunas gotas de la divina sangre que derramamos místicamente sobre ellos en la santa Misa.

Permitidme todavía que añada algo en beneficio de nuestros difuntos queridos. Al incensar las tumbas ó rociarlas con agua bendita, las pobres almas experimentan un alivio dulcísimo. Las gotas de agua bendita, es cierto, no tocan más que la tierra; pero la virtud que la bendición y las oraciones de la

Iglesia les concede, llegan como suave refrigerio hasta el purgatorio. Rociad, pues, frecuentemente las tumbas de vuestros muertos, para consolarlos y aliviarlos.

CAPÍTULO XXIII.

De la oración del sacerdote y de los ángeles, por los fieles que asisten á la Misa.

Es general entre personas piadosas, quejarse de frecuentes distracciones durante la oración. Para esto no conozco remedio más eficaz que la frecuente asistencia á la santa Misa, en la que unes tu pobre oración á la de Jesús y su ministro.

A la manera que una pieza de cobre, se embellece y abrillanta arrojada en oro fundido, así tu oración seca y distraída se hace atenta y fervorosa: "la oración, hecha en la Misa en unión con el sacrificio, es más eficaz que todas las demás, por muy largas y fervo-

rosas que sean." [1] Expondré en este capítulo el fundamento de tan consoladora doctrina.

El celebrante debe orar no sólo por los fieles en general y ofrecer el santo sacrificio por su salvación, sino que además está obligado á hacerlo de una manera particular por todos los asistentes, y á presentar al Padre celestial sus peticiones. Así, la oración del principio llamada *Collecta,* la *Secreta* que sigue al *Ofertorio,* la *Postcommunio,* y, en general, todas las oraciones en que la petición se hace á nombre de muchos, son recitadas por la asamblea de fieles, por ti, si formas parte de ella, y pueden ser tan provechosas como si estuvieras á solas en la Iglesia con el sacerdote.

Para conocer con puntualidad las oraciones en que tienes, por decirlo así, una participación oficial, vamos á enumerarlas cuidadosamente.

---

(1) Forner.

§ 1. Qué pide el sacerdote y cómo lo pide para los asistentes.

Al principio de la Misa el ayudante recita el *Confiteor*, en nombre del pueblo, sobre el cual el sacerdote pronuncia la siguiente absolución: "Dios poderoso tenga misericordia de vosotros, y, perdonados vuestros pecados, os lleve á la vida eterna. El Señor Todopoderoso y misericordioso nos conceda el perdón, la absolución y remisión de nuestros pecados. Amén."

Al *Kirie*, que es un grito de angustia hacia la Santísima Trinidad, al *Gloria in excelsis* y á la *Collecta*, el sacerdote habla en su nombre y en el nuestro. Saluda al pueblo, reunido alrededor del altar, con la santa salutación *Dominus vobiscum*, que "el Señor esté con vosotros."

Este era el saludo del ángel á Gedeón, de Booz á sus segadores, del Arcángel Gabriel á la Santísima Virgen.

Por estas palabras, ocho veces repetidas, el sacerdote desea para el pueblo salud y bendición, porque ¿qué podrá faltarnos si Dios está con nosotros?

Al *Credo* pronuncia en su nombre y en el de los fieles esta confesión de la fe católica, en la cual deseamos todos vivir y morir.

A la oblación del pan dice: "Recibe, oh Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, esta Hostia inmaculada, que yo, indigno siervo tuyo, ofrezco á ti, que eres mi Dios vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias, y por todos los que están presentes, y también por todos los fieles cristianos vivos y difuntos: para que á mí y á ellos sea de provecho para la salvación en la vida eterna. Amén."

Cuando pone el agua y el vino en el cáliz: "Oh Dios que maravillosamente formaste la dignidad de la humana naturaleza, y más maravillosamente la reformaste: concédenos, por el misterio de mezclar esta agua y vino, que seamos participantes de la divinidad de

Aquél que se dignó participar de nuestra humanidad, Jesucristo, Hijo tuyo Señor nuestro: que como Dios vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo: por todos los siglos de los siglos. Amén."

A la oblación del cáliz: "Ofrecémoste, Señor, el cáliz de la salud, implorando tu clemencia: para que suba con suave fragancia hasta la presencia de tu divina Majestad, por nuestra salvación y la de todo el mundo. Amén."

Después del *lavabo* el sacerdote se inclina y dice: "Recibe, oh Trinidad santa, esta oblación, que te ofrecemos en memoria de la Pasión, resurrección y ascensión de Jesucristo nuestro Señor: y en honor de la bienaventurada siempre Virgen María y de San Juan Bautista y de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y de éstos, y de todos los Santos, para que á ellos les sirva de honra y á nosotros nos aproveche para la salvación; y se dignen interceder por nosotros en el cielo aquellos cuya memoria veneramos en la tierra.

Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor Amén."

A continuación pronuncia en voz baja por todo el pueblo la oración misteriosa de la *Secreta*. Ordinariamente se dicen tres oraciones, á veces cinco, y en las grandes festividades no hay más que una.

En el *Prefacio*, el sacerdote excita al pueblo á mezclar las alabanzas con las suyas, y después continúa solo en alta voz: "El Señor sea con vosotros." "Y con tu espíritu."

"Elevad vuestros corazones." "Los tenemos ya elevados al Señor."

"Demos gracias á Dios nuestro Señor." "Digno y justo es."

"Verdaderamente es digno y justo, debido y saludable, que en todo tiempo y lugar te demos gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno: Por Jesucristo Señor nuestro. Por quien los ángeles alaban tu majestad, las dominaciones la adoran, las potestades la temen. Los cielos y las virtudes de los cielos, y los bienaventurados serafines,

en unánime concierto, la celebran. Con los cuales, suplicamos que te dignes admitir también nuestras voces que con humilde acatamiento proclaman:

"Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria, hosanna en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas."

Entonces comienza el *Canon,* parte de la Misa que se pronuncia en voz baja, y del cual citaremos aquí únicamente el *Memento* de los vivos: "Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas N. N. (Aquí designa mentalmente el sacerdote á aquellos por quien se ofrece el sacrificio), y de todos los que están aquí presentes, cuya fe y devoción te es conocida, por los cuales te ofrecemos, ó ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza, por sí y por todos los suyos, por la redención de sus almas, por la esperanza de su salvación y conservación: y te cumplen sus promesas á ti, Dios eterno, vivo y verdadero."

Estas palabras deben servirte de consuelo, aunque tu pobreza no te permita hacer celebrar Misas. La que oyes es ofrecida por el sacerdote á tu intención, y te aplica su mérito á ti y á todos los tuyos, según tu piedad y tu deseo.

Después del *Memento* continúa la oración pública: "Unidos en la misma comunión y venerando la memoria, en primer lugar de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo nuestro Dios y Señor; y también la de tus bienaventurados Apóstoles y Mártires Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Juan, Tomás, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo: de Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián; y de todos tus santos; por sus merecimientos y ruegos te suplicamos nos concedas, que en todas las cosas el auxilio de tu protección nos defienda. Por el mismo Cristo, nuestro Señor. Amén."

Con las manos extendidas sobre la

oblata continúa el sacerdote: "Rogámoste, pues, Señor, recibas propicio esta ofrenda de nuestra servidumbre, que lo es también de toda tu familia: y nos hagas pasar en tu paz los días de nuestra vida, y mandes que seamos preservados de la eterna condenación y contados en la grey de tus escogidos. Por Cristo nuestro Señor. Amén."

Después de la elevación dice: "Por tanto, Señor, nosotros siervos tuyos, y también tu pueblo santo, en memoria así de la bienaventurada Pasión del mismo Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, como de su resurreción de entre los muertos, y también de su gloriosa ascensión á los cielos; ofrecemos á tu excelsa Majestad de tus dones y dádivas esta hostia † pura, hostia † santa, hostia † inmaculada, el pan † santo de la vida eterna y el cáliz † de perpetua salvación. Hacia los cuales dígnate, Señor, mirar con rostro propicio y sereno: y aceptarlos, así como te dignaste de tener por aceptos los dones de tu siervo el inocente Abel y el sacrificio

de nuestro patriarca Abraham, y el que te ofreció tu sumo sacerdote Melquisedech: sacrificio santo, hostia inmaculada."

Profundamente inclinado dice luego: "Rogámoste con todo rendimiento, omnipotente Dios, mandes sean llevados estos dones por las manos de tu santo ángel á tu sublime altar, ante la presencia de tu divina Majestad: para que todos los que participando de este altar recibiéremos el sacrosanto cuer†po y san†gre de tu Hijo, seamos llenos de toda bendición celestial y gracia. Por el mismo Cristo, Señor nuestro. Amén."

En el *Memento* de los difuntos ruega por todos los fieles difuntos, después por aquellos á la intención de los cuales él celebra la Misa ó que le han sido recomendados, y luego continúa: "También á nosotros pecadores, siervos tuyos, que esperamos en la abundancia de tus misericordias, dígnate darnos alguna parte y compañía con tus santos Apóstoles y Mártires: con Juan, Este-

ban, Matías, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Felicidad, Perpetua, Águeda, Lucía, Inés, Cecilia, Anastasia, y con todos tus santos: en cuya compañía te pedimos nos recibas, no como apreciador de méritos, sino como perdonador de culpas. Por Cristo, Señor nuestro."

Recita á continuación el *Pater noster* por él y por todos los cristianos, y agrega: "Te rogamos, Señor, nos libres de todos los males, pasados, presentes y venideros, y por la intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen Madre de Dios, María, con tus bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y Andrés, y todos los santos, danos propicio la paz en nuestros días; para que ayudados con el auxilio de tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado, y seguros de toda perturbación. Por el mismo Señor nuestro, Jesucristo, Hijo tuyo."

Sigue el *Agnus Dei*, repetido tres veces: "Cordero de Dios, que quitas

los pecados del mundo: ten misericordia de nosotros: dános la paz."

El sacerdote recita entonces una oración por él solo, y dice la última collecta por él y por el pueblo entero y sigue diciendo: "Séate agradable, oh Trinidad santa, el obsequio de mi servidumbre: y concede que el sacrificio que yo indigno he ofrecido á los ojos de tu Majestad, sea digno de que tu lo aceptes; y, para mí y para todos aquellos por quienes le he ofrecido, sea por tu misericordia propiciatorio. Por Cristo, Señor nuestro. Amén."

Por último bendice á los fieles en nombre de Jesucristo y de su Iglesia, y lee el *Evangelio* según San Juan.

He aquí las oraciones cuyos beneficios se reciben asistiendo á la santa Misa. Sencillas en aparencia, tienen maravillosa eficacia, pues están inspiradas por el Espíritu Santo, compuestas por los Apóstoles y los Santos Padres, y sancionadas por la Iglesia. El sacerdote no las dice en nombre propio, sino en nombre de Jesucristo y de

toda la cristianidad, de quienes es el representante.

En efecto, la Iglesia, es decir, la sociedad de los fieles, envía al sacerdote al altar, como su embajador acreditado. Le encomienda sus peticiones para que las exponga ante Dios durante el santo sacrificio, y procure el bienestar temporal y eterno de todos sus hijos, y muy especialmente la liberación de las almas del purgatorio. Las palabras de esta sublime embajada han sido dictadas una á una por la Iglesia é incluidas en el misal.

Así, cuando el sacerdote llega al altar y se presenta ante la Divina Majestad, Dios no le considera como un pobre pecador, sino como el embajador de su Iglesia, como el representante de su Hijo, cuyas veces hace, cuyos vestidos é insignias lleva, y en nombre del cual pronuncia las palabras de la consagración: "Este es mi cuerpo. Esta es mi sangre." En estas condiciones, su oración es para Dios la oración del mismo Jesús.

El sacerdote no se limita á orar, ofrece además un don, un tesoro de infinito valor: el cuerpo y la sangre del Salvador. Dios no puede rechazar este don, ni rehusar al sacerdote sus piadosas solicitaciones.

Unamos pues nuestras oraciones á las del sacerdote para que sean mejores, más nobles, más eficaces, y obtengan lo que por nosotros solos jamás podríamos obtener. Por último, te bendice el sacerdote con la señal de la cruz, para preservarte de mal durante el día.

¿Quieres saber si son igualmente buenas todas las Misas?

Antes de responder, te ruego distingas bien entre el sacrificio y la piedad del que lo ofrece. ¿Preguntas si el sacrificio es tan santo, ofrecido por un sacerdote bueno, como por uno malo? Sí. Como es válido el bautismo, ya sea conferido por un pecador ó por un justo, con tal que el ministro tenga intención de bautizar y se conforme con las prescripciones de la Iglesia, del

mismo modo la santa Misa es siempre igualmente santa y saludable, si el sacerdote observa las ceremonias prescritas.

Pero acaso desearás saber, ¿la oblación del sacrificio es entre todos los sacerdotes igualmente piadosa y edificante? ¡Ay, no! Este será en el altar un émulo de los ángeles, el otro será poco fervoroso; y, en este sentido, Dios considera una Misa más agradable que la otra.

El sacerdote lo sabe muy bien: hoy está recogido, mañana se distraerá. Por esto pide él á los fieles el auxilio de sus plegarias para que su sacrificio sea agradable al Dios Omnipotente. Tal es el sentido del *Orate, fratres.*

Hermanos y hermanas, dice volviéndose hacia el pueblo, tenemos que realizar una gran empresa, para la cual son insuficientes mis fuerzas. Os suplico, pues, que me ayudéis todos á ofrecer este sacrificio, que es también vuestro. Si lo hago dignamente, obtendréis in-

mensos beneficios, que naturalmente disminuirían en el caso contrario.

San Buenaventura escribe: "Todas las misas son igualmente buenas en lo que al Salvador se refiere. Por lo que toca al celebrante, las hay mejores y menos buenas. Por tanto, vale más oír la Misa de un sacerdote virtuoso, que la de uno malo."

El Cardenal Bona confirma este pensamiento al decir: "Cuanto más santo y agradable á Dios sea el sacerdote, más favorablemente acogidas serán sus oraciones y su sacrificio; más útil será su Misa, porque en ésta, como en otras obras piadosas, á mayor fervor corresponden mayores frutos."

§ 2. Cómo oran los ángeles por nosotros en la Misa.

Es indudable que los ángeles están presentes en la Misa. La Iglesia lo afirma y David canta en sus salmos: "Mandó á sus ángeles que cuidasen de

tí; los cuales te guardarán en cuantos pasos dieres.“ (1)

Donde quiera que vayamos nos acompañan estos espíritus celestiales, nos amparan con su protección y nos colman de favores. Pero cuando dirigimos nuestros pasos hacia el altar del Señor, ¿con qué regocijo, con qué satisfacción cumplen su misión de ahuyentar á los malos espíritus que quisieran perturbar nuestra devoción, imponiendo silencio á nuestros disipados cuchicheos y apartando todas las distracciones.

Por lo menos asisten á la Misa tantos ángeles como personas, pues cada uno tiene su ángel custodio, que le ayuda á orar y á adorar á Jesucristo sobre el altar. Pedid al vuestro que oiga la Misa por vosotros y con vosotros, y su ardiente oración suplirá con ventaja las miserias y defectos de la vuestra.

Además de los ángeles custodios, están también presentes en el altar los

(1) Salmo XC, 12.

príncipes de la milicia celestial; porque, bajando allí el Rey de los ángeles á realizar la obra más excelsa de su poder, es natural que se halle rodeado de sus ministros y le rindan vasallaje.

Entonces podéis exclamar en verdad con David: “En presencia de los ángeles te cantaré himnos; te adoraré en tu santo templo y tributaré alabanzas á tu nombre.“ (1)

Estáis arrodillados en medio de estos espíritus puros, que oyen la Misa con vosotros y ruegan ardientemente por vuestra salvación. “Recuerda, oh hombre, al lado de quién estás durante este misterioso sacrificio. Te hallas entre querubines y serafines, y en medio de las potestades celestes. Procura, pues, no afligirles con tu impiedad y regocijarles con tu fervor.

“Cuando el sacerdote celebra el sublime y tremendo sacrificio del altar, los ángeles le asisten, y elevan en coro su voz, para cantar la gloria de Aquel

(1) Ps. CXXXVII, 1-2.

que es inmolado... Entonces los hombres oran, los ángeles doblan su rodilla en la presencia de Dios, y los arcángeles interceden por nosotros. Estos son los momentos más propicios para nosotros.

El santo sacrificio está á la disposición de estas potestades angélicas, y ellas defienden nuestra causa, diciendo: "Señor, os rogamos por aquellos que vuestro Hijo amó hasta la muerte, por los que redimió con su sangre, y por quienes ofreció su cuerpo en sacrificio." [1]

¡Qué diferencia entre sus oraciones y las nuestras! Ellos arden en amor por Dios, á quien contemplan cara á cara, y á quien adoran eternamente. He aquí, por qué alcanzan ellos lo que nosotros pediríamos en vano. No obstante, nuestras oraciones, unidas á las suyas, rasgarán las nubes y serán más atendidas que si oráramos en la soledad de nuestras casas.

---

(1) S. Juan Crisóst. De sacerdot. lib. VI.

Los ángeles están presentes en la Misa, pero además ofrecen el santo sacrificio y nuestras súplicas al Dios todopoderoso.

S. Juan, el Evangelista, ha contemplado á estos espíritus angélicos desempeñando tan sublime función: "Vino entonces otro ángel, y púsose ante el altar con un incensario de oro; y diéronsele muchos perfumes, compuestos de las oraciones de todos los santos, para que los ofreciese sobre el altar de oro, colocado ante el trono de Dios. Y el humo de los perfumes ó aromas encendidos de las oraciones de los santos, subió por la mano del ángel al acatamiento de Dios." [1]

Así, los ángeles recogen nuestras oraciones durante el santo sacrificio, para llevarlas al cielo y depositarlas, como perfume delicioso, ante el trono de Dios. Y como nuestras súplicas van unidas á las de Jesucristo, su fragancia es infinitamente agradable á la Ma-

---

(1) Apoc. VIII, 3-4.

jestad divina, y son mucho más eficaces que las plegarias hechas fuera de la santa Misa.

Nuevo motivo para asistir diariamente al santo sacrificio, donde te esperan tan poderosos mensajeros para elevar á Dios tus votos, vivificados con la santidad de su ardoroso celo.

CAPÍTULO XXIV.

La santa Misa no impide nuestras ocupaciones, antes, por el contrario, las ayuda y favorece.

El trabajo es uno de los pretextos, que más comunmente alegan los hombres, para dejar de asistir á la santa Misa. Noche y día se preocupan de él, se lamentan de la pérdida de tiempo, por consagrar una hora al servicio de Dios; y tachan de perezosos á los que examinan el empleo de su vida bajo un punto de vista sobrenatural.

Refutar tan grosero error y demos-

trar á esos pobres extraviados los graves perjuicios que de ello se les han de seguir, será para mí verdadera satisfacción.

Si al ir uno al trabajo, se encuentra con un amigo, se entretiene voluntariamente un buen rato, que pierde miserablemente en adquirir noticias, hablar de mil bagatelas y formar propósitos inútiles y sin trascendencia alguna. Se trata de oír la santa Misa, y el recuerdo del trabajo que le espera es un continuo tormento.

¿No comprendes que es obra del demonio este desmedido apego á las cosas de la tierra, y sobre todo, ese gran interés en apartarte de la santa Misa? Créeme; lejos de perjudicar al trabajo, la santa Misa lo hace más fácil y provechoso.

El Divino Maestro nos recomienda, que busquemos ante todo el reino de Dios y su justicia, "y todas las demás cosas se os darán por añadidura." [1]

---

(1) Math. VI, 33.

Con lo cual quiere decir: No os preocupéis demasiado por el sustento de vuestro cuerpo, y oíd la santa Misa antes de empezar vuestro trabajo. Así daréis á Dios el culto que le es debido, y Él, en cambio, os dará el pan de cada día. Si prestáis á un grande de la tierra algún importante y agradable servicio, ¿no se os recompensará?

Pues, asistiendo á la Misa, tributáis á Dios un espléndido homenaje, una gloria infinita, una satisfacción incomparable; le ofrecéis un don más precioso que el mismo cielo.

El Señor, tan rico y tan generoso, ¿dejará este acto sin remuneración? ¿Permitirá que os sea perjudicial vuestra devoción? Jamás; Él recompensa toda acción buena, y con mayor motivo recompensará la mejor de todas. Si Dios descuidara esta recompensa, podríais decirle el día del juicio: "Señor, oí una Misa para glorificaros y no me recompensásteis. Lejos pues de ganar he perdido en vuestro santo servicio."

No; jamás Dios merecerá tal reproche; porque, no contento con reservarnos una recompensa imperecedera en el cielo, bendice acá en la tierra las empresas de los que asisten con asiduidad á la santa Misa.

Testigos de ello son aquellos dos artesanos de que nos habla S. Juan el Limosnero; tenía el uno numerosa familia, vivía el otro solo con su mujer. El primero proveía á toda su familia y aumentaba sus recursos; todo le salía á maravilla, y, al fin del año, había hecho algunas economías. El otro, aunque solo, siempre estuvo luchando con la más espantosa miseria.

"Explícame, dijo éste confidencialmente á su vecino, cómo te las arreglas. Diríase que Dios derrama sobre tu casa toda suerte de bienes; mientras que yo, infortunado de mí, me veo agobiado de desgracias."

"Con mucho gusto, le contestó su amigo; mañana temprano pasaré por tu casa é irémos juntos al lugar donde yo encuentro mi buena suerte."

Al día siguiente por la mañana, el piadoso obrero fué por su compañero, y le llevó á la iglesia, donde oyeron Misa. Después le acompañaba á su taller; y así hicieron el segundo y el tercero día.

"Si no es más que esto, dijo el desdichado obrero, no hace falta que á diario te molestes; sé bien el camino de la iglesia."

"Pues este es precisamente, le replicó su amigo, mi único secreto. En la Misa obtengo el beneficio de que nada falte en mi casa. Si imitaras mi ejemplo, Dios te concedería lo mismo. Apelo sino al testimonio de Nuestro Señor Jesucristo que dice: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, que todo lo demás se os dará por añadidura."

"Desde los primeros días de mi matrimonio he buscado el reino de Dios oyendo á diario la santa Misa, y nada nos ha faltado; en cambio, con la escusa del trabajo, tú has abandonado la Misa, y has aprendido, á costa tuya, cuán fiel es el Señor á sus promesas."

Esta exhortación llegó hasta el corazón del infeliz; desde entonces asistió todas las mañanas al santo sacrificío y la bendición de Dios vino visiblemente sobre su casa.

¡Ah! con cuánta razón este buen zapatero había calificado de tesoro la santa Misa. Sí "es un tesoro infinito para los hombres; que, á cuantos se han valido de él, los ha hecho partícipes de la amistad de Dios." (1)

Es una mina de donde se extraen el oro de la tierra y el oro del cielo. El que asiste á la Misa, sale de ella enriquecido con los méritos de Jesucristo, colmado de bendiciones por el Padre celestial, bendiciones mucho más suaves que aquella que Jacob recibió de Isaac diciendo: "Déte, Dios, por medio del rocío del cielo y de la fertilidad de la tierra, abundancia de trigo y de vino." (2)

Esta bendición era terrena, pero la de la Misa es á la vez temporal y es-

(1) Sabid. VII, 14. (2) Génes. XXVII, 28.

piritual, como lo vemos por la oración que sigue á la consagración. "Todos cuantos estamos presentes y participamos de este sacrificio, habiendo recibido el cuerpo santísimo y la sangre de vuestro Hijo, seamos colmados de bendiciones y gracias celestiales."

En virtud de esta oración y del santo sacrificio se os bendice en vuestro cuerpo y en vuestra alma, en vuestras empresas y en vuestros trabajos, temporal y eternamente. ¡Dios os bendice!

"Todo depende de la bendición de Dios", dice un antiguo proverbio. Los labradores y artesanos saben muy bien que, sin la mano de Dios no serían fecundos su habilidad y su celo por el trabajo. Pues, no hay medio más eficaz de atraerse los favores del cielo que la audición de la santa Misa, donde recibes la bendición del sacerdote y la del mismo Jesucristo.

En una visión, Santa Brígida contempló al Salvador, que, después de la elevación de las santas especies, trazaba

con su mano derecha sobre el pueblo el signo de la cruz y le oyó pronunciar estas palabras: "Yo os bendigo á todos vosotros que creéis en Mí."

Juzgad, por lo tanto, el daño que causáis á vuestro trabajo absteniéndoos de la santa Misa, y no culpéis á nadie del mal estado de vuestros negocios.

Tal vez algún pobre me replicará: Estáis equivocado; la santa Misa no produce tantos beneficios materiales. Yo la he oído, y no soy más rico; la he abandonado y mi miseria no ha sido más terrible. Sólo la ignorancia puede discurrir así, y no dudo que la lectura de este trabajo iluminará vuestra inteligencia, y os hará comprender el valor y la eficacia del augusto sacrificio de nuestros altares.

"El día en que habéis oído Misa, dice Forner, vuestro trabajo es más llevadero, más dulces vuestras penas, y vuestra cruz menos pesada."

Otro autor afirma que "el que ha oído la Misa por la mañana será más afortunado en sus trabajos, en sus ne-

gocios y en su viaje. El Señor fortificará su cuerpo y su alma, los ángeles le rodearán más afectuosamente, y, si llegara á morir, Jesús le asistiría en sus últimos momentos, como él le ha asistido en la santa Misa.“

Yo agrego, que mi propia experiencia y la de algún otro me atestiguan, cómo la asistencia á la santa Misa favorece al trabajo.

Recordad sino este conmovedor episodio de la vida de San Isidro, campesino español:

Este santo cultivaba las tierras de un potentado señor. Trabajaba con todo el celo posible, sin abandonar un solo día la Misa. De tal suerte agradó á Dios su devoción que mandaba á sus ángeles para que le ayudaran en el campo. Cuando su mujer le llevaba la comida, veía frecuentemente dos ángeles que trabajaban á su lado, conduciendo cada uno un carro tirado por bueyes blancos. Isidro no los veía, y su mujer no le decía nada para que no se envaneciera.

Sin embargo, algunos criados del mismo señor, hostiles al santo, se quejaron de él diciendo: “Sin duda ignoriás, Señor, que Isidro pasa el tiempo en la iglesia, y apenas realiza la mitad de su trabajo; os lo advertimos, porque esto es contra vuestros intereses.“

El amo montó en cólera y corrió al campo á reprochar al acusado su negligencia en servirle; mas éste replicó con dulzura: “Es cierto que yo dependo de vuestra señoría; pero dependo también del Rey de reyes y no puedo descuidar mis deberes para con él. Si teméis que os perjudique, por venir al trabajo un poco más tarde que los demás, os indemnizaré al recojer la cosecha.“

La humilde respuesta del Santo apaciguó á su señor, que no censuró ya sus ejercicios de piedad; pero quiso averiguar por sí mismo, á qué hora empezaba á trabajar.

Se fué al campo muy de mañana, se ocultó tras una roca y vió que, en efecto, Isidro empezaba á trabajar bastante

tiempo después que los otros. Encolerizado, se dirigió hacia él para reprobar su proceder, cuando de pronto vió á su lado dos trabajadores más que conducían bueyes blancos.

Sorprendido, se detuvo y consideró atentamente aquel extraño tiro, pero, ¡nuevo prodigio! al aproximarse habían ya desaparecido carros, bueyes blancos y conductores.

Acercóse al Santo y preguntóle dulcemente: "Dime, por amor de Dios, quiénes son esos hombres que te ayudan á trabajar."

Isidro se sonrió sin saber qué responder.

El amo insistió diciéndole: "Yo te aseguro que he visto junto á ti otros dos trabajadores, que desaparecieron á mi llegeda."

"Dios es testigo, respondió Isidro, de que no tengo otro ayuda, ni á nadie invoco en auxilio mío, más que á Él."

El dueño comprendió que eran ángeles los trabajadores, y se regocijó de tener un criado tan bueno y perfecto.

CAPÍTULO XXV.

De la manera de ofrecer la santa Misa y del valor de la oblación.

Alma piadosa, lee atentamente este capítulo, grábalo profundamente en tu memoria, sigue sus consejos y obtendrás un inmenso provecho.

Hemos dicho ya que la santa Misa es el único sacrificio del Cristianismo ofrecido al Dios omnipotente. El Padre Gobat dice: "La santa Misa no es solamente una oración, es también un acto de adoración, una ofrenda divina. El Gran Sacerdote, el verdadero sacrificador es Jesucristo. Después de Él, viene el ministro, instrumento que le presta su mano y su boca. En tercer lugar siguen los asistentes, pues todos los fieles pueden ofrecer el santo sacrificio.

"A continuación los que dan la limosna ó los objetos necesarios para el culto; y, en fin, todos aquellos que por sus ocupaciones no pueden asistir cor-

poralmente á la santa Misa, pero se unen en espíritu. Todos ellos ofrecen la víctima divina y á todos alcanzan los frutos de su ofrenda.“ (1)

Estas palabras deberían inundar nuestras almas de consuelo. ¿No es acaso una gracia maravillosa el que Dios haya concedido á todos los fieles sin distinción de sexos, edades, ni condiciones, la facultad de ofrecer á su soberana Majestad este sacrificio augusto? Los judíos no conocieron este privilegio. Según su ley, solamente los sacerdotes podían inmolar las víctimas y quemar incienso en el templo.

En la Iglesia católica, los laicos no solamente pueden manejar el incensario, sino que además pueden y deben ofrecer el holocausto del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Por esto el Apóstol San Pedro nos proclama: “ Linaje escogido, una clase de sacerdotes reyes, gente santa, pueblo de conquista, para publicar las grandezas de aquel

---

(1) Alphab. 6, sacr..aud.

que os sacó de las tinieblas á su luz admirable.“ (1)

San Pedro indica con estas palabras esta especie de sacerdocio de que todos los fieles, hombres, mujeres y niños se hallan investidos en la Misa. ¡Qué privilegio, oh cristiano, de poder ofrecer con tanta facilidad el cuerpo y la sangre del Salvador! ¡Oh! Aprovecha este sagrado poder, ejerce todos los días el sacerdocio de que por la misericordia de Dios te hallas investido.

Sin la oblación del divino sacrificio no comprenderías debidamente la Misa. Porque “oir la Misa no es asistir solamente, sino ofrecer el sacrificio en unión con el sacerdote. Los fieles pueden ofrecerla, no por sí mismos, sino por las manos del sacerdote. Sin embargo, aunque miembros de la Iglesia, los laicos no la ofrecen, en efecto, si no contribuyen de una manera activa, ya dando la limosna, ya asistiendo ó ayudando la Misa.“ (2)

---

(1) I Petr. II, 9. (2) P. Antonio de Spira.

Esto me parece á mí también. Para oirla debidamente es necesario ofrecerla con el sacerdote; esto depende de su misma naturaleza, porque es un sacrificio. Por consiguiente, los fieles que en la Misa se entregan á toda clase de devociones particulares sin ocuparse de la oblación del santo sacrificio se privan de un número infinito de gracias.

§ 1. Cómo debe ofrecerse la santa Misa.

No estará ciertamente por demás que te explique minuciosamente la manera de ofrecer á Dios el santo sacrificio.

Supón que uno recita devotamente varios rosarios ofreciéndolos á Jesucristo y á su Madre Santísima, mientras que otro oye y ofrece una sola Misa. ¿Cuál de los dos crees que ganará más y será más espléndidamente recompensado? El segundo, á no dudarlo. ¿Qué ofrece el primero? Una oración muy santa, compuesta en su

mayor parte por Jesús y el ángel, pero cuyo valor depende en absoluto de la devoción personal del hombre, y es, por consiguiente, siempre imperfecta. ¿Qué se ofrece en la santa Misa? Un dón absolutamente sobrenatural, perfectísimo, augustísimo, divino: el cuerpo y la sangre de Jesucristo, sus lágrimas, su muerte, sus merecimientos.

Podrás replicar sin embargo: el que ofrece el rosario ofrece un dón adquirido por el mismo, mientras que los méritos del Salvador son solo de éste. Pero yo te repetiré, que el que ofrece la santa Misa ofrece su propio bien, "porque mediante el incruento sacrificio, nos apropiamos realmente los méritos, y la Pasión y muerte de Jesucristo." •

Si no quieres creerme, cree por lo menos á la santa Iglesia: "Por el sacrificio incruento recibimos los frutos del sacrificio cruento." El don recibido de esta suerte te pertenece en realidad como aquello que adquieres por tus esfuerzos personales; puedes, por consi-

guiente ofrecer á Dios, como cosa propia, los méritos de Jesucristo.

Considera qué inmenso favor te hace el Señor cuando, en la Misa, te instituye espiritualmente sacerdote y te concede la facultad de ofrecer á Dios su Padre á la manera de los sacerdotes no sólo por ti, sino también por los demás, porque Forner dice: "No es el sacerdote el único que ofrece el santo sacrificio, con él podeis ofrecerlo vosotros y todos los cristianos."

Por esto el celebrante dice después del *Sanctus:* "Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas... y de todos los que están aquí presentes... por los cuales te ofrecemos: ó *ellos mismos te ofrecen* este sacrificio de alabanza *por sí y por todos los suyos,* por sus amigos, sus bienhechores, vivos y muertos."

El sacerdote insiste sobre esta cooperación de los fieles al decir: «Orate, fratres.» "Orad, hermanos, para que mi sacrificio, *que lo es también vuestro,* sea agradable á Dios todopoderoso."

En otros términos: este sacrificio os

pertenece como á mí, es obra vuestra como lo es mía, ayudadme, pues yo os lo suplico, á ofrecerlo.

Después de la elevación del cáliz, dice: "Nosotros siervos tuyos, y también tu pueblo santo... *ofrecemos* á tu excelsa majestad, de tus dones y dádivas esta hostia pura, hostia santa, hostia inmaculada, el pan santo de la vida eterna, y el cáliz de perpetua salvación."

Tu cooperación en la oblación es, pues real, y el celebrante cuenta con ella. Si no atiendes su invitación ni unes tu voz y tu corazón á sus actos, le engañas en sus esperanzas y te engañas con él quedando frustrados los beneficios de la oblación.

Forner nos lo advierte: "Los que se descuidan de ofrecer la santa Misa por ellos y por los suyos, se privan de un inmenso beneficio."

Tan injusto resulta para nosotros faltar á la Misa como asistir sin ofrecerla. La ofrenda es la mejor de las prácticas; cuanto más la renueves, más regocijarás el cielo, más deudas pa-

garás y más gloria obtendrás. Decir á Dios: "Yo os ofrezco" vale tanto como decir: "Yo os pago." Yo os pago con el oro de los méritos de Jesucristo el perdón de mis pecados, los bienes celestiales, la liberación de las almas del purgatorio.

Cierto que fuera de la Misa y á toda hora puede decirse con provecho: "Señor, os ofrezco á vuestro Hijo querido; os ofrezco su dolorosa Pasión y muerte; aceptad sus virtudes y sus merecimientos", pero esta oblación es solamente espiritual, mientras que en la Misa es real. Jesucristo está realmente presente y, con Él, sus méritos y virtudes; se inmola de nuevo y renueva su Pasión y muerte; nos dá sus méritos para que los ofrezcamos á su Padre celestial; se dá á sí mismo.

Santa Matilde oyó en cierta ocasión que Nuestro Señor le hablaba así durante la Misa: "Te doy mi amor, mis oraciones, mi Pasión para que á tu vez puedas tú ofrecérmelas. Dámelas y te las devolveré multiplicadas, y cada vez

que me las ofrezcas las duplicaré de nuevo; así el hombre recibe el céntuplo en el tiempo y la gloria infinita en la eternidad." (1)

§ 2. Del valor de la oblación.

Entre todas las oraciones de la Misa, dice Sánchez, ninguna tan consoladora como la que sigue á la elevación del cáliz, cuando el sacerdote ofrece al Padre celestial el Cordero inmaculado, diciendo:

"Señor, nosotros siervos tuyos, y también tu pueblo santo... ofrecemos á tu excelsa Majestad... hostia pura, hostia santa, hostia inmaculada."

El llama al pueblo, es decir, á los concurrentes, santos, porque son santificados por la santa Misa según la palabra de Jesucristo: "Yo por amor de ellos me santifico, me ofrezco por víctima á mí mismo, con el fin de que ellos sean santificados en verdad." (2)

Jesucristo les santifica por la asper-

---

(1) Lib. I, cap. XIV. (2) Juan XVII, 19.

sión de la sangre divina, según la expresión de S. Pablo.

¡Cuán preciosa es la Hostia pura, santa é inmaculada! Es la carne purísima, el alma santísima, la sangre inmaculada de Jesucristo. Su valor es inmenso, infinito, pues el orbe entero, comparado con ella, no es más que un puñado de polvo. ¿Qué digo? La inmensidad de los cielos no contiene nada más precioso.

Lo que ofreces á Dios por esta Hostia es un dón perfectamente digno de su infinita Majestad, es su Hijo con su Humanidad santísima, es Dios mismo.

Si todos los pueblos de un poderoso monarca labraran de oro purísimo una artística copa, adornada de pedrería inestimable, de un conjunto perfecto; y si este testimonio de su amor y de su fidelidad le fuera presentado por embajadores escogidos, serían verdaderamente intensos el reconocimiento y la alegría del Soberano. Y si esta copa encerrara además una joya del

valor de un reino, la emoción del prínsipe sería todavía más profunda.

En la Misa ofrecemos al Altísimo la Humanidad de Jesucristo, esto es, lo más excelente y sublime que ha sido creado por su mano omnipotente. Hé aquí el precioso vaso, y la joya de valor incomparable que en él se encierra es la Divinidad del Salvador, "en quien reside la plenitud de la divinidad." [1]

Hablando en propiedad, no es la divinidad sinó más bien la Humanidad de Jesucristo lo que nosotros ofrecemos á la Trinidad adorable. Pero las dos naturalezas están estrechamente unidas; en realidad no están nunca separadas, y por esto las ofrecemos reunidas. ¡Qué alegría para el Padre celestial cuando recibe de tus manos este dón incomparable del cual ha dicho: "Este es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia." [2]

Piensa el premio que te espera y las deudas que satisfaces por esta preciosa ofrenda.

(1) Colos. II, 9. (2) Mateo III, 17.

Reflexiona también que recurres á la mediación del sacerdote para ofrecer el santo sacrificio. Esto procede de un sentimiento de humildad implícita que podría expresarse así: "Señor, yo no soy digno de acercarme á vuestro altar y de tocar con mis impuras manos el Cordero inmaculado, pero yo me adelanto en espíritu para asistir á vuestro sacerdote y ayudarle á elevar la Hostia y el cáliz."

Según Rainaldi, Enrique I, rey de Inglaterra, oía todos los días tres Misas, arrodillado al pié del altar. Llegada la consagración, se aproximaba al celebrante y sostenía sus brazos durante la elevación de las santas especies. Era este el más dulce consuelo del piadoso monarca.

Si se conservara esta costumbre, ¡cómo te apresurarías á ocupar un sitio cerca del sacerdote! Pero Dios se contenta con tus deseos, basta decirle desde el fondo de tu corazón: "Señor, yo os ofrezco á vuestro querido Hijo por las

manos del sacerdote." Y Dios sabrá interpretar fielmente tu intención.

A la oblación de la santa Hostia hay que agregar la de la Preciosa Sangre. Este es un medio excelente para la salvación de las almas.

Se cuenta en la vida de Santa María Magdalena de Pazis que Nuestro Señor en persona la había instruido sobre este particular, dándola á conocer cuán propia era la oblación de su Preciosa Sangre para aplacar la cólera divina.

Lamentábase el Salvador del escaso número de aquellos que procuran apaciguar la justicia de su Padre y exhortaba á la Santa á que lo hiciera. Desde entonces ofrecía ella la Preciosa Sangre hasta cincuenta veces cada día por los vivos y por los difuntos, y su celestial esposo la mostraba con frecuencia las almas que por este medio había sacado ella del purgatorio.

"Cuando ofrecéis la Preciosa Sangre al Padre celestial, dice la misma Santa, le ofrecéis un dón tan agradable que Él

se considera como deudor vuestro." En efecto, ¿qué hay en el cielo ó en la tierra cuyo valor iguale á la Preciosa Sangre, una de cuyas gotas vale más que un mar de sangre de mártires? "Pues una sola gota de esa sangre sería suficiente para purificar al mundo de todo pecado." (1) Por consiguiente, si á cambio de la oblación de esta Preciosa Sangre, Dios te otorga el cielo, todavía así no recibes un bien de igual valor.

Quiero insistir sobre esta suposición: Si hubieras estado presente á la crucifixión del Salvador y hubieras podido recoger la sangre adorable que corría de sus sacratísimas llagas; si hubieras elevado esta Sangre Preciosa hacia el cielo implorando misericordia para tí y para el género humano, el corazón del Padre celestial se hubiera enternecido y lo habría perdonado todo. Pues esto es lo que haces realmente en la santa Misa.

---

(1) S. Tomás de Aquino.

CAPÍTULO XXVI.

Cómo se puede participar de los frutos de varias Misas.

Como has visto en el capítulo XXIII, todos los sacerdotes oran y ofrecen el santo sacrificio á la intención de los concurrentes.

Es pues una ventaja considerable hallarse en una iglesia en que se celebran varias Misas á la vez, porque si no hay más que un sacerdote no hay más que una oración, pero si hay varios, aumentará vuestro provecho espiritual.

Para obtener, pues, provecho de varias misas á la vez es necesario cooperar en cierta medida á cada una de ellas; no quiero decir que se atienda á muchas misas á un mismo tiempo, porque esto sería imposible, aconsejo sencillamente atender á una sola del mejor modo posible y recomendarse á las otras diciendo: "Dios mío, os ofrezco tam-

bién este sacrificio que va á realizarse.“

Mas cuando veáis alzar sobre un altar la Hostia santa y el caliz, adorad al dulce Jesús y ofrecedle á su Padre celestial. No temáis perder el fruto de la Misa que ois, antes al contrario obtendréis mayores beneficios.

Me diréis acaso que, si os entregáis á esta práctica, habréis de descuidar la Misa y abandonar vuestras cotidianas devociones. Escuchad esta parábola. Un viñador cultivando su viña, encontró un tesoro; le llevó secretamente á su casa y volvió á su trabajo. A los pocos instantes descubrió otro tesoro é hizo lo mismo. Por último, su pico encontró un tercero, se lo llevó rapidamente, y no pudiendo contener su alegría lo comunicó á su mujer.

¿Como, dijo ésta asombrada, consideras esto como una fortuna? Yo te aseguro que es una verdadera desgracia, porque si continuas así no cultivarás la viña y perderémos la cosecha.

El hombre contestó con una sonrisa

á este razonamiento y dijo: “Quiera Dios que continue hallando tesoros parecidos, y poco importa que se pierda la cosecha, serémos bastante ricos sin ella.“

Seguid el sentido de la parábola y no dudéis de que la oblación reiterada de Cristo, elevada por las manos del sacerdote es incomparablemente más útil que toda otra oración.

Pero aún hay más. Cuando al entrar en una iglesia veas que el celebrante ha llegado ya al *Pater noster*, ó al *Agnus Dei*, ó á la Comunión, haz la oblación de nuestro Señor mientras el sacerdote consume las sagradas especies; así obtendrás grandes beneficios. Si á tu entrada, dos sacerdotes consagran á un mismo tiempo, haz un acto de adoración con la intención de ofrecer á Jesús presente en los dos altares. Si tus ojos no pueden ver las santas especies, pueden darte cuenta del momento de la elevación por el sonido de la campanilla. No abandones la iglesia inmediatamente antes de la

consagración, espera á que Jesús descienda sobre el altar, adórale y pídele su bendición.

Estas tardanzas producen siempre grandes ventajas, júzgalo por la relación siguiente.

Un caballero de la corte del Rey de Portugal que se hallaba en el trance de la muerte, dijo á su hijo: "Hijo mío, yo abandono este mundo confiado en la misericordia divina, y te dejo único heredero de mis bienes. Pero ante todo, no olvides esta mi última recomendación: Oye misa todos los días y sé fiel á tu Rey."

Muerto su padre, el joven entró en la corte á servir como paje de honor de santa Isabel que lo tenía en grande estima por su piedad. Diole sabios consejos, le confiaba frecuentemente la distribución de sus limosnas y le trataba con maternal cariño. La Reina tenía otro paje de malas costumbres, el cual, celoso del favor que gozaba su compañero, le calumnió ante el Rey de la manera más odiosa. Sus infames

calumnias hallaron eco en el corazón del Rey con suma facilidad, porque llevaba también una vida desordenada; y en su furor juró la muerte del paje.

Un día en que se paseaba á caballo por los alrededores de su capital, revolviendo en su espíritu pensamientos de venganza vió á lo lejos un horno de cal en plena actividad. Su plan estaba preparado. Habló al encargado y le dió la orden de arrojar al horno al paje de corte que al día siguiente iría á preguntar si había sido ejecutada la orden del Rey. A su regreso, el Rey mandó llamar al paje tan injustamente calumniado y le dió orden de que al día siguiente por la mañana fuera al horno de cal á informarse de la ejecución de sus órdenes. El joven partió al amanecer, é iba triste por no haber oído Misa antes de marchar, y temía no poder oirla ya aquel día. En el camino halló una iglesia donde hacían precisamente la señal de la consagración. Entró al punto, adoró á Cristo y

le ofreció al Padre Eterno por su salvación eterna y temporal, salió de allí contentísimo por haber podido oir una parte tan importante de la Misa.

Momentos después pasaba junto á otra iglesia cuyas campanas anunciaban también el momento de la consagración, lo cual le regocijó de nuevo. Penetró en la iglesia, hizo sus actos habituales de piedad, adoró al Señor, y salió de prisa, porque las órdenes del rey eran urgentes. No obstante, su camino á través de la ciudad le condujo á otra tercera iglesia. También en aquel momento sonaron las campanas y sin vacilar entró por tercera vez á adorar á su Dios y Señor. Su devoción era tan grande que permaneció allí hasta el fin de la santa Misa.

El Rey deseaba saber si se había llevado á cabo su obra de venganza, y envió al otro paje para averiguar si se habían cumplido sus órdenes. Este aguardaba la ocasión, y, conocedor de lo que aquella orden significaba, marchó inmediatamente. Llegó y preguntó

al hornero. Pero, ¡oh terror! Se apoderó de él y á pesar de su resistencia y sus protestas, fué precipitado en el horno encendido.

Poco después llegó el paje inocente, cumplió su misión y se le respondió que habían sido ejecutadas al pié de la letra las disposiciones de su majestad, y volvió á Palacio, sin darse cuenta de la amorosa protección con que la divina providencia le había defendido.

Al verle el Rey y oir sus palabras, comprendió que el acusador había sufrido la pena del fuego. Se aterrorizó y admiró la conducta maravillosa del Cielo humillando su corazón delante de Dios protector de la inocencia. El paje entonces refirió al Rey como su padre en el lecho de la muerte le había recomendado oir todos los días la santa Misa y servir lealmente al Rey su señor. Fiel á las enseñanzas de su padre, quiso en el día de hoy asistir por lo menos á la consagración en las iglesias, que había encontrado en su camino, porque temía quedarse sin Misa.

Entonces comprendió el paje cómo debió á su piedad el haber escapado del peligro que le amenazaba.

El Rey pensó, desde este momento, reconciliarse con Dios. Dió las gracias á su santa esposa y á su fiel servidor, cuya inocencia acababa de ser demostrada de modo tan evidente.

Imita la piedad de este paje, y como él, no olvides el rendir tus homenajes al Señor en el momento de la consagración.

Los que no pueden asistir á Misa deberían, por lo menos, asistir en espíritu y decir: "Dios mío, permitidme participar de los preciosos frutos de todas las Misas que se celebren hoy en vuestra Santa Iglesia. ¡Quién pudiera aproximarse al altar y ofrecer con el sacerdote el cordero inmaculado!" Dios bendecirá tu buena voluntad y accederá á tus súplicas, según el grado de tu caridad.

¿No es sumamente consolador para los enfermos, los religiosos de clausura, las personas que viven lejos de

la iglesia, el poder participar de los méritos del santo sacrificio, uniéndose en espíritu al mismo? En fin, aprovechemos todas las ocasiones, para pedir á los sacerdotes que se acuerden de nosotros en el altar: este es seguramente el más precioso de todos los recuerdos.

He aquí como habla sobre esto un autor piadoso:

"Es para vosotros motivo de grandísima alegría el que un sacerdote os prometa su *Memento* en la santa Misa. Debíais pedirlo á todos los sacerdotes conocidos vuestros; de esta manera dispondríais, por decirlo así, de otros tantos tesoreros que os abrirían la tesorería de nuestro Señor Jesucristo. Cuando á pesar de vuestros deseos no os sea posible oir la Misa, sabed que Dios considera esta voluntad como si la hubierais oido. Y aún puede suceder que una Misa oida espiritualmente os valga más gracias que si hubierais asistido corporalmente con negligencia y distracción. Seguramente Jesús dis-

tribuye sus gracias entre los fieles asistentes, pero no es menos generoso para con aquellos que, por obediencia ó por otras justas causas, no pueden ir á la iglesia.

CAPÍTULO XXVII.

Exhortación importante para oir todos los días la santa Misa.

Después de lo dicho, podrá parecer inútil que te exhorte á oir todos los días la santa Misa. Anadiré sin embargo algunas reflexiones muy propias para afirmarte en esta resolución.

Desde luego la hora más preciosa del día es la de la santa Misa. Verdaderamente es un tiempo precioso, y por su influencia, todo lo que hagas en el día será, por decirlo así, convertido en oro. Sin esta bendición que se obtiene en el altar, sólo reportaríamos una vil ganancia. Y no me digas que el trabajo te es más necesario que la asistencia á la Misa, pues que por él sos-

tienes tu familia. No, lector querido. La audición de la Misa te es más necesaria que el trabajo, porque sin ella sería muy difícil tu salvación. No es esto aconsejarte que no trabajes, yo intento solamente que consagres á Dios media hora corta todas las mañanas. Bendecido por su mano paternal, será tu trabajo muchísimo más fecundo.

¡Ah, si nuestros obreros lo creyeran así, si quisieran comenzar su trabajo en la iglesia! ¿Qué pueden ganar durante media hora en el campo ó en el taller? Apenas algunos céntimos, y por esta insignificante ganancia, renuncian á los tesoros celestiales. ¿Qué digo? Renuncian á la misma felicidad temporal privándose de la bendición fecunda unida por Dios al santo sacrificio.

Si lloviera oro, ¿no abandonarías para recogerlo, tus más apremiantes ocupaciones? Pues en cada Misa llueve oro del cielo; y este oro es el aumento de la divina gracia, de los méritos, de las virtudes, de la gloria celestial; es

el consuelo y la piedad, es la protección de Dios sobre tus negocios temporales, el perdón de nuestros pecados, y la remisión de las penas merecidas. Es la felicidad, la salvación, la gracia, la misericordia. ¿Todas estas cosas no son preciosas como el oro puro? Cuando por temor á un desorden sin transcendencia, ó por una miserable ganancia, faltas á Misa un día de trabajo, tu locura es mayor que la de aquel que continuara trabajando en vez de recoger la lluvia de oro.

Por esto, Forner llama á la Misa "mina de oro" en donde se gana bastante más que en el acarreo de piedra. La Iglesia misma la proclama "la más excelente de todas las obras", la más propia, por consiguiente, para enriquecernos.

"Si este adorable sacrificio se ofreciera en un solo lugar, y un solo sacerdote en todo el mundo consagrara la Hostia santa ¿con qué ardor se dirigirían los hombres á este lugar, hacia este sacerdote único para asistir á la

celebración de los santos misterios? Pero hay muchos sacerdotes y Cristo es ofrecido en muchos lugares, para que resplandezcan más y más la misericordia y el amor de Dios hacia el hombre. ¡Cuán lamentable es la indiferencia que muchos demuestran por este sagrado misterio, que es la joya del cielo y la admiración del mundo!

"¡Oh ceguedad inconcebible! ¡Oh dureza del corazón humano! No conmoverse por este don inefable y permitir que la costumbre nos haga indiferentes! [1]"

§ 1. — Motivos para oir todos los días la Santa Misa.

Toda mi ambición, oh Cristiano, estriba en estimularte á oir todos los días la santa Misa. Y por esto quiero exponer todavía los altos y variados motivos en que se apoya esta excelente devoción.

Escucha y considera: Dios te ha

---

(1) Imit. de Cristo. Lib. IV, c. 1, v. 12.

criado para servirle. La Misa es el culto divino por excelencia. Estás obligado á dar gracias á Dios por sus beneficios temporales y espirituales: la Misa es el más perfecto sacrificio de acción de gracias. Estás en el mundo para alabar á la Divina Majestad: la santa Misa es el más sublime sacrificio de alabanzas. Has contraido una deuda grandísima: la santa Misa es el más rico sacrificio de satisfacción. Te amenazan el pecado, la enfermedad y la muerte: la Misa es el más eficaz sacrificio de impetración. El demonio te persigue, te acecha con sus intrigas y se esfuerza por arrastrarte á los infiernos: la Misa es el escudo contra el cual se estrella su poder infernal. La muerte te infunde pavor, buscas defensores para la última hora: el Señor te promete la asistencia de sus santos en número igual al de las Misas que hayas oido. (1)

Cuando no te sea posible asistir

(1) Santa Matilde.

diariamente á la Misa, manda por lo menos celebrar algunas á fin de suplir tus omisiones en el servicio de Dios, y pagar tus faltas habituales. Y si eres pobre, hé aquí un consejo.

¿Llama un mendigo á tu puerta? ¿un amigo, en la desgracia te pide tu auxilio? Ofrece la limosna de tu pobreza, presta el esfuerzo de tu brazo, y después dí á los que te quedan obligados: "¿Queréis oir, por amor de Dios una santa Misa á mi intención?" Con seguridad, los pobres te reemplezarán voluntariamente al pié del altar y atraerán sobre ti y sobre ellos mismos la bendición del Señor.

Recuerda la historia referida en el capítulo XIX.

La práctica de oir la Misa unos por otros es sumamente conveniente y perfectamente posible, como ya hemos explicado. No es lo mismo oir la Misa que comulgar. Puede decirse: yo comulgaré por ti y por las almas del purgatorio, pero esto no significa lo mismo que si se dice: yo oiré la Misa

por ti. Es tan imposible recibir un sacramento por otro como comer por él. Sin embargo tu comunión será muy ventajosa al prójimo, porque todas las buenas obras borran una parte de la pena merecida por nuestros pecados, beneficio que podemos ceder á nuestro hermano; además, la comunión aumenta en nosotros la gracia, y hace más ardientes y eficaces nuestras oraciones.

En cuanto á la santa Misa, Jesucristo no la ha instituido solamente para el celebrante ó para los asistentes, quiere que participen también de ella los ausentes, y por eso se dice en el *Memento* de los vivos: "Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas, por los cuales te ofrecemos, ó ellos mismos te ofrecen, este sacrificio por sí y por todos los suyos."

En fin, todos podemos despojarnos en favor del prójimo de los merecimientos adquiridos ó de los tesoros satisfactorios obtenidos en el santo sacrificio.

Parece pues más conveniente oirla

Misa por otro que comulgar por él. Lo mejor será siempre unirnos á la víctima inmolada por nosotros sobre el altar, recibiéndola en nuestro corazón. Esta es la participación más intima del sacrificio.

§ 2. — Los santos nos han dado ejemplo asistiendo frecuentemente á la santa Misa.

"Las palabras conmueven, el ejemplo persuade." Si mis exhortaciones no te han convencido todavía, te citaré el ejemplo de los santos que, no obstante sus múltiples é importantes ocupaciones, consideraron la santa Misa como la primera de ellas.

San Agustín refiere de su santa madre Mónica, que no pasaba día alguno sin asistir á la santa Misa. Tenía en mucho el valor del santo sacrificio cuya saludable virtud borra hasta la huella de nuestras faltas. Al morir lejos de su patria, pedía á su hijo, no pompas fúnebres, sino un recuerdo diario en el altar.

Santa Heduvigis, duquesa de Polonia, asistía diariamente á varias Misas, y cuando en la corte no había bastantes sacerdotes, llamaba á otros para cumplir su devoción.

S. Luis, Rey de Francia, asistía á dos y á veces á cuatro Misas. Sus vasallos le censuraban y decían que el Rey debía ocuparse con más asiduidad de los asuntos de gobierno. El Santo respondía á sus críticas: "No comprendo tanta inquietud. Si en el juego ó en la caza invirtiera doble tiempo nadie me censuraría."

Respuesta admirable no solo para los cortesanos de Luis IX, sino para todos nosotros. Efectivamente, si un día de la semana asistimos á varias Misas ¿no creemos ya que hemos descuidados nuestras ocupaciones?.. y sin embargo pasamos horas enteras perdiendo el tiempo miserablemente, bebiendo, jugando, durmiendo, ó acicalándonos delante del espejo! ¡Qué vergüenza!

Hemos citado yá más arriba al Rey de Inglaterra, Enrique I, á quien el peso

del gobierno no impidió jamás oir tres Misas cada día.

En una entrevista con el Rey de Francia, hablaron de asuntos religiosos. "Creo, dijo el último, que la asiduidad al sermón es preferible á la de la Misa."

"Pues yo, replicó Enrique, prefiero contemplar mi amigo á escuchar sus alabanzas."

Esta es también mi opinión, lector querido, y en varias ocasiones he resuelto la cuestión en favor de la Misa, sin menospreciar la utilidad de las instrucciones religiosas.

S. Venceslao, duque de Bohemia, daba también el mismo ejemplo. Se refiere en su historia, que durante la dieta de Vorms, el emperador Otón convocó un día muy de madrugada á todos los príncipes. Asistieron todos puntualmente, menos Venceslao, que había ido á oir la santa Misa. Pasaron algunos instantes, y el emperador con acento impaciente dijo á la asamblea: "Abramos el consejo, y cuando venga Ven-

ceslao, nadie se levante para hacerle sitio."

Entre tanto terminó la santa Misa y llegó el duque á palacio. Vióle entrar el emperador, acompañado de dos ángeles que adornaban su pecho con una cruz de oro. Al punto el emperador abandonó su trono, se acercó á él y le abrazó tiernamente.

La asamblea se sorprendió al ver que el emperador contravenía el primero sus propias órdenes. Pero el emperador se excusó: "He visto, dijo muy conmovido, dos ángeles que acompañaban al duque, ¿cómo hubiera podido yo no rendirle este homenaje?" Pocos días después, Venceslao recibió la investidura del poder real y fué coronado rey de Bohemia.

Baronio refiere del emperador Lotario, que aún en el campo oía tres Misas todas las mañanas. Y Surio afirma que Carlos V no faltó á Misa más que una vez, durante una guerra en Africa.

El breviario romano nos hace admirar la ardiente devoción de S. Casimiro durante el oficio solemne, al que asistía todos los días. "Su alma se inflamaba en el amor de Dios, de suerte que no parecía vivir sobre la tierra."

El heróico confesor de la fe, Tomás Moro, que dió su vida por Jesucristo en 1535, tenía en grande aprecio la santa Misa; oíala todas las mañanas por muy urgentes que fueran sus asuntos de canciller del estado. Cierto día en que oraba al pie del altar, llegó un mensajero llamándole con urgencia á la presencia del rey. "Paciencia, contestó el lord-canciller, debo antes rendir homenaje á un príncipe más alto y asistir hasta el fin á la audiencia celestial."

Su satisfacción era grande cuando podía ayudar la Misa; otros cortesanos imbuidos del espíritu del mundo se creyeron con derecho á reprocharle este «rebajamiento», pero él les contestó: "Es un elevado honor el poder prestar este pequeño servicio al más Grande entre los grandes."

Dios mío, ¿qué podemos decir no-

sotros, qué excusas alegar el día del juicio, si descuidamos la Misa por insignificantes y vulgares ocupaciones, mientras que personajes agobiados por el peso del gobierno de un reino hallaron tiempo necesario para oír cada día una ó varias Misas? Mucho temo que el soberano Juez pronuncie contra nosotros esta terrible sentencia: "A ese siervo inútil arrojadle á las tinieblas de fuera: allí será el llorar y el crugir de dientes." [1]

No pienses que Dios no te condenará por descuidar la Misa en los días de trabajo, porque no es obligatoria más que los domingos y días festivos. Sin duda alguna, no considerará como transgresión positiva lo que es una omisión, pero te obligará á expiar tu falta de celo en su santo servicio. El siervo perezoso que fué arrojado á las tinieblas exteriores, no había disipado ni perdido en el juego el talento que sn señor le había confiado: habíalo en-

(1) Mateo XXV, 30.

terrado y fué condenado por su negligencia en administrarlo. Procura que Dios no haga lo mismo contigo. Se ha visto con frecuencia el gran rigor con que castiga el Señor la indiferencia hacia el santo sacrificio del altar. Citaré solamente un ejemplo acaecido en los alrededores de Roma durante el invierno de 1570.

Tres mercaderes se dirigían desde Gubbio á la feria de Cisterno, hospedándose en la misma casa. Hicieron sus negocios, y, terminada la feria, dos de ellos dijeron al otro: "Convendrá que salgamos mañana muy de madrugada para llegar á casa antes de la noche."

"¿Y estáis dispuestos, respondió el otro, á perder la Misa mañana domingo? Vayamos antes á la Iglesia, y emprendamos luego nuestra marcha bajo la protección de Dios."

No opinaron así sus compañeros; partirán y oirán la Misa otro día. Dios conoce bien los motivos que tienen y la importancia de sus negocios. En re-

sumen, que marcharon á la hora fijada, sin preocuparse para nada de su compañero que se había ido á la Iglesia. Pero, ¡ay! llegados á Corfuone, á dos millas de Cisterno, al atravesar un puente de madera sobre el río desbordado, se hundió el puente, y fueron arrastrados por las aguas. ¡Quién sabe si con su dinero y su vida perdieron también su alma!

Una hora después llegó el otro mercader, y los ribereños llenos de espanto le contaron lo sucedido y le llevaron á presencia de los cadáveres que acababan de ser extraidos del río.

¡Cuán intensa sería su emoción, tanto más penosa, cuanto que él no podía menos de ver en esta desgracia el severo juicio de Dios. Agradeció al cielo el haberle preservado mediante la santa Misa de una muerte semejante y le pidió inspiración para anunciar á las viudas de las víctimas tan triste nueva.

Ojalá este castigo convierta é infunda un temor saludable á los que no

dudan entre la Misa de obligación y una vil ganancia material, entre un pecado mortal y algunas miserables monedas.

Sirva también de escarmiento á los que prefieren los domingos y días de fiesta para sus negocios. ¿No vemos á todas horas á numerosos labradores que se dirigen al mercado de la ciudad, en vez de asistir á la Misa parroquial para edificación de todos? Siempre creen que les sobra tiempo para llegar puntualmente á la Misa. ¿Cuantas veces, decidme, vuestras compras os han hecho perder una parte esencial del santo sacrificio, de suerte que, por pequeñas bagatelas, os habéis expuesto al fuego del infierno?

En cuanto á los padres que disuaden á sus hijos de asistir á Misa los domingos, tengan presente el castigo de Geroncia, madre de Santa Genoveva. Un día festivo en que no permitía que su hija fuera á Misa, Genoveva le dijo con firmeza: “Madre querida, en conciencia no debo hoy faltar á la Misa,

y prefiero descontentarte antes que descontentar á mi Dios."

Irritada con esta respuesta, Geroncia llegó hasta abofetearla por su desobediencia. El castigo no se hizo esperar, y Geroncia quedó ciega. No recobró la vista hasta dos años después, gracias á las oraciones de su santa hija.

Los padres y madres de familia tienen obligación de enviar á Misa tanto á sus hijos como á sus criados; deben vigilar su conducta en la iglesia é inculcarles profundo respeto hacia el Santo Sacramento.

Expresamente lo manda el apóstol San Pablo: "Si hay quien no mira por los suyos, mayormente si son de la familia, este tal, negado ha la fe, y es peor que un infiel." [1]

La palabra «no mira por» se refiere, según S. Juan Crisóstomo, lo mismo á la conservación del alma que á la del cuerpo. Ahora bien, si un padre de familia que no proporciona á sus hijos y á sus criados vestido y alimento es, á los ojos de Dios, peor que un infiel, ¿cuánto más despreciable será el que no se cuida de la salvación de los suyos?

(1) I Timoth. V, 8.

Amos cristianos, ved como cumplís vuestros deberes sobre este particular. ¿Dais toda clase de facilidades á vuestros criados para que vayan á Misa, cuando la proximidad de la Iglesia y la hora matinal les ofrecen ocasión? ¿No parece que decís con vuestra actitud: A mí, no á Dios es á quien debes servir, porque no es Dios, sino yo quién te paga? Para mí, pues, trabajarás toda la semana.

¡En verdad que tales cristianos son peores que los infieles; en la hora de la muerte reconocerán la enormidad de sus pecados.

CAPÍTULO XXVIII.

Exhortación para oir devotamente la Santa Misa.

¡Cuánto se aflige la Iglesia al ver á tantos de sus hijos asistir sin devoción al santo sacrificio!

Se preocupan de cuanto les rodea, miran quién entra y quién sale, rezan con los labios sin que el corazón tome la menor parte, se sientan perezosamente aún después de la elevación. Tal es su conducta en presencia del Dios tres veces santo.

Es dudoso si queda todavía en el alma de estos tales una chispa de fe, y si merecen el nombre de católicos. ¡Ah, que mi corazón sangre á la vista de tan culpable irreverencia, precisamente cuando todo nos invita á la más ardiente devoción!

La Iglesia nos impone el respeto hacia la santa Misa por estas palabras: "Reconocer que los cristianos no pueden realizar obra más santa y divina

que este tremendo misterio, equivale á reconocer que todo cuidado y diligencia son pocos par hacerlo con pureza de corazón, con piedad y edificación. [1] No es necesario para esto experimentar la devoción de una manera sensible, basta tener una firme voluntad de asistir atenta y respetuosamente.

La verdadera piedad no consiste, en efecto, en una dulzura interior sino en servir fielmente á Dios. No temáis pues, cuando en la Misa, no sintáis aquellas delicias espirituales que os parecerían tan consoladoras; humillaos, reconoceos indignos de tales favores, y seguid con fe [2] el santo sacrificio. Si no tuvierais deseo alguno ni procu-

---

(1) Concilio de Trento.

(2) La piedad ó la devoción consiste según todos los maestros de la vida espiritual en una voluntad pronta y generosa de hacer lo que Dios quiere que hagamos y sufrir lo que quiere que suframos. Las dulzuras y consolaciones sensibles no son la devoción, sino un estimulo para la devoción, que el Señor concede según nuestras necesidades y su sabiduria. El espíritu de fe está siempre á nuestra disposición y, podemos, inspirándonos en él, servir á Dios con entera fidelidad y figurar en el número de aquellos justos que viven de fe, según la expresión del Espíritu Santo. (S. T.)

rarais salir de vuestra indiferencia, entonces cometeríais tan sólo una falta y os veríais privados de abundantes gracias.

A este propósito referiré una conversación de nuestro Señor con santa Gertrudis, aquella discípula tan amada de su Sagrado Corazón.

La Santa se esforzaba un día por unir alguna intención particular á cada nota y á cada palabra de su canto y conociendo su impotencia por la debilidad de su naturaleza, dijo para sí misma con tristeza: "¡Ay de mí! ¿qué fruto puedo yo obtener de este ejercicio estando sujeta á tantos cambios?" Pero el Señor que no podía ver á su sierva en la aflicción, la presentó en sus manos su divino corazón bajo la figura de una lámpara ardiente y la dijo: "Hé aquí que yo pongo ante los ojos de tu alma mi corazón amante que es el órgano de la Santísima Trinidad, para que le pidas con confianza que haga por ti lo que tú no serías capaz de hacer, y que así yo no vea nada que

no me parezca sumamente perfecto: porque, de la misma manera que un criado está siempre presto á ejecutar las órdenes de su Señor, así mi corazón estará siempre dispuesto á reparar á cada momento los defectos de tu negligencia.

Gertrudis admiraba temblorosa aquel exceso de la bondad del Salvador, pero creía que sería indigno para Dios que su corazón adorable supliera las faltas de la criatura. Pero el Señor reanimó su confianza con esta reparación: "¿No es verdad, la dijo, que si tuvieras una voz excelente, y te complacieras cantando, al encontrarte con una persona de voz tan ruda, desagradable y discordante, que apenas pudiera pronunciar y formar los más débiles sonidos, te parecería mal que, al ofrecerte tú á cantar por ella, no te lo permitiera? Así mi divino corazón reconociendo la inconstancia y fragilidad humanas, desea con increible ardor que le invites á obrar y á cumplir en ti lo que no

eres capaz de obrar y cumplir por ti misma." [1]

¡Oh qué dulce estímulo! Si te distraes en la Misa, acude á Jesús, y díle: "Lamento amargamente el ser tan distraido y suplico á vuestro divino corazón que supla mi negligencia."

Para ayudar tu buena voluntad, te indicaré la manera de procedér en la santa Misa.

Al ir á la Iglesia, debes considerar á dónde vas y qué vas á hacer. No vas al templo para *orar solamente* como el fariseo y el publicano, vas para hacer una oblación, como dice David: "Oh Señor, siervo tuyo soy. A ti ofreceré yo por sacrificio de alabanza, é invocaré el nombre del Señor." [2]

Vas para rendir á Dios el culto más perfecto, para presentarle la ofrenda más querida. Escucha lo que dice el P. Gobat: "La audición de la Misa no es solamente una oración, es también un acto de adoración, una ofrenda, un

(1) Rev. L. III, c. XXV. (2) Salmo CXV, 16 y 17.

sacrificio divino, ya que todos los asistentes bien dispuestos se unen á la acción y á las intenciones del sacerdote."

El mismo autor explica á continuación el significado de la palabra *sacrificar*. "Sacrificar es lo mismo que realizar la acción más excelente y practicar la más elevada virtud, porque, al sacrificar, atestiguamos la soberanía de Dios, su derecho á ser infinitamente honrado y glorificado; confesamos al mismo tiempo nuestra dependencia absoluta como criaturas de quienes puede disponer á su arbitrio. Por esto el sacrificio es el acto de religión más agradable al Señor y más útil para el hombre."

Penetrado de estas verdades, llegarás al pié del altar, y entonces debes formar en tu corazón la intención de oir la Misa. Si tienes que rezar algunas oraciones particulares, hazlo hasta la consagración. Desde este solemne momento no debes pensar más que en Jesucristo; adórale, ofrécele á su Pa-

dre celestial, y exponle tus necesidades.

Hay muchos que sienten escrúpulo en renunciar á sus oraciones habituales por las de la Misa; pero no tienen razón. Comparadas con las de la Misa, son sus oraciones cotidianas tan inferiores, como el cobre comparado con el oro.

Además, estas oraciones pueden rezarse á otra hora cualquiera del día, por la noche, por ejemplo, mientras que las de la Misa no pueden recitarse tan provechosamente como al celebrarse el santo sacrificio. Y aún suponiendo que hubieras de abandonar estas oraciones particulares por falta de tiempo, esta omisión sería menos perjudicial que la primera.

Al *Confiteor* golpea tres veces el pecho, excitándote á un sincero arrepentimiento de tus pecados. Represéntate á Nuestro Señor postrado de hinojos en el huerto de las Olivas, llorando amargamente tus crímenes con lágrimas de sangre.

Sigue después las acciones y oraciones del sacerdote, y especialmente concentra tu atención en la oblación del pan y del vino. Suplica á Dios le sean gratos estos dones destinados á ser convertidos en el cuerpo y en la sangre de su Hijo, y ofrécete á ti mismo con todas tus intenciones al Padre celestial.

Al *Sanctus*, humildemente arrodillado, une tus adoraciones á las de los ángeles.

Después del *Sanctus* viene el *Canon*. El sacerdote lo recita en voz baja, por respeto á los augustos misterios que encierra. Santiago, en su liturgia, nos enseña la actitud en que debemos mantenernos. "En este momento, dice, todo hombre debe guardar un profundo silencio, temblar de respeto y olvidar las cosas de la tierra, porque el Rey de reyes, el Señor de los señores, desciende para inmolarse y darse en alimento á los fieles. Delante de él pasan los coros de los ángeles, velado

el rostro con sus alas, y cantando cánticos de alabanza.“

Nuestra fe no debe extrañar que todo el cielo baje sobre el altar ayudando á celebrar el más grande de los milagros. Lo que debería asombrarnos y llenarnos de confusión es, que nosotros, miserables pecadores, nos atrevamos á asistir á tan sublime misterio sin respeto, sin amor y sin atención.

¡Ah! si Dios abriera nuestros ojos, contemplaríamos un espectáculo que nos haría olvidar todo lo creado.

En el momento en que se realiza este adorable misterio, rásganse los cielos, y el Hijo de Dios, lleno de incomparable hermosura y soberana majestad, desciende sobre el altar para renovar el misterio de nuestra redención. Santa Matilde tuvo la dicha de escuchar de los labios del Redentor la manera como viene á nosotros.

Jesucristo la dijo: “Vengo con tal *humildad* que no hay una sola alma, por despreciable que sea, á la cual no

me acerque, si ella lo desea. Vengo con tal *paciencia* que sufro á mis más crueles enemigos, y me reconcilio con ellos y les perdono todas sus deudas, si así lo quieren. Vengo con un *amor* tan intenso, que no hay corazón tan duro que no conmueva si no resiste á mis gracias. Vengo con tal *liberalidad* que el más pobre puede enriquecerse con los tesoros de mi gracia. Vengo con un *alimento* tan exquisito que no hay alma por hambrienta y afligida que se halle, que no sea confortada. Vengo con una *luz* tan resplandeciente que ilumina las conciencias más ilusionadas y ciegas. Vengo en fin con tal *plenitud de gracia y de santidad* capaces de despertar de su letargo á las almas más perezozas é indiferentes.“

Admira los nobles deseos de Jesús al descender sobre el altar; El quiere elevar á los humildes, perdonar á sus enemigos, ablandar los corazones, endurecidos, enriquecer á los necesitados, iluminar á los ciegos, inflamar á los indiferentes.

En esto el cumplimiento de aquellas palabras: "El hijo del hombre ha venido á buscar y á salvar lo que había perecido." ([1]).

No, Jesús no baja sobre el altar para vengarse de los pecadores y condenarles; no, El les abre su corazón, y les ofrece su misericordia. Oh pecadores, asistid á la Misa donde hallaréis no un juez sino un mediador. Vuestro triste estado no empeorará porque os acerquéis á las cosas santas, lejos de esto, es el medio más seguro, para preparar vuestra justificación. No incurriréis en nuevo pecado, si, por la fragilidad humana, os distraéis y sois víctima de la torpeza espiritual con tal que tengáis el firme próposito de asociaros al santo sacrificio.

Pero el momento solemne de la *Consagración* ha llegado ya. Yo llamo en mi auxilio la voz elocuente de los santos, porque mi pobre lengua no sabrá expresar estos adorables misterios.

---

(1) Lucas XIX, 10.

"En el mismo instante que el sacerdote pronuncia las palabras de la transubstanciación, el pan se convierte en un pequeño Cordero. Este Cordero tenía semblante humano, estaba rodeado de una llama resplandeciente, adorábanle los ángeles y le servían. Estos eran tan numerosos como los átomos de polvo que revolotean por los aires. Había también tal muchedumbre de bienaventurados que mis ojos no alcanzaban á ver el fin."

¡Oh qué magnífica solemnidad! Nadie estaba de más ni desocupado. ¿Qué hacían? "Adoraban y servían al Cordero."

"El hombre debe temblar, dice San Francisco de Sales, el mundo estremecerse y sobrecogerse el cielo entero cuando el Hijo de Dios se entrega, sobre el altar, en manos del sacerdote, ¡oh admirable humildad!, el Verbo, el Señor de todas las criaturas se humilla por la salvación del hombre hasta ocultarse bajo las aparencias de pan."

Como nuestros sentidos no pueden testificar la presencia del Señor, no le atendemos, mientras que los ángeles tiemblan en su presencia, como se dice en el prefacio, y huyen aterrados los demonios, según lo aseguró Jesucristo á S. Brígida: "Como al pronunciar la palabra: Yo soy, cayeron de espaldas mis enemigos, á las palabras de la consagración: Este es mi cuerpo, huyen los demonios." (1)

Como los ángeles y los Santos apliquémonos á glorificar al Señor sobre el altar y á participar de su adorable sacrificio. Dicho se está, que en el momento solemne de la elevación debemos interrumpir todo rezo para levantar nuestros ojos hacia el altar, adorar humildemente al Cordero de Dios y ofrecerle al Padre celestial. Estos ejercicios de fe y de caridad deben ocuparnos mientras Jesucristo permanece presente en el altar, esto es, hasta después de la Comunión.

---

(1) Libr. IV, cap. LVIII.

Desgraciadamente, la generalidad de los fieles no lo practica así; sigue sus oraciones habituales y se deja llevar de una especie de devoción rutinaria, como si Jesucristo no estuviera presente ni debieran ocuparse de él. Una comparación pondrá de relieve la inconveniencia de semejante proceder.

Un amigo te ha invitado repetidas veces por escrito á ir á su casa, y tú deseas comunicar á su corazón los sentimientos de tu tierna amistad. Cediendo, por fin, á sus instancias te pones en camino y al llegar, ni te da la bienvenida ni te dirige la palabra, teniéndote de pié como si fueras para él un desconocido.

¿No te afligiría esta desconsideración? ¿No te arrepentirías de haber hecho el viaje?

En todas las misas Jesucristo baja del cielo para visitarte, para consolarte y colmarte de favores; está sobre el altar delante de ti, te mira con amor, desea escuchar tu voz y recibir tus homenajes.

Pero, ¡ay! tú no le saludas ni le adoras, y lejos de mostrarte respetuoso con El, continúas con aquellas oraciones que tal vez no tienen relación alguna con el santo sacrificio; como si no se celebrara la Misa. Por favor, oh cristiano, no obres así; en este solemne momento imita al sacerdote, dobla tus rodillas, y lleno de fe y de amor, adora á Aquel que se presenta á tus miradas bajo las especies del pan y del vino.

CAPÍTULO XXIX.

Qué devoción debe practicarse durante la elevación.

Inmediatamente después de la consagración, el sacerdote eleva las santas especies; ceremonia prescrita por la santa Iglesia para que el pueblo pueda gozar y aprovechar mejor la presencia real del Salvador.

De esta elevación y de la devoción que debe practicarse trataremos en este

capítulo; ¡oh! qué alegría para el cielo, qué fuente de salvación para la tierra, qué terror para el infierno, qué alivio para las almas del purgatorio durante esta elevación del don más precioso que pueda presentarse al Altísimo.

¿Sabes además bajo qué formas se ofrece á su Padre por las manos del sacerdote la santa Humanidad de Jesús, esta Humanidad que es la imagen más fiel de la santísima Trinidad, la única joya de los tesoros celestiales y terrestres?

Esta Humanidad se ofrece bajo diversas formas, porque en las manos del sacerdote, el Verbo se encarna de nuevo, nace nuevamente y sufre la Pasión, el sudor de sangre, la flagelación, la coronación de espinas, la crucifixión y la muerte. ¡Ah, qué emoción para el corazón del Padre celestial durante esta elevación de su Hijo muy amado!

Sin embargo no es sólo el sacerdote quién expone á Jesucristo á las miradas del Padre, expónese también el mismo Salvador.

"A la elevación, yo oí á Cristo presentarse á su Padre y ofrecerse á sí mismo de una manera que sobrepuja toda inteligencia", dice Santa Gertrudis [1].

Ya que no podamos concebir este encuentro del Padre y del Hijo, la fe debe conducirnos á una oración la más fervorosa posible en el momento en que se realiza.

S. Buenaventura invita al sacerdote y á los fieles á decir entonces al Padre celestial: "Ved, oh Padre eterno, á vuestro único Hijo, se ha hecho prisionero nuestro aquel á quien no pueden contener los mundos. No le dejaremos hasta que nos hayas concedido lo que en su nombre os pedimos con tanta insistencia: el perdón de nuestros pecados, el aumento de la gracia, la riqueza de las virtudes y la dicha de la vida eterna."

El sacerdote mostrándole la santa Hostia podría todavía decir al pueblo:

(1) Revel. Lib. IV. c. 62.

"He aquí, oh cristianos, á vuestro Salvador, á vuestro Redentor y Santificador. Miradle con fe viva y derramad en su presencia las súplicas ardientes de vuestro corazón. Dichosos los ojos que pueden verle y contemplarle. Dichosos lo que creen firmemente en la presencia de Jesucristo en esta Hostia." Si le adoráis así, aseguraréis la salvación de vuestra alma y podréis repetir con el patriarca Jacob: "Yo he visto á Dios cara á cara y mi vida ha quedado en salvo."[1]

A la elevación, todo el pueblo debe dirigir sus ojos al altar y contemplar con devoción el Santísimo Sacramento. Jesucristo ha revelado á Santa Gertrudis cuán útil sea á las almas esta práctica: "Siempre que se mira con devoción, escribe la Santa, el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo oculto en el Sacramento, aumenta el grado de su mérito para el Cielo y la dicha eterna será proporcional al gozo que se haya

(1) Génes. XXXII, 30.

sentido contemplando devotamente el cuerpo precioso sobre la tierra.“ (1) Confiad en esta promesa del Señor y no dificultéis su cumplimiento con vuestra negligencia y ligereza. No os inclinéis tanto que no podáis ver la Hostia; no es eso lo que quiere la Iglesia, que manda al sacerdote elevar durante algunos instantes las santas especies sobre su cabeza para que el pueblo pueda verlas y adorarlas.

La eficacia de esta comparación ha sido prefigurada en el antiguo Testamento. “Habiendo murmurado de Dios y de Moisés el pueblo de Israel el Señor envió contra el pueblo serpientes abrasadoras, por cuyas mordeduras y muerte de muchísimos fué al pueblo á Moisés, y dijeron todos: Pecado hemos y pues hemos hablado contra el Señor y contra ti, suplícale que aleje de nosotros las serpientes. Hizo Moisés oración por el pueblo, y el Señor le dijo: Haz una serpiente de bronce y ponla en

(1) Rev. L. IV. c. XXV.

alto para señal: quien quiera que siendo mordido la mirare, vivirá. Hizo, pues, Moisés una serpiente de bronce y púsola por señal á la cual mirando los mordidos sanaban.“ (1)

El Evangelio vé en esto un símbolo de Cristo, porque dicho está: “Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente de bronce, así también es menester que el Hijo del hombre sea levantado en alto.“ (2)

Si la imagen del Salvador pudo curar á los israelitas y preservarles de la muerte, ¿cómo no ha de curar á las almas afligidas y desgraciadas la piadosa contemplación del mismo Jesús?

Para mayor eficacia, durante la elevación del Señor, haz actos de fe en su real presencia y en el sacrificio que El ofrece á su Padre celestial por nosotros miserables pecadores. Estos actos de fe te valdrán magnífica recompensa porque es muy meritorio creer lo que no ven nuestros sentidos. “ Bienaven-

(1) Númer., cap. XXI. 7-9. (2) Juan, III, 14.

turados aquellos que sin haberme visto han creído.“ [1]

Dichosos los que, á pesar de las apariencias, creen en mi presencia real en el Sacramento, Yo aumentaré su gracia en la tierra y su gloria en el cielo.

El aspecto meritorio de la fe resalta en lo que sucedió á Hugo de San Víctor. Este santo abad había pedido con insistencia la gracia de ver á Jesucristo en la santa Misa. Su oración debió ser atendida, porque una mañana al ofrecer el santo sacrificio con su acostumbrada piedad, vió al Niño Jesús descansar sobre el corporal. Pasados algunos instantes, el divino Niño le dijo: “Hugo, perdiste un gran merecimiento al desear verme con los ojos del cuerpo.“ Y desapareció, mezclando así la tristeza con el más puro de los goces.

San Luis, rey de Francia, apreciaba en alto grado el mérito de la fe. Cuando se realizó la celebre aparición del Niño

(1) Juan. XX, 29.

Jesús en la santa Hostia y un cortesano le excitaba á presenciar con sus propios ojos esta maravilla, contestóle el Rey: “Llama á los que no creen. Yo creo firmemente en la presencia real de Jesucristo, y no necesito ver al Señor con los ojos del cuerpo.“

Sin duda, deseaba el Santo Rey como el que más contemplar al Hijo de Dios, porque ¿puede haber sobre la tierra, satisfacción más grande? No obstante, antes de privarse del mérito de la fe, prefirió perder tan hermoso espectáculo. Cesen pues tus quejas por no ver á Jesús en la santa Hostia, conténtate, como San Luis, viéndole con los ojos de la fe, y esperando contemplarle cara á cara en el Cielo. [1]

Después de haber adorado la santa

(1) Según decreto de 12 de Junio de 1907, de la Sagrada Congregación de Indulgencias, siempre que los fieles, con fé, piedad y amor, miren la Sagrada Hostia, así en la Elevación de la Santa Misa como cuando está expuesto en el Sagrario, diciendo: “Señor mío y Dios mío“ puede ganar siete años y siete cuarentenas de indulgencia, y además una Indulgencia Plenaria, cada semana, si, habiendo mirado todos los días la Sagrada Hostia, bien preparados, reciben la Sagrada Comunión.

Hostia, ofrécela al Padre celestial. Expuesta yá la virtud de este acto, citaremos únicamente estas palabras de Santa Gertrudis: "La oblación de la Santa Hostia, borra todas nuestras faltas."

Concentremos pues, aunque seamos miserables pecadores, todas las fuerzas de nuestra alma para ofrecer á Dios la Santa Hostia y obtener el perdón y la misericordia.

A la elevación de la Hostia sigue la del cáliz, ceremonia no menos significativa. La preciosa sangre mana entonces de una manera mística sobre los asistentes, como lo indican las palabras del misal: "Este es el cáliz de mi sangre, del Nuevo y Eterno Testamento: misterio de fe: que será derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados."

En este momento recibes la misma gracia que si, completamente arrepentido, estuvieras al pié de la cruz en el Calvario é inundado de la Preciosa Sangre.

En el antiguo Testamento dice Dios á los Hebreos: "Inmolad un cordero y rociad con su sangre el dintel y ambos postes de la puerta, y al ver la sangre... el Señor pasará de largo la puerta de aquella casa, ni permitirá al ángel exterminador entrar en vuestras casas, ni haceros daño." [1]

Si la sangre del Cordero pascual preservó á los israelitas del ángel exterminador, con mucha más razón la sangre del Cordero inmaculado nos defenderá contra las asechanzas del ángel de las tinieblas, quién "anda girando como león rugiente alrededor de vosotros, en busca de presa que devorar." [2]

Pero, ¿qué harán los que no pueden asistir á la Misa? Admirad la tierna solicitud de nuestra santa Madre la Iglesia; ella ha querido que sus hijos ausentes pudieran recoger igualmente el fruto de este momento tan saludable; y para esto se lo anuncia por el

---

(1) Exod. XII, 22 y 23. (2) I Petr. V, 8.

toque de la campana. Al oir esta señal, oh cristianos, arrodillaos en el campo ó en vuestras casas, y vuelto el rostro hacia la Iglesia, adorad á Jesús elevado por las manos del sacerdote. En muchas partes se conserva fielmente todavía esta piadosa costumbre. Pero, ¡ah! el respeto humano impide á muchas personas el practicarla y les priva así de insignes favores, hasta que llegue la hora cuando Jesús á quien han tenido vergüenza de confesar ante los hombres: "Se avergonzará de ellos, cuando venga en el esplendor de su majestad y en la de su Padre y de los santos ángeles." [1]

Veamos todavía lo que debemos hacer después de la elevación del cáliz. Muchos acostumbran rezar cinco *Padre nuestro* y cinco *Ave María,* en honor de las cinco llagas; práctica muy excelente pero fuera de lugar. Otros continúan haciendo sus numerosas devociones, pero sería muchísimo mejor

(1) Luc. IX 26.

imitar al sacerdote: el santo sacrificio te pertenece tanto como á él. A pesar de sus oblaciones repetidas antes de la elevación, el sacerdote no deja de ofrecer de nuevo, ni puede hacer nada más agradable á Dios.

En el momento que deja el cáliz sobre el altar pide: "Señor, nosotros siervos tuyos, y también tu pueblo santo..... ofrecemos á tu excelsa Majestad de tus dones y dádivas, este Hostia ✠ pura, Hostia ✠ santa, Hostia ✠ inmaculada; el pan ✠ santo de la vida eterna. y el cáliz ✠ de perpetua salvación."

Sánchez dice estas palabras: "En toda la Misa no pronuncia el sacerdote palabras más consoladoras, porque ni él, ni el pueblo podrían hacer cosa mejor que ofrecer á Dios el augusto sacrificio. "Fácil es comprender cuánto pierdes al sustituir esta preciosa oblación con tus pobres y áridos rezos. Pobres criaturas, desprovistas de méritos y virtudes, ¿cómo no hemos de apresurarnos á perseguir con empeño el único tesoro que podremos presen-

tar con éxito al Padre celestial? Este tesoro no nos lo ha dado Dios una sola vez, sino que nos lo ofrece en todas las misas, y con él nos hace entrega de todas sus riquezas para que las destinemos á la satisfacción de nuestras deudas.

Ofreced pues la santa Misa, ofrecedla una, dos y más veces, ofrecedla todos los días.

Los que no saben leer los excelentes métodos de ofrecer el santo sacrificio contenidos en los devocionarios, podrían aprender de memoria la siguiente plegaria: "Dios mío, yo os ofrezco esta Misa; os ofrezco vuestro querido Hijo, su encarnación, su nacimiento, su dolorosa Pasión; os ofrezco su sudor de sangre, su flagelación, su coronación de espinas, su conducción de la cruz, su crucifixión, su muerte y su preciosa sangre. Yo os ofrezco á vuestra mayor gloria y por la salvación de mi alma todo lo que este Hijo querido ha hecho, sufrido y merecido, y todos los misterios que El renueva en esta Misa."

Esta oración sencilla, pero sumamente eficaz, debería recomendarse con insistencia á las personas que no saben leer; y que pidan al mismo tiempo á nuestro Señor supla la insuficiencia de su oblación presentándola El mismo al Padre celestial: y El les escuchará.

Santa Matilde habiendo rezado un día nueve *Padre nuestro*, en honor de los nueve coros angélicos, quería encargar al ángel de su guarda que los llevara al trono de Dios.

Jesucristo la dijo entonces: "Confíame tu mensaje, mi mayor alegría será cumplirlo, y toda ofrenda que se me encomienda se ennoblece en mis manos."

Medite cada uno estas palabras y diga á Jesús: "Señor, pues que soy incapaz de ofrecer convenientemente este augusto sacrificio, yo os suplico, lo presentéis por mí á vuestro Padre celestial."

CAPÍTULO XXX.

Del respeto con que debe oirse la santa Misa.

"Todos pueden comprender fácilmente, dice el Concilio de Trento, qué cuidado es necesario para celebrar el santo sacrificio de la Misa con todo el respeto y veneración que debe usarse en las cosas religiosas, si se considera que es maldecido en las santas Escrituras el que hace con negligencia las cosas de Dios. Porque, si necesariamente hemos de confesar que los fieles no pueden ejecutar obra alguna tan santa y divina como este misterio terrible, en el cual esta Hostia vivificante, que nos ha reconciliado con Dios Padre, es todos los días inmolada por los sacerdotes, se verá claramente que es necesario poner todo cuidado y toda aplicación para realizar este acto con gran limpieza y pureza interior de intención y de corazón y con la mayor piedad y devoción exterior posible."

Estas palabras se refieren lo mismo á los fieles que al celebrante.

El historiador Josefo refiere que en el templo de Salomón había setecientos sacerdotes y levitas ocupados continuamente en inmolar las víctimas, en purificarlas y quemarlas sobre el altar, lo cual se hacía en medio de un silencio profundo y con el mayor respeto.

Sin embargo, estos sacrificios no eran más que figura. ¡Con qué fervor, con qué silencio, con qué atención no deberemos asistir al verdadero sacrificio!

Los primeros cristianos nos han dado en este particular admirables ejemplos. Según el testimonio de S. Juan Crisóstomo, "al entrar en la iglesia besaban humildemente el suelo y guardaban, durante la Misa, tal recogimiento que bien hubiera podido creerse era aquello un lugar enteramente desierto". [1]

Así observaban puntualmente el ya

---

(1) Homil. 3 in II. Corinth.

citado precepto de Santiago: "Guarden todos silencio, estén con temor y temblor y olviden las cosas de la tierra, cuando el Rey de reyes, Cristo nuestro Señor, viene á inmolarse y á darse en manjar á los fieles." (1)

S. Martín se ajustaba con todo escrúpulo á esta recomendación: jamás se sentaba en la iglesia; y arrodillado ó de pié oraba con un semblante circundado de santo temor de Dios. Alguien le preguntó la razón de semejante actitud: "¿cómo no he de temer, respondió él, hallándome en la presencia del Señor?"

Movido por los mismos sentimientos exclamaba David: "Entraré en tu casa, y poseido de tu santo temor, doblaré mis rodillas ante tu santo templo." (2)

Como á Moisés, en otro tiempo, podría Dios decirte: "Quítate el calzado de los pies, porque la tierra que pisas es santa." (3)

---

(1) Liturgia. (2) Salmo V, 8. (3) Exodo III, 5.

Pero más santas son todavía nuestras iglesias, consagradas con tanta pompa, con unciones y oraciones, y santificadas todos los días por la oblación del santo sacrificio. ¡Oh cristianos! David, el elegido de Dios, se acercaba lleno de temor al Arca de la Alianza, ¿y no temblaremos nosotros en el *Sancta Sanctorum* donde se encierra la divina Eucaristía? No olvidemos la severa amonestación del Señor: "Tiembla ante mi santuario" y la exclamación de Jacob: "Cuán terrible es este lugar. Verdaderamente esta es la casa de Dios y la puerta del cielo." (1)

¿Qué pensar de tantos cristianos que están en la iglesia y en la Misa de la misma manera que en la calle ó en sus casas? Los ángeles, prosternados delante de su Señor, le adoran temblorosos, y ellos dejan vagar por todas partes su mirada curiosa y provocativa; se ocupan de las personas presentes, piensan en los negocios

---

(1) Génes. XXVIII, 17.

del mundo y sus vanidades, hablan sin pudor de cosas inútiles y tal vez pecaminosas.

A imitación de los mercaderes del templo, hacen de la casa de oración "una cueva de ladrones." (1)

La Iglesia católica es algo más que una casa de oración; es la casa de Dios habitada día y noche por Jesús. Si pues, el mismo Salvador expulsó á latigazos á los mercaderes profanadores del Templo, ¿cómo tratará á estos audaces cristianos?

En cuanto á las miradas curiosas ved lo que refiere la bienaventurada Verónica de Binasco.

"Una mañana, durante la Misa, miraba yo á una religiosa arrodillada junto al altar. Al punto el ángel de mi guarda me reprendió con tanta severidad que quedé desvanecida de terror. Me miró siniestramente y me interrogó con dureza: ¿Por qué has cedido al desordenado deseo de tu corazón? ¿Por

(1) Mateo XXI, 13; Marc. XI, 15-16-17; Luc. XIX, 45-46; Juan II, 14-17.

qué has mirado á tu hermana con curiosidad? Sabe que has ofendido á Dios. El ángel continuó en este tono, y me impuso, de parte de Dios, severa penitencia en castigo de mi falta. Pasé tres días seguidos llorando, y desde entonces, cuando asisto á la santa Misa no me atrevo á levantar la cabeza temerosa de ofender á la divina majestad."

¿No es esto manifestar claramente cuánto desagrada á Dios la libertad con que miramos á todas partes? Es necesario que hagamos verdaderos esfuerzos para impedir los desvíos de la imaginación durante el santo sacrificio. ¿Qué sucedería si no recogemos la vista? Buscaremos las distracciones y tal vez convertiremos en pecado grave lo que, en sí mismo, no hubiera sido más que una ligera falta.

Si la simple curiosidad es ya una falta, ¿qué decir de las palabras inútiles, siendo como es más fácil guardar la lengua que los ojos? Además de la ofensa hecha á Dios, esta charlatanería escandaliza al prójimo y le distrae en

sus oraciones. Bien se ha de contestar, podrás decirme, á los que nos preguntan. No es malo, en verdad, responder á una pregunta útil ó pronunciar una palabra necesaria; pero está prohibido hablar de cosas inútiles, cuchichear sobre el prójimo, saludarse como si se estuviera en la calle, y otras cosas parecidas que impiden seguir atentamente la Misa

El Señor nos lo ha advertido: "Yo os digo que hasta de cualquiera palabra odiosa que hablaren los hombres, han de dar cuenta en el día del juicio." [1]

¿Y qué palabras más inútiles que las pronunciadas durante el tremendo misterio del altar?

S. Juan Crisóstomo es de parecer "que merecerían ser calcinados por un rayo en la iglesia los que hablan y ríen durante la Misa." Mediante esta amenaza, el santo Doctor previene también á los que por derecho y por deber, es-

(1) Mateo XII, 36.

tán obligados á impedir las irreverencias, los padres que no corrijen á sus hijos, los amos que no velan por la compostura de sus criados etc.

S. Juan el Limosnero, no sufría que se hablara en la iglesia. Habiéndose olvidado de este precepto un individuo le dijo: "Si has venido aquí por Dios, emplea tu espíritu y tu lengua en rezar, pero si has venido para perder el tiempo, sabe que está escrito: "La casa de mi Padre es casa de oración"; no la conviertas pues en una sala de conversación."

Debemos además dar pruebas de nuestro respeto estando de rodillas en la Misa. S. Pablo nos invita á hacerlo así cuando dice: "Al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno." [1]

Con más razón hemos de guardar esta humilde postura, durante la presencia real del Salvador, es decir desde la elevación hasta la comunión. Mu-

(1) Filip. II, 10.

chos, los hombres en especial, tienen la mala costumbre de oir de pié toda la Misa; á duras penas se inclinan á la consagración, para levantar inmediatamente después, como si Jesús no estuviera presente. Si no se puede estar de rodillas durante toda la Misa, que se esté de pié hasta la consagración, y después de la comunión.

En algunos paises, apenas Nuestro Señor ha descendido sobre el altar, hasta las mismas mujeres no tienen reparo alguno en sentarse. Si estuvieran ante los grandes de la tierra, en alguna reunión mundana, seguramente no les faltarían fuerzas para adoptar posturas más incómodas y penosas que el estar de rodillas.

Cuando por motivos de salud, se vean obligadas á sentarse, háganlo hasta la elevación, pero entonces arrodíllense inmediatamente.

La piadosa emperatriz Leonor, esposa de Leopoldo I, oía siempre la Misa de rodillas. Cuando se le aconsejaba que cuidara de su salud y se sentara,

respondía: "Todos se inclinan delante de mí que soy una pobre pecadora; ningún cortesano se atrevería á sentarse en mi presencia, ¿y habría de hacerlo yo delante de mi Dios y mi Criador?"

Yo aconsejaría á las madres que no llevasen á Misa á los pequeñuelos que, con sus lloros, pueden perturbar el silencio y distraer al sacerdote en el altar; cuando hayan llegado ya á la edad conveniente para poder estar quietos y respetuosos, entonces deben ser llevados á la Iglesia.

Para terminar, censuraré todavía otro deplorable abuso, y es el que cometen aquellas señoras y jóvenes que van á la Misa ataviadas como para ir á un baile ó al teatro. S. Juan Crisóstomo apostrofó así en cierta ocasión á una de estas jóvenes: "¿Eres acaso una desposada que va de bodas, ó bien vas á la Iglesia para hacer gala de tu hermosura y opulencia? Si vas para que Dios perdone tus pecados, ¿de qué sirve tanta elegancia? El vestido que

llevas no es el que corresponde á una pecadora arrepentida; ese lujoso peinado no te atraerá el perdón sino la cólera de Dios."

Tomás de Cantimpré refiere que un niño de siete años, que entraba en la Iglesia con su madre ricamente adornada, fijó sus ojos en el Crucifijo y dijo, señalándole con el dedo: "He aquí, madre querida, á Cristo suspendido en la cruz, desnudo y sangriento, ¿y no te avergüenzas de asistir á Misa con tan espléndidos atavíos? Mira no seas arrojada á las llamas del fuego eterno con estos vestidos tan ricos."

La Madre creyó oir la voz de Dios por boca de su inocente hijo; y apenas terminada la Misa, fué á su casa, se desnudó de sus galas, vistióse modestamente y al quedar viuda entró en un monasterio de Bernadas.

Las mujeres vanidosas que gastan lujo reprensible deberían avergonzarse á la vista de Cristo crucificado, quien desde la cruz parece como que les dice: "Mira, hija mía, estoy en esta cruz,

cubierto de sangre y lleno de llagas para expiar tus adornos y atavíos. Por cruel ironía apareces delante de mí haciendo alarde de tus riquezas y buen gusto ¿y no te averguenzas de presentarte así y de escandalizar á los fieles? Cuida de que tu lujo exagerado y tu vanidad no te arrojen al fuego del infierno.

El traje llamativo y el lujo desenfrenado excitan deseos pecaminosos aún en varones serios, ¿qué incendio, pues, no provocarán en los jóvenes lijeros y sensuales? Las mujeres así vestidas son siempre peligrosas, llaman la atención de los hombres y los distraen de los oficios divinos y así siempre son causa de pensamientos criminales.

Quien prepara un veneno para otro, comete pecado mortal aunque no lo beba aquel á quien iba destinado: lo propio sucede con las mujeres que pecan con el solo hecho de exponer á otros a la tentación: pecado que es mayor en la iglesia y en tiempo de Misa. Añade á esto ser cebo de pecado para

las demás mujeres que siempre tienden á la imitación y si les faltan recursos para trajes y modas de este quiero, se mueren de envidia.

No quiero insistir más en tan desagradable asunto; paso al último capítulo en que pretendo dar luz á tu entendimiento y moverte á devoción, exponiendo brevemente las ceremonias de la Misa y su significación.

CAPÍTULO XXXI.

De las ceremonias de la santa Misa y de su significación.

La Misa se divide en tres partes principales, á saber: el *Ofertorío,* la *Consagración* y la *Comunión.* Todas tres fueron instituidas por Jesucristo nuestro Señor.

El *Ofertorio* es la bendición y acción de gracias sobre el pan y el vino; es la oblación preparatoria de la víctima antes de su inmolación. En la Cena esta oblación se hizo cuando Je-

sús « tomó el pan en sus santas y venerables manos, dándote gracias.» (1)

La *Consagración* es la aplicación de las palabras de Jesucristo: " Este es mi cuerpo, ésta es mi sangre. " (2)

Por la consagración separada del cuerpo de Jesucristo bajo la especie de pan, la sangre de Jesucristo bajo la especie de vino, el sacerdote que es el representante de Jesucristo, realiza la mística inmolación de la víctima. La consumación de la víctima, que es ofrecida, después de su inmolación, pura é inmaculada, ante el trono de Dios es representada por la ofrenda hecha al Altísimo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, inmediatamente después de la consagración.

La *Comunión* es la consunción de las especies sacramentales.

La participación del pueblo en la víctima está representada por la comunión de los fieles en la Misa. Esta comunión tuvo lugar en la Cena cuando

---

(1) Misal. (2) Mateo XXVI, 26 y 28.

Jesús "tomó el pan y lo bendijo, y partió, y dióselo á sus discípulos diciendo: "Tomad y comed: este es mi cuerpo. Y tomando el cáliz dió gracias, lo bendijo y dióselo diciendo: Bebed todos de él; porque ésta es mi sangre." [1]

§ 1. — De la Misa de los "Catecúmenos."

La parte de la Misa desde el comienzo al Ofertorio, se llama Misa de los *Catecúmenos* porque en otro tiempo los Catecúmenos, es decir, los que, instruidos en la fe, no estaban todavía bautizados, podían asistir á ella.

Llegado al altar, el sacerdote hace genuflexión ó bien inclinación de cabeza, según que el Santísimo Sacramento esté ó no en el tabernáculo. Sube las gradas del altar, coloca el cáliz sobre el corporal, abre el Misal, se detiene un instante en medio del altar para empaparse del espíritu de Jesucristo que se humilló hasta tomar la forma de esclavo. Baja del altar, se in-

(1) Mateo XXVI, 26 y 27.

clina ó hace genuflexión, y comienza la Misa por la señal de la cruz que le recuerda la grandeza y santidad del nombre bajo el cual va á celebrar los santos misterios.

Después, alternando con el ayudante, dice el salmo « Judica me » que contiene todos los sentimientos de temor, deseo y confianza de que su alma y la del pueblo deben estar penetrados en este momento.

Juntas las manos y profundamente inclinado, dice el *Confiteor*, que repite el ayudante. Ambos se golpean el pecho para expresar el dolor de haber pecado y manifestar que desean hacer pedazos su corazón para que Dios les creara un corazón nuevo.

Sube al altar y lo besa por el amor de Jesucristo que va á ser sacrificado. Expresa también su veneración por los gloriosos mártires de Jesucristo cuyas reliquias están allí encerradas y cuya intercesión implora.

En las misas solemnes, se inciensa entonces el altar. Según Santo Tomás,

el incienso es la imagen de la gracia y de los dones del Espíritu Santo, y pone de relieve los sentimientos de nuestra adoración. Como el humo del incienso deben subir al Cielo nuestras oraciones.

Se inciensa también al sacerdote, por respeto á su dignidad y para indicar que debe distribuir, por su virtud y por sus obras «el buen olor de Jesucristo.»

Sigue el *Introito,* que consta ordinariamente de un versículo de la sagrada Escritura y de un salmo; varía según la época y la festividad. Al terminarlo por el *Gloria Patri* etc., el sacerdote adora á la Santísima Trinidad y hace votos para que todos los hombres conozcan, amen y sirvan al Señor.

Recita entonces alternando con el ayudante el *Kyrie eleison*, palabra griega que significa: "Señor, ten misericordia de nosotros." Este es el comienzo de las súplicas de la santa Misa.

Al *Kyrie* sucede el *Gloria,* uno de los cánticos más antiguos usados por la Iglesia. Tan profundamente se respetaba este himno que sólo se cantaba los domingos y días de fiesta, ó cuando celebraba el obispo; á los sacerdotes no se les permitía decirlo en el altar más que el día de Pascua.

Desde el año 1000 desapareció esta prohibición, y lo recitan todos los celebrantes, excepto en Adviento, Cuaresma y en la Misa de difuntos.

Terminado el *Gloria,* el sacerdote besa el altar, y vuelto hacia el pueblo dice: *Dominus vobiscum. — Et cum spiritu tuo,* responde el pueblo por boca del ayudante. Esta salutación se repite ocho veces, para renovar la unión entre el celebrante y el pueblo.

El sacerdote va entonces al lado de la epístola é, inclinando la cabeza hacia el crucifijo, dice: *Oremus,* y recita la oración llamada *Collecta,* del latín *colligere, recoger, reunir,* porque las súplicas de la Iglesia y de los fieles son, por decirlo así, reunidas por el

sacerdote, y presentadas todas juntas á Dios.

Esta oración varía según las solemnidades, los misterios y las épocas del año. Termina con la fórmula *Per Christum Dominum nostrum,* por Jesucristo Nuestro Señor, porque El es nuestro mediador y nuestro Pontífice, el único que merece ser escuchado. El pueblo responde: *Amen,* así sea, para significar que el sacerdote ha expresado lo que el pueblo desea.

Al *Dominus vobiscum* y al *Oremus* el sacerdote extiende y eleva un poco las manos para indicar que espera de lo alto el cumplimiento de sus deseos. Juntar las manos es una señal de humildad, por la que se renuncia á la fuerza propia para entregarse completamente al Señor. Durante la *Collecta,* el sacerdote debe tener los brazos extendidos en memoria de nuestro Señor que rogó por nosotros con los brazos extendidos en lo alto de la Cruz. Los primeros cristianos oraban de esta misma manera.

Después de la *Collecta* y de las otras oraciones llamadas *Memorias* ó *conmemorationes* sigue la *Epístola,* del latín *epistola, carta,* porque frecuentemente se toma de las cartas de los apóstoles, y á veces del Apocalypsis de S. Juan. Raras veces se toma del antiguo Testamento. El pueblo lleno de gratitud, dice al final: *Deo gratias.* Gracias sean dadas á Dios por todo lo que acabamos de aprender.

Después de la *Epístola*, la Iglesia manda leer algunos versículos de un salmo, llamado *Gradual,* porque en el siglo IX eran cantados sobre las gradas del coro alto, ó tribuna, especie de púlpito levantado en el coro, al cual se subía por varias escaleras situadas á ambos lados. Entretanto el diácono se disponía á cantar el Evangelio.

Al Gradual sucede, desde Pascua hasta Septugésima, el *Alleluia,* palabra hebrea que significa *alabanza á Dios;* y, desde Septuagésima hasta Pascua, el *Tracto,* así llamado porque se canta so-

bre nna grave melodía, sin repetición alguna ni interrupción.

En la Pascua y en Pentocostés y durante sus octavas, así como en la festividad del Corpus, se añade al *Alleluia*, ó al Tracto un himno llamado *Sequentia*, que se une á las notas del *Alleluia*.

Una *Sequentia* parecida se dice también en la Misa de difuntos: *Dies iræ*, y en la fiesta de los siete Dolores de la Santísima Virgen: *Stabat Mater*, aunque no haya *Alleluia*. A estos himnos se les llama también *Prosa*, es decir, discurso libre, que difiere del verso por su estructura.

Sigue la lectura del *Evangelio*. Esta lectura divina va acompañada de ceremonias revestidas de especial gravedad. Profundamente inclinado, el sacerdote dice en medio del altar el *Munda cor meum:* Oh Dios, purificad mi corazón y mis labios, para que dignamente anuncie tu Evangelio.

En las misas solemnes, el diácono reza esta oración de rodillas sobre la

última grada del altar; se levanta después, toma el libro del Evangelio como si lo recibiera de manos de Jesucristo, y de rodillas ante el sacerdote le pide la bendición. En las misas ordinarias el sacerdote pide esta bendición á Dios.

El diácono, una vez ha saludado el altar y al sacerdote, eleva el libro de los Evangelios, como para advertir á los fieles que se levanten á saludar este santo libro é indicar que están prontos á seguir los caminos de la ley. Entonces el celebrante va al lado derecho del altar, para recordar que el Evangelio ha sido rechazado por los judios y confiado á los gentiles. El diácono se vuelve hacia el norte ó el Aquilón, porque, según S. Gregorio, el norte indica la gentilidad. Sacerdote y diácono se vuelven hacia este lado, porque la luz del Evangelio y el ejemplo de Jesucristo deben disipar las tinieblas del paganismo.

Esta es también la significación de las luces que se colocan á ambos la-

dos del libro de los Evangelios, mientras que el incienso indica nuestra profunda veneración por la palabra santa. La lectura ó el canto del Evangelio comienzan después del *Dominus vobiscum* por estas palabras: *Sequentia sancti Evangelii secundum... N...* (se nombra el evangelista de donde está tomado el pasaje.) El pueblo contesta: *Gloria tibi Domine,* «Gloria te sea dada, oh Señor».

El diácono ó el sacerdote hace la señal de la cruz sobre el libro donde el pasaje comienza, para que esta lectura nos cause una impresión saludable, y á continuación sobre sí mismo; todos los asistentes la hacen sobre su frente, boca y pecho, como lo hacían los cristianos antiguos al comenzar sus actos. Sobre la frente, para que Dios abra su espíritu al sentido del Evangelio; sobre la boca, para obtener la gracia de confesarle con sus palabras; sobre el pecho, para que en él se grabe profundamente.

Al fin del Evangelio se responde:

Laus tibi, Christe. Dése alabanza á ti, oh Cristo. El sacerdote besa el libro en señal de respeto á la palabra de Dios y para expresar que ella nos proporciona la gracia de la reconciliación.

Tal es la significación de las palabras: *Las palabras del Evangelio borren nuestros pecados.*

Desde los tiempos más remotos, á la lectura del Evangelio sigue, en los domingos y días festivos, una explicación de la palabra de Dios; la *plática* ó el *sermón.*

Terminada esta instrucción, se hacía salir á los Catecúmenos, y se recitaba el *Credo,* llamado también *símbolo* ó signo de la fe, porque servía para distinguir á los cristianos de los que no lo eran. El *Credo* se dice todos los domingos, en las fiestas de los apóstoles y de los doctores, durante sus octavas y en algunas otras fiestas. Es como el fruto del Evangelio y sirve como de transición al Ofertorio, porque, sin una fe viva, no podríamos asistir dignamente á los santos misterios.

§ 2. — Del Ofertorio.

Los Catecúmenos salían de la Iglesia, y entonces se celebraba el oficio llamado simplemente *Misa* ó *Misa de los fieles*.

Después del Credo, el sacerdote besa el altar, se vuelve hacia el pueblo y le dice: *Sea el Señor con vosotros*. Luego agrega: *Oremos*, para despertar la atención, puesto que va á comenzar el santo sacrificio. El versículo que precede inmediatamente á la oblación, con el nombre de *Ofertorio*, está tomado de la sagrada Escritura y aplicado á la fiesta del día. El sacerdote descubre entonces el cáliz, coloca la Hostia sobre la patena, la eleva y suplica al padre celestial se digne aceptar con agrado esta ofrenda inmaculada. Ofrece el pan y el cáliz, teniéndolos elevados para significar nuestra ascensión hacia el cielo y porque en el antiguo Testamento se ofrecían las víctimas teniéndolas elevadas. Eleva igualmente los ojos para indicar su

intención de ofrecer, pero los baja inmediatamente por el sentimiento de su indignidad.

Acabada la oración de la oblación, hace la señal de la cruz sobre el corporal con la patena, sobre la cual está la Hostia para significar el sacrificio sangriento de la cruz que va á renovarse sobre el altar.

Después, el sacerdote va al lado de la epístola, echa el vino en el cáliz, bendice el agua de la cual echa algunas gotas en el cáliz pidiendo á Dios nos conceda, por el misterio que representa la mezcla del agua y del vino, el participar de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo. El sacerdote bendice el pan y el vino, porque representa á Jesucristo, fuente de toda bendición; bendice el agua, figura del pueblo fiel, que necesita ser purificado por Jesucristo. La mezcla del agua y del vino es una imagen de la unión de la Humanidad con la Divinidad en la persona de Jesucristo.

Regresa al medio del altar el sacer-

dote, eleva el cáliz y pide á Dios acepte esta copa saludable por nuestra salvación y la de todo el mundo. Termina esta oblación haciendo la señal de la cruz con el cáliz sobre el corporal, donde lo coloca cubriéndolo con la palia. El pan es llamado *Hostia inmaculada* y el cáliz, *cáliz de salvación* por respeto á lo que vienen á ser después de la consagración.

Inclinado sobre el altar, se humilla el sacerdote orando en la presencia de Dios; se levanta lleno de confianza, y extendiendo las manos hacia el Cielo, ruega al Espíritu Santo derrame su bendición sobre este sacrificio.

En las misas solemnes se inciensa entonces la oblata, el altar y el sacerdote. La nube de humo del incienso que envuelve el altar recuerda la majestad del Señor que, muy pronto descenderá de los cielos. Así llenó con su presencia el templo de Jerusalén para declarar que los sacrificios y las oraciones le eran agradables.

Termina el sacerdote la preparación

de la ofrenda lavándose las manos, al lado de la epístola, mientras recita el salmo XXV. Se recuerda al sacerdote y al pueblo que deben presentarse ante el Señor con las manos puras y un corazón inocente. El sacerdote vuelve en seguida al medio del altar y, profundamente inclinado, hace, teniendo las manos juntas, una segunda oblación del pan y del vino. Besa luego el altar é invita al pueblo á que se una á él diciendo: *Orate fratres:* Orad, hermanos.

Después de la respuesta del pueblo, el sacerdote dice *Amen,* y reza á continuación la oración llamada secreta ó sea, oración en voz baja. Luego levanta la voz y dice: "Por los siglos de los siglos." Por esta exclamación invita al pueblo á unirse á él y á responder *Amen.* Este es el comienzo del *Prefacio.*

El sacerdote, repetido una vez más el *Dominus vobiscum* y convencido de la atención del pueblo por la respuesta: *Et cum spiritu tuo* le exhorta á elevar

su corazón: *Sursum corda, elevad vuestros corazones.* El pueblo responde unánimemente que su corazón está elevado al Señor: *Habemus ad Dominum.* El sacerdote, levantando los ojos al cielo, le invita á unirse á él para dar gracias á Dios.

Mas las alabanzas de labios mortales son débiles é imperfectas, por lo cual las une al cántico de los coros celestiales, y transportado de un santo entusiasmo, exclama con ellos:

"*Sanctus, Sanctus, Sanctus, Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejercitos. Llenos están los Cielos y la tierra de tu gloria; Hosanna en las alturas. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.*"

§ 3. — De la Consagración.

Las oraciones posteriores al *Sanctus* y anteriores al *Pater noster,* reciben el nombre de *Canón* ó *regla,* porque son invariables. Se recitan en voz

baja para indicar los inefables misterios que acompañan, de los cuales el más profundo es la consagración.

El sacerdote comienza el *Canon* alzando al cielo los ojos y las manos para imitar á Jesucristo que levantaba sus ojos al cielo antes de realizar sus milagros: luego los baja, besa el altar, se levanta, y, á semejanza de Moisés, ora con los brazos extendidos.

En esta oración se pide una vez más al Padre celestial que acepte con complacencia los dones que le ofrecemos. Después de esta oración general viene la petición particular para aplicar los frutos del santo sacrificio á la Iglesia, al Papa, al Obispo y á todos los que profesan la fe católica y apostólica. Se ruega también al Señor se acuerde de sus siervos y siervas N. N., de todos los asistentes, de los que hacen celebrar el santo sacrificio como de aquellos por quienes se celebra.

Sigue el *Memento* de la Iglesia triunfante de los bienaventurados, de la Virgen María que nos ha dado á

Aquel que va á descender sobre el altar.

En el antiguo Testamento, el sacerdote sacrificador, antes de inmolar la víctima, extendía las manos sobre ella implorando el perdón y la remisión de los pecados, así como los bienes corporales y espirituales. Imitando esta costumbre, el sacerdote del nuevo Testamento, antes de la inmolación mística del Divino Cordero, extiende igualmente sus manos sobre los dones ofrecidos y pide para ser agradable á Dios que "nos deje vivir en su paz durante la vida presente, nos libre de la condenación eterna, y nos ponga en el número de los elegidos."

El sacerdote se transporta en espíritu á la Cena en que Jesucristo instituyó el santo sacrificio y hace lo que entonces hizo Jesús.

Jesucristo desciende sobre el altar, el sacerdote se arrodilla, le adora y luego le muestra á los fieles, elevando sucesivamente la santa Hostia y el cáliz sobre su cabeza.

Al pueblo se le advierte la presencia del Señor con el toque de una campanilla. Abismado en sentimiento de amor y de humildad, saluda, prosternado, al Salvador. ¡Oh Jesús! haced que yo viva por vos, que muera en vos y que esté siempre con vos en la vida y en la muerte.

"Concedednos, Cordero de Dios, la paz aquí abajo y compadeceos de nosotros."

En presencia de la inocente víctima, el sacerdote pide á Dios Padre, con nuevo ardor, que acepte esta ofrenda y conceda, por su amor, gracia á los vivos, y á los muertos el lugar de refrigerio, de luz y de paz. El sacerdote interrumpe entonces el silencio solemne diciendo con voz más alta, para fijar la atención de los concurrentes y golpeándose el pecho: "*Nobis quoque peccatoribus: también á nosotros pecadores*" (y continúa en voz baja) "siervos tuyos que esperamos en la abundancia de tus misericordias, dígnate dar-

nos alguna parte y compañía con tus santos apóstoles y mártires."

Aquí termina la oración del Canon con la conclusión: *Por Jesucristo nuestro Señor*, á la cual se añaden palabras de alabanza y bendición: "por el cual creas siempre, Señor, todos estos bienes, los santi✠ficas, los vivi✠ficas, los ben✠dices y nos los repartes. Por el✠ mismo y con el✠ mismo y en el✠ mismo, á ti, Dios Padre ✠ todopoderoso en unidad del Espíritu ✠ Santo, te pertenece toda honra y gloria. Por todos los siglos de los siglos. Amén."

Mientras dice esta conclusión, el sacerdote sostiene la santa Hostia sobre el cáliz, elevándolo un poco en señal de alabanza: aquí termina el Canon y comienza la tercera parte de la Misa.

§ 4. — De la Comunión.

Por la *Consagración* Jesucristo se inmola por nosotros; saludemos pues á Dios como nuestro padre, Padre amorosísimo que escucha nuestras oraciones, y tenemos derecho á participar por la santa Comunión. Esta hambre y sed de la santa Eucaristía se expresa en la petición del "*Pater Noster*": *El pan nuestro de cada día dánosle hoy.*

El *Pater noster* se dice con las manos extendidas y en voz alta para invitar á los fieles á recitarlo simultáneamente. El sacerdote pronuncia en voz baja el *Amen,* y entonces pide á Dios nos libre de todo mal pasado, presente y futuro; por la intercesión de la bienaventurada Virgen María y de todos los santos. Entretanto se santigua con la patena, la besa, y coloca en ella el cuerpo del Señor. Adora de hinojos la santa Hostia, la parte, como Jesús partió el pan en la última Cena, y deja caer en el cáliz la porción de la santa Hostia que tiene entre los dedos.

La separacion de las dos especies representa la muerte del Señor; la reunión del cuerpo y de la sangre, por la mezcla que de las dos especies se ve-

rifica en el cáliz, significa su gloriosa resurección.

Hasta aquí el sacerdote dirigía todas sus oraciones á Dios Padre; pero ahora ruega á Jesucristo Salvador repitiendo tres veces: *Agnus Dei, Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.*" Se golpea el pecho diciendo: *Ten misericordia de nosotros,* y, á la tercera vez, en lugar de estas palabras dice: *Danos la paz.*

En las misas solemnes se da entonces el beso de paz entre el celebrante, sus ministros y todos los clérigos. En los primeros siglos de la Iglesia, hacíanlo también los fieles; los hombres daban el beso de paz á los hombres, y las mujeres á las mujeres. Esto podría practicarse fácilmente, estando separados ambos sexos.

Servía esta ceremonia para hacer revivir y fomentar en sus corazones la caridad necesaria para aproximarse al Sacramento del amor del que todos participamos.

He aquí finalmente el instante en que el santo sacrificio va á consumarse por la comunión del sacerdote. Profundamente inclinado, fija su mirada sobre la santa Hostia, acaba de prepararse para la comunión con oraciones por todo extremo enternecedoras. Tomando á continuación entre sus manos la santa Hostia, y sobrecogido de respeto en presencia de este adorable cuerpo, dice golpeándose el pecho: "*Domine, non sum dignus*": *Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa; pero mándalo con tu palabra y mi alma será sana.*

Estas son las palabras del Centurión, cuya fe admiró el mismo Jesucristo. Luego comulga, es decir, se une al cuerpo y á la sangre de Jesucristo consumiendo las santas especies. A continuación distribuye el cuerpo del Señor á los fieles haciéndoles partícipes del santo sacrificio de la manera más perfecta posible.

Después que el sacerdote ha sumido la Preciosa Sangre, purifica el cáliz, y,

teniendo sus pulgares y la extremidad de los dedos que han tocado la santa Hostia sobre el cáliz, para que puedan recibir el agua y el vino derramados por el ayudante, los purifica igualmente. Durante esta ablución, recita oraciones relacionadas con la recepción del Señor.

Va enseguida hacia el misal que ha sido colocado al lado de la epístola y lee la antífona de la *Comunión*. Besa el altar, se vuelve y saluda al pueblo diciendo: *El Señor sea con vosotros*, y luego dice la *Post-communión*. Tal es la solemne acción de gracias que la Iglesia dirige á Dios por la dicha inefable á que se la ha admitido participando de los santos misterios; hace también votos para conservar el fruto. Estas oraciones comienzan por la palabra *Oremus*, que el sacerdote reza teniendo las manos elevadas; su número depende del número de oraciones de la *Collecta* y de la *secreta*.

Finalmente, el sacerdote saluda por última vez al pueblo con el *Dominus*

vobiscum, y, después de la respuesta, le despide con las palabras: *Ite, Missa est*: "*Idos, se acabó la Misa*," á las cuales los asistentes responden *Deo gratias*.

Así termina la Misa, porque lo demás ha sido agregado en el transcurso de los siglos.

Hoy el *Ite, Missa est* se dice en todas las misas en que hay *Gloria*. Los días de ayuno, de feria y de penitencia, se sustituye con el *Benedicamus Domino*. El sacerdote bendice todavía á la concurrencia y recita al lado del Evangelio el principio del Evangelio de S. Juan. Como en el *Credo*, dobla su rodilla al mencionar la Encarnación del Hijo de Dios; y al final, agradecido porque Dios se ha dignado revelarse á los hombres y salvarles, exclama el pueblo: *Deo gratias*.

§ 5. — Ceremonias de la Misa de difuntos.

Las ceremonias de la Misa de difuntos difieren en muchos puntos de

las de la Misa ordinaria. Indicaremos brevemente estas diferencias.

Al principio, el sacerdote suprime el salmo *Judica me*, porque este salmo expresa la alegría de entrar en la casa del Señor, mientras que la Iglesia se aflige con la idea de que sus hijos están todavía desterrados en el purgatorio y no pueden entrar en el Cielo.

En el *Introito*, el sacerdote no hace la señal de la cruz sobre sí mismo, como si allí estuviera el difunto por cuyo reposo eterno él hace votos. Nada de *Gloria Patri*, ni ahora ni en el salmo *Lavabo* recitado durante la ablución de los dedos, porque también esto constituye una expresión de alegría.

Por la misma razón se omite el *Gloria in excelsis*. Las pobres almas no pueden todavía estar con los coros de los ángeles alrededor del trono del Cordero para cantar su gloria.

El regocijador *Gradual* y el *Alleluia*, son reemplazados por el *Tracto* para pedir la remisión de las penas y la luz eterna para los difuntos. La Se-

cuencia *Dies iræ*, es un llamamiento conmovedor á la divina misericordia.

Antes del Evangelio, el sacerdote no dice la bendición al final del *Munda cor meum*, y en las Misas solemnes, el diácono se abstiene, en señal de duelo de pedir la bendición al sacerdote, no se llevan los ciriales al púlpito ni el sacerdote besa el libro al volver el diácono. Tampoco éste ha besado la mano del sacerdote después de haber tomado el libro que está sobre el altar; porque todas estas ceremonias son honoríficas.

Tampoco hay *Credo*. La Iglesia militante se aflige porque las almas, en cuyo sufragio ofrece el santo sacrificio no pueden gozar aún de la bendición entera de la palabra de Dios y ser admitidas á la paz eterna.

El sacerdote no bendice el agua. El agua representa á los fieles, y los difuntos no están ya bajo la jurisdicción de la Iglesia, sino en poder de la justicia divina.

Al *Agnus Dei*, en lugar del *Mise-*

rere nobis, se dice *Dona eis requiem* y á la tercera vez, se agrega *sempiternam.* Por este triple voto les deseamos la remisión de las penas, la gloria del alma y la gloria del cuerpo que completará su felicidad. La oración y el beso de paz se suprimen porque sólo se refieren á la Iglesia militante.

En lugar del *Ita Missa est,* se dice: *Requiescant in pace: Descansen en paz.* — *Amen,* responde el pueblo.

No hay bendición del sacerdote, porque el fruto y las bendiciones del santo sacrificio se aplican particularmente á los difuntos.

CONCLUSION.

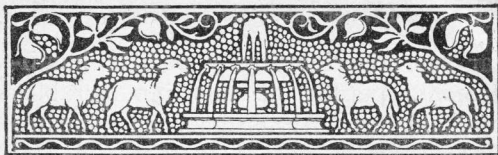
He terminado, lector querido. Al dejarte, permíteme que te dirija un humilde pero insistente ruego: abre con frecuencia este pequeño tratado, léelo y vuélvelo á leer con atención. Así aumentará tu amor hacia el santo sacrificio y la víctima divina, porque cada día comprenderás más y más las exce-

lencias de la Santa Misa y los inmensos tesoros que acumulas asistiendo fielmente á ella. En la hora de la muerte especialmente comprenderás la bondad del Señor para con aquellos que han honrado los sagrados misterios del altar, mientras que los indiferentes y los tibios, apreciarán con un arrepentimiento tan amargo como inútil todo el daño que ellos han causado á sus intereses eternos.

Ruego á Dios por la intercesión de nuestro Señor Jesucristo, su único Hijo, y por la virtud del Espíritu Santo que ilumine la inteligencia y fortifique la voluntad de los que lean estas páginas para que se aprovechen de este trabajo mío y me hagan á mí, pobre pecador, partícipe de sus oraciones en el santo sacrificio.

A. M. D. G.

La Muerte de Cristo es la caja de candales y la Misa la llave para abrirla.

(P. Segneri.)

Tres modos de oir devotamente la Santa Misa. (1)

I.

Para unirse, oyéndola, al Sagrado Corazón de Jesús.

OFRECIMIENTO.

Os pido, mi buen Jesús, que en este santo sacrificio ofrezcais mi corazón en unión del vuestro á honra y gloria de vuestro Padre Celestial: dadme una atención contínua, un respeto profundo, una fe viva, y una tierna devoción durante el adorable sacrificio para adorar debidamente, bendecir y dar gracias á la Santísima Trinidad por todos los beneficios recibidos; y para implo-

(1) Son también los capítulos XXIII, § 1, XXVIII y XXXI del texto del Autor.

rar sus misericordias y pedirle humildemente perdón de mis innumerables infidelidades. Abrasadme en vuestro amor á fin de que el sacrificio de mi corazón os sea agradable.

EL SACERDOTE AL PIE DEL ALTAR.

Vos sois, divino Jesús, la víctima cargada de todas las iniquidades del mundo; vos las llorasteis amargamente; las expiasteis con los más horribles tormentos y con la muerte más cruel. Yo vengo á mezclar mis lágrimas con las vuestras; confieso delante de vos, y en presencia de María, la más pura de las vírgenes, y de todos los santos, que he pecado gravemente, que mis ingratitudes son las que han atravesado vuestro corazón, y os han llevado al Calvario. ¡Oh Dios, Salvador mío! por vuestras lágrimas, por vuestra agonía en el huerto de los Olivos, por vuestra preciosa sangre, y por la llaga de vuestro corazón, perdonadme y concededme la remisión de todas mis iniquidades.

EN EL INTROITO.

Adoremos al Corazón de Jesús, que tanto nos ha amado, postrémonos en su presencia, y lloremos los pecados de que nos hemos hecho culpables.

Concedednos, Señor, un corazón contrito y humillado, y que el homenaje de nuestras adoraciones os sea tan agradable, cual si os ofreciésemos millares de víctimas.

EN LOS KYRIES.

Padre infinitamente misericordioso, tened misericordia de vuestros hijos. Jesús inmolado por nosotros, aplicadnos los méritos de vuestra preciosa sangre. Espíritu Santo, Dios santíficador, descended á nuestros corazones y abrasadlos en vuestro amor.

EN EL GLORIA IN EXCELSIS.

¡Qué felicidad la nuestra, oh Jesús! por haberos dignado habitar en medio de nosotros, y haber tenido á bien ofrecernos una morada en vuestro divino

corazón. Permitid, Señor, que juntemos nuestras voces á las de los ángeles, para daros gracias por tan señalado favor, y que digamos con ellos: ¡Gloria á Dios en las alturas! Padre omnipotente, nosotros os alabamos, os bendecimos, os adoramos, os tributamos mil acciones de gracias por los beneficios de que incesantemente nos colmáis, ¡oh Cordero sin mancha, que borráis los pecados del mundo, tened misericordia de nosotros! vos solo sois santo, solo vos sois Señor, que reináis con el Padre y el Espíritu Santo en la gloria, y que merecéis en la tierra todos nuestros homenajes. Amén.

EN LAS ORACIONES.

Divino Jesús, fuente inagotable de todos los bienes, abridnos, como rendidamente os suplicamos, el interior de vuestro corazón, á fin de que, después que hayamos entrado por una piadosa meditación en ese augusto santuario del divino amor, fijemos en él nuestros corazones para siempre, por ser el lugar donde encuentran el reposo y felicidad las almas santas; oh Vos, que siendo Dios, vivís y reináis por todos los siglos de los siglos. Amén.

EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS
(Cap. 12)

Hermanos: cada uno de nosotros tiene dones diferentes, según la gracia que le ha sido concedida; por lo cual el que ha recibido el don de profecía, úselo según la regla de la fe; el que ha sido llamado al ministerio de la Iglesia, dedíquese á su ministerio; el que ha recibido el don de enseñar, aplíquese á enseñar; el que ha recibido el don de exhortar, exhorte; el que reparte limosna, déla con sencillez; el que preside y gobierna, hágalo con vigilancia; el que hace obras de misericordia, hágalas con apacibilidad y alegría. El amor sea sin fingimiento. Tened horror al mal, y aplicaos perennemente al bien. Amaos recíprocamente con ternura y caridad fraternal. Procurad anticiparos unos á otros en las señales

de honor y deferencia. No seáis flojos en cumplir con vuestro deber; sed fervorosos de espíritu, acordándoos que es el Señor á quien servís. Alegraos con la esperanza del premio: sed sufridos en la tribulación; asiduos en la oración; caritativos para aliviar las necesidades de los fieles; sed prontos para ejercer la hospitalidad. Bendecid á los que os persiguen; bendecidles y no les maldigáis. Alegraos con los que se alegran, y llorad con los que lloran. Estad siempre unidos en unos mismos sentimientos y deseos. No blasonéis de cosas altas, sino acomodaos á lo que sea más humilde.

EN EL GRADUAL.

Abranse nuestros corazones en presencia del Señor, corran noche y día las lágrimas de nuestros ojos, elevemos nuestras manos al cielo.

Perdonad á vuestros hijos, oh Corazón de Jesús, no permitáis que caiga en el oprobio vuestra herencia; salvadnos, y no cesaremos nunca de cantar vuestra misericordia.

EVANGELIO SEGUN SAN MATEO.
(Cap. V.)

En aquel tiempo viendo Jesús á un numeroso gentío, se subió á un monte, donde, habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos, y abriendo su boca divina, les adoctrinaba diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los que tienen puro su corazón. porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el

reino de los cielos. Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos entonces y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos.

MIENTRAS EL SACERDOTE REZA EL CREDO.

Creo, oh Dios mío, todas las verdades que habéis revelado á vuestra Iglesia, y quiero vivir y morir en el sentimiento de esta fe. Haced, Señor, que mi vida sea conforme á mi creencia, que jamás me avergüence de manifestarme católico, y que defienda constantemente los intereses de nuestra santa religión.

¡Oh Iglesia romana! las grandes persecuciones por las cuales has pasado, y estás pasando, lejos de debilitar mi fe, no hacen más que robustecerla, puesto que tu divino esposo las predijo. Ah ¡cuán dignos son de lástima los que se separan de ti! Yo te prometo una adhesión inviolable. Estrechad, Señor, más y más los lazos que me unen á vuestra santa Iglesia; poned en mi corazón una docilidad perfecta hacia mis pastores legítimos. En su seno empecé á ser hijo vuestro, y en su mismo seno quiero vivir y morir. Así sea.

EN EL OFERTORIO.

Eterno Padre, os ofrezco el sacrificio que de sí mismo os hizo sobre la cruz y se renueva ahora sobre este altar, vuestro amado hijo Jesús, y os lo ofrezco en nombre de todas las criaturas con las misas que se han celebrado y se celebrarán en todo el mundo para adoraros y daros el honor que merecéis, para daros las debidas gracias por vuestros innumerables beneficios, para aplacar vuestra ira, encendida y provocada por tantos pecados nuestros y daros digna satisfacción y para suplicaros por mí, por la Iglesia, por todo el mundo y por las benditas almas del purgatorio

Esta oración puede rezarse en este lugar ó en otro cualquiera de la Misa para ganar las indulgencias concedidas por Pio IX en Breve de 11 de abril de 1860 y son: una indulgencia de tres años, una vez al día, y una indulgencia plenaria una vez al mes en el día que elijan los fieles que la habrán rezado todos los días. Condiciones: confesión, comunión, visita de una Iglesia ú oratorio público, según la intención del Sumo Pontífice. Según declaración de la S. C. de I., de 5 de Mayo de 1890, los sacerdotes pueden ganar dichas indulgencias, rezando el ofrecimiento antes de celebrar la santa Misa.

DESDE EL OFERTORIO HASTA EL PREFACIO.

El pecado nos había hecho enemigos de nuestro Dios; pero Jesucristo con su muerte nos reconcilió con su divino Padre. Esta reconciliación se ha verificado en su corazón adorable. ¡Oh alma mía, cuánto nos ha amado Jesucristo! ¡A qué precio nos ha rescatado! No lo hizo ni con oro ni con riquezas, sino derramando voluntariamente su sangre; sacrificóse todo por nosotros; así, pues, no vivamos más que para él, é inmolémonos con él.

Vos queréis, oh Jesús, que yo sea una víctima de amor, enteramente consagrada á vuestro corazón divino: pues bien, éste es el más ardiente de mis deseos. Vuestros beneficios son infinitos. Vos habéis roto los hierros de mi esclavitud; me habéis adoptado por hijo vuestro; me habéis admitido á vuestra mesa; me habéis dado entrada en vuestro divino corazón, y ahora mismo á pesar de mis continuas prevaricaciones, me estáis preparando una eterna felicidad. ¿Cómo podría olvidar tantos beneficios?

¡Ah! quiero publicar vuestras misericordias, y amaros siempre con todo el ardor de mi corazón; mas ¡ay, mi corazón, oh Dios mío! no tiene bastante amor, ni fervor, para haceros de él una ofrenda digna de vos. ¿Qué es, pues, lo que podré ofreceros? A vuestro Hijo, sí, este Hijo, el objeto más digno de vuestras complacencias, va á suplir mi insuficiencia; dirigid vuestros ojos sobre esta divina ofrenda.

EN EL PREFACIO.

Elevad, Señor, elevad vos mismo mi corazón hacia vos. Nada de pensamientos profanos; nada de afecciones terrenas. Haced que esté todo en el cielo, donde recibe vuestro corazón tan dignas adoraciones, y en el altar donde pronto vais á poneros sacramentado. Mi vida es una serie no interrumpida de beneficios vuestros: que sea, pues, también una continua acción de gracias; y puesto que vais á renovar el mayer de los sacrificios, ¿por qué no he de prorrumpir en palabras de la más viva gratitud? Permitid, pues, que una mi voz á la de las inteligencias celestiales, y que de concierto con ellas diga transportado de alegria, y de admiración: Santo, santo es el Corazón de Jesús, digno objeto de las complacencias de la divinidad y de los homenajes del cielo y de la tierra. Lleno está el universo de su gloria y de su misericordia: ¡que lo esté también de su amor mi corazón eternamente!

EN EL CANON.

Dios infinitamente santo, si mis pecados os enojan y me hacen objeto de horror á vuestros ojos, fijaos en el Cordero inmaculado que va á inmolarse para borrar los pecados del mundo, y olvidad, en vista de sus méritos, mis ingratitudes. Acordaos tan solo de que he tenido la dicha de ser introducido en el corazón de vuestro divino Hijo y de que estoy estrechamente unido á él. Este corazón, infinitamente misericordioso, ha rogado por mí en el Calvario, y pronto va á ofrecerse por mí en holocausto.

¡Ojalá tuviera, oh Dios mío! toda la contrición que por mí tuvo Jesucristo, el varón de dolores, cuando abrumado bajo el peso enorme de mis pecados, y próximo á expiarlos con crueles tormentos, se deshacía en lágrimas en el huerto de Getsemaní; y cuando bañado en sudor de sangre, pedía perdón por mí á vuestra Majestad ultrajada, é imploraba vuestra miseri-

cordia con profundos sollozos y amorosos gemidos.

Yo deseo vivamenfe poseer esta perfecta contrición, y os la pido con toda mi alma. Confieso que he cometido un delito de infinita malicia ofendiéndoos, y pagando vuestros beneficios sólo con ultrajes; mas nada hay que no esté dispuesto á hacer para expiar tantos pecados, y me tendría por dichoso en poder derramar mi sangre para satisfacer á vuestra justicia.

Mas, ¿qué es lo que miro en el altar? ¿No es la santa ofrenda, próxima á convertirse en víctima, que debe reconciliarme con Dios, borrar mis pecados y abrirme las puertas del cielo? ¡Oh alma mía! Ese pan va á transformarse en el cuerpo del Hijo de Dios, y en su sangre ese vino: tan maravilloso cambio se verificará por el efecto de una sola palabra. No necesitó más que una para criar este vasto universo; una sola palabra va también ahora á obrar el mayor de los prodigios, y los renovará hasta el fin del

mundo. María, madre de Dios, espíritus bienaventurados que rodeáis el trono del Altísimo, santos y santas del cielo, venid para ser testigos del prodigio divino, prueba de su inmensa caridad para con nosotros.

Detente, alma mía, cree que Jesucristo está realmente presente en la sagrada Eucaristía. Sí, Dios mío: *Este es vuestro cuerpo; ésta es vuestra sangre.* Vos lo decís, y yo callo, creo y adoro.

A LA ELEVACION.

Salve, víctima saludable, ofrecida sobre el patíbulo de la cruz por mí y por todo el género humano.

Salve, oh sangre preciosa, que brota de las llagas de nuestro Señor Jesucristo crucificado, y que lava los pecados de todo el mundo.

Acordaos, Señor, de vuestra criatura que habéis redimido con vuestra preciosa sangre.

León XIII con rescripto de la S. C. de I. de 30 de Junio de 1893, concedió á los fieles

que rezaran esta oración, en la elevación de la santa Misa, indulgencia de 60 días una vez al día.

El sumo Pontífice Gregorio XIII con la constitución "Ad excitandum" del 10 de Abril de 1580, concedió á los fieles "indulgencia de un año" por cada vez que oraren de rodillas en cualquier lugar en que se encuentren, cuando se da la señal de la elevación del Smo. Sacramento en la Misa conventual ó parroquial; "indulgencia de dos años" por cada vez que con este objeto vayan á la Iglesia, y en el tiempo indicado adoren en ella al Smo. Sacramento.

DESDE LA CONSAGRACION HASTA EL « PATER NOSTER. »

¡Oh Jesús, víctima de vuestro amor para conmigo! Comunicadme en este momento los ardores de los santos que os han amado más tiernamente, y las llamas de los serafines que gozan de la dicha de contemplaros. Haced que llegue á mi corazón el fuego devorador que consume al vuestro, á fin de que, admirado de vuestros sentimientos, viva una vida enteramente nueva. ¡Oh Salvador mío! Vos estáis continua-

mente delante de vuestro Padre, mostrándole las cicatrices de vuestras llagas y vuestro corazón traspasado; vos vivís siempre á fin de interceder por nosotros. ¿Y no llenáis por ventura este mismo ministerio en ese altar? Atento en mis necesidades, las exponéis á vuestro Padre, y le ofrecéis vuestro corazón para apaciguar su cólera y obtenerme el perdón. ¡Oh divino intercesor! yo pongo en vuestras manos todos mis deseos, dignaos ofrecerlos á vuestro Padre. Yo os pido la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el triunfo de nuestra religión santa. Oh Jesús, que moristeis por todos los hombres, volved al seno de la Iglesia á los que se separaron de ella. Iluminad á los infieles y herejes, y bendecid los esfuerzos de los que trabajan en su conversión. Dignaos también aliviar las almas de los fieles difuntos, perdonadles sus deudas y dadles el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz, en especial tened piedad de N.

EN EL « PATER NOSTER. »

Padre mío, si es que sea permitido á un hijo culpable invocar con tan tierno nombre á un Dios ultrajado, haced que trabaje para la gloria de vuestro santo nombre; que obre en todo conforme á vuestra santa voluntad, y que suspire incesantemente por el cielo. Alimentadme, Jesús mío, con el pan celestial con que alimentáis á los hijos queridos de vuestro corazón. Que el perdón que otorgasteis á vuestros verdugos sea ejemplo del que concedo yo á todos los que me han ofendido: dadme superiores espirituales y temporales que os amen, compañeros que os sirvan fielmente; y si alguna vez me pongo en peligro de pecar, apartadme de él á fin de que no ofenda nunca á vuestro divino corazón.

EN EL « AGNUS DEI. »

Cordero de Dios que borráis los pecados del mundo, tened misericordia de mí. Concededme la paz que el mundo

no puede darme; la paz con vos por medio de una verdadera reconciliación y de una sumisión perfecta á vuestra voluntad; la paz conmigo mismo calmando mis pasiones; la paz con el prójimo por la unión de una caridad sincera con todos los hombres. Dad la paz al mundo, apagando en él las divisiones y las guerras que lo destrozan.

ORACION AL SAGRADO CORAZON EUCARISTICO DE JESUS.

Oh corazón eucarístico, oh soberano amor del Señor Jesús, que habéis instituido el augusto sacramento para habitar aquí en la tierra entre nosotros, y para dar á nuestras almas vuestra carne por manjar y vuestra sangre por bebida. Nosotros creemos firmemente, oh Señor Jesús, en el supremo amor que instituyó la Santísima Eucaristía, y aquí, delante de esta Hostia, es justo que adoremos este amor, que lo confesemos y ensalcemos como el gran hogar de la vida de vuestra Iglesia. Este amor es para nosotros una

urgente invitación. Parece que nos decís: ¡Ved cuánto os amo! Dándoos mi carne en manjar y mi sangre en bebida, quiero con este contacto excitar vuestra caridad, quiero uniros á mí, quiero realizar la transformación de vuestras almas en mí crucificado, en mí que soy el pan de la vida eterna; dadme, pues, vuestros corazones, vivid de mi vida y viviréis en Dios. Nosotros conocemos, Señor, que tal es la invitación de vuestro Eucarístico Corazón, y os damos gracias por ello, y queremos con todo el corazón responder á ella. Concedednos la gracia de penetrarnos bien de este supremo amor, por el cual, antes de sufrir, nos habéis invitado á recibir vuestro sagrado cuerpo y á alimentarnos con El. Esculpid profundamente en nuestras almas, el propósito estable de ser fieles á esta invitación. Dadnos la devoción y el respeto necesario para honrar y recibir dignamente el don de vuestro Eucarístico Corazón, que es el don de vuestro supremo amor. Haced que podamos así

con vuestra gracia celebrar efectivamente el recuerdo de vuestra pasión, reparar nuestras ofensas y debilidades, alimentar y aumentar nuestro amor á vos y conservar siempre viviente en nuestros corazones la simiente de la bienaventurada inmortalidad. Así sea.

Indulgencias aplicables á los difuntos: I. Indulgencia de 300 días cada vez que se rece dicha oración delante del Smo. Sacramento públicamente expuesto; II. Indulgencia plenaria una vez al mes, en el día que se elija, precediendo la confesión y comunión, á los que hubieren rezado todos los días dicha oración y hubieren hecho por lo menos media hora de vela al Smo. Sacramento cada semana.

(Breve del 2 de junio de 1902.)

EN LA COMUNION.

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el reposo de vuestras almas; mi yugo es suave y mi carga ligera.

EN LA POSTCOMUNION.

Nosotros hemos tenido la dicha, oh Señor, de penetrar en el santuario de

vuestro divino corazón; hacednos la merced de que logremos fijar para siempre en él nuestra morada, á fin de que podamos alcanzar la felicidad que concedéis á vuestros elegidos. Así sea.

AL DAR EL SACERDOTE LA BENDICION.

Yo no me apartaré de vos, oh amantísimo corazón de Jesús, sin que me hayáis primero bendecido. Bendecidme pues, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Derramad igualmente vuestra bendición sobre todos aquellos por quienes tengo obligación de rogaros.

EN EL ULTIMO EVANGELIO.

¡Oh Verbo eterno! que tomasteis carne mortal para hacer á los hombres hijos de Dios, yo os doy gracias por este inefable favor. ¡Ah! ¡qué dicha para mí llevar el nombre de hijo de Dios y serlo en efecto! Haced, oh Jesús mío, que conserve este hermoso título, imitando fielmente á vuestro sagrado corazón, y manifestándome lleno

siempre de amor á vuestra santa ley. Vos me dais la seguridad de que permaneciéndoos siempre fiel, seré vuestro coheredero y gozaré de la felicidad que á costa de vuestra propia sangre me alcanzasteis; esto es lo que espero, oh Señor, de vuestra misericordia.

DESPUES DE LA MISA.

¡Cuál sería mi felicidad, oh Dios mío! si al asistir al divino sacrificio, hubiere recogido todas las gracias que concedéis á los que vienen á él con una fe viva y un corazón puro! Aceptad la reparación que os ofrezco por todas las faltas de que me he hecho culpable delante de vuestros altares. Voy al presente á consagrarme á las ocupaciones que me impone vuestra Providencia. Haced que tenga siempre presente en mi espíritu vuestra paciencia para imitarla, como también vuestra obediencia á José y á María, y vuestra tierna caridad con el prójimo. Fortalecedme contra las tentaciones; pre-

servadme de todo pecado; haced que sea firme é inalterable en la fe; y en una palabra transformadme, oh Jesús mío, en vos. ¡Que vuestro corazón y el mío no formen más que uno solo en el tiempo y en la eternidad! Amén.

II.

Para oir Misa considerando la Pasión de nuestro Señor.

OFRECIMIENTO.

Padre Eterno, yo el mayor pecador de cuantos hay, confiado en vuestra infinita bondad, os ofrezco esta Misa y cuantas se han dicho desde que mi Señor Jesucristo las ordenó, y se dirán hasta el fin del mundo, y quisiera ofrecéroslas con la infinita caridad con que él la instituyó; pero con la mayor que puedo os las ofrezco puramente por vuestro amor, á gloria vuestra, en reconocimiento de vuestra Majestad infinita, confesándoos por verdadero Dios y Señor universal de toda gracia; en

memoria de su santísima encarnación, pasión y resurrección, con satisfacción de mis pecados y de todos los hombres, en hacimiento de gracias por vuestros beneficios, y por todos lo que me han hecho ó deseado algún bien ó daño, y para que seáis alabado de todos para siempre sin fin. Amén.

LLEGA EL SACERDOTE AL ALTAR.

Jesús entra en el huerto. Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo mío, que para redimir á los hombres tomasteis sobre vos la pena de sus culpas: concededme, os ruego, que en memoria de vuestros padecimientos oiga cada día Misa con la debida decencia, y experimente en mi alma dolor, sentimiento y confusión, porque por mis pecados vos, oh Señor mío, vais á la pasión.

AL COMENZAR LA MISA.

Jesús ora en el huerto. Señor mío Jesucristo, que me enseñasteis á perseverar en la oración cuanto más arrecian las tribulaciones y desamparos:

confortadme con vuestra gracia, para hacer contra la desolación y vencer las tentaciones que me impiden hacer con fervor y exactitud los ejercicios de piedad que son necesarios para mi alma y sin los cuales no podría perseverar dignamente y sin peligro en vuestro servicio.

A LA CONFESION GENERAL.

Jesús se postra y suda sangre. Señor mío Jesucristo, que orasteis al Padre con profunda reverencia y humildad interior y exterior; concededme que cuando hable mental ó verbalmente con Dios nuestro Señor ó con sus santos, esté con la debida reverencia; y por el sudor de sangre tan copioso que empapadas ya las vestiduras, corría hasta la tierra, dadme lágrimas y pena interna de tanta pena como vos pasasteis por mí.

AL SUBIR EL SACERDOTE AL ALTAR.

Jesús es entregado por Judas. Señor mío Jesucristo, verdaderamente

manso y humilde de corazón, pues con tanta blandura tratasteis al infame Judas, que os besaba como discípulo y amigo para entregaros á vuestros enemigos; si en la claridad de vuestra sabiduría infinita vierais que yo os he de hacer traición como Judas, abandonando, tergiversando ó dudando de la fe, encarecidamente os pido me quitéis la vida antes que cometa tan horrendo crimen.

AL INTROITO Y KYRIES.

Jesús es llevado preso á casa de Anás y de Caifás. Señor mío Jesucristo, que siendo la misma inocencia y santidad, quisísteis ser juzgado como reo por jueces inícuos, dadme tan claro conocimiento de mis culpas, que me considere en vuestra presencia como un pecador grande y encadenado que voy atado como en cadenas á parecer delante de vos, sumo juez eterno, avergonzado y confundido por haberos ofendido tanto después de recibir de vos muchos dones y muchas mercedes.

AL GLORIA.

Jesús es negado por Pedro. Señor mío Jesucristo, angustiado por la cobardía con que os negó el discípulo escogido para príncipe de los Apóstoles; concededme que sea dócil en instruirme de guardarme de las ilusiones del demonio en mis resoluciones y acciones, y defenderme de todas las tentaciones, poniendo en práctica los medios que mi confesor me diere para vencerlas, y robustecer mi alma en la virtud, para que así me baje y así me humille, cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca á la ley de Dios nuestro Señor: de tal suerte que aunque me hicieren señor de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la propia vida temporal no sea en deliberar de quebrantar un su mandamiento, ya divino, ya humano, que me obligue á pecado mortal.

A LAS ORACIONES.

Jesús mira á Pedro y le convierte. Señor mío Jesucristo, que con una mi-

rada amorosa trocasteis el corazón de Pedro y arrancasteis de sus ojos lágrimas de verdadera penitencia, con que lavó su culpa: concededme, por los ruegos de vuestra santísima Madre, tres gracias muy necesarias para asegurar mi conversión. La primera que sienta interno conocimiento de mis pecados y aborrecimiento de ellos; la segunda, que sienta el desorden de mis operaciones para que, aborreciendo, me enmiende y ordene; la tercera, que tenga conocimiento del mundo para que, aborreciendo, aparte de mí las cosas mundanas y vanas.

A LA EPISTOLA.

Jesús es llevado por primera vez á Pilato. Señor mío Jesucristo, que permitisteis ser presentado á Pilato y delante de él falsamente acusado: concededme que para más aprovecharme en espíritu, y especialmente para mayor bajeza y humildad propia, imitándoos en esto, me contente de que todas las acusaciones que me dirijan, burlas, de-

nuestos, calumnias é injurias, que carguen sobre mí, los reciba con gran paciencia, sin quejarme, sin perder la paz interior y me encienda en deseos de hacer bien á todos mis enemigos.

AL GRADUAL Y TRASLADO DEL MISAL.

Jesús es enviado á Herodes. Señor mío Jesucristo, que acusado falsamente en presencia de Herodes, no replicasteis ni una palabra: concededme tal desprecio de mi honra, que cuando me reprendan con verdad ó sin ella, no conteste ni una palabra, ni me enoje, ni me pase por el pensamiento deseo de vengarme, ni de defenderme, sino en el caso de que lo exigiera, según el dictamen de mis confesores, la defensa de la verdad y la edificación de los prójimos.

AL EVANGELIO.

Jesús es tratado como loco. Señor mío Jesucristo, á quien Herodes y su corte despreciaron como á loco y vistieron de una túnica blanca para mo-

farse de vos; por la confusión que os causó este ignominioso tratamiento, os suplico me concedáis que aborreciendo yo en todo y no en parte cuanto el mundo ama y abraza, para imitaros á vos, ame y desee intensamente todo lo contrario, es á saber, vestirme de vuestra vestidura y librea, deseando pasar injurias, falsos testimonios, afrentas para ser tenido y estimado por loco, no dando causa de ello.

AL CREDO.

Jesús vuelve al tribunal de Pilato. Señor mío Jesucristo, cuya inocencia reconoció Pilato hasta tres veces y no tuvo ánimo para defenderla: fortalecedme contra los respetos humanos en la confesión de la fe, que como cristiano profeso, y he jurado defender como soldado vuestro: de tal manera que, para en todo acertar, lo blanco que yo vea crea que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina; y depuesto todo juicio, obedezca en todo á la verdadera esposa de Cristo nues-

tro Señor, que es nuestra santa Madre Iglesia, y alabe todos sus preceptos, teniendo ánimo pronto para buscar razones en su defensa y en ninguna manera en su ofensa.

AL DESCUBRIR EL CALIZ.

Jesús es despojado de sus vestiduras. Señor mío Jesucristo, que permitisteis ser despojado de vuestras vestiduras para merecerme el estado de la gracia: por la vergüenza que os causó esta desnudez, concededme que procure yo imitar la pureza angélica con la limpieza del cuerpo y mente.

AL OFRECER LA HOSTIA.

Jesús es azotado. Señor mío Jesucristo, que os dejasteis atar á una columna y quisísteis ser cruelmente azotado: concededme que haga yo penitencia completa de mis pecados: penitencia interna, doliéndome de ellos con firme propósito de no cometer los mismos ni otros algunos; penitencia externa, como fruto de la primera, casti-

gando mi cuerpo cerca del comer, cerca del modo del dormir, y abstenerme hasta de regalos y recreos lícitos, en satisfacción de los pecados pasados, por vencer á mí mismo, haciendo que la sensualidad obedezca á la razón y para buscar y hallar las gracias que necesito para mi alma.

AL OFRECER EL CALIZ.

Jesús es coronado de espinas. Señor mío Jesucristo, que por mi amor quisisteis ser coronado de punzantes espinas: por tan agudo dolor os suplico me concedáis que obedezca conformando totalmente el querer y sentir mío con lo que la Iglesia quiere y siente en todas cosas, teniendo la voluntad y juicio de la Iglesia por regla del propio, para más al justo conformarme con la primera y suma regla de toda buena voluntad y juicio, que es la eterna bondad y sapiencia.

AL LAVARSE EL SACERDOTE LAS MANOS.

Jesús es mostrado al pueblo: ved aquí al hombre; y Pilato se le entrega

para que le crucifiquen. Señor mío Jesucristo y eterno Señor de todas las cosas, á quien los judíos no quisieron por rey; yo os reconozco y confieso por Rey eterno y Señor universal, y venciendo mi propia sensualidad y mi amor carnal y mundano, hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad y delante vuestra Madre gloriosa, y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada de imitaros en pasar todas injurias y todos vituperios y toda pobreza actual que padezca y me sobrevenga, porque siguiéndoos en la pena también os siga en la gloria.

AL PREFACIO.

Jesús sale para el Calvario con la cruz á cuestas. Señor mío Jesucristo, os contemplo en este paso tomando la cruz de mano del verdugo, sin repugnancia, antes bien con alegría... Yo también tengo muchas cruces que llevar, y algunas de ellas pesan de con-

tinuo sobre mis flacos hombros. La cruz del estado á que me has llevado y en que estoy, es cruz que yo he deseado antes de tomarla; es cruz por la cual casi lo he sacrificado todo; pero al fin es cruz y lleva consigo dolores y sacrificios. No puedo negar que al sentir su peso han flaqueado mis fuerzas, y se ha enturbiado mi alegría. Haced, Señor, que vuestro ejemplo me fortalezca y me devuelva aquel gozo con que tomé al principio la cruz. Al veros llevar la vuestra tan valerosamente, no podré menos de estimar la mía. Amaré, pues, la carga de mi estado y circunstancias en que vivo, que me asemeja tanto á vos, y que me da alas para subir al cielo, y que si algo pesa, no pesa ciertamente lo que pesa vuestra cruz. Si por ella, siendo voluntad vuestra, debiera sacrificarlo todo mil veces, mil veces lo sacrificaría.

AL MEMENTO DE LOS VIVOS.

Jesús es clavado en cruz. Señor mío Jesucristo, ¿cómo podré yo, á vista de

tan sublime ejemplo, negarme á obedecer á la Iglesia, á mis padres, á mis superiores y á las inspiraciones de Dios? Las órdenes que de la Iglesia emanan y los mandatos hasta de cosas pequeñas de mis padres y superiores, parece como que me llevan por la mano en todos los actos de la vida, en cierto modo le extienden en la cruz cada miembro y cada parte de su ser. ¡Qué dulce y suave es lo que la Iglesia me impone y lo que mis padres y superiores me prescriben, si lo comparo con lo que el Eterno Padre exige de vos, dulce Jesús. Y vos no retiráis las manos, ni los sagrados pies, sino que los ofrecéis á los clavos para que los desgarren. Ahora sí que en vista de tal ejemplo, propongo siempre hacer tu voluntad manifestada por la Iglesia y por mis superiores y exclamar: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo."

A LA ELEVACION.

Jesús es levantado en la cruz. Aquí exclamaré con fervor:

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, fortaléceme.
Oh buen Jesús, óyeme.
En tus llagas escóndeme.
No permitas que de Ti me separe.
Del enemigo maligno defiéndeme.
En la hora de mi muerte llámame.
Y mándame ir á Ti.
Para que con tus santos te alabe.
Por los siglos de los siglos. Amén.

Pío IX con decreto de la S. C. de I. del 9 de Enero de 1854, revocando cualquier otra concesión de indulgencias, concedió á los fieles que rezaren dichas "Invocaciones":

Indulgencia de 300 días para cada vez;

Indulgencia de 7 años una vez al día, rezándola después de haber comulgado;

Indulgencia plenaria una vez al mes, en el día que se eligiere, á los que por espacio de un mes hayan rezado por lo menos una vez al día. Condiciones: confesión, comunión, y visita de una iglesia ó público oratorio, rogando allí según la intención del Sumo Pontífice.

DESPUES DE ALZAR.

Jesús está tres horas crucificado. Señor mío Jesucristo, puesto en una cruz por mí; ¡cómo, oh criador, vinisteis á haceros hombre, y de vida eterna á muerte temporal, y así á morir por mis pecados! Alma mía, ¿qué has hecho tú por Cristo? ¿qué debes hacer y padecer tú por Cristo?

AL PATER NOSTER.

Jesús habla siete palabras en la cruz. — Divino Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, que por nuestra salvación os dignasteis nacer en un pesebre, vivir en la pobreza, en las tribulaciones y en la miseria, y morir en los dolores de la cruz, decid, os ruego, á vuestro divino Padre en el momento de mi muerte: *Padre perdónale;* decid á vuestra querida Madre: *Ahí tienes á tu hijo;* y á mi alma decid: *Hoy estarás conmigo en el paraiso.* Dios mío, Dios mío, *no me abandonéis* en aquella hora. *Tengo sed:* sí, Dios mío, mi alma tiene

sed de vos, que sois fuente de aguas vivas. Mi vida pasa como una sombra; todavía un poco más de tiempo y todo *estará consumado.* Por eso, oh adorable Salvador mío, desde este momento para toda la eternidad *en vuestras manos encomiendo mi espíritu,* oh Señor Jesús, recibid el alma mía. Amén.

300 días de indulgencia cada vez. (10 de junio de 1856.)

AL PARTIR EL SACERDOTE LA HOSTIA.

Jesús muere. Oh Jesús, adorando yo vuestro último suspiro, os ruego que recibáis el último mío. En la incertidumbre de tener libre la razón cuando salga de este mundo, os ofrezco desde ahora, mi agonía y todos los dolores de mi tránsito. Siendo vos mi Padre y mi Salvador, deposito en vuestras manos mi alma. Deseo que mi último instante se una al de vuestra muerte, y que la última palpitación de mi corazón sea un acto de puro amor á vos. Así sea.

100 días una vez al día. (16 de julio de 1902.)

AL COMULGAR EL SACERDOTE.

Comunión espiritual. ¡Oh Señor! con suma devoción, con abrasado amor, con todo mi afecto, deseo recibirte, como te desearon en la comunión muchos santos y personas devotas, que te agradaron muchísimo en la santidad de su vida y tuvieron devoción ardentísima. ¡Oh Dios mío, amor eterno, todo mi bien, bienaventuranza que nunca se acaba! yo deseo recibirte con mucho mayor deseo y mucha más digna reverencia que ninguno de los santos jamás tuvo ni pudo sentir. Y aunque yo sea indigno de tener todos aquellos sentimientos devotos, ofrézcote todo el amor de mi corazón, como si yo solo tuviese todos aquellos inflamados deseos, y aun cuanto puede el alma piadosa concebir y desear, todo te lo doy y ofrezco con humildísima reverencia y con entrañable fervor. No deseo guardar cosa para mí, sino sacrificarme á mí y todas mis cosas á ti de muy buen corazón y voluntad. Señor Dios, criador

mío, Redentor mío, con tal afecto, reverencia, y loor y honor, con tal agradecimiento, dignidad y amor, con tal fe, esperanza y puridad te deseo recibir hoy, como te deseó y recibió tu santísima Madre, la gloriosa Virgen María.

(Imitación de Cristo, I, IV. Cap. XVII, 1. 2.)

A LAS ULTIMAS ORACIONES.

Jesús es sepultado. Jesús mío amantísimo, en hacimiento de gracias del beneficio que me hicisteis en sacarme de los peligros del mundo, digo: que si fuera monarca de él y de cien mil mundos, con vuestra gracia los despreciaría por vuestro amor, y si me fuere licito una y cien mil veces tornarme á él y gozar de todas las honras, riquezas y deleites que han gozado y gozan los mundanos, de todo ello me privara por vuestro amor y por ser gusto vuestro nunca volviera á él; pero, porque vos me lo tenéis prohibido, renuevo aquí los propósitos y determi-

nación hecha con vuestra gracia, de nunca más llevar vida mundana, sino de ajustarme en todo y por todo á todos vuestros preceptos, enseñanzas y dictámenes por no separarme jamás de vos, ni en el tiempo ni en la eternidad.

A LA BENDICION.

Jesús sube á los cielos. Señor mío Jesucristo, que cuarenta días después de resucitado, subisteis al cielo en presencia de vuestros discípulos, dejándoles en prenda de amor á vuestra santísima Madre y vuestra cariñosa bendición; concededme que en todas las ocupaciones de este día me esfuerce en tener la intención recta, siempre pretendiendo en ellas puramente el servir y complacer á la divina bondad por sí misma y por el amor y beneficios tan singulares en que me previno; y que en todas las cosas busque á Dios nuestro Señor, apartando cuanto es posible de mí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador de ellas, á

él en todas amando y á todas en él, conforme á su santísima y divina voluntad. Amén.

III.

Modo de oir la santa Misa en sufragio de los difuntos.

OFRECIMIENTO.

Vengo á ofreceros, oh Dios de las misericordias, la sangre del Cordero inmaculado por las benditas ánimas que están purificándose y lavando sus manchas con las terribles penas del purgatorio, á fin de que consigan pronto la dicha que tanto anhelan, de veros y glorificaros. Por justos que sean los castigos á que las tenéis sometidas, abridles en este día los inmensos tesoros de vuestra piedad por medio de las satisfacciones y méritos de vuestro divino Hijo. Aplicadles las gracias y satisfacciones de este santo sacrificio, para que por este medio logren satisfacer las deudas que tienen aún con vuestra soberana justicia.

AL COMENZAR LA MISA EL SACERDOTE.

Dios de bondad, nosotros confesamos nuestros pecados, y reconocemos que si solo atendierais á nuestras iniquidades, nadie podría justificarse delante de vos, ni sostener la severidad de vuestros juicios. Desgraciados nosotros, si nos juzgarais sin misericordia. A fin de ablandar vuestra justicia, acudimos á ejemplo de vuestros santos, al sacrificio incruento de Aquel que quiso ser sacrificado por nosotros en la cruz y que no cesa de interceder en favor nuestro. Perdonadnos nuestros pecados; perdonad igualmente á las almas de nuestros hermanos difuntos que sufren en el purgatorio por las faltas que cometieron durante su peregrinación en este lugar de destierro. Prevalezca vuestra misericordia sobre vuestra justicia, pues habéis prometido escuchar los votos de los que os rueguen por medio de vuestro santísimo Hijo y en nombre suyo, y vos sois fiel á vuestras promesas.

EN EL INTROITO.

Dadles, Señor, el eterno descanso, é introducidles en el lugar de refrigerio, de luz y de paz.

Salmo LXIV. Resuenen, oh Dios, tus alabanzas en Sión, y cúmplanse religiosamente los votos de tu pueblo en Jerusalén. Oye benigno mi oración: á tu presencia comparecerá todo mortal.

Dadles, Señor el descanso eterno y haced que brille sobre ellos vuestra eterna luz.

EN LOS KYRIES.

Manifestad, oh Jesús, que sois el Dios de la clemencia; mostraos misericordioso con las ánimas que gimen en el lugar de los tormentos y de la expiación.

EN LA ORACION DESPUES
DEL « DOMINUS VOBISCUM ».

Oh Dios, que por un efecto de vuestra bondad infinita, estáis siempre dispuesto á hacer gracia y perdonar, rendidamente os suplicamos no dejéis en manos enemigas, ni olvidéis el alma de

vuestro siervo (ó sierva) N. N. que habéis llamado á vuestro juicio; antes bien ordenad que sea llevada por vuestros ángeles á la patria celestial. Ella creyó y esperó en vos; haced que no queden frustradas sus esperanzas, sino que entre en posesión de la gloria eterna que le tenéis preparada. Por nuestro Señor Jesucristo, Hijo vuestro, que con vos vive y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

DURANTE LA EPISTOLA.

Mejor que deshacerme en lágrimas y quejarme de mi suerte por la pérdida de los que me eran tan amados, procuraré, Señor, para bien de mi alma y alivio de los mismos, hacer profesión de creer y practicar las verdades que habéis enseñado á vuestra Iglesia, y no me dejaré abatir por la pena y tristeza como los que no tienen puesta su esperanza en vos. Creo que dais la vida eterna á vuestros siervos desde el momento de su muerte, si son tan dichosos que sus almas, al salir de este mundo, se hallan ricas de méritos y gracias, y satisfecha toda deuda para con vuestra soberana justicia. ¡Oh verdad consoladora para el que la medita! Sin dejar de ejercer con todos los derechos de vuestra justicia, os inclináis á la misericordia para con aquellos que han cumplido fielmente vuestra santa ley. Creo que las almas de los fieles que mueren en gracia y á su muerte se hallan en deuda con vuestra infinita justicia, son aliviadas por la ofrenda del santo sacrificio "según la costumbre, dice San Agustín, constantemente practicada, de hacer particular conmemoración de los que mueren en la comunión del Cuerpo y Sangre de Jesucristo." ¡Qué consuelo se encuentra en esta creencia de la Iglesia! Veo en ella el cumplimiento del oráculo de la Escritura que dice, que no olvidaréis para siempre las almas de vuestros siervos; por esto nos exhortáis á que socorramos á los fieles difuntos con oraciones, limosnas y sacrificios. Yo entro,

Señor, con toda mi alma en vuestros misericordiosos designios, y vengo á unirme á las piadosas intenciones de la Iglesia, rogando por aquellos á quienes adoptasteis por hijos en las fuentes bautismales, y me disteis por hermanos.

EN EL GRADUAL.

Dadles, Señor, el descanso eterno, y haced que la eterna luz brille sobre ellos.

Salmo CXI. — El justo vivirá en memoria eterna; no temerá las malas lenguas de los hombres.

Tracto. — Dignaos, Señor, lavar las almas de todos los fieles difuntos de toda mancha de pecado.

℣. Y que con el socorro de vuestra gracia, merezcan quedar libres de toda pena en vuestro juicio.

℣. Y gozar de la felicidad de la gloria eterna.

SECUENCIA.

Día de ira! Con sorpresa
Volverá el mundo en pavesa;
Por David así lo expresa.

¿Cuál será el temor del hombre
cuando el juez venga y le asombre?
Juzgará todo en su nombre.

De la trompeta el sonido,
En toda región oido
Llamará al juicio temido.

La muerte misma se espante
Cuando el hombre se levante
Y ante el trono se adelante.

Se abrirá el libro sellado,
En que todo está asentado.
Por donde el mundo es juzgado.

Luego, pues, que el juez se siente,
Se verá todo patente,
Nada impune se consiente.

¿Qué haré, oh triste, en tal apuro?
¿Por patrono á quien procuro
Si el justo no está seguro?

Rey de majestad inmensa,
Que expiaste toda ofensa:
Tu piedad es mi defensa.

Recordad, Jesús divino:
Causa fuí de tu camino;
No me des fatal destino.

Me buscaste fatigado;
En la cruz fuí rescatado;
No se pierda tu cuidado.

Justo vengador del vicio
Tu perdón dame propicio,
Antes del día del juicio.

Reo soy y delincuente;
El rubor cubre mi frente;
Perdonadme, ¡oh Dios clemente!

Que á María perdonaste,
Y al ladrón bueno escuchaste,
Y esperar en ti mandaste.

Digno sé que no es mi ruego:
Sólo á tu bondad me entrego:
No me queme eterno fuego.

Al hacerse en juicio muestra,
No me encuentre á la siniestra,
Mas colócame á tu diestra.

Confundidos los malvados,
Y á las llamas destinados
Llámame con tus amados.

Ruégote, Dios verdadero,
Con dolor vivo y sincero:
Cuida de mi fin postrero.

¡Oh qué día tan tremendo!
Del polvo el hombre saliendo,
La final sentencia oyendo.

Perdonadle, oh Dios clemente,
Jesús lleno de piedad,
A estos dá la eterna paz.

Amén.

EN EL EVANGELIO.

Iluminad, Señor, enseñadme vos mismo, y guiadme á fin de evitar el que sea un día confundido con los que cerraron los ojos á la luz de vuestro Evangelio. Echad sobre de mí una mirada de bondad, y dignaos, oh clementísimo Jesús, pronunciar en mi favor esta sentencia que un día pronunciasteis en favor de Magdalena penitente: “Te han sido perdonados tus pecados.“ Haced oir á las almas de los fieles difuntos, para quienes os ofrezco estas mis oraciones, aquellas palabras que dirigisteis al buen ladrón: “Hoy estarás conmigo en el paraiso.“ Sé que no soy digno de ser escuchado, sé que es preciso satisfacer antes de algún modo á vuestra justicia, y que no es suficiente para esto que los cuerpos vuelvan al cuerpo de donde salieron; que

es indispensable el que seamos probados par las llamas antes de poder gozar de vuestra presencia. Mas vuestras misericordias, Señor, son más grandes que nuestros pecados, y por esto en nombre suyo os decimos : Nuestra suerte está en vuestras manos; apresurad el momento de nuestro rescate, y aceptad nuestra sumisión á vuestra voluntad, como un sacrificio que os es agradable.

EN LA ANTIFONA DEL OFERTORIO.

Señor nuestro Jesucristo, Rey de la gloria, librad de las penas del purgatorio á las almas de los fieles difuntos; sacadlas de aquel lago horrible y profundo; arrancadlas de la boca del león; que no sean sumergidas en los pozos del abismo, ni precipitadas en las tinieblas, sino que el príncipe de los ángeles, San Miguel, las introduzca en la mansión de la luz y de la paz que prometisteis en otro tiempo á Abraham y á su posteridad.

A vos, Señor, os ofrecemos sacrificios y votos de alabanza. Dignaos recibirlos en favor de aquellas ánimas de quienes hacemos hoy memoria. Haced, Señor, que pasen del estado de pena al de dicha eterna que en otro tiempo prometisteis á Abraham y á su posteridad.

EN LA ORACION SECRETA.

Yo descenderé, oh justo juez de los vivos y de los muertos. Yo descenderé en espíritu á ese lugar de terror donde hacéis sentir el peso de vuestra justicia á vuestros hijos, herederos de la gloria. Allí suspiraré, gemiré, y uniré mis oraciones al sacrificio de vuestro Hijo, á fin de que acortéis la duración de sus penas y cambiéis sus tormentos en consuelos, y en glorias sus humillaciones. Señor, en medio del dolor que á vuestros siervos agobia, su alma clama á vos:

“Misericordia, Señor, porque reconozco haber pecado en vuestra presencia. Una sola cosa os pido y no cesaré de pedírosla, y es que me llevéis

á habitar eternamente en vuestra casa, y á fin de contemplar las bellezas de vuestro trono; tengo una firme confianza de veros cara á cara en la tierra de los vivos.“

Dadles, Señor, por medio de este santo sacrificio, que os estamos ofreciendo el alivio de sus penas, y la gloria eterna. Por Jesucristo, Señor nuestro, que con vos vive y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

EN EL PREFACIO.

Justo es, razonable y saludable daros gracias en todos tiempos y en todo lugar, Padre omnipotente, Dios eterno, por Jesucristo, Señor nuestro; por el cual nos concedisteis la esperanza de la feliz resurrección, á fin de que si viniere á entristecernos el recuerdo de la sentencia de muerte, dada contra todos los hombres, aliente y consuele nuestra alma la promesa de la inmortalidad; porque para los que son fieles á vuestra ley, oh Señor, morir es perder esta

vida mortal, para pasar á otra mejor y cambiar esta morada de tierra por otra del cielo que durará eternamente. Por esto nos unimos á los bienaventurados de la corte celestial, para cantar un himno á vuestra gloria, repitiendo sin cesar: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de su gloria. Bendito sea el que viene en nombre del Señor; su sangre pide misericordia, y su voz se eleva hasta el trono de la clemencia.

DURANTE EL CANON.

Dios todopoderoso, cuya providencia se extiende sobre todas vuestras criaturas, porque vos sois su Padre; dirigid una mirada de misericordia sobre las ánimas benditas, cuyo mayor dolor es hallarse privadas de veros. Acordaos, ¡oh Dios mío! de que ellas son obra de vuestras manos, y precio de los sufrimientos, de la muerte y de los méritos infinitos de Jesús, vuestro divino Hijo. ¿Sería posible que vuestro

corazón paternal no se ablandara al eco de este dulce nombre invocado en su favor? Nosotros os ofrecemos por su rescate la sangre preciosa que por ella fué derramada en la cruz, la poderosa intercesión de María Santísima, la de San José, de San Pedro, san Pablo y todos los santos; las fervientes súplicas de vuestra Iglesia, y las oraciones y obras satisfactorias de sus hijos. Con tales auxilios lo esperamos todo de vuestra misericordia, oh Dios mío, y nos prometemos el alivio y rescate de esas almas que os son tan amadas, y que vos mismo deseáis aliviar y socorrer. ¡Que vuestra ternura paternal desarme en fin vuestra justicia! Abridles vuestro seno; manifestadles vuestra gloria; hacedles ver lo que sois, y derramad en sus corazones ese torrente de delicias de que sois eterna fuente.

EN LA CONSAGRACION Y ELEVACION DE LA HOSTIA Y CALIZ.

Hostia sacrosanta, inmolada por la salud del mundo, sed propicia á nues-

tros ruegos. Sangre preciosa de nuestro Salvador, que habéis sido derramada para borrar nuestros pecados, santificadnos y clamad poderosamente en favor de las almas de los fieles difuntos.

DESPUES DE LA ELEVACION.

Oh Jesús, que descendisteis al limbo para sacar de él gloriosamente las almas de los patriarcas y profetas y demás justos que aguardaban vuestra ida; visitad misericordiosamente las de vuestros siervos y siervas en el lugar de los tormentos. Mitigad con el rocío de vuestra gracia la actividad del fuego que las devora. Dijisteis que miraríais como hecho á vos mismo, el menor bien que hiciésemos á nuestros hermanos; espero, pues, que el alivio que procuro á las almas de los fieles difuntos, os será tan agradable como si os lo procurara á vos mismo. Dejaos ablandar, oh Dios mío, por la intercesión de la que es consuelo de los afligidos, y por los votos de toda la

corte celestial, que se interesa en la felicidad de las almas del purgatorio. Conceded, sobre todo, el eterno descanso á todas aquellas N. N. que son de mi especial obligación, y en favor de las cuales imploro en particular vuestra piedad postrado á vuestros pies.

EN EL «PATER NOSTER».

Oh Jesús, ante cuyo nombre se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos, oh vos, juez soberano de los vivos y de los muertos; sea santificado vuestro nombre por la redención de las ánimas por las cuales oramos. Abridles las puertas de vuestros tabernáculos, y cúmplase en este día vuestra voluntad de salvarlas. Haced que después de haberse alimentado con el pan del dolor, sean saciadas del pan vivo, que es la posesión de vos mismo.

Nosotros imploramos especialmente vuestra misericordia para la remisión de las ofensas que os hicieron nues-

tros difuntos parientes, amigos y bienhechores, y, sobre todo, por la de los pecados de que habremos podido serles ocasión ó motivo, á fin de que no se les imputen según el rigor de vuestra justicia. Preservadnos á nosotros de esas vengadoras llamas, que tenemos ¡ay! harto merecidas por el abuso que hemos hecho de vuestras gracias, por nuestra tibieza en vuestro servicio y por nuestra poca diligencia en resistir á las tentaciones. Libradnos finalmente del pecado, que es el mayor de todos los males.

EN EL «AGNUS DEI».

¡Cuán grande es, oh Jesús, el amor que os llevó á ofreceros, como un cordero, en holocausto para la expiación de los pecados del mundo! ¿Qué lengua puede hablar dignamente de esa caridad que os llevó á daros en fianza de nuestras deudas aún después de nuestra muerte? ¡Cuán agradecidos debemos estar á semejante beneficio!

Cordero de Dios, que habeis ven-

cido con vuestra muerte al león rugiente, próximo á devorarnos, mostraos misericordioso con los fieles difuntos.

Cordero sin mancha, inmolado á la justicia de vuestro divino Padre, á fin de que nos perdonase nuestros pecados; mostraos misericordioso con los que murieron con el título de hijos queridos de vuestro corazón.

Cordero de Dios, ofrecido en sacrificio para hacernos pasar de la tierra de maldición á la verdadera tierra prometida, dadles el eterno descanso.

Vos que dijisteis: "Yo soy la resurreción y la vida; el que cree en mí, aunque muriere, vivirá"; dad á las almas de los fieles difuntos esa vida cuyo único principio les ha sido comunicado por la gracia de los sacramentos; concededles la felicidad cuya preciosa prenda han recibido tantas veces, tomando parte en vuestro divino banquete. Yo deseo participar de él para merecerles, en cuanto pueda, la eterna dicha por la que tanto suspiran: os ofrezco por ellas y en especial por N.,

mis oraciones y buenas obras con todos los demás sufragios que pueda aplicarles. No desechéis mi humilde súplica, consoladme vos mismo en la pérdida que he tenido, y aliviad á N., á quien en vida tanto amé.

EN LA ANTIFONA DE LA COMUNION.

Haced, Señor, que brille pronto sobre ellos vuestra eterna luz, y que moren para siempre con vuestros santos. Concededles esta gracia, oh Dios de clemencia.

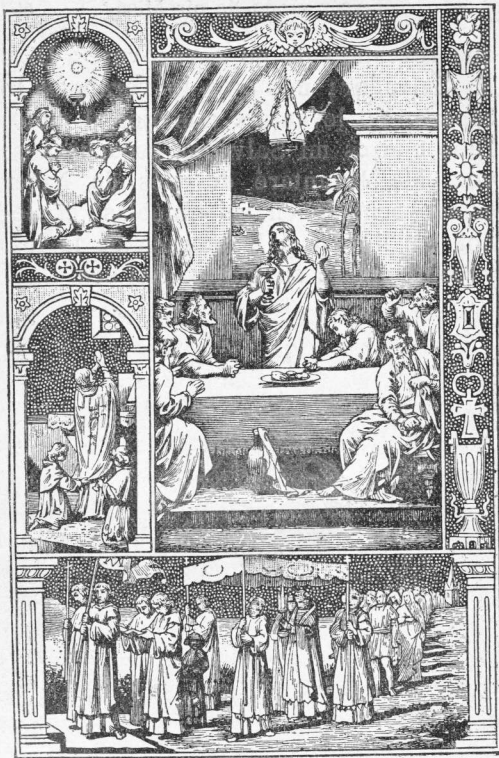
EN LA ORACION POSTCOMUNION.

¡Oh Dios mío! que queréis que orando por las almas del purgatorio, piense en el más esencial de mis intereses, que es la salvación de mi propia alma; haced que encuentre en vuestra piedad sin límites el perdón de mi tibieza y de mis pasados crímenes. Que el recuerdo de vuestra justicia, que las retiene en aquellas llamas por faltas que son tan comunes, me inspire horror á todo pecado, una generosa re-

solución de entrar en el camino de la penitencia para expiar mis culpas, y me haga cauto, diligente, cuidadoso para no volver á caer en mis extravíos. No quiero retardar por más tiempo el hacer penitencia. Quiero arreglar mi vida mientras es tiempo todavía. Quiero también dirigiros las más humildes y fervorosas oraciones por las almas de los fieles difuntos; yo me privaré hasta de los placeres y goces que la religión permite, á fin de apagar las llamas que las devoran; yo derramaré limosnas entre los pobres para interesaros en su causa. Bendecid, oh Dios mío, estas santas resoluciones y dadme la gracia de que logre cumplirlas; y dad á esa alma por quien os ruego el perdón y descanso eterno. Por Jesucristo y Señor nuestro que vive y reina con vos, en unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

EN EL ULTIMO EVANGELIO.

Creo que mi Redentor vive, que resucitaré de la tierra el último día, y

que revestido de mi carne, veré á Dios mi Salvador; mis ojos lo verán, así lo espero. Yo levantaré mis ojos al cielo; Dios que es mi Salvador, escuchará mi voz. Me levantaré después de haber estado sentado en las tinieblas; el Señor me llevará á la morada de la luz, y contemplaré su gloria. Así sea.

Cristo se ofreció á Dios en oblación y Hostia de olor suavísimo.

(S. Pablo.)

Ejercicio para la Comunión.

I.

Comunión sacramental.

ACTOS PARA ANTES DE LA COMUNION.

Acto de fe. -- Dios del cielo y de la tierra, vos venís á mí, y yo voy á tener la dicha de recibiros. ¿Quién podría creer un prodigio semejante, si no estuviese asegurado por vuestra infalible palabra? Sí, oh Jesús mío, yo creo que á vos mismo es á quién voy á recibir en este sacramento; á vos, que, nacido por mí en un pesebre, quisisteis morir por mí en la cruz, y que tan glorioso como estáis en el cielo, os ocultáis bajo esas adorables especies. Lo creo, ¡oh Dios mío! y estoy más cierto de ello que si lo viera con mis propios ojos; créolo porque vos lo habéis dicho; créolo á pesar de lo que

puedan contradecir mis sentidos, y renuncio al crédito de los mismos para reconocerme cautivo de la fe; lo creo, y si necesario fuese sufrir la muerte en defensa de esta verdad, ayudado de vuestra gracia, la sufriría antes que desmentir mi creencia y mi religión.

Acto de humildad. — ¿Quién soy, yo, ¡oh Dios de gloria y majestad! quién soy yo para que os dignéis fijar en mí los ojos? ¿De dónde me viene este exceso de dicha que mi Dios y Señor quiera venir á mí? ¡A mí, pecador, gusano de la tierra, más despreciable que la nada, acercarse un Dios tres veces santo! ¡comer yo el pan de los ángeles, alimentarme con una carne divina! ¡Ah Señor, yo no lo merezco, yo no soy digno de ello! Rey del cielo, autor y conservador del mundo, yo me postro delante de vos; yo quisiera poder humillarme siquiera tan profundamente por vuestra gloria, como vos os humilláis en este sacramento por mi amor. Yo reconozco vuestra soberana grandeza y mi extrema bajeza, y la

consideración de la una y de la otra, me pone en una confusión que no puedo expresar! Yo repetiré con mayor razón que San Pedro: "Huid de mí, Señor, porque soy indigno de la gracia que vos queréis hacerme."

Acto de contrición. — Vos venís á mí, Dios de bondad y de misericordia. ¡Ay, mis pecados deberían más bien alejaros de mí, porque soy reo de innumerables; mas reconociendo el disgusto que os han causado, movido de vuestra infinita piedad, y sinceramente arrepentido y resuelto á no cometerlos más, los detesto de todo mi corazón, y os pido humildemente perdón de todos ellos. Perdonádmelos, mi amable Salvador, puesto que me habéis amado hasta el punto de querer que me acerque hoy á vos. Yo estoy lavado, á lo menos así lo creo, por el sacramento de la penitencia; lavadme aún más, purificadme de mis menores manchas, cread en mí un corazón nuevo, y renovadme hasta en el fondo de mis entrañas, con el espíritu de inocencia,

que me ponga en estado de recibiros dignamente.

Acto de esperanza. — Vos venís á mí, Divino Salvador de las almas; ¿qué no debo esperar de un Dios que se da todo á mí? Yo me presento, pues, á vos, oh Dios mío, con la confianza que me inspiran vuestro poder infinito y vuestra inmensa bondad: vos conocéis todas mis necesidades, vos podéis remediarlas. Me invitáis á que venga á vos, y prometéis socorrerme; vedme aquí, oh Dios mío, yo me presento á vos con mis debilidades, con mis imperfecciones, mis ignorancias, y con todas mis miserias, y espero que os apiadaréis de mí curándome, fortaleciéndome, perfeccionándome, alimentando mi entendimiento, corrigiendo y cambiando mi voluntad. ¿No sois vos, oh Dios mío, el dueño de mi corazón? ¿Y cuándo estará mi corazón mejor dispuesto á ser transformado que cuando habréis entrado en él?

Acto de deseo. — ¿Es posible, oh Dios de bondad, que vengáis á mí y

que vengáis con un deseo infinito de unirme á vos? ¡oh! venid, amado mío, venid, cordero de Dios, cuerpo adorable, sangre preciosa de mi Salvador, venid á ser el alimento de mi alma. Que yo os guste, y perciba todo el sabor divino ¡oh Dios de mi corazón! mi alegría, mis delicias, mi amor y mi todo! ¿Quién me diera alas para volar á vos? Mi alma sedienta de vos, ansiosa de verse llena de vos, suspira por vos, mi único bien, mi consuelo, mi dulzura, mi tesoro, mi felicidad, y mi vida! Venid, amable Jesús, y por indigno que sea de recibiros, decid tan solo una palabra, y seré purificado. Mi corazón está pronto, y cuando no lo estuviese, con una sola mirada, podéis prepararlo, enternecerlo é inflamarlo en vuestro amor.

ACTOS PARA DESPUES DE LA COMUNION.

Acto de adoración. — Dios de adorable majestad, delante de quien todo lo más grande del cielo y de la tierra se reconoce indigno de parecer, ¿qué

puedo hacer aquí delante de vos, sino callar y adoraros con el más profundo aniquilamiento de mi ser? Yo os adoro, oh Dios santo, y rindo mis justos homenajes á vuestra grandeza suprema, delante de la cual se dobla toda rodilla; en comparación de la cual todo poder es debilidad, toda riqueza miseria y la más brillante antorcha espesas tinieblas. A vos solo, gran Dios, Rey de los reyes, Dios inmortal, á vos solo pertenece todo honor y toda gloria; gloria, honor, felicidad y bendición al que viene en nombre del Señor: bendito sea el Hijo eterno del Altísimo, que se digna unirse hoy tan íntimamente á mí, y tomar posesión de mi corazón.

Acto de amor. — ¡Con que tengo, en fin, oh Dios de amor, la dicha de poseeros! ¡Qué bondad! ¡oh! ¡Que no pueda yo corresponderos tan dignamente como deseo! ¡Siquiera pudiese disponer é inducir á muchos corazones á mis deseos de amaros tanto, cuanto sois digno de ser amado, y á

no amar más que á vos! Abrasadme, oh Dios mío, consumid mi corazón en vuestro amor. Mi amado está conmigo; Jesús, el amable Jesús, se ha dado á mí. Madre de Dios, ángeles del Señor, santos del cielo y justos de la tierra, prestadme vuestros corazones, dadme vuestro amor para amar á mi amado Jesús. Sí, yo os amo, ¡oh Dios de mi corazón! yo os amo con toda mi alma; yo os amo por vuestra gracia, con una firme resolución de amaros siempre y de no amar más que á vos. Yo así lo protesto firmemente, pero afirmad vos mismo, oh Dios mío, estas santas resoluciones en mi corazón, que es todo vuestro.

Acto de agradecimiento. — ¿Qué acciones de gracias podrán, oh Dios mío, corresponder al favor inefable que os habéis dignado hacerme en este día? No contento con haberme amado hasta morir por mí en una cruz, para adoptarme por hijo, os habéis dignado quedaros sacramentado en vuestra Iglesia para venir en persona á visitarme y

daros á mí. ¡Oh alma mía! glorifica al Señor tu Dios, reconoce su bondad, exalta su magnificencia y publica eternamente su misericordia. Con un corazón enternecido y lleno de agradecimiento yo os doy gracias, mi amable Salvador, por la inmensa merced que me habéis hecho. Yo he sido un infiel, un prevaricador, pero, no quiero ser más ingrato: quiero acordarme eternamente que vos sois un Dios de amor, que os habéis dado á mí, y darme quiero á vos para siempre.

Acto de petición. — Vos estáis dentro de mí, fuente inagotable de todos los bienes, estáis lleno de ternura para mí, con las manos llenas de gracias, y dispuesto á derramarlas en mi corazón. Derramadlas con profusión, Dios bueno y generoso; ved mis necesidades y remediadlas con vuestro poder: quitad de mi corazón todo lo que os desagrada, y poned en él solo aquello que me haga grato á vuestros ojos; purificad mi cuerpo, santificad mi alma, aplicadme los méritos de vuestra vida y de

vuestra muerte, uníos á mí, casto esposo de las almas; vivid en mí á fin de que yo viva en vos y por vos para siempre. Concededme las gracias que sabéis me son convenientes. También os las pido para todos aquellos por quien estoy obligado á rogar. ¿Podréis, oh amable Salvador, negarme nada después de la gracia que me habéis hecho hoy de daros á mí?

Acto de ofrenda. — Vos me habéis colmado de vuestros dones, ¡oh Dios de misericordia! y dándoos á mí queréis que no viva más que para vos. Este es también el mayor de todos mis deseos, ser enteramente vuestro. Sí, quiero que en adelante todos los pensamientos que tuviere, todos los designios que formare ó ejecutare, todas mis palabras y obras estén de acuerdo perfecto con vuestra soberana voluntad. Quiero que todo cuanto dependa de mí: salud, fuerzas, genio, talento, crédito, bienes y reputación, sea todo vuestro, y sólo se emplee en procurar vuestra gloria. Sujetad pues, ¡oh Rey de mi corazón!

todas las potencias de mi alma; reinad sobre mi voluntad y sobre todo mi ser. Después del favor con que acabáis de honrarme, yo no sufriré que haya en mí nada que no sea perfectamente vuestro.

Resoluciones. — ¡Oh Jesús mío, padre el más cariñoso, y el más fiel y generoso de todos los amigos! Si después de tantos beneficios, volviera á seros infiel, sería no solo el colmo de la ingratitud, sino un monstruo de iniquidad. Yo renuncio de todo mi corazón á todo lo que me había separado de vos hasta ahora, y propongo firmemente, ayudado de vuestra gracia, no recaer en mis pasadas faltas. Así, pues, ¡oh Dios mío! no más pensamientos, deseos, palabras y acciones, que sean contrarias á la caridad y el pudor; no más impaciencias, mentiras, querellas, odios, ni maledicencias; no más omisiones de mis deberes, ni tibieza en vuestro servicio; no más compañía ni amistades peligrosas; no más delicadezas de mi amor propio; nada de respe-

tos humanos; no más apego al aprecio y á las atenciones del mundo. Más bien quiero morir, oh Dios mío, antes quiero padecerlo todo, que desagradaros en cosa ninguna. Vos estáis, ¡oh divino Jesús! en mi corazón: en vuestra presencia formo estas resoluciones, á fin de que las confirméis con vuestra gracia. Que este adorable sacramento, que acabo de recibir, sea su inquebrantable sello que no me sea dado romper jamás. Bendecid pues, oh Dios de bondad, la resolución que formo de ser únicamente vuestro, y no vivir más que para vuestra gloria. Así sea.

ORACION PARA DESPUES DE LA COMUNION.

¡Qué suave es la dulzura de vuestro pan celestial! ¡Qué admirable es la tranquilidad, qué completa la paz de quien os recibe, después de haber detestado y confesado sinceramente sus culpas! Seáis mil veces bendito, Jesús mío. Cuando yo estaba en pecado era infeliz, ahora no solo siento mi alma tranquila, sino que me parece pregus-

tar la paz del paraiso. ¡Ah! cuán cierto es que nuestro corazón ha sido hecho para vos, amado Señor mío, y que goza solamente cuando en vos descansa. Por lo tanto, os doy gracias, y propongo firmemente huir siempre del pecado y de sus ocasiones, y establecer mi morada en vuestro divino corazón de donde espero el auxilio para amaros hasta la muerte. Amén.

León XIII con rescripto de la S. C. de I. de 3 de junio de 1896, concedió indulgencia de 300 días á los fieles que después de la sagrada comunión rezaren dicha oración.

AFECTOS A CRISTO SACRAMENTADO PARA DESPUES DE LA COMUNION.

Yo soy de Dios: oh dulce pensamiento,
Que anega el alma en celestial amor,
Un Dios potente, hasta albergarse llega
En mi pobre y estrecho corazón.

Yo soy de Dios: el cielo me contempla,
Y el ángel que se acerca á mí veloz,
Halla mi pecho en templo convertido,
Donde el Eterno fija su mansión.

Yo soy de Dios: la sangre inmaculada
Que de una Virgen cándida tomó,
¡Oh gran prodigio! con mi sangre llega
Hasta mezclarse en misteriosa unión.

Yo soy de Dios: se abisma el pensamiento
Cuando en mi pecho fija su mansión;
Con reverencia el alma le recibe,
Mientras el serafín tiembla á su voz.

Yo soy de Dios: mis ojos se recrean
Al contemplar absortos de esplendor
Desparecer encantos terrenales;
Huye ante la verdad toda ilusión.

Yo soy de Dios: el salvador del hombre,
El Rey de reyes hasta mi bajó;
Al recibirle, en lágrimas deshecho
Mi espíritu se inflama en santo amor.

Yo soy de Dios: hasta el postrer momento
Sólo he de hallar encantos en mi Dios;
Su dulce nombre ha de sellar mis labios
Al dirigirle mi última oración.

II.

Comunión espiritual.

Amorosísimo Jesús mío, creo que estáis realmente presente en el sacramento de la Eucarístia. ¡Ojalá pudiera hospedaros ahora mismo en mi corazón! venid, celestial Esposo de las almas puras, venid á purificarme y encenderme todo en llamas de puro amor. Os amo, dulcísimo Jesús mío; oh, quién

os hubiese amado siempre! ¡Quién nunca os hubiera ofendido! Pero ya que no puedo recibiros sacramentalmente, aceptad mis deseos, y dadme vuestra divina gracia y amor. Amén.

ACTO PARA LA COMUNION ESPIRITUAL COMPUESTO POR S. ALFONSO MARIA DE LIGORIO.

Jesús mío, creo que vos estáis en el Santísimo Sacramento. Os amo sobre todas las cosas, y os deseo en mi alma. Ya que ahora no puedo recibiros sacramentalmente, venid al menos espiritualmente á mi corazón. Como si ya hubieseis venido, os abrazo y me uno todo á vos; no permitáis que yo me separe de vos.

Jesús, bien mío, mi dulce amor,
Herid, inflamad este mi corazón
De modo que siempre arda todo en vos.

León XIII con rescripto de la S. C. de I. de 30 de junio de 1893, concedió á los fieles que hiciesen este acto, indulgencia de 60 días una vez al día.

QUE TODO ESPIRITU ALABE AL SEÑOR

Himnos de la Iglesia
á la sagrada Eucaristía ya como sacramento ya como sacrificio.

I.

(*Adoro te devote, latens Deitas*, de S. Tomás de Aquino.)

Te adoro con fervor, Deidad oculta
Que estás bajo estas formas escondida;
Se rinde á ti mi corazón entero
Y desfallece todo si te mira.

Se engaña en ti la vista, el gusto, el tacto,
Mas tu palabra engendra fe rendida;
Cuanto el Hijo de Dios ha dicho, creo.

¿Qué verdad hay cual la verdad divina?
En la cruz la Deidad estaba oculta
Aquí la humanidad yace escondida.

Y uno y otro creyendo y confesando,
Te pido, oh Dios, lo que imploraba Dimas.
Como Tomás, tus llagas yo no veo;

Mas como á Dios te aclama el alma mía;
Haz que siempre, Señor, en ti yo crea,
Que tu amor sea mi esperanza y dicha.

Oh memorial de la Pasión de Cristo,
Oh pan vivo que al hombre das la vida,
Dame que viva de tu amor mi alma,
Que guste de tus célicas delicias.

Jesús mío, pelícano piadoso,
Gon tu sangre purísima me limpia;
Basta una sola gota de tu sangre,
Para borrar del mundo la inmundicia.

Oh Jesús, á quien ahora miro oculto,
Cumple, Señor, lo que mi pecho ansía:
Que á cara descubierta eontemplándote,
Por siempre goce de tu clara vista.

Amén.

León XIII con rescripto de la S. C. de I. del 15 de junio de 1895, concedió á todos los fieles que rezaren dicho ritmo después de la sagrada comunión, 100 días de indulgencia.

II.

(Motete al S. Sacramento: *Ave, verum corpus natum*).

¡Oh cuerpo verdadero,
Nacido de María siempre virgen
¡De este mundo á la luz!
Inmolado, cual cándido cordero,
Por el hombre en la cruz.
Recíbate mi pecho el triste día
De mi última agonía.
Oh clemente, oh piadoso
Dulce Jesús, ¡oh Hijo de María!

III.

(Sequencia *Lauda Sion, Salvatorem*, de S. Tomás de Aquino.)

Sión, loa al Salvador,
A tu guía y tu Pastor,
En dulces himnos y cánticos.

Alábale cuanto puedas;
Que por mucho que te excedas
Quedarás siempre inferior.

Su pan vivo y substancial
Es hoy el tema especial
Que se ofrece á tu loor.

El pan que en su última cena
Repartió á aquella docena
De los hijos de su amor.

Cantemos, pues, dulcemente
Y muestre el pecho y la mente
Su júbilo y devoción.

Esta mesa del gran Rey
Inició la nueva ley,
Do la antigua terminó.

La nueva Pascua á la antigua
Sucede; á la noche el día;
Y á la sombra la verdad.

Lo que en esta cena El hizo,
Que hiciesen los suyos dijo,
Recuerdo á su alta bondad.

Los que consagrados fuimos,
El vino y pan convertimos
En hostia de salvación.

El pan para ser su carne,
Y el vino su augusta sangre
Como El mismo aseguró.

Lo que no se ve, ni entiende
La fe viva lo defiende,
Contra la flaca razón.

Bajo dos diversas formas,
Signos sólo, mas no cosas,
Se vela tan rico don.

El pan es allí su carne,
Y el cáliz lleva su sangre,
Mas Cristo en ambos está.

Todo entero se recibe,
No se parte ó se divide,
Aunque los signos lo estén.

Cómale uno ó coman ciento,
Igual recibe aquel que éstos,
Pues ni aumenta, ni mengua él.

Comen buenos, comen malos,
Mas con afectos contrarios,
De vida ó muerte moral.

Muerte á malos, vida á buenos,
¡Oh qué diversos extremos,
En un mismo comulgar!

Fraccionado el sacramento,
No lo dudes, ni un momento,
Contiene tanto el fragmento
Cuanto en su todo se encierra.

No se quiebra cosa alguna,
Solo sí el signo ó figura
Del signado: su estatura
Y su esencia igual se queda.

Pan de ángeles, ¡oh portento!
Del hombre es aquí alimento;
El pan de hijos á los perros,
No se debe, no, arrojar.

Ya fuera este pan sagrado
En Isaac prefigurado,
En el cordero inmolado,
Y en el antiguo maná.

Buen Pastor, pan verdadero,
Ten, Jesús, misericordia,
Tú nos nutres, nos custodia,
Tú nos lleva á ver tu gloria
De la dicha en el Edén.

Tú que todo lo conoces
Y todo también lo puedes,
Que á tu mesa nos concedes
Sentarnos hoy, coherederos
Haznos allí y compañeros
De tus santos en sus goces.

Amén.

IV.

(Himno *Pange lingua.*)

Canta, oh lengua, el glorioso
Misterio de fe y amor
Que en su cuerpo generoso

Y en su sangre el Redentor
Rinde al Todopoderoso
Por el mundo pecador.

De una Virgen noble y pura
Fué concebido y nació,
Y su voz paz y ventura
Siempre á la tierra anunció;
Su carrera pobre y dura,
Con un prodigio cerró.

La cena y pascua postrera
Con los doce al celebrar,
Cumplido con ley severa
El rico ceremonial
A sí mismo se les diera
En bebida y en manjar.

A su voz el pan entero
Transmutado en carne fué,
De la vid al néctar mero
En su sangre fué á la vez:
Aquí es regla al fiel sincero
No el sentido, mas la fe.

Demos, pues, á tan alto sacramento
Culto y adoración todos rendidos
Y ceda ya el antiguo documento
A los ritos del nuevo instituidos
Constante nuestra fe, dé suplemento
Al defecto de luz de los sentidos.

Al Padre con el Hijo sea dado
Júbilo, aplauso y gloria eternamente,
Salud, virtud y honor interminado,

Bendición y alabanza reverente!
Y al Espíritu de ambos aspirado,
Sea gloria y loor no diferente.
Amén.

℣. El pan del cielo les has dado.
℟. Que tiene en sí todas las delicias.

V.

Sacris solemniis.

A estas solemnidades tan sagradas
Corresponde el placer y la alegría;
Suenen las alabanzas publicadas,
Que á la voz generoso el pecho envia;
Huyan las cosas viejas ya veloces,
Sea nuevo ya todo en este día,
El corazón, las obras, y las voces.

Hoy hacemos recuerdo y fiel memoria
De aquella cena mística ó figura,
En que Cristo, Rey sumo de la gloria,
El Cordero y el pan sin levadura
Dió conforme á la ley, á sus hermanos;
Pues así lo ordenaba la Escritura
Revelada por Dios á los ancianos.

Después de este cordero misterioso
El banquete legal ya concluido,
Su cuerpo á los discípulos, piadoso,
Dió en sagrado manjar, bien entendido,
Que dando todo á todos con sus manos,
Todo de cada cual fué recibido:
Así lo confesamos los cristianos.

Como á frágiles, flacos, desvalidos,
Su cuerpo, liberal, les dió en comida,
Y como á tristes, pobres y afligidos,
Su sangre sacrosanta dió en bebida,
Diciendo: Recibid la más preciosa
Prenda del cáliz santo de la vida;
Bebed todos mi sangre generosa.

Así fué el sacrificio celebrado,
Y por el mismo Cristo instituido,
Cuyo oficio tan alto y elevado
Es á los sacerdotes sometido,
A quienes pertenece solamente
Sumirle con respeto el más rendido
Y repartirlo al pueblo dignamente.

El que es pan de los ángeles hermoso
Se hace ya de los hombres alimento;
Este pan celestial y prodigioso
Da á la sombra y figura cumplimiento:
¡Oh admirable piedad! ¡oh maravilla!
Pues recibe tan alto sacramento
El pobrecillo, el siervo, el que se humilla.

A Tí, Dios Trino y Uno, reverentes,
Con afectos humildes te rogamos,
Ilustres con tus luces refulgentes
A los que tan rendidos te adoramos,
Y por tus sendas rectas y caminos
Guíanos á la luz adonde vamos,
Pues habitas sus rayos tan divinos.

Amén.

VI.

Verbum supernum.

Del Padre el Verbo saliendo
Sin abandonar su diestra
Y dar cima á su grande obra,
Llegó al fin de su carrera.

Sabiendo como á sus émulos
Infiel apóstol le entrega,
El antes á sus discípulos
Darse en alimento intenta.

Bajo las formas ó especies
Su carne y sangre presenta,
La doble sustancia humana
Alimentando así entera.

Se hizo al nacer nuestro hermano,
Nuestro manjar en la mesa,
Nuestro rescate muriendo,
Y en el cielo recompensa.

¡Oh tú, sacrosanta Hostia!
Que el cielo al mortal franqueas;
Mil combates nos acosan.
Sed nuestro auxilio y firmeza.

Al Dios Uno y Trino dada
La gloria por siempre sea,
Que en la celestial Sión
Nos dé vida sempiterna.

Amén.

VII.

Salutis humanæ dator.

Jesús, Redentor del hombre,
Delicia del corazón,
Autor de nuestro rescate,
De las almas casto amor.

¡Cuán grande fué tu clemencia,
Cargar sobre ti el montón
De nuestros pecados, darnos
Vida con tu muerte atroz!

Bajastes al hondo abismo
Por sacar de su prisión
Al coro fiel, y á la diestra
Del Padre, alzar tu mansión.

Logren, ay, nuestras ofensas
De tu indulgencia el perdón,
Y de tu rostro beatífico
Gocemos el resplandor.

Tú, del cielo, senda y guía,
Seas norte al corazón
Y gozo que el llanto enjugue,
Y al fin nuestro galardón.

Amén.

VIII.

Lux alma, Jesu, mentium

Jesús, luz de nuestras almas,
Consuelo del corazón;
Tú la negra culpa ahuyentas,
Y nos llenas de dulzor.

Dichoso, sí, el que recibe
De tu visita el favor,
Diestra querida del Padre,
Almo explendor de Sión.

¡Ay! nuestros pobres sentidos
No resisten tu fulgor:
Mas tu presencia invisible
Háganos sentir tu amor.

Jesús, que á los pequeñuelos
Te revelas, á ti honor,
Y al Padre y al Santo Espíritu
Demos sin intermisión.

Amén.

IX.

Jesu, dulcis memoria.

Oh Jesús, dulce recuerdo
Del corazón en la ausencia,
Mas al que está en tu presencia
Mucho más dulce que miel!

Nada se oye tan suave,
Ni se canta tan gustoso,
Ni se piensa tan grandioso
Como Jesús, nuestro Dios.

Tú, esperanza al penitente
Eres; bondad al que ruega;
Dulzura al que á ti se entrega;
Al que te halla, ¿qué será?

Ay! que el amor de Jesús,
Lengua ni pluma explicarle
Pueden: quien logre probarle
Solo ese lo entenderá.

Seas, Jesús, nuestro gozo
Aquí, y después nuestra paga;
En ti solo satisfaga
El alma siempre su amor.
Amén.

X.

Jesu, Rex admirabilis.

¡Jesús, Rey admirable,
Triunfador el más noble,
Dulcedumbre inefable,
Todo digno de amor!

Cuando el alma visitas,
Con tu verdad la ilustras,
Desprecio al mundo excitas
Y la inflama tu amor.

Al corazón dulzura,
Eres tú, y fuente viva,
Verdad, fulgor, hartura,
Que excede todo dón.

Oh! conocedle todos,
Buscad su amor sublime,
Y de los viles lodos
Saldréis de corrupción.

A ti, Jesús, resuene
La voz, la vida invite,
Y ahora y siempre llene
Tu afecto el corazón.
Amén.

XI.

Jesu, decus angelorum.

¡Oh Jesús, belleza angélica
Melodia grata al oído,
Miel escogida al sentido,
Y néctar al corazón!

Quien te gusta, aún más te ansía,
Quien te bebe, aún más sed tiene,
A quien te ama, sólo tiene
Deseo de amarte más.

Ah! Jesús, dulce esperanza
Del corazón que suspira;
A ti sólo mi alma aspira
Y vierte llanto de amor.

Tu clara luz me ilumine:
No, no me dejes, bien mío;
Conozca el mundo el vacío
Que existe fuera de ti.

Bella flor de madre virgen,
Nuestro consuelo y ventura;
Jesús, toda criatura
Te dé alabanza y honor.
Amén.

XII.

O Sol salutis.

Oh Jesús, sol de justicia,
Nuestras mentes esclarece,
Mientras el día amanece
Tras larga noche, feliz

En este tiempo aceptable
Da al corazón entretanto
Se lave en copioso llanto
Y sea víctima á tu amor.

De do la maldad brotara,
Broten lágrimas amantes,
Y penitencias constantes
Ablanden el corazón.

Viene ya, viene tu día,
En que todo se renueva;
Tu diestra hacía el bien nos mueva
Y habremos dicha y solaz.

Adórente, Dios potente,
Cielo y tierra prosternados;
Y nosotros renovados,
Démoste nuevo cantar.

Amén.

INDICE

M. de ... Sa...

P. 5480